

Omraam Mikhaël Aïvanhov

Acuario:
LLEGADA
DE
LA EDAD DE ORO
★ ★



Obras completas – Tomo 26

EDICIONES PROSVETA



LIBRERIA ALPHA

2710 S.W. 8th St.

Miami, Fl. 33135

Tel.: (305) **642-0654**

Acuario:
LLEGADA
DE
LA EDAD DE ORO
**

Traducción del francés
título original: LE VERSEAU
ET L'AVÈNEMENT DE L'ÂGE D'OR

© Copyright 1991 reservado a Editions Prosveta S.A. para todos los países, incluida la U.R.S.S. Prohibida cualquier reproducción, adaptación, representación o edición sin la autorización del autor y del editor. Tampoco está permitida la reproducción de copias individuales, audio-visuales o de cualquier otro tipo sin la debida autorización del autor y del editor (Ley del 11 de Marzo 1957, revisada).

Editions Prosveta S.A. — B.P. 12 — 83601 Fréjus Cedex (France)

ISBN 2-85566-232-X
édition originale : ISBN 2-85566-317-2

Omraam Mikhaël Aïvanhov

Acuario:
LLEGADA
DE
LA EDAD DE ORO

★ ★

3.^a edición



Obras completas – Tomo 26

EDICIONES PROSVETA

Editor-Distribuidor

Editions PROSVETA S.A. - B.P. 12 - 83601 Fréjus Cedex (Francia)

Distribuidores

ALEMANIA

EDIS GmbH
Daimlerstr.5
D - 8029 Sauerlach

AUSTRIA

MANDALA
Verlagsauslieferung für Esoterik
A-6094 Axams, Innsbruckstraße 7

BELGICA

PROSVETA BENELUX
Van Putlei 105 B-2548 Lint
N.V. MAKLU Somersstraat 13-15
B-2000 Antwerpen
VANDER S.A.
Av. des Volontaires 321
B-1150 Bruxelles

BRASIL

NOBEL SA
Rua da Balsa, 559
CEP 02910 - São Paulo, SP

CANADA

PROSVETA Inc.
1565 Montée Masson
Duvernay est, Laval, Que. H7E 4P2

CHIPRE

THE SOLAR CIVILISATION BOOKSHOP
PO Box 4947
Nicosie

ESPAÑA

ASOCIACIÓN PROSVETA ESPAÑOLA
C/ Ausias March nº 23 Ático
SP-08010 Barcelona

ESTADOS-UNIDOS

PROSVETA U.S.A.
P.O. Box 49614
Los Angeles, California 90049

GRAN-BRETAÑA

PROSVETA Ltd
The Doves Nest
Duddleswell Uckfield,
East Sussex TN 22 3JJ
Trade orders to:
ELEMENT Books Ltd
Unit 25 Longmead Shaftesbury
Dorset SP7 8PL

GRECIA

PROFIM MARKETING Ltd
Ifitou 13
17563 P.Faliro - Atenas

HOLANDA

STICHTING
PROSVETA NEDERLAND
Zeestraat 50
2042 LC Zandvoort

HONG KONG

HELIOS
J. Ryan
P.O. BOX 8503
General Post Office, Hong Kong

IRLANDA

PROSVETA IRL.
84 Irishtown - Clonmel

ITALIA

PROSVETA Coop. a r.l.
Cas. post. 13046 - 20130 Milano

LUXEMBURGO

PROSVETA BENELUX
Van Putlei 105 B-2548 Lint

MÉXICO

COLOFON S.A.
Pitagora 1143
Colonia del Valle
03 100 Mexico, D.F.

NORUEGA

PROSVETA NORDEN
Postboks 5101
1501 Moss

PORTUGAL

PUBLICAÇÕES
EUROPA-AMERICA Ltd
Est Lisboa-Sintra KM 14
2726 Mem Martins Codex

SUIZA

PROSVETA
Société Coopérative
CH - 1808 Les Monts-de-Corsier

VENEZUELA

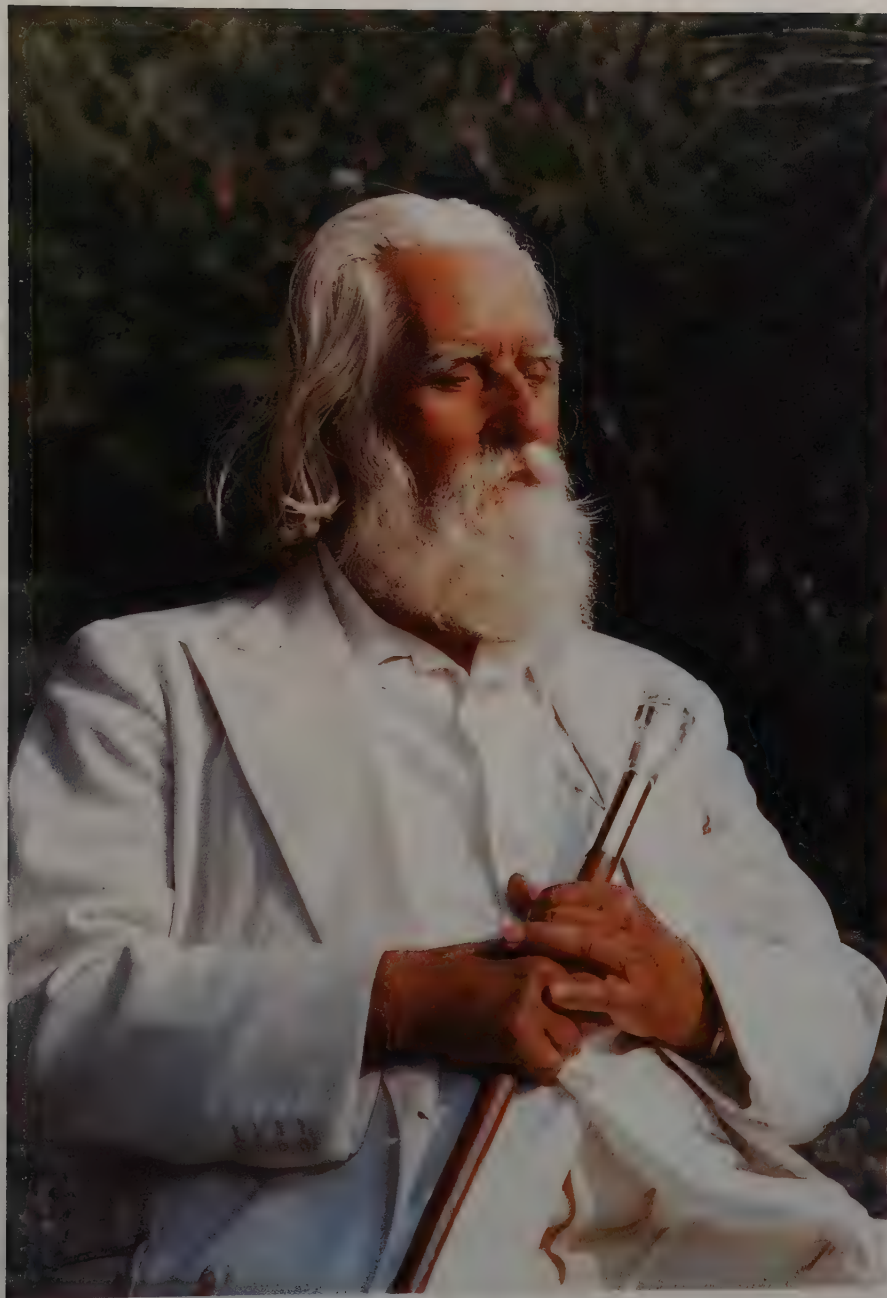
J. P. Leroy
Apartado 51 745
Sabana Grande
1050A - Caracas

Del mismo autor :

En francés

Colección Obras Completas

- Tome 1 – La deuxième naissance
- Tome 2 – L'alchimie spirituelle
- Tome 3 – Les deux arbres du Paradis
- Tome 4 – Le grain de sénévé
- Tome 5 – Les puissances de la vie
- Tome 6 – L'harmonie
- Tome 7 – Les mystères de Iésod
- Tome 8 – Le langage symbolique,
langage de la nature
- Tome 9 – « Au commencement était le Verbe... »
- Tome 10 – Les splendeurs de Tiphéret
- Tome 11 – La clef essentielle
pour résoudre les problèmes de l'existence
- Tome 12 – Les lois de la morale cosmique
- Tome 13 – La nouvelle terre
Méthodes, exercices, formules, prières
- Tome 14 – L'amour et la sexualité *
- Tome 15 – L'amour et la sexualité **
- Tome 16 – Hrani Yoga
Le sens alchimique et magique de la nutrition
- Tome 17 – « Connais-toi, toi-même » Jnani yoga *
- Tome 18 – « Connais-toi, toi-même » Jnani yoga **
- Tome 19 – Pensées Quotidiennes
à 22
- Tome 23 – La nouvelle religion : solaire et universelle *
- Tome 24 – La nouvelle religion : solaire et universelle **
- Tome 25 – Le Verseau et l'avènement de l'Age d'Or *
- Tome 26 – Le Verseau et l'avènement de l'Age d'Or **
- Tome 27 – La pédagogie initiatique *
- Tome 28 – La pédagogie initiatique **
- Tome 29 – La pédagogie initiatique ***
- Tome 30 – Vie et travail à l'Ecole divine *
- Tome 31 – Vie et travail à l'Ecole divine **
- Tome 32 – Les fruits de l'Arbre de Vie
La Tradition kabbalistique



Omraam Mikhaël Aïvanhov

*El lector comprenderá mejor ciertos aspectos
de las conferencias del Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov
presentados en este volumen, si tiene en cuenta que se trata
de una Enseñanza estrictamente oral.*

I

Los principios y las formas

I

Lo importante, mis queridos hermanos y hermanas, es poner siempre el mismo corazón, la misma alma, el mismo amor en todo lo que hagáis, sin fatigaros nunca ni abandonar. Hay que dar el primer lugar a lo que dura, a lo que no se agota. Pero para que algo dure, hay que renovar continuamente los materiales, las partículas. Todos aquellos que no quieren desprenderse de sus formas anticuadas de pensar y sentir, no pueden hacer nada duradero. Pero con toda seguridad, no apreciaréis esta verdad; para apreciarla, sería preciso que viniera de personas eruditas y célebres. Viniendo de un desconocido, ¿cómo puede tratarse de la verdad? En realidad, cualquiera que sea su origen, aunque venga de un niño o de un mendigo, debéis saber reconocer una verdad y apreciarla.

Para perdurar es preciso renovarse constantemente. Y si la Iglesia está a punto de zozobrar, se debe a que no se renueva, a que se acoge a concepciones anticuadas que hoy ya no son válidas, y que es necesario reemplazar. Naturalmente, no estoy hablando de reemplazar los principios sobre los cuales está fundada la religión cristiana. No pueden existir mejores principios que aquellos que se encuentran en los Evangelios.

Pero, ¿por qué seguir arrastrando prácticas anticuadas que ya no dan resultado? Muchos abandonan la religión cristiana porque encuentran que la ciencia contradice y oscurece todas las verdades evangélicas. Pero no han comprendido nada. Yo, por el contrario, digo que los descubrimientos de la ciencia no hacen más que corroborar las verdades de los Evangelios.

Puedo demostrar – y por cierto ya lo he hecho a menudo – que todos los descubrimientos de la ciencia oficial prueban la veracidad de la Ciencia iniciática, pero los religiosos no lo han comprendido, y los sabios tampoco. Para mí, no existe división alguna; la ciencia y la religión marchan conjuntamente, y también el arte, porque los tres están unidos. La ciencia debe dar la luz a los humanos, la religión el calor, y el arte la actividad. ¿Por qué se les ha dividido si en la vida, en la naturaleza, en el ser humano permanecen y trabajan juntos? Los Iniciados jamás separaron estos tres campos. Ahora que se ha producido la escisión, la religión es incapaz de retener a los científicos, que la rechazan. Pero la rechazan porque no poseen la verdadera ciencia; su ciencia se apoya únicamente en el mundo físico, material, y desconocen la verdadera ciencia sobre la cual están fundadas todas las religiones. En cuanto al arte, oscila entre ambas. Tan pronto se opone a la moral, como a la ciencia.

La verdadera religión es la Ciencia iniciática. En la naturaleza, repito, la religión, la ciencia y el arte se unen. Es aquí, en la cabeza de los humanos, donde están separados. Pero mientras se mantengan separados, no se comprenderá nada. La ciencia, la religión y el arte forman una unidad gracias a la cual todo se puede explicar y comprender. La ciencia es una necesidad del intelecto. La religión es una necesidad del corazón. Y el arte es una necesidad de la voluntad: hay que expresar algo, hay que crear, construir... Y estas tres necesidades están unidas, porque lo que pensáis, lo sentís enseguida, y luego lo realizáis.

Además, os diré que muchos Iniciados de la Antigüedad están reencarnados actualmente bajo la forma de sabios. Sí, muchos sabios contemporáneos fueron grandes sacerdotes de los antiguos Misterios. Los que han descubierto la televisión, la radio, no han hecho otra cosa que aplicar los conocimientos que ya poseían en el pasado. Sí, eran Iniciados en el antiguo Egipto. Nuestra época está ligada por muchas correspondencias a la civilización egipcia, y consecuentemente, ahora se revelará toda la ciencia de Egipto y se encontrarán numerosas aplicaciones técnicas.

Pero volvamos a la idea de que la Iglesia debería cambiar algunos puntos de vista y algunos conceptos... He aquí un ejemplo. Acaban de enviarme un recorte de prensa: un discurso que el Papa ha hecho recientemente; se lamenta de que el Diablo haya venido a corromper los frutos de la Iglesia, sembrando la duda entre sus fieles. Pues sí, después de tantos siglos, el Diablo es el responsable de todo, nadie más... En el siglo veinte, aún es el Diablo quien actúa e inspira a los humanos. ¿Acaso menciono yo al Diablo constantemente en mis discursos? No, jamás. Entonces, ¿por qué se le cita tanto en los discursos religiosos? En la Edad Media se levantaban y se acostaban con el Diablo. Sólo existía el Diablo... En relación al Diablo, al Señor casi no se le mencionaba. Era el Diablo quien hacía los milagros, los prodigios, era él quien curaba, quien sabía profetizar. Cuando un hombre o una mujer manifestaban dones excepcionales, era el Diablo quien los inspiraba, jamás el Señor. Al Señor nunca se le presentaba como omnisciente y todopoderoso. Era el Diablo el que tenía todos los poderes. Y aún hoy, haced algo excepcional, algo único, y la Iglesia no dirá que se trata del Señor o de los Angeles, sino que desconfiará: siempre el Diablo. ¡Es inaudito! Pues bien, cuanto más se le menciona, más se le alimenta, se le refuerza, se le da posibilidades de actuar.

Parece ser que hay que asustar a la gente; se sirven del Diablo como de un espantapájaros. Pero es ridículo, porque

la gente ya no le teme, están acostumbrados, exactamente como los gorriones que no temen a los espantapájaros. No digo que el Diablo no exista. Existe, claro. Pero cuanto menos se le mencione, tanto mejor... Porque, cuando contamos alguna cosa extraordinaria, algunas personas sienten la necesidad de exclamar: «¡Ah, Diablos!» ¿Qué representa aquí el Diablo? Cuando se pronuncia su nombre y se le teme, se le atrae. Sí, es una forma de magia negra.

La Iglesia debe adoptar ahora una comprensión distinta de la Ciencia esotérica, y no incluir al Diablo en todos los platos, en todas las salsas. En lugar de decir que todo el mundo rechaza la religión porque aquellos que la representan no están a la altura de las circunstancias, se acusa al Diablo... ¡al Diablo que se ha deslizado en la Iglesia! ¡Cuántas veces os he explicado que si no tenéis los elementos capaces de atraerle y las puertas abiertas para hacerle entrar, el Diablo es impotente! Es una ley absoluta. Pero en lugar de explicarlo así, la Iglesia atribuye al Diablo el poder de penetrar por todas partes sin que nadie pueda impedirlo. Es falso pensar que los seres humanos son criaturas tan mal construidas (¡el Señor no da más de sí!) que, a pesar de su pureza y de su santidad, no pueden impedir que el Diablo entre subrepticamente en ellos. A la Iglesia le falta la Ciencia iniciática.

El mundo cristiano precisa de grandes transformaciones, porque las tradiciones en que vive no están adaptadas a nuestra época. Por otra parte, si la religión tal como se comprende fuese realmente suficiente, la humanidad se encontraría en mejor estado. Se ha reducido la religión a formas ineficaces, por lo tanto no hay que extrañarse de que nadie o casi nadie la tome en serio.

Por lo demás, los individuos reflexionan y se plantean problemas más a menudo. En el pasado, se tragaban todo lo que se quisiera hacerles creer: había una autoridad, la Iglesia, que reflexionaba y decidía por ellos, mientras que ahora ya no quieren que los demás reflexionen en su lugar, y por ello

abandonan la Iglesia. Este es un síntoma de que el cristianismo debe aceptar las nuevas formas que le está presentando el mundo invisible... Hasta el día en que, a su vez, estas nuevas formas habrán envejecido y habrá que reemplazarlas. Sólo los principios son duraderos, las formas jamás. Y es la Inteligencia cósmica quien ha decidido que la forma no sea duradera. La función de la forma consiste en mantener el contenido intacto; por lo tanto se presenta como un recipiente, como un límite... y también como una prisión. Pero para que el contenido no quede eternamente congelado en una forma, hay que romper ésta para verter su contenido en otra más sutil, más flexible, más transparente. He aquí por qué nada de lo que ha sido construido en el plano físico puede ser eterno. Un día, incluso las Pirámides, la Esfinge, todo desaparecerá.

El tiempo no puede actuar sobre los principios, pero actúa sobre las formas. Cuando se dice que el tiempo lo destruye todo, nos referimos sólo a las formas. Y los cristianos aún no han comprendido que las formas en que su religión les fue dada hace siglos, no son perdurables y hay que reemplazarlas. Son testarudos, no quieren cambiar nada. La Fraternidad Blanca Universal no trae nuevos principios, sino nuevas formas, es decir nuevos métodos para que el contenido, el espíritu, pueda manifestarse y expresarse mejor. No son los principios lo que quiere cambiar, no, porque son eternos, sino la forma que está sometida al tiempo. Así pues, retened bien lo siguiente: la eternidad sólo existe para los principios.

Cuando la gente se siente feliz por algo, exclama: «¡Señor, que dure!» Los enamorados, por ejemplo, desean que su amor sea eterno. Pero, desgraciadamente, no puede serlo, porque lo han puesto en formas quebradizas, perecederas. Para poder expresar su amor de forma duradera hay que cambiar las formas. Os daré un ejemplo. Supongamos que expresáis vuestro amor a través de vuestra naturaleza inferior, vuestra personalidad: por lo pronto vuestra mirada refleja el

deseo de saciar vuestros instintos sin pensar en la suerte de la otra persona, en el estado en que se encontrará; tenéis hambre y sed y queréis saciaros. He aquí un amor que se manifiesta bajo una forma inferior, cruel y egoísta. La mirada de una persona que ama de esta manera está cargada de deseo y de sangre, deslizándose por ahí algo viscoso, impuro, violento...

Mientras que si el amor se manifiesta a través de la individualidad, la naturaleza superior, veréis que la mirada expresa belleza, luz, transparencia... porque este amor no reclama, no desea: solamente quiere dar, salvar, iluminar. Este amor es el más hermoso. Pero ved que la mayoría de mujeres prefieren una mirada inflamada, una mirada que las desee. En este caso se sienten felices, porque imaginan, las pobres, que este amor tan intenso, poderoso y expresivo será un amor duradero. La mujer sólo pide un amor duradero, y en eso tiene razón. Pero está ciega: no ve que una mirada sensual habla de un amor que no durará. Es la violencia del fuego que dura poco, que se extingue inmediatamente después de encenderse... ¿Por qué las mujeres tienen tan poco discernimiento?

Así pues, os corresponde a vosotros ensanchar vuestro campo visual y en especial tener siempre este deseo de evolucionar. ¿Qué es la evolución? Un cambio de forma. El problema de la evolución ha preocupado mucho a los sabios naturalistas: unos dicen que son las formas las que evolucionan, otros que las formas están determinadas desde siempre y que son los seres quienes pasan de una forma a otra. ¿Dónde está la verdad? La segunda opinión es la exacta: las formas no evolucionan. Todas las formas de animales, de insectos, de plantas, ya existen en el mundo de los arquetipos, y son las criaturas quienes toman estas formas que luego abandonan para tomar otras; exactamente como los actores que cambian su disfraz de una obra a otra.

Así pues, el espíritu cambia de forma, pero la forma, en sí, no evoluciona. Las formas están ahí, creadas desde toda la eternidad; incluso las formas nuevas que aún no conocemos,

las nuevas formas para las plantas, para los animales, están ya allí, en el plano de los arquetipos; existen. Y también a nosotros nos esperan nuevas formas: a medida que evolucionemos, nos apropiaremos de nuevas formas, porque siempre hay una forma antigua que hay que abandonar y una nueva que hay que tomar, más flexible, más pura, más luminosa. Tomando esta nueva forma, tenéis un medio más adecuado para actuar y para manifestaros. Si os mantenéis en las viejas formas, os limitáis, jamás podréis llegar más allá. Esto los cristianos no lo han comprendido: siempre han querido eternizar la forma; pero es imposible, es una actitud que se opone a los decretos de la Inteligencia cósmica.

La Inteligencia cósmica no quiere eternizar la forma. La forma ya se eternizó en los talleres de lo alto; todas las formas son eternas para servir a los proyectos de la Inteligencia cósmica. Pero si el hombre quiere eternizar las formas aquí, es decir aferrarse como sea a tal o cual forma, entonces provoca al mundo invisible que viene con martillos a romper estas formas para liberarlas. El hombre se extraña de esta crueldad. Sin embargo, ¿cómo puede liberarse si mantiene las mismas formas? ¿No estáis convencidos? Bueno, ¿qué les sucede a los humanos de una encarnación a la otra? Lo más frecuente es que cambien de sexo. Suponed que en una encarnación anterior hayáis sido una mujer: era para aprender a manifestar las cualidades del principio femenino. Ahora sois un hombre para aprender otras cualidades.

Esta aparente crueldad del mundo invisible que rompe las formas para crear otras nuevas aún no ha sido comprendida por la Iglesia. Pero, lo comprenda o no, las viejas formas desaparecerán, esto os lo aseguro. Hagan lo que hagan los cristianos, desaparecerán, porque el mundo invisible quiere liberarles obligándoles a ir más lejos. Los humanos siempre tienden a fijarse en una forma y precisamente esto es lo que debe evitarse. ¿Qué es un materialista? Un hombre que está fijo en las formas materiales. Por lo tanto, también los mate-

rialistas serán destrozados, rotos, destruidos, pero para ser liberados.

Una vez un ángel quiso descender a la tierra para estudiar la vida de los hombres y de los animales, y para estudiarla mejor, tomó la forma de un cerdo. La vida le parecía magnífica, deleitosa... Comía bellotas y una mezcla... ¿cómo le llamáis?... ah, sí, piensos. Y se sentía feliz. Había encontrado una pareja y se encontraba rodeado de unos cuantos cerditos. ¡Dios mío, qué felicidad! Ya no podía desprenderse de tanta felicidad. Esto empezaba a ser inquietante; en lo alto, sus hermanos, los ángeles, se llevaban las manos a la cabeza diciéndose: «Pero, ¿cómo hacerle volver con nosotros?» Le enviaron mensajes... nada que hacer. ¡Para él la vida era magnífica; la vida de cerdo, claro está! Por fin, encontraron que la única solución era cortarle la cabeza. Así pues, el cerdo fue degollado y servido como manjar, y cuando el ángel salió de esta apetitosa forma, se quedó estupefacto de haberse olvidado durante tanto tiempo de todo en esa apariencia animal, y dio las gracias a todos sus camaradas por haberle liberado. Desgraciadamente muchos humanos se encuentran en este estado... se han convertido en «cerdos». Pues bien, también ellos están predestinados a que les maten. Todas las filosofías, todos los sistemas, todas las tradiciones que no evolucionan serán destruidos, sólo quedarán los principios y las nuevas formas.

La Fraternidad Blanca Universal es una nueva forma de la religión de Cristo. Naturalmente los cristianos gritarán y nos combatirán para demostrar que se mantienen fieles a las tradiciones que han recibido. Pero no triunfarán, porque el mundo invisible vendrá a mostrales que no tienen razón. Aparecerá una nueva forma que será mantenida durante un cierto tiempo, antes de ser reemplazada por otra nueva. Ved que soy justo, honesto, no quiero engañaros diciendo que la

forma que trae nuestra Enseñanza será eterna. Siempre habrán nuevas expresiones, expresiones cada vez más luminosas.

Cuando, para explicarme que no puede aceptar la Enseñanza de la Fraternidad Blanca Universal, alguien me dice que es católico, le respondo: «Bueno, si estás contento, sigue ahí. Pero nosotros vamos más allá.» Porque, ¿qué puede aprenderse de todos esos sermones que no explican nada? ¿De quién es la culpa si después la gente hace tonterías? Abandonan la Iglesia porque no da respuesta alguna a sus problemas y a sus angustias. Solamente se trata de pequeñas gerundiadas, muy poéticas, eso sí, y muy morales... sí, y muy bonitas, muy patéticas. Yo las apruebo, pero no se aprende gran cosa porque no hay en ellas ciencia alguna que explique el sentido y la finalidad de la existencia humana, cómo comportarse, cómo vivir. Son sólo palabras. ¿Dónde está la aplicación? ¿Creéis que la Cristiandad ha aplicado los Evangelios? ¡Pensadlo, id a ver lo que sucede! Personalmente me inclino por los grandes cambios, que llegarán, no lo dudéis.

El que quiere trabajar con los principios de Cristo, que son eternos, irremplazables, pertenece a la Fraternidad Blanca Universal. No destruye nada, no trabaja contra Cristo, no trae una religión nueva, sino que propugna solamente nuevas formas, eso es todo. Mientras que aquel que se aferra a las formas demuestra que no ha comprendido los principios. Se imagina que la forma le va a salvar, y se duerme tranquilamente protegido por la forma. Sí, porque en la forma, uno se duerme. Mientras que aquellos que no se aferran tanto a las formas y trabajan con los principios evolucionan enormemente. ¿Acaso el ideal que os estoy presentando no es más ventajoso? El propio Cristo vendrá para deciros que es magnífico, porque está escrito en los Evangelios: «La letra mata y el Espíritu vivifica». Es exactamente lo que os estoy explicando. Sí, os empujo sin cesar hacia el espíritu que vivifica.

Todos aquellos que sitúan los principios en primer lugar pertenecen a la Gran Fraternidad Blanca Universal. No a esta Fraternidad que está aquí, en la tierra, sino a la Fraternidad Blanca Universal que abarca todas las criaturas, las más luminosas del universo. Nosotros estamos aquí para dar a este conjunto de seres perfectos la posibilidad de obrar para que el Reino de Dios descienda sobre la tierra. Ved como hay que comprender que la Fraternidad Blanca Universal es una nueva forma de la religión de Cristo. Aquel que quiere trabajar con los principios de Cristo, que son eternos, irremplazables, pertenece a la Fraternidad Blanca Universal. Puede ser que ni tan siquiera nos conozca, pero esto no importa, se trata de un miembro de la Fraternidad Blanca Universal.

Los humanos se aferran a la forma debido a la pereza. En ellos, la actividad espiritual se ha detenido, y se pavonean con una forma. Un ejemplo: muchos llevan una cruz, pero esta cruz no les salvará si la llevan sin que verdaderamente participe el espíritu. Pero si, detrás de la forma de la cruz, se aferran al principio para comprender su sentido e intentan llevarlo a la práctica, entonces sí, la cruz puede protegerles, salvarles. Conservad algunas formas, si queréis, pero no perdáis nunca el espíritu que está detrás de estas formas, porque entonces seríais vosotros quienes os perderíais. Llevad cruces, pero id hacia el espíritu, porque detrás de esta forma, está el espíritu. Para mí la cruz es un símbolo fantástico... sí, la cruz de tres dimensiones que está compuesta de 22 superficies que corresponden a las 22 letras de la Cábala mediante las cuales Dios creó el mundo... Pero los pobres cristianos no quieren aprender, se oponen al cambio para permanecer, digamos, fieles a Cristo... es decir, en realidad fieles a los humanos, fieles a los necios, fieles a los enfermos.

Hay que ser fiel al Señor, no a los hombres. Si queréis permanecer fieles a los hombres, está bien, permaneced fieles, no tengo nada en contra, pero os convertiréis en polvo. Todas

esas personas que han gobernado la Iglesia desde hace siglos, ¿qué representan? A menudo pobres sujetos vulgares, como los demás. Si hubiese alguien entre ellos que demostrara una comprensión superior, sería inmediatamente excluido y excomulgado. Repasad la historia y lo veréis: todos los que quisieron aportar verdaderas mejoras, ¡hala! excomulgados, rechazados, ¡para poder permanecer en la forma! Pero la forma no produce gran cosa, sólo aprisiona a los humanos. Sí, la forma es la mejor prisión y el prisionero ya no puede escapar.

Se puede conservar la forma mientras sea necesaria, indispensable, útil, pero cuando está caduca empieza otra fase, y hay que reemplazarla, o cuanto menos llegar más allá en la comprensión de esta forma. Porque, naturalmente, ritos como el bautismo, el matrimonio, la misa y la comunión están basados en grandes leyes, en conocimientos mágicos. Y esto es especialmente cierto en cuanto a la misa, que es pura magia. Incluso podemos afirmar que si la Iglesia se ha mantenido hasta hoy, se debe a la misa. Lo que sí hay que lamentar es el hecho de que muchos sacerdotes, a menudo, desconocen el alcance de lo que están haciendo. Si lo supieran, la misa habría tenido un mayor poder.

Y en cuanto a la costumbre de encender los cirios y las lamparillas... tampoco conocemos su sentido más profundo. Observad lo que ocurre en las iglesias ortodoxas durante la Pascua. Todos tienen un cirio en la mano; el sacerdote que oficia es el primero que enciende su cirio, con el cual enciende enseguida el cirio de aquel que está más cerca de él... el cual enciende el de un tercero, etc... y de esta forma toda la iglesia queda iluminada. Simbólicamente, esto significa que primeramente se necesita de alguien que empiece a encender su cirio, es decir su inteligencia, su espíritu, y poco a poco irán llegando otros para encender también su inteligencia junto a él, hasta que todo el mundo no sea otra cosa que una multitud de cirios encendidos. La lamparilla es un símbolo

idéntico, aunque el cirio es un símbolo masculino y la lamparilla es un símbolo femenino. Pero es tan profundo, tan sagrado, que no me atrevo a revelaros nada más.

El hombre posee el cirio y la mujer la lamparilla, pero ninguno de los dos piensa que haya algo que se deba encender. Se encienden los cirios y las lamparillas automáticamente; entre los cristianos los hombres y las mujeres desconocen el misterio que encierra el encender un cirio o una lamparilla: no saben cómo encenderlo, ni por qué razón. Y sin embargo, ¡si supiesen qué transformaciones pueden producir en sí mismos! Por eso digo que los cristianos todavía no han empezado el verdadero trabajo. Aún yendo a la iglesia, encendiendo cirios, tomando agua bendita, comulgando, no han empezado, porque interiormente todavía no han hecho el mismo trabajo. Ponen en su casa una pequeña imagen de la Virgen Santa para que les proteja, y se imaginan que la Virgen Santa está allí para seguir protegiéndoles, hagan lo que hagan. Todo esto no es otra cosa que superstición: se cuenta con esto, se cree aquello. Pero la creencia y la fe son dos cosas distintas.

Imaginándose que tienen fe, la mayoría se contentan con creencias. Sí, porque se aferran demasiado a la forma, sin ser conscientes de que las oraciones pueden no ser otra cosa que formas. Había una vez en un convento un monje que tenía la costumbre de visitar la bodega. Era su pecadillo, del que no podía desembarazarse, y por la noche, durante sus oraciones, pedía perdón al Señor, y después se dormía tranquilamente. Porque ¡naturalmente, al rezar, todo queda perdonado!... Pero he aquí que una noche, siente que alguien le sacude diciendo: «¡Despiértate, levántate, te has olvidado de rezar!» Y ¿qué es lo que ve? ¡Al Diablo! ¡Era el Diablo quien le despertaba para recordarle que debía rezar!... Pues sí, el Diablo estaba interesado en que rezara porque así se creía perdonado y seguía bebiendo. No era el Señor. El Señor no escucha los rezos de un borracho. ¿Lo veis? A menudo el

Diablo se esconde tras las formas y os empuja a ir a la Iglesia, a encender cirios, a rezar, a comulgar... para que os incrustéis aún más en las viejas formas.

No me opongo a la comunión, pero me doy cuenta de que los cristianos han comulgado toda su vida, han tragado vago-nes de hostias y han bebido barriles de vino y que, a pesar de ello, son iguales: ásperos, malos, murmuradores, injustos. Mientras que si comulgáis con esta hostia, el sol que sale cada mañana, y este vino, la vida que emana de él, después de algún tiempo os transformáis necesariamente. Porque el sol está vivo. Esto es lo que quiso decir Jesús con estas palabras: «Si no coméis mi carne, ni bebéis mi sangre, no tendréis la vida eterna»*. Pero como en aquella época los humanos no podían comprender unas ideas tan avanzadas, era necesario darles pan y vino. En consecuencia eso estaba bien para una época. Pero ahora hay que llegar más lejos, porque esta comunión no es tan eficaz. La prueba: han comulgado y golpean a su mujer, calumnian al prójimo... Naturalmente la comunión puede ayudar; si se tiene fe, puede ayudar. Pero, a pesar de la fe, a pesar de la convicción, a pesar de la bendición dada por el sacerdote, el sol supera a todas las hostias.

La bendición de un sacerdote es de una gran importancia, eso es verdad, pero depende de su elevación, de su pureza, de su fe. Muchos, pobrecitos, se cansan de hacer cada día lo mismo, y recitan las palabras de la consagración sin poner en ello su alma y su espíritu. Entonces, bueno, dan su bendición, pero ésta no es muy eficaz. Además, aunque pongan toda su alma en su bendición, puedo decirles: «Si pensáis que es tan poderosa, ¿por qué no bendecís astillas o virutas de hierro para repartirlas después?» En realidad los sacerdotes no hacen otra cosa que bendecir algo que ya ha sido bendecido por el Creador. Puesto que el trigo contiene la vida, ello

* Ver Tomo I: «El amor escondido en la boca».

prueba que ya ha sido bendecido por el Creador. La bendición, es la vida que está dentro.*

Entonces, mis queridos hermanos y hermanas, hay que acabar con las viejas formas. Por ahora las protegéis, las defendéis, incluso encontráis que exagero. Pero cuando lo veáis más claro, no solamente estaréis de acuerdo conmigo, sino que seréis vosotros mismos quienes no podréis soportarlas.

Le Bonfin, 11 de agosto de 1972

* Ver Tomo XVI, capítulo XVIII.

II

Hoy aún añadiré algunas palabras a lo dicho sobre la forma y los principios, para que resulte más claro para vosotros. No quiero que penséis que me opongo a todas las formas, no, las formas son útiles, necesarias ; pero después de algún tiempo deben ser cambiadas.

Os decía que la forma sólo sirve como recipiente. Es muy fácil de comprender, consideremos el ejemplo de los vestidos. ¿Acaso es posible llevar desde los dos años hasta los ochenta los mismos pantalones, los mismos zapatos, las mismas camisas? No, siempre se necesitarán pantalones, camisas y zapatos, pero adaptándolos sucesivamente a la propia talla. Bien, de la misma manera que el ser humano, también el mundo entero evoluciona y necesita de unas formas adaptadas a esta evolución. Hace siglos, la humanidad era como un recién nacido ; pero ya ha empezado a espabilarse, el niño quiere mover los brazos y las piernas, e incluso se agarra, muerde, da patadas...

En realidad, el problema está en saber cuáles son las formas que hay que conservar y cuáles hay que reemplazar. Mientras estéis en la tierra, tenéis que conservar la forma de vuestro cuerpo, e incluso cuidarlo ; es preciso que se mantenga con buena salud, estético, expresivo... pero, ¿hasta cuán-

do? Hasta el momento que os vayáis al otro lado. Siempre llega el momento en que hay que abandonar la forma, como se abandona un vestido usado. Diréis: «Pero entonces, ¿por qué los egipcios querían conservar la forma de sus faraones? ¡Todas esas momias que aún se ven en los museos!...» En realidad sabían perfectamente que no se pueden conservar las formas. Las momias de los faraones tenían sobre todo una función mágica, porque los egipcios habían llegado muy lejos en los conocimientos y las prácticas mágicas.

Sería largo enumerar todos los casos en que cambian las formas. Consideremos otra vez la cuestión de los vestidos, que es muy significativa. Hace algunos años ¡los hombres debían presentarse impecablemente vestidos, con un bastón, unos guantes, un sombrero, e incluso con botines! Ahora se han abandonado el bastón y los guantes, y la gente se presenta con los pantalones arrugados...! He aquí una forma nueva! Y las mujeres todavía son más activas que los hombres en abandonar las viejas formas: cada año, y varias veces al año, la moda les hace cambiar las formas. Por eso debo dirigirme a las mujeres, que serán las primeras, las únicas, que se tomarán en serio esta necesidad de cambio. ¡Ah, las mujeres! A ellas les encanta cambiarse de sombrero, de zapatos, de ropa... ¡Veréis si el año próximo no habrá nuevas formas! Y nadie acusa a los magnates de la moda por cambiarla varias veces cada año, mientras que todo el mundo se me echará encima si hablo de cambiar las formas. ¿Acaso es eso justo? A esas empresas de la alta costura se las considera, y a mí, que sólo quiero cambiar un poquitín ciertas formas, no se me tiene en cuenta. ¡Qué injusticia! ¿verdad?

Naturalmente, algunas formas eran adecuadas en el pasado, porque la humanidad no podía ir más allá en su comprensión, pero no tienen que durar eternamente. Hay que ver cómo trabaja la naturaleza; ella es la que empuja a los animales y a los hombres a mantener tal o cual comportamiento, y

algún tiempo después, les empuja a abandonar este comportamiento por otro : porque la época es distinta. Consideremos el ejemplo del miedo. El miedo es un reflejo que la naturaleza inculca en todos los animales para su protección. Es una suerte el que los animales tengan miedo, porque así escapan del peligro. Pero para llegar a un grado de evolución superior, el hombre debe desprenderse del miedo, reemplazándolo por otros sentimientos más nobles. Así pues, siempre llega un momento en que la naturaleza por sí misma quiere modificar lo que había decretado siglos y milenios antes. Existen toda clase de miedos : miedo a la opinión pública, miedo a enfermar, miedo a no tener dinero... Por lo tanto hay que acabar con el miedo. Si en un estado anterior de la evolución le fue necesario al hombre para protegerse, ahora es perjudicial para su desarrollo espiritual.

Sí, éste es un argumento formidable que muestra que ya no es útil aquello que se había preconizado en el pasado. Es la propia naturaleza la que nos instruye. Yo estoy en su escuela y me informa. Pero los cristianos no quieren aprender de la naturaleza, de cómo ésta considera las cosas y por cuánto tiempo. No, no, lo que los humanos decretaron hace tiempo, debe ser para toda la eternidad. Está bien, pero los humanos no están realmente cualificados para preverlo todo, no pueden saber cómo se desarrollará la vida dentro de algunos siglos. Los sabios, por ejemplo, hacen suposiciones de todo tipo : será de esta manera... de aquélla... Para saber verdaderamente, hay que ir y preguntar a la Inteligencia cósmica, porque ella lo ha previsto todo desde siempre.

Durante siglos, la Iglesia ha dado como ideal de espiritualidad el vivir en la pobreza y en la miseria. Para ejercitarse, para reforzarse, durante un período de prueba, sí, está bien. Pero la Inteligencia cósmica no nos ha preparado para vivir eternamente en las privaciones : nuestro padre Celestial no es pobre ni miserable, y no hay ninguna razón para que lo seamos nosotros. Así pues, como ejercicio, por un cierto tiempo

— porque en un momento determinado ciertos sabios dieron estos preceptos para combatir ciertos excesos — de acuerdo; pero considerar la pobreza como una forma de vida ideal, no. El Señor quiere que seamos tan ricos, bellos y poderosos como El. Si El nos ha creado a Su imagen, no es para que comamos frutos podridos, vivamos en la suciedad, las enfermedades, usemos cilicios y nos flagelemos... Ya no se pueden dar a la humanidad semejantes reglas de vida. Consideremos solamente el hecho de vivir en la pobreza: cada día es más difícil persuadir a los humanos de que la pobreza es algo positivo.

El Cielo tiene un programa, quiere que la humanidad pase por determinados caminos, pero sólo pasar, no instalarse eternamente. Los proyectos del mundo invisible no son los que se imaginan los humanos. Muchos santos y profetas recibieron órdenes del Cielo para cumplir una determinada misión, y la realizaron perfectamente. Pero fue solamente durante una época, para empujar a la humanidad a que desarrollara facultades que aún no poseía; pero una vez adquiridas estas facultades, había otro programa que realizar. Y a la pobreza, hay que considerarla como un ejercicio para un cierto tiempo. Personalmente, he pasado casi la mitad de mi vida en la pobreza e incluso en la miseria. Pero, ¿es preciso que sea así eternamente? No. Sólo que tampoco sería conveniente que me fuera al otro extremo ahora, puesto que perdería todo lo que he ganado con estos ejercicios. Sí, hay mucho que decir en cuanto a este tema.

Aunque poseáis todo el oro del mundo, hay que tener también la luz, saber lo que hay que tomar, y cuánto tomar, nada más. Había en Bulgaria un Turco que pertenecía a la secta de los derviches danzantes. Los derviches son seres muy íntegros que viven con muy poco, y como se les conoce y se les quiere mucho, ocurre que cuando piden algo, se les da enseguida. Así pues, un día, este derviche se presentó a la puerta de un hombre muy rico para pedirle dinero. El rico le

presentó su bolsa repleta, pero él sólo tomó una moneda, lo único que necesitaba realmente para pasar la jornada. Ved lo que hay que hacer: aunque poseáis grandes riquezas, no toméis más que lo estrictamente necesario.

Y ahora, puedo deciros francamente que muchas órdenes religiosas, muchos movimientos espiritualistas se equivocan, simplemente porque no han contemplado verdaderamente cuáles son los proyectos del Señor respecto a los humanos, cómo contempla El las cosas. Lo que resulta catastrófico es que los humanos lo vean siempre todo a través de su limitado cerebro, con lo cual deforman las cosas, las entorpecen... No se preocupan de los proyectos del Señor, no, sino de lo que otros preconizaron hace siglos y que ahora ya está superado. Dios se manifestó a través de Jesús, pero también se había manifestado a través de Moisés. Si Moisés pudo hacer tantas cosas extraordinarias, fue porque Dios estaba con él. Pero si Jesús vino, fue debido a que después de algún tiempo, la intransigencia de la Ley de Moisés ya no servía a los proyectos que la Inteligencia cósmica tenía para los humanos.

Pero a los humanos les cuesta desembarazarse de las viejas formas. Esta costumbre de ser intransigente, cerrado, hostil, considerando que todos los demás son herejes, incrédulos, infieles, aún existe en la religión. Entonces, ¿por qué no reemplazar esta forma caduca que impide la llegada del Reino de Dios? Por eso os decía que son las Iglesias las que se oponen a la llegada del Reino de Dios. Felizmente, la juventud está a punto de acabar con las formas anticuadas; quiere viajar, amar a todo el mundo, comprender a los demás, ayudarles... Sólo que, también aquí, hay que dar otras formas a estas manifestaciones, porque a menudo degeneran en formas anticuadas... Un nuevo anhelo en las formas viejas, es decir, un vino nuevo en los odres viejos, y todo estalla. Jesús decía: «No hay que poner el vino nuevo en odres viejos, porque los odres se rompen y el vino se derrama.» Y esto precisamente es lo que ocurre con la juventud: un vino nuevo que borbo-

tea, que fermenta, pero en odres viejos. La juventud quiere amar libremente, lo cual es magnífico, pero, ¿por qué pensar que eso sólo puede hacerse acostándose y encenagándose con otro? Hay que encontrar formas mejores.

Y, ¿cómo encontrar formas más adecuadas? En cualquier caso no a ciegas como lo hacen los ignorantes. Naturalmente se puede llegar a encontrar por tanteo, pero se precisan siglos y milenios, y antes de encontrarlo uno ya se ha roto varias veces la cabeza. Mientras que si llega un Iniciado y se pronuncia, es mucho mejor. Porque sabe que la naturaleza humana está llamada a expansionarse en nuevas formas que serán inofensivas. Pero la gente no quiere aceptar la opinión de los Iniciados, quieren encontrar las soluciones solos, y entonces se rompen la cabeza. E incluso cuando encuentran la solución, son incapaces de realizarla, porque han gastado estúpidamente sus fuerzas. Es demasiado tarde, y están viejos, arrugados, arruinados... Dicen a los demás: «Por fin lo he encontrado», pero los demás no les escuchan, y les dicen: «¿Eres tú quien nos das consejos? Pero, ¡mírate en el espejo!»

Y ahora la Inteligencia cósmica tiene proyectos para la humanidad. Hubo una época en que los discípulos juraban a su iniciador que jamás revelarían los secretos que les habían sido confiados. Y he aquí que Saint-Yves d'Alveydre, un gran escritor espiritualista francés, en su libro: «La misión de la India» cuenta que uno de los jefes de Agarta había visto en sus meditaciones que la pirámide de luz colocada encima de Agarta se dividía en dos. Preguntó a la Inteligencia cósmica cuál era el significado de este fenómeno, y ésta le contestó que hasta entonces los misterios estaban sellados a los no-iniciados, pero que se acercaba la época en que serían revelados para todos los seres capaces de comprenderlos. Por otra parte, también se menciona en la Biblia que llegará un día en

que todo lo que está oculto será descubierto. Y estamos entrando en esta época. Por lo tanto no hay que extrañarse de que se produzcan grandes revelaciones en la Fraternidad Blanca Universal.

En el pasado había que pasar por pruebas terribles para conocer sólo algunas verdades. Por eso aquellos que las habían recibido llegaban a ser poderosísimos. Pero ahora que los humanos las reciben sin esforzarse, son incapaces de cualquier cosa. Exactamente como aquél que tiene dinero sin esfuerzo : no lo aprecia, lo malgasta. Mientras que si tiene que ganárselo con el sudor de su frente, ¡ah, cómo lo mira, cómo lo cuenta entonces! Sí, es formidable, es tan cierto... Pero a pesar de esto, hay que revelar poco a poco estos grandes misterios, es la voluntad del Cielo. Y por otra parte, vosotros tenéis muchos más conocimientos que los sadús y yoguis de la India. Ellos no conocen gran cosa, pero con lo que conocen han adquirido grandes poderes. Mientras que vosotros, conocéis muchas cosas, pero podéis muy poco.

Además, en nuestros días, incluso la forma de las Iniciaciones cambiará. En la Antigüedad, la Iniciación se daba en los templos; el discípulo debía pasar las pruebas del fuego, del aire, del agua y de la tierra. Ahora la Iniciación se hace en la vida cotidiana; sin que se den cuenta, los Iniciados colocan a sus discípulos en ciertas situaciones, ante ciertos problemas, y observan cómo reaccionan. Todas las pruebas ocurren en la vida, los cuatro elementos están en la vida; es ahí donde debéis demostrar que habéis vencido el miedo, el deseo, el egoísmo, la sensualidad, etc. Sí, hay muchas pruebas, y especialmente para aquel que quiere avanzar en el camino de la Iniciación; debe saber de antemano que su petición será atendida, pero que se le probará. Cuando menos se lo espere, será probado, pero en la vida. Todas las pruebas ocurren en la vida; se nos supervisa en los más pequeños detalles, y por ello se fracasa a menudo en lo más nimio: porque se esperaban grandes pruebas.

Cuando se nos advierte que tendremos que afrontar grandes pruebas, se está más preparado, se es más resistente, porque nos imaginamos lo que nos espera. Pero cuando nos cogen desprevenidos, es mucho más difícil. Por lo tanto debéis manteneros vigilantes, despiertos, porque os digo que cualquier circunstancia de la vida puede ser una prueba. Y cada vez los seres en lo alto se pronuncian, o bien abajo en la tierra si tenéis un Maestro. Y si habéis tenido éxito, recibís diplomas; pero no como en las universidades, diplomas que pueden rasgarse, quemarse, destruirse o ser robados. Aquí se trata de diplomas que quedan estampados en la cara y en todo el cuerpo; nadie os los puede arrebatarse. E incluso los espíritus de la naturaleza que saben leer estos diplomas os aprecian, os acogen... A través del espacio, por donde vayáis, ven estos diplomas, y si no tenéis ninguno, ni tan siquiera se dignan miraros o incluso puede ser que os persigan porque entonces os consideran como un ser débil, ignorante e inútil.

Os podría mostrar millares de formas en las que se han enredado los humanos. Incluso la medicina está congelada en sus formas: las ampollas, las gotas, los sellos, las operaciones quirúrgicas, no hay más que eso: formas. ¿Y el espíritu? No hay nada allí dentro que resplandezca, nada que ponga en marcha o deje salir algo que sea espiritual, divino. No, sólo la forma. Por esto la gente está sucia, y siempre se siente débil, mezquina, enferma.

Todos los que se mantienen inertes en las mismas formas se petrifican, se embrutece porque no dejan que la fuente fluya. Algunos seres, cuando les encontráis, presentan siempre la misma figura inerte que no expresa nada en absoluto. Es peligroso mantenerse siempre en la misma forma, y ésta es una de las razones por las que la gente se separa. Ven en el otro siempre la misma mímica, los mismos gestos, las mismas palabras, nunca hay nada nuevo ni expresivo, y entonces, al final, la mujer que está cansada de ver siempre las mismas

formas va a buscar otras nuevas, y el marido hace lo mismo. Muchas parejas no han pensado nunca en este aspecto y por eso a menudo se separan. Si siempre sois el mismo, los demás se cansarán y empezarán a detestaros. Por lo tanto, renovaos, vivid, y no pensarán nunca en abandonaros, porque siempre os mostraréis resplandecientes y expresivos.

Pero ni las mujeres lo han comprendido, ni tampoco los hombres. Una mujer ha cumplido todos sus deberes respecto a su marido : toda la vida se ha ocupado de él, le ha lavado la ropa, planchado las camisas, preparado las comidas, ¡e incluso le ha hecho buñuelos!... Pero he aquí que un día la deja plantada por otra y ella no lo entiende : ¡lo había hecho todo por él! Sí, pero siempre era la misma, y el marido se cansó. Un día una mujer vino a lamentarse, diciéndome : «Oh, Maestro, si supierais, mi marido me ha abandonado, y sin embargo siempre he hecho todo lo posible para contentarle. ¡Me he mostrado siempre tan afectuosa y tan cálida con él! – ¡Ah! y la mujer con la que se ha ido, ¿cómo es? – Es fría, helada... – Está bien, ya comprendo, Vd. era demasiado cálida y ha ido a refrescarse.» Ya veis que tampoco es bueno mostrarse demasiado cálido, porque entonces el otro tendrá que ir a refrescarse a otra parte.

Hay que saber variar, pero variar en las formas manteniendo los mismos principios : tener el mismo amor, la misma luz, la misma nobleza, el mismo ideal, pero manifestándolos siempre de manera distinta. ¡Qué lugar tan formidable La Fraternidad Blanca Universal para vivificaros, exaltaros, maravillaros, entusiasmaros! Rudolf Steiner, que era un gran clarividente, lo vio así. Dijo : «Después de mí vendrá alguien que se manifestará por el signo del entusiasmo.» El no se distinguía por el entusiasmo, sino por la filosofía, por la ciencia. Mientras que yo desconozco la ciencia y la filosofía, no conozco nada, pero puedo entusiasmaros a todos.

Entonces, mis queridos hermanos y hermanas, retened lo siguiente : en la vida no hay nada que no sea el producto de

las relaciones que existen entre estos dos polos opuestos: el espíritu y la materia, los principios y las formas. Pero los humanos no están preparados para vivir únicamente con los principios, precisan de las formas para apoyarse en ellas. El espíritu se encarna en la forma de un cuerpo para poder manifestarse aquí, en el plano físico. Cuando regresa a otras regiones, ya no necesita estas formas, pero aquí en la tierra, las necesita. Solamente hay que saber que la forma no dura mucho tiempo. Dios no ha dado la eternidad a la forma, por lo cual periódicamente el Cielo envía a los Iniciados, a los grandes Maestros, para cambiar las formas, pero sólo las formas, jamás los principios. Los principios son inmutables, porque los principios son el espíritu, el alma, las virtudes, el amor, la sabiduría, la verdad, el sacrificio. Estos principios son inmutables y serán válidos durante toda la eternidad.

Le Bonfin, 17 de agosto de 1972

II

La verdadera religión de Cristo

I

Cuando digo que la Enseñanza de la Fraternidad Blanca Universal trae una nueva religión, no lo digo porque piense que esta religión será superior a la que trajo Jesús. Es imposible, no hay nada por encima de esta ley de amor y de sacrificio que El vino a enseñar a los hombres. Pero en los métodos, en la aplicación, en las interpretaciones, podemos llegar más lejos. No todo está dicho en los Evangelios, ¡hay tantos puntos aún oscuros e inexplicados! Pues bien, esta claridad la aporta la Enseñanza de la Fraternidad Blanca Universal.

Y cuando digo que debe venir una religión universal, se debe a que el catolicismo aún no es una religión universal. Aunque «católico» signifique universal, en realidad la religión católica no es universal. Primeramente, está lejos de ser practicada por el mundo entero, y luego que al rechazar un gran número de verdades esenciales, como la reencarnación, las leyes del karma o la importancia del sol para la vida espiritual, también se ha desgajado de las verdades universales, y por lo tanto es una secta. Para que una religión sea universal, es preciso que no rechace ninguna verdad concerniente a la totalidad del mundo.

Además, por ahora, ninguna religión está fundada en principios aceptados por el mundo entero. Sólo la religión solar

será la religión universal porque todo el mundo acepta el sol, lo busca, lo comprende; las restantes religiones pueden o no concernir a los demás, convenirles o no convenirles. Por otra parte a eso se debe el que hayan tantas religiones: porque cada una está adaptada a tal o cual mentalidad. Si la religión católica fuese verdaderamente universal, si fuese cierto que abraza a todo el mundo, entonces los católicos vivirían verdaderamente en la plenitud. En realidad, ¡hay tantos budistas que les aventajan! Tienen una fe tan grande en la inmortalidad del alma, que son capaces de tirarse al fuego, no tienen ningún miedo a la muerte. Mientras que los cristianos, son temerosos, son cobardes, tiemblan por lo más mínimo, ¡y hacen lo que sea – incluso crímenes – para no morir!

Decía pues que una religión universal debe reunir todos los conocimientos y las prácticas que permitan al hombre llegar hasta el Señor. Cuando el cristianismo rechaza la enseñanza de la reencarnación, nos está impidiendo comprender la justicia de Dios. No hay pues que extrañarse si todo parece insensato: ya no se ve la razón profunda de las cosas, todo parece anormal, injusto. Ante el mal o el sufrimiento, un cristiano sólo puede decir: «Es Dios quien lo ha querido.» El, por sí mismo, no ha hecho nada para que le lleguen estas desgracias, es inocente, comprendedlo, no es responsable de nada; es el Señor quien es responsable. Pero entonces, ¡el Señor es caprichoso, hace lo que quiere!

Rechazando la reencarnación, los cristianos se han cerrado el camino durante siglos. Mientras que admitiendo la reencarnación, todo resulta claro; de una existencia a otra, tal causa implica tal consecuencia. Ya no es el Señor quien es responsable, sino nosotros: puesto que hemos escogido tal camino, tal manifestación, nosotros somos la causa de nuestro destino, no Dios. Dios se mantiene pues en Su grandeza, en Su esplendor, en Su perfección, en Su justicia. Mientras que sin la reencarnación, todo recae sobre El. Y yo pienso

que si los cristianos tuvieran más en cuenta la gloria y la perfección del Señor, sería necesario, por lo menos, que aceptaran la reencarnación. Pero son tan estúpidos que ni siquiera ven las consecuencias de su actitud, no ven la terrible imagen que presentan del Señor. Dios ha dado la libertad a los humanos, diciéndoles : «Haced lo que queráis, sabed solamente que si transgredís las leyes, sufriréis. Pero esto no importa, tenéis toda la eternidad por delante, tendréis tiempo de arrepentiros y de reparar. Yo, soy paciente.»

Un hombre es desgraciado con su mujer porque es muy desagradable : ¡ una Jantipa !, pero no sabe por qué tiene una mujer así y piensa que el Cielo se la ha enviado. ¡ En absoluto ! Es él quien la ha buscado, quien la ha atraído. Como Sócrates. Pero por lo menos Sócrates lo hizo conscientemente. Mientras que este pobre ciego, ha atraído inconscientemente una arpía, y ahora se lamenta. Sócrates no se lamentaba : lo soportaba todo pacientemente. Un día, estaba hablando con un amigo y he aquí que Jantipa, furiosa, después de haber gruñido un buen rato, acabó por echarle un cubo de agua sucia. El amigo estaba indignado. « Pero tú sabes muy bien, le dijo Sócrates, que después del trueno viene la lluvia ». Sócrates no se turbaba fácilmente, había buscado a Jantipa, y gracias a ella había desarrollado las cualidades de la paciencia y de la indiferencia a las críticas y a las injurias. Por lo tanto os aconsejo que también vosotros busquéis una Jantipa. ¿ Por qué queréis encontrar una mujer fantástica ? Os dormiréis y no evolucionaréis. Mientras que con una Jantipa, ¡ ah, qué progreso !... ¿ Veis ?, os doy buenos consejos, ¡ siempre buenos consejos !

Mientras la Iglesia no acepte la reencarnación, hace del Señor un déspota, un monstruo. Por lo demás, habría mucho que decir sobre la forma en que el cristianismo ha presentado al Señor, puesto que ha heredado del Antiguo Testamento la imagen de un Dios celoso, vengativo, terrible, que reparte castigos y condenas. Y yo os digo : « Es falso, esta no es la ver-

dadera imagen del Señor. – ¿Y por qué estaba escrito? – ¡Porque los humanos estaban en un nivel de evolución en que se necesitaba asustarles con la imagen de un Dios severo, implacable, a quien Moisés intentaba calmar a menudo para que no destruyera a Su pueblo!» En realidad, el Señor no castiga jamás, El no se ocupa de esto. El pasa el tiempo allá arriba, entre festines, en compañía de los Angeles y los Arcángeles, entre cantos y música; y el néctar y la ambrosía manan en abundancia. ¿Cómo no va a tener el Señor algo mejor que hacer que vigilar a los humanos, día y noche, anotando en una agenda los crímenes y las porquerías que están haciendo, abiertamente o en secreto? Pobre, ¡qué situación para El! ¿Cómo no estar hastiado?

Personalmente no creo en todo eso, pero pienso que si los humanos han fabricado máquinas para registrar y calcular, se debe a que estas máquinas ya existen en la naturaleza, y por lo tanto también en nosotros. Registran todos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestros actos, y en el momento en que sobrepasamos los límites en cualquier campo, ¡crac! nos sentimos abatidos. Pero no es Dios quien nos castiga, al contrario, Dios siempre está dispuesto a recibirnos en Sus festines.

Acordaos de lo que os decía un día. Suponed que os persigue el enemigo: queréis salvaros y corréis deprisa, deprisa, hacia el Cielo. Y he aquí que llegáis: aparecéis en medio de una gran asamblea donde el Señor está festejando con los Angeles y los Arcángeles, que están cantando, divirtiéndose. Y vosotros, sin aliento, polvorientos, andrajosos, miráis esta asamblea en la que habéis caído. Nadie os dice: «¿Qué vienes a hacer aquí, palurdo? ¡Vete! ¡Esto no es para ti!» Sino que al contrario, cuando os ve, el Señor dice a Sus servidores: «Dadle agua para que se lave, y vestidle con trajes festivos para que venga a formar parte del festín.» Y a los enemigos que os persiguen no se les acepta. Están fuera esperando, y como el festín dura mucho tiempo, acaban por impacientarse

y vuelven a su casa. Ved cómo ocurre esto. ¿No os habéis dado cuenta? Ciertos días en que os sentíais tan abrumados y perseguidos por enemigos internos, empezasteis a rezar... rezar... rezar... y después de algunos minutos os sentisteis felices, libres: vuestros enemigos habían desaparecido. Intentad comprender bien esta metáfora que os presento.

No penséis que he venido para destruir la Iglesia, no, estoy de acuerdo en trabajar con ella, pero traigo una luz que, de momento, no posee. Por otra parte he intentado alguna que otra cosa: me he encontrado con sacerdotes, dominicos, franciscanos, etc. y nunca he tenido éxito. He logrado algo con dos o tres, pero con los demás, no. Porque les han deformado de tal manera en los seminarios, que ahora ya no hay nada que hacer para que acepten la luz de estas grandes verdades. Por eso prefiero entenderme con los ateos, los incrédulos, los anarquistas, y con ellos, tengo éxito. Pero los religiosos, ¡ay, ay, ay! ¡son tan limitados, tan beatos, tan estrechos!... Creo que el cambio se producirá algún día, pero ocurrirá después de que hayan pasado por todo tipo de tribulaciones que les habrán hecho reflexionar.

Puesto que el Señor está en camino de crear un nuevo cielo y una nueva tierra (está escrito en la Biblia), ¿por qué no crearía también una nueva religión? Nueva, precisamente como el cielo y la tierra que también serán nuevos. Evidentemente, es simbólico, y ya os he dicho que no hay que tomar esta frase literalmente, porque entonces también aquí el Señor quedaría muy mal; podría decirse tranquilamente que no es ni sabio, ni omnisciente. No supo escoger desde un principio los materiales más adecuados para construir la tierra y el cielo y he aquí que después de algunos millones de años los materiales se han estropeado, desgastado, por lo cual se ve obligado a crear un nuevo cielo y una nueva tierra... y mientras tanto, ¡todos los habitantes están fuera, bajo la llu-

via! No, en realidad, este nuevo cielo y esta nueva tierra nos conciernen, Dios los crea en nosotros. El nuevo cielo es una nueva mentalidad, una nueva filosofía, una nueva forma de ver las cosas y de comprenderlas. Y la nueva tierra es un nuevo comportamiento, una nueva forma de actuar. He aquí cómo hay que interpretar el nuevo cielo y la nueva tierra. De lo contrario, es catastrófico para el Señor: entonces resulta que El desconocía la propiedad de los elementos que creó y ahora se está dando cuenta de que son viejos, de que se han enmohecido, de que se han podrido. Mientras que si se interpreta esta idea como yo lo hago, el Señor permanece en Su grandeza, en Su inmensidad, en Su sabiduría infinita.

Naturalmente no aceptaréis todo lo que estoy contando. Pero intendant por lo menos no manteneros en vuestros puntos de vista antes de haberlos verificado. Hay muchas personas que se mantienen en sus puntos de vista, y cuando me escuchan, en lugar de intentar comprender, dicen: «Ah, no, esto no es verdad, no es posible, es monstruoso. ¡Yo ya sé cómo es esto!» Pero en la existencia de cada cual hay por lo menos un momento en que hay que preguntarse si el propio punto de vista es verdaderamente justo, verdaderamente impecable. Sin embargo, lo guardamos, lo protegemos toda la vida sin aceptar la necesidad de verificar si está bien fundado. ¡Pero es muy arriesgado! Hay muchas personas que se han roto la cabeza porque querían defender a cualquier precio su filosofía errónea. Y sin embargo, ¿qué hacen de vez en cuando? Se hacen auscultar por un médico para ver qué es lo que no funciona: el corazón, el estómago, el bazo, el hígado, o los intestinos... y el médico dictamina. Pero nunca irán a un Maestro para pedirle qué es lo que no funciona en su forma de sentir y de comprender. En cuanto a esto no tienen problemas, reflexionan bien, ven bien, juzgan bien, razonan bien. ¿Y qué pruebas tienen de esta perfección? Unas pruebas catastróficas: desgracias, tristezas, fracasos, ¡pero siguen creyendo que son impecables!

Llegará un día en que el mundo entero vendrá a la Fraternidad Blanca Universal. De momento no lo creéis, porque cada día aparecen nuevas enseñanzas, nuevas sectas, toda clase de prácticas antiguas que habían sido olvidadas y que empiezan a reaparecer. Ciertamente todas tienen algo bueno, pero les falta un punto esencial, el poner más énfasis en la necesidad de vivir para la colectividad, para la fraternidad, para la universalidad. Todos trabajan para sí mismos, para su propio desarrollo. ¿Y qué aportan en realidad a la humanidad con su saber y sus poderes? Nada, y a menudo se sienten desgraciados. Ahora hay que dejar todas esas cosas de lado y trabajar sólo para que el mundo entero encuentre la paz, la felicidad, la alegría, la luz. Al hacer un trabajo desinteresado para el mundo entero se reciben los verdaderos poderes, el verdadero conocimiento. Aunque no se sepa cómo vienen, el hecho es que vienen, que se instalan en nosotros. Al dejar de pensar tanto en sí mismo uno se convierte en algo formidable: porque se ensancha el círculo. Esta es la nueva enseñanza que traemos.

Le Bonfin, 11 de Agosto de 1974

II

Cada religión tiene un día particular reservado al culto, que no es el mismo para todas: para los cristianos, es el domingo, para los judíos, el sábado, para los musulmanes, el viernes... En realidad, ¿qué diferencia hay entre todos estos días? Ninguna. Todos los días son sagrados, todos los días son divinos. Está el viernes para hacer el bien, está el sábado para hacer el bien, está el domingo para hacer el bien. En la Fraternidad Blanca Universal todos los días deben ser santos. Si no, ¿a qué se va a parecer esto? ¿Se pueden infringir todas las leyes durante seis días y el séptimo ir a la iglesia para borrar los crímenes cometidos durante los otros seis? No, una jornada no es suficiente para purificarse. Para esto se necesita toda la semana. Pensar en Dios solamente una jornada, mientras que los demás días no se ha pensado en El ni una sola vez porque se estaba ocupado en trapichear, en pelear, en dormir con mujeres, ¡es grotesco! Es una mentira, una hipocresía. Lo importante es la forma en que se ha vivido durante los otros seis días.

En la nueva religión, algunas horas, una jornada para rezar, para estar en la iglesia, parecerá muy poco. Debemos estar en la iglesia de Dios cada día, y durante toda la jornada, porque la iglesia de Dios, es toda la creación. Naturalmente,

no se puede pedir demasiado a algunas personas que aún son groseras y ásperas. Para algunos, una jornada, ¡ya es demasiado! Pero en la nueva religión, se querrá ser místico durante los siete días, ser puro los siete días, tener buenos pensamientos los siete días, rezar los siete días... toda la vida. Y esto es lo que hacéis cuando estáis aquí, en el Bonfin. Aquí todos los días son domingo, o sábado, o viernes si queréis, y los pasáis en la iglesia... ¿Dónde está esta iglesia? Puede estar en el exterior, en toda la naturaleza, pero está sobre todo en el interior, en vosotros.

Mirad la respuesta que dio Jesús a la Samaritana. Ella le decía: «Nuestros padres adoraron sobre esta montaña, y vos decís que el lugar donde hay que adorar está en Jerusalén...» Y Jesús le respondió: «Oh mujer, en verdad, en verdad te digo, que se acercan los tiempos en que no se adorará a Dios ni sobre la montaña de Samaria ni en el templo de Jerusalén, sino en espíritu y en verdad.» Pero como aún no había llegado la época en que la muchedumbre pudiera comprender estas verdades, Jesús preparó a san Juan para darle la base filosófica, cabalística, esotérica, simbólica si queréis, de todas esas nuevas nociones. Preparó a san Juan en secreto, a escondidas de los demás discípulos. Pero ellos se daban cuenta y estaban un poco celosos; incluso una vez Pedro hizo reproches a Jesús. Antes de partir, Jesús se preocupó de confiar al menos a uno de sus discípulos la parte no revelada de su Enseñanza. Por esto preparó a san Juan, y san Juan fundó una Iglesia que no fue aceptada ni comprendida por la Iglesia de san Pedro.

Acordaos de lo que dijo Jesús a san Pedro hacia el final... El le preguntaba, hablando de san Juan: «Y a éste, Señor, ¿qué le sucederá?» Entonces Jesús respondió: «Y si quiero que se quede hasta que yo vuelva, ¿a tí qué te importa?»... «Y añade el Evangelio que se propagó el rumor de que san Juan no moriría.» Entonces, supongamos que san Juan esté aún vivo en algún lugar desconocido... Su Iglesia ha prepara-

do toda una élite que trabaja en secreto, y que, a través de los siglos, ha sido depositaria de la Ciencia esotérica; es la Iglesia que vendrá a manifestarse un día. La religión de san Juan, es la nueva religión que va a venir. Y las Iglesias católica, protestante u ortodoxa pueden replicar, como ya lo han hecho en el pasado, para intentar exterminar la Iglesia de san Juan, pero no lo lograrán, de la misma forma que no lo lograron en el pasado.

Todos los Iniciados antiguos que fueron puros, instruidos, eran discípulos de san Juan, y los demás, en las Iglesias oficiales, al no poder aceptar ni soportar su superioridad, no han cesado de perseguirles. Pero esta Iglesia, que se ha visto siempre obligada a vivir y a trabajar en secreto, sigue formando hijos e hijas de Dios, y va a mostrarse ante todo el mundo, manifestando su superioridad y su riqueza. En este momento, lo quiera o no, la Iglesia de san Pedro se verá obligada a cambiar, a reformarse. Naturalmente, en esta Iglesia han existido algunos seres escogidos, pero en cuanto a los demás, ¡mejor no hablar de lo que se ocupaban! Y en lugar de comprender que debían instruirse, progresar, se han dedicado a perseguir a los que les superaban.

¿Creéis que durante siglos los sacerdotes, los obispos, etc... entraban en la Iglesia por amor de Dios, por vocación? Tened en cuenta que era lucrativo, honorífico, ¡y maravilloso para los perezosos! ¿Qué hay que hacer allí? Algunas misas, algunos rezos, algún bautizo, algún matrimonio, y el resto del tiempo, ¡libres! Naturalmente, algunos tenían vocación, sentían la necesidad de consagrarse enteramente al Señor, e irradiaban, arrastraban a las masas por lo que se desprendía de su alma a través de sus ojos, su palabra, su presencia. Eran templos de Dios. Pero para muchos, estar en la Iglesia no era más que una cómoda ocupación. Por otra parte, actualmente, se está produciendo el mismo fenómeno en la clase médica. En las Iniciaciones de la Antigüedad, sólo era médico aquel que había recibido de Dios el don de curar. Entonces, sólo con su

presencia, mediante algunas palabras, imponiendo sus manos sobre el enfermo, le curaba. Ahora, viendo que se ganará mucho dinero, que se adquirirá prestigio, influencia, etc... se escoge ser médico. Y es así como todo tipo de granujas que quieren ganar dinero a cualquier precio envenenan al mundo entero; pero esto no importa, pasan por médicos. Es el incentivo de la ganancia lo que motiva a los humanos: muchos no escogen un oficio a no ser que proporcione dinero o gloria. No tengo ningunas ganas de rebajar a los médicos o a los sacerdotes, dejémosles donde están, pero yo os estoy diciendo la verdad.

La Iglesia de san Pedro siempre ha mostrado una tremenda intolerancia, cortando cabezas, quemando a aquellos que no pensaban ni actuaban exactamente según las reglas establecidas por ella. Los miembros de la Iglesia de san Juan jamás han cortado cabeza alguna, jamás han encerrado a nadie, han dejado a los demás que hicieran lo que quisieran, dirigiéndose hacia el Señor, queriendo llegar a ser como El. Mientras que la Iglesia de san Pedro ha mantenido a los humanos en la mediocridad y en la debilidad, porque querer llegar a ser como Dios era orgullo, ¡estaba prohibido! Y sin embargo, ¿qué había dicho Jesús? «Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto» Ved, pues, cuál es el ideal más elevado. Ahora bien, si los demás tienen otro ideal, eso es cosa suya.

La religión católica puede pavonearse ahora pretendiendo que es universal; es su opinión, pero no la opinión de los Iniciados. La religión universal será la religión del sol, porque solamente el sol es universal. Diréis: «Pero, ¿y el Señor?» Evidentemente, el Señor... ¡Pero el Señor es tan sublime, tan inaccesible! No se quiere aceptar al sol con el pretexto de que no hay que adorar más que a Dios, pero mientras, no somos capaces de ir hasta El y nos quedamos en el vacío. Con el pretexto de que hay que adorar a Dios, no sentimos ni comprendemos absolutamente nada. ¡Oh, qué inteligencia! ¿Por qué

no vemos que el sol es el único que puede acercarnos al Señor, dándonos una imagen de Su grandeza, de Su luz, de Su amor, de Su poder? Se le rechaza y con ello nos quedamos en las tinieblas, en el frío, en la debilidad.

Los humanos son raros: construyen teorías abstractas sobre la Divinidad en las que se cuestiona la esencia, la substancia, la trascendencia, disputan en relación a todas esas teorías de las que, de cualquier forma, la gente no entiende nada, pero no aceptan que la imagen del sol pueda proyectarles hasta la Divinidad, ¡ah, esto no! Pues bien, quieran o no, la religión del porvenir será la religión del sol, porque ésta nos da la imagen más justa de la trinidad divina.

Aunque haya ya un volumen entero dedicado al sol*, aún no os he dicho gran cosa. Sí, el sol... ¡si se le pudiera comprender mejor, qué descubrimientos se harían! Mirad solamente este precepto de Jesús: «¡Amad a vuestros enemigos!» Es difícil de admitir. Amar a los amigos, sí, ¡pero a los propios enemigos! Raramente encontraréis, aun entre los cristianos, a alguien que haya decidido amar a sus enemigos. Si ni siquiera es seguro que amemos a nuestros amigos, entonces, ¿cómo vamos a amar a nuestros enemigos? Os lo aseguro, analizaos y veréis, es la cosa más difícil, y nos preguntamos de dónde sacó Jesús esta ley moral... Pues bien, ¡del sol! Porque tanto si le amáis como si no, el sol os envía su luz y su calor. Ved que el sol es el único que ha resuelto este problema: ama incluso a los incrédulos, a los criminales, los alimenta, los vivifica. Sin hablar de su importancia en el universo, sólo en este campo de la moral, ¡el sol es tan grande, tan sublime! Si queréis encontrar entre los humanos un modelo de este ilimitado amor, quizá lo encontraréis, aunque con muchas dificultades, ¡incluso entre los seres más evolucionados! Naturalmente, Jesús es uno de ellos: tenía todos los poderes porque dijo: «Me han sido dados todos los poderes del cielo y de la

* Tomo X: «Los esplendores de Tipheret».

tierra.» Pero no empleó estos poderes contra sus enemigos, y en el momento más terrible, dijo hablando de ellos: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.»

Si queréis conocer la verdadera moral, la encontraréis en el sol, y sólo en el sol. Todo el mundo habla, pero lo que dicen, no llegan a cumplirlo. Mientras que el sol no dice: «Os amo... Yo amo a mis enemigos...» No, no dice nada sino que continúa amando al mundo entero. Todas las leyes de la moral cósmica pueden descubrirse y respetarse a través del sol. Los humanos buscan los principios morales en las bibliotecas, en los libros escritos por personas apolilladas. Sin embargo, hay que ir a instruirse en el sol.

Naturalmente, no se puede imponer nuestra Enseñanza, nuestra forma de vivir. Solamente muy pocos, aquellos que han sufrido mucho y que se dan cuenta que si prosiguen así serán borrados de la lista de los vivos... sólo éstos se apresuran a transformarse, a cambiar de vida. A los demás no se les puede forzar, aún son muy jóvenes, necesitan otras experiencias, otras lecciones, no se les puede forzar. Si no han comprendido la importancia de todas las actividades espirituales que desarrollamos aquí, durante las comidas, durante los cantos, y los ejercicios de respiración, los rezos, las meditaciones, el ayuno... si no han comprendido que se trata de medios muy poderosos que se les dan y los desprecian, ¿qué queréis que haga? No se puede forzarles, hay que dejarles, y sufrirán. Mientras que para los que quieren verdaderamente progresar, se abre ante ellos un campo de actividades extraordinarias. Estas actividades del discípulo están representadas simbólicamente por los doce trabajos de Hércules, los doce trabajos de Hércules que están ligados al zodiaco.* Son las doce actividades humanas que permitirán abrir las doce puertas y convertirse en la nueva Jerusalén, la ciudad de la luz en donde no habrá más enfermedades, muerte, ni tinieblas. La nueva Jeru-

* Ver Tomo VIII.

salén, es el hombre perfecto que posee los doce portales perladados, y las doce piedras preciosas como asiento de sus mura-las.

He aquí, mis queridos hermanos y hermanas, que os traigo la Enseñanza de Cristo. No hay nada, absolutamente nada en mis conferencias, que contradiga la Enseñanza de Cristo. Lo que os revelo puede contradecir algunos libros de ciertos escritores, o algunos dogmas que no son más que inventos y que no tienen relación alguna con la Enseñanza de Cristo, pero nada en mis conferencias contradice el verdadero pensamiento de Cristo. Ahora la cuestión está en saber si estáis de acuerdo con las Escrituras, con los Evangelios, en donde todo lo que se dice es muy sencillo, o si estáis con aquellos que lo deformaron todo. Hasta el siglo IV los cristianos trabajaron con la verdadera filosofía de Cristo. Fue más tarde cuando se produjeron todo tipo de desviaciones.

Pero en el futuro – está escrito en Ezequiel – habrá tantos cambios, la luz y el amor de Dios se propagarán de tal forma entre las criaturas, que éstas serán instruidas por el mismo Dios, comprenderán las escrituras, vivirán una vida perfecta, profetizarán y tendrán sueños. En aquel momento, los humanos ya no tendrán necesidad de sacerdotes ni de pastores, ni tampoco de mí. Sí, todos los humanos serán guiados, dirigidos por el espíritu divino. Está dicho, y esto se realizará. Entonces, todos estos beatos que venden medallas y pequeñas reliquias con un pedazo de madera de la cruz de Jesús, (y en dos mil años, ¿no se habrá liquidado un bosque entero?) se verán obligados a cerrar sus tiendas, porque todos irán directamente a la Fuente.

Y ésta era la idea de Jesús cuando decía: «En espíritu y en verdad.» En espíritu y en verdad, es decir, separado de la materia y de las mentiras. Cuando los humanos vivan en el espíritu y en la verdad, ya no necesitarán de todas esas muletas, ¡sus piernas llegarán a ser más sólidas y caminarán! Lo que Jesús tenía en su pensamiento era grandioso; veía a per-

sonas todavía tan débiles, vulnerables y mezquinas, que siempre contaban con algo material y exterior a ellos, pero él quería una humanidad fuerte que sólo contara con su poder interno, espiritual.

Le Bonfin, 25 de Agosto de 1965

III

Lectura del pensamiento del día :

«Mediante la oración y la meditación, el discípulo purifica su propio templo y llama al Señor para que venga a habitarlo. Nada es comparable a un cuerpo humano que ha sido purificado, santificado para convertirse en un templo del Altísimo. Cuando el hombre es un templo y reza en su propio templo, entonces el Señor le escucha y le acoge.»

La mayoría de personas descuidan enormemente la purificación de su cuerpo físico. Nunca piensan que puede llegar a convertirse en un templo de Dios Vivo, y que por lo tanto deben ocuparse de reforzarlo y purificarlo. No cesan de estropearlo comiendo y bebiendo cualquier cosa, fumando y haciendo toda clase de locuras. Este cuerpo que debería ser un templo no se parece en nada a un lugar sagrado, y en esas circunstancias evidentemente no será el Señor quien pueda habitarlo, sino más bien las entidades inferiores, los indeseables a quienes les gusta mucho la suciedad y se alimentan de materias impuras.

Ya os he contado a menudo que he aprendido mucho observando a los insectos: las hormigas, los chinches... Estos

animalitos poseen unas antenas extraordinarias que la ciencia todavía no ha estudiado. Por ejemplo, yo no tengo hormigas en mi casa de campo, pero sólo tengo que tirar un poco de alimento para que aparezcan en pocos minutos. ¿Mediante qué tipo de olfato, qué clase de radiestesia llegan a descubrir, desde tanta distancia, la presencia de estas sobras? Y si quito las migajas, se van. Lo mismo ocurre con las moscas, las pulgas, los ratones. E incluso en algunos hoteles o dormitorios sucios y mal conservados – ¡como en Oriente! – cuando la gente se duerme, los chinches empiezan a moverse por el techo. Y entonces es formidable la precisión que demuestran dejándose caer exactamente sobre una persona dormida y no sobre la otra. ¿Cómo sienten al que tiene en su sangre ciertas impurezas que podrán alimentarlos? ¡Verdaderamente son sabios! Miran y dicen: «¡Ah, a éste, sí, vamos allá!» ¡Y allá van!

Es así como, gracias a los chinches, he aprendido las grandes leyes de la pureza. Porque estas leyes son las mismas en el plano psíquico. Hay animalitos que sienten desde lejos las impurezas y se acercan para alimentarse. Por todas partes, en cualquier lugar, todo es un alimento para alguien. Las criaturas nocivas, malas, tenebrosas, tienen necesidad de comer, y las criaturas buenas, las criaturas de Dios, también. Incluso expliqué en otra conferencia que Dios Se alimenta, y los cristianos estaban horrorizados: «¿Cómo, Dios tiene necesidad de comer?» ¡Evidentemente, no come morcilla! «Y, ¿qué come entonces?» ¡Ah! estos cristianos, ¿cuándo podré lograr que me comprendan? Está dicho en el Génesis que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, y puesto que el hombre come, ¿por qué no iba a comer Dios? El come y son los Serafines quienes Le alimentan ofreciéndole emanaciones, radiaciones, sustancias tan sutiles, tan puras, tan preciosas, que difícilmente podemos concebirlo.*

* Ver tomo XI, capítulos VIII, XII y XVI.

La mayor parte de los humanos se olvidan, pues, de cuidar su templo. Sin embargo está dicho en las Escrituras: «Sois templos de Dios Vivo». Entonces, atención, no dejéis que se introduzcan en vosotros suciedades como les ocurrió a los Judíos en el templo de Jerusalén. Habían llevado allí todo tipo de animales y de aves para venderlos, ¡y estaba todo tan sucio! Jesús fue el único que se indignó, los demás lo encontraron normal. ¿Qué es un templo? Pues eso: un lugar donde se puede invitar a todos los animales. Entonces Jesús tomó unas cuerdas para hacer un látigo y les expulsó a todos diciendo: «Quitad todo eso de aquí, no hagáis de la casa de mi Padre una cueva de ladrones».

Echando un vistazo sobre la mayoría de hombres, un clarividente puede constatar que el cuerpo físico, que debería ser el templo del Altísimo, en realidad se ha convertido en la guarida de numerosos animales. Los humanos han olvidado, como los Judíos, lo que debe ser su templo. Es preciso que el Señor vuelva y diga: «Conservad limpio mi templo, de lo contrario me veré obligado a marcharme y os sentiréis abandonados. No puedo quedarme en un lugar tan sucio».

A los humanos se les ve siempre inquietos, molestos, desgraciados... Ello prueba que no pueden alcanzar la presencia del Señor que les iluminaría. ¿Y por qué no pueden? Que se hagan esta pregunta. Porque no han introducido en su cuerpo más que porquerías, han abierto las puertas a criaturas infernales, sin pensar siquiera que por esta razón Dios no habita en ellos y no envía a ninguno de Sus ángeles. Porque, a no ser que una persona se convierta en algo absolutamente puro, el Señor no vendrá a asentarse en él; pero puede enviar a uno o varios representantes, a ángeles o genios. Ahora bien, si se le ha olvidado purificar su cuerpo y se encuentra en el frío y la oscuridad, tiene que concluir por decirse: «Es verdad, he hecho todo lo que he podido para llegar hasta aquí: he introducido entidades espantosas y ahora el Cielo me abandona». Esto es lo que hay que decir, porque es la verdad.

Os he dado métodos de purificación en varias ocasiones. No es suficiente meterse en el agua de un cubo o en un río para purificarse – y sin embargo, ¡éste es el bautismo para muchas sectas que no están iluminadas ni instruidas en la verdadera Ciencia iniciática! Aunque os zambulláis tantas veces como queráis no os purificaréis, porque no es el agua física la que purifica, sino otra agua; y el verdadero bautismo no ocurre solamente en el plano físico, sino también en otras regiones. La verdadera purificación concierne a cuatro regiones que la Cábala llama Asiah, Ietzirah, Beriah, Atziluth, y que corresponden a los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. Cada elemento está representado en lo alto por los cuatro Angeles más elevados de la jerarquía: los Serafines, o Hayot ha Kodesch, como les llama la Cábala. Así pues, podéis hacer este ejercicio: al Angel de la tierra le pedís que limpie vuestro cuerpo físico, al Angel del agua que lave vuestro cuerpo astral, al Angel del aire que purifique vuestro cuerpo mental, y al Angel del fuego que santifique vuestro espíritu. He aquí un trabajo fantástico que podéis hacer durante los ejercicios de respiración. Ya os he hablado extensamente sobre esto.*

Pensad cada día en vuestro templo, porque al hacerlo, la luz, el calor, la pureza se instalarán en vosotros y os revelarán muchas cosas. Es sencillo, está claro. Mientras que aquellos que ensucian su templo no pueden hacer otra cosa que dejarse arrastrar hacia lo deforme y lo deshonesto. Todos estos pintores contemporáneos, por ejemplo, que presentan las nuevas tendencias que llaman «arte abstracto», ¿por qué están fijos en sus concepciones del arte sin que los demás comprendan nada? Si guardan para sí el sentido de sus obras – ¡y tampoco es seguro que lo conozcan! – la gente jamás podrá utilizarlo para elevarse, ennoblecerse y encontrar al Señor. Si yo empe-

* Ver tomo VII.

zara a hablar un lenguaje incomprensible, ¿acaso os sería útil? Parece ser que existen sectas en las que algunos, bajo la influencia del Espíritu Santo, hablan distintas lenguas. Pero como no se entiende nada, no aprovecha a nadie, ni siquiera a ellos mismos, lo cual es insensato. Hay que hablar un lenguaje claro para todos.

Supongamos que seáis un artista y que exponéis una obra, una pintura, una escultura; es necesario que el mundo entero comprenda su sentido. Si habéis hecho esta obra únicamente para vosotros mismos, no la expongáis, porque no tiene sentido presentar al público una obra que no va a comprender... También aquí la humanidad se ha desviado, ha escogido medios de expresión estúpidos, y ahora nadie se atreve a decir siquiera que en la mayoría de los casos, el arte contemporáneo no es más que una aberración. Todos dicen «amén» y aplauden. Hace algunos años, en Inglaterra, un pintor expuso unos cuadros abstractos con los que la crítica estaba extasiada. Después de haber recibido numerosas felicitaciones, el pintor reveló lo que había ocurrido: un día que había salido del taller, su gato, al que dejó allí, se había divertido mojando su cola y sus patas en las pinturas, y después se había paseado encima de las telas, con lo cual había hecho varios «cuadros abstractos»... precisamente los que el pintor había expuesto. Y los críticos se pusieron furiosísimos cuando comprendieron que ¡se habían extasiado ante los cuadros de un gato! Un gato, ¿os dais cuenta? En estas condiciones el primer idiota que se presenta, o incluso un bebé, puede hacer cualquier cosa y exponerla.

En realidad, si sois un artista, debéis acometer una obra que nadie más pueda hacer, una obra tan bella, tan educativa, que proyecte los corazones y las almas hacia el Señor, y que al verla, todos quieran llegar a ser perfectos como su Padre Celestial. Ved cómo comprenden los Iniciados la misión del arte: conducir a los humanos hacia el Cielo, y no hacia el Infierno, la cacofonía y el desorden. Cualquiera puede com-

poner, dibujar horrores y presentarlos, pero es criminal, porque a la larga las obras de arte actúan sobre la mentalidad del público. Y si actualmente hay tanta gente desquiciada, se debe a que cada día se tiende más a mostrar el desorden y la fealdad. Todo lo que se oye y todo lo que se ve actúa sobre el sistema nervioso. Cuando contempláis el desorden, este desorden se instala en vosotros; cuando contempláis la belleza, la armonía, llegáis a ser bello y armonioso... es una ley mágica.

¿A qué se debe el que los artistas no hayan comprobado esta ley y que hayan descubierto semejantes modas, cuando había tantas cosas espléndidas por descubrir? Se debe a que han descuidado este templo del que os acabo de hablar, y lo han ensuciado hasta tal punto que han sido criaturas infernales quienes han entrado en ellos. Y ahora les inspiran: «Haz esto, haz lo otro...» y los resultados son de una fealdad abominable. Si se hubiesen ocupado de limpiarse, purificarse, santificarse, consagrarse al Cielo, sus ideas, sus intuiciones, sus inspiraciones, habrían sido de otro orden. Hay que instruir a los artistas, explicarles que el mundo psíquico está regido por leyes implacables, y que si llevan una vida estúpida, atraen a entidades, a presencias inferiores que les inspirarán negativamente y acabarán por corroerles.

Así pues purificaos cada día – porque el ayer, era para ayer, y hoy hay que volver a empezar – hasta que todo vuestro ser esté completamente renovado. La purificación es el trabajo de toda una existencia. Aunque un niño haya sido sumergido en el agua el día de su bautizo, no por ello estará protegido durante toda su vida de los espíritus malignos, que no se atreverán a entrar en él. ¡Los diablos no tienen miedo de este bautismo! Es el propio ser quien debe trabajar cada día para desarrollar lo que recibió el día del bautismo. Si no continúa haciendo esfuerzos en el mismo sentido, el bautismo se rompe. ¡Pero id a explicar todo esto a los cristianos! Pien-san que Jesús, al sacrificarse, ha salvado a los humanos de

una vez y para siempre: pueden cometer todos los pecados, todos los crímenes, esto no importa, están salvados, el Señor derramó su sangre por ellos. Pero yo les pregunto: «¿Cómo es posible que aún viváis en medio del desorden, las enfermedades, las tragedias, si verdaderamente habéis sido redimidos, si verdaderamente se han pagado todas vuestras deudas?» No pueden responderme... Porque no es suficiente haber sido bautizado y salvado una vez; es preciso que continúen de todo corazón, con toda su alma esta salvación y esta purificación del bautismo durante toda su vida. Yo he visto espectáculos lamentables: cristianos orgullosos y satisfechos de haber sido purificados para siempre, imaginándose que ya no tenían necesidad de nada más. Una vez bautizado católico, ¡se acabó, es para toda la eternidad! Y cuando vivís con esta gente, son como los demás, o incluso peores. Por eso les digo: «No habéis entendido nada, no habéis aprendido nada, no habéis realizado nada». ¿Acaso nos comprenderán un día? Se diría que todo el mundo nos comprende, ¡excepto los cristianos!

Algunos hermanos y hermanas me han escrito desde Turquía recientemente: me cuentan que habían sido invitados a una comida, y que entre ellos se encontraba un sabio turco de avanzada edad, muy erudito, que les ha dicho poco más o menos lo siguiente: «La religión musulmana es una cosa maravillosa. ¡Qué felicidad para nosotros el ser musulmanes! Pero aún sería mejor que existiera una religión universal». Así pues, veía perfectamente que la religión musulmana aún no es la religión universal. Ciertamente no es el único que piensa así. Debe haber en el mundo entero otros seres que han captado esta idea y que piensan que no podemos contentarnos con religiones adaptadas a tal raza, a tal nación o a tal tribu, sino que hay que llegar a una religión universal.

Y yo la he encontrado, estoy en la religión universal. Cuando los hombres la descubran, todos comprenderán su lenguaje, porque está fundada en las mismas necesidades

esenciales del ser humano. Y el símbolo que estará en el centro de esta religión será el sol, porque el mundo entero tiene necesidad de él, el mundo entero le comprende, el mundo entero le ama. La única religión universal es la religión solar porque detrás del sol se encuentra el Dios de todos los hombres. La prueba está en que todos tienen necesidad del sol. Los cristianos no necesitan de los dioses budistas, ni los budistas del dios de los cristianos, ni los musulmanes del dios de los judíos, etc.; en estas condiciones habrá divisiones, odios y guerras por toda la eternidad. ¿Creéis acaso que en Irlanda, donde los católicos y los protestantes están ocupados en matarse entre sí, han encontrado al Señor?...

Hay demasiadas religiones en el mundo, y esa es la causa de las mayores desgracias de la humanidad. Una religión única es suficiente: la de la luz, del calor, de la vida, y esta es la religión del sol. ¿Acaso el sol fulmina a aquellos que tienen otro Dios? No, es indulgente, tolerante, dice: «Creed en lo que queráis, yo seguiré distribuyendo mis riquezas»; mientras, los humanos se matarán entre sí hasta el fin para imponer su concepción de un Dios que ninguno de ellos ha visto.

Y yo, he visto al Señor... Sí, en el sol. Porque es el sol el que mejor expresa la perfección divina, que representa el más sublime ideal. Debemos ser como él: continúa dando la luz, el calor y la vida sin ocuparse en saber quién es católico, ortodoxo, protestante, judío, musulmán, budista... para el sol, todos son hijos de Dios. Entonces, os digo que tarde o temprano resultará imposible ignorar estas grandes verdades, el mundo entero encontrará la verdadera, la única religión de Cristo. El espíritu del sol, he ahí el Cristo. No se trata de encontrar al Cristo en el disco solar que vemos brillar en el cielo, sino de sentir que detrás de este sol, detrás de este símbolo, está el Señor, lleno de amor. Por eso quiero eliminar todas esas nociones limitadas, acumuladas desde hace siglos, y mostrar lo que pienso, lo que se me ha revelado: la religión universal, la única religión del porvenir, la religión de Cristo.

La religión que trajo Jesús era perfecta, no lo niego. Pero con el paso de los siglos se la ha deformado tanto que ha llegado a convertirse en un caldo de cultivo adecuado a todo tipo de gérmenes y microbios en plena fermentación. Así pues, hay que abandonar todas esas formas de comprensión erróneas para encontrar la religión única, que existe desde el principio del universo y que existirá hasta el final. El sol estaba ahí mucho antes de que los hombres apareciesen sobre la tierra, pero éstos no comprenden el mensaje que les envía cada día: «¡Llegad a ser como yo, brillad, irradiad, calentad, vivificad, dad, amad!» Están tan absortos en sus insignificantes y prosaicas preocupaciones, que nadie piensa en mirar al sol para llegar a ser como él. Dirán: «Pero, ¿de qué sirve el sol? Jamás ha logrado volver juiciosos a los humanos, volverles buenos, iluminarles, instruirles.» Sí, naturalmente, porque se les ha ocultado siempre la importancia del sol. La Iglesia razona como Nastradine Hodja; un día sus alumnos le presentaron el siguiente problema: «Nastradine Hodja, ¿qué es más importante, el sol o la luna? Y Nastradine Hodja respondió: «¡Naturalmente, la luna! ¿De qué sirve el sol durante el día? Por lo menos la luna nos ilumina durante la noche». Y la Iglesia razona más o menos de la misma manera; os dirá que lo más importante es la misa, no el sol. Así pues, empujará a la gente a abandonar a aquél que hace madurar el trigo y la uva sin los cuales ningún sacerdote podría decir misa jamás. Es preciso que de ahora en adelante la Iglesia diga a los cristianos: «He ahí el símbolo de Cristo, nosotros debemos llegar a ser como él».

Entonces, mis queridos hermanos y hermanas, tomad en serio lo que os estoy revelando, porque es muy importante. Por otra parte los amigos del mundo invisible os vigilan y os dicen: «Vuestro instructor os ha dado una llave muy preciosa. Si no hacéis nada con ella, ¡os pedirán cuentas por ello!» Porque cuando el Cielo ve que se es indigno de sus regalos, no se siente muy satisfecho, y también yo recibo algunas repri-

mendas. Me dicen: «¿Por qué das perlas a estos perezosos? ¿Por qué no las guardas para ti? Entonces, pensad un poco en mí para que el Cielo no me dé alguna sacudida por vuestra causa. En realidad no conocéis todas estas leyes, todas las conexiones que existen entre las cosas, entre los seres. Pensáis: «Pero, ¿cómo? Si transgredimos nosotros ciertas leyes, ¿os castigan a vos? Pues sí. En realidad no sabéis mucho. Estamos atados, y si me permito algunas veces transmitir os verdades que debería haber guardado para mí, es a mí a quien se piden responsabilidades, y el Cielo me lo reprocha: «Eres demasiado generoso, ¿por qué no les dejas que se esfuercen y trepen, que sufran y se lastimen las manos? Les colocas en la cima sin que tengan que realizar esfuerzo alguno con lo cual no se ejercitan. Es preciso que sepan lo difícil que resulta subir».

Así pues aquellos que quieren ahora una religión universal pueden encontrarla: está ahí desde siempre; aún no ha sido reconocida, pero ha existido siempre. Todas las religiones que han aparecido, cambian y desaparecen porque no son universales; las ha habido a millares, no se pueden ni contar, pero la verdadera religión es única y no desaparecerá nunca. La nueva religión debe abarcar todo el universo. Ved que el sol ilumina y calienta a todas las criaturas, a las plantas y a los animales. Mientras que la religión cristiana ilumina y da calor apenas a algunos millones de personas en el mundo, y la historia no nos cuenta cuánta luz y cuánto calor da. ¡Cuántos hay aún que no han oído hablar del cristianismo en su vida! Pues bien, desgraciadamente para el cristianismo, se encuentran mejor tal como están.

Y ahora, la época de Acuario traerá la religión universal. Acuario es el agua que mana y apaga la sed de las criaturas, es la vida, el amor que aporta la nueva religión. Una religión que no sea capaz de aportar esta agua, no es universal. El agua es universal, no existe una sola criatura que no necesite agua. El agua es universal como el aire, como la luz. La nueva

religión se fundará en elementos universales con los cuales los humanos se saciarán y calmarán su sed. Mientras que ahora vemos cómo los cristianos se convierten en budistas o musulmanes, los judíos o los musulmanes en cristianos, etc. Así pues ninguna religión es universal. Cuando venga la religión universal, nadie sentirá el deseo de irse a pasear a otra parte, todos formarán parte de la única religión.

En el pensamiento que os acabo de leer, se decía : «Cuando el hombre ora en su propio templo, Dios le escucha y le acoge». Sí, ¿por qué no acoge Dios las oraciones de aquel que no entra en su propio templo para orar? Podéis orar en una iglesia, y está bien, pero se trata de un templo que os es extraño, y en él encontraréis menos resonancia para ascender hasta el trono de Dios. Esta iglesia, esta catedral, quizás esté impregnada de buenas oraciones, de buenas influencias, pero si vuestro propio cuerpo no está purificado, será un obstáculo. Es inútil rezar en un lugar puro y magnífico si estáis sucios. Pero si vuestro propio templo es puro, no hay necesidad de ir a una iglesia : allá donde estéis, en cualquier parte, en una montaña, vuestra oración será escuchada inmediatamente. Estas son cosas que importa mucho saber : frecuentamos los templos, lo cual es estupendo, pero olvidamos nuestro propio santuario.

Dejad que los demás se ocupen de los templos y de las iglesias, y vosotros, durante años, pedid a los cuatro Angeles que os limpien, que os laven, que os purifiquen, que os santifiquen. Mediante el pensamiento, tratad de imaginar que sois un santuario por el que mana agua viva : dejadla fluir por todas partes, y lavará y rociará todas vuestras células. ¿Por qué no practicar tales ejercicios para convertir el propio cuerpo en un templo de belleza ? Interior, naturalmente. Yo no os pido que hagáis como estas personas, en especial las mujeres, que toman un baño cada día y se untan continuamente, pero que están sucias interiormente y se sienten mal porque nunca

se encuentran «lavadas». Ha habido santos que no se lavaron nunca pero en cambio eran de una extraordinaria pureza interior. Evidentemente, no preconizo este «olor de santidad»; sólo quiero deciros que no hay que olvidar ninguno de los dos aspectos, ni el exterior, ni el interior. Hay que equilibrarlos, pero dando preponderancia al interior.

Quizás pensáis que quiero demoler la religión. Ante todo, ha habido muchos otros antes que yo que se han encargado de ello durante siglos. En cuanto a la verdadera religión, es eterna y nadie podrá destruirla. Aunque encontramos en la Biblia algunos puntos que no se adaptan a nuestra época, también contiene verdades esenciales que perdurarán eternamente, nadie podrá destruirlas. Porque estos grandes seres, estos profetas que descendieron a la tierra estaban inspirados, guiados, habitados por el Señor. Pero luego, después de su desaparición, se produjeron algunas deformaciones: o no tuvieron tiempo suficiente para explicarlo todo, o bien los demás no les comprendieron. Pero a medida que avancéis, veréis con más claridad que la religión de Cristo es más amplia de lo que han creído los cristianos. Si verdaderamente el cristianismo fuese la religión universal, la humanidad se encontraría en mejor estado.

Le Bonfin, 30 de Julio de 1972

IV

*

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, estáis en la Enseñanza, estáis sumergidos en las verdades espirituales, y sin embargo alguna que otra vez sentís que pasáis por un estado terrible como si Dios os hubiese abandonado. Es un estado experimentado por muchos santos y místicos, y me gustaría intentar proyectar hoy una nueva luz sobre esta cuestión para vosotros. Pero os diré en primer lugar lo siguiente: todo depende de la manera como consideréis al Señor.

Cuando se estudia la historia de las religiones, se comprueba que Moisés aportó una idea verdaderamente revolucionaria al presentar a Yahveh como un Dios único. Pero este Dios era temible, era el Dueño del universo, un Dueño implacable, intransigente, un fuego devorador: los humanos ante El no eran más que criaturas temerosas y temblorosas obligadas a cumplir Sus mandamientos. Cuando llegó Jesús, presentó al Señor como un Padre del que todos somos hijos; la distancia que nos separaba de El disminuyó, e incluso resultó que estábamos unidos a El por lazos familiares, todo había cambiado. En realidad, ¿dónde estaba el cambio? Sencillamente en nuestras cabezas, en nuestros corazones, en nuestro fuero interno: nos hemos sentido más cerca de Dios. Hasta entonces, El se mantenía alejado, aterrador, había que

temerle siempre – «El temor del Señor es el principio de la sabiduría» – tener miedo, temblar... Pero Jesús vino para reemplazar el temor por el amor, y en lugar de tener miedo de este Dios terrible, el hombre podía amarle, podía acurrucarse junto a El, sentirse ante El como con un padre o una madre. Así pues, se trataba de un elemento nuevo en la religión.

Pero ahora hay que ir aún más lejos. Mientras que situéis al Señor en alguna parte del universo al que llamáis Cielo, con sus ángeles y sus arcángeles, con este esplendor, estos festines, se trata siempre de una comprensión objetiva: Dios está situado fuera de vosotros. De acuerdo en que El sea vuestro Padre y vosotros Sus hijos, pero está siempre fuera de vosotros. Pues bien, ésta es la desgracia: proyectáis a Dios fuera de vosotros, Le buscáis, Le suplicáis, está siempre fuera de vosotros. Es posible que Dios exista fuera del hombre; sólo cuando el hombre Le concibe exteriormente a sí mismo siente sus propias limitaciones, siente los obstáculos que le separan de El: demasiados mundos, demasiadas estrellas, espacios infinitos... Imposible encontrarle. Mientras que el día en que siente a Dios presente en el interior de sí mismo como una luz, una vida, una inteligencia, como la fuerza única, ya no puede estar por más tiempo separado de El, Le encuentra en sí mismo.

Verdaderamente no se ha enseñado a los humanos a comprender a Dios de esta manera. De cuando en cuando encontramos en la literatura un místico, un poeta, un pensador que lanza alguna de estas ideas y entonces se dice: «¡Oh, qué poético, qué profundo es!», pero nadie se detiene para trabajar esta idea, para vivirla. Se sigue aún considerando a Dios como algo exterior a sí mismo. Pero si concebimos al Señor como exterior a nosotros, ¡esto significa que también nosotros somos exteriores a El! Y si estamos fuera de El, ¿qué ocurrirá?

Pues bien, precisamente, ¿qué es un «objeto»? Tomad como ejemplo un agricultor, un artesano, un obrero: tienen

utensilios, objetos distintos a ellos mismos, que utilizan de vez en cuando, y después, acabado el trabajo, los dejan a un lado, y a la mañana siguiente, o más tarde, los vuelven a tomar. También nosotros, mientras creamos existir fuera de Dios, Dios nos toma, y después nos deja a un lado como a objetos. Mirad al alfarero con sus jarros o a la patrona con las cacerolas de su cocina: si las cacerolas tuviesen conciencia, ¿qué dirían? Gemirían: «¡Desde hace tiempo nuestra patrona nos ha abandonado! Cuando nos utilizaba por lo menos nos calentaba, la cuchara nos raspaba y esto hacía un ruido agradable, nos divertíamos, y ahora nos ha abandonado. ¡Qué maldad, qué crueldad!»

Qué le vamos a hacer si somos como la vajilla frente al Señor y si El nos ha olvidado alguna que otra vez, ¿acaso ello no es normal? ¿Se lo podemos reprochar? Precisamente por esto de vez en cuando nos sentimos olvidados. El Señor tan pronto nos utiliza, como nos deja de lado, no se Le puede reprochar. ¿Acaso un día alguna de las cacerolas de vuestra cocina se atreverá a reprocharos el haberla abandonado? Sois los dueños de vuestra casa, hacéis lo que queréis, eso es normal. Entonces, ¿por qué rebelarse contra el Señor cuando nos sentimos abandonados? No es lógico, no es justo... Cuando seáis algo en El, en Su cabeza, en Sus miembros, entonces sí, estaréis siempre con El, sobre El, en El. Pero mientras que os creáis exteriores a El, practicáis la peor filosofía que existe.

Pronto, creedme, se producirán cambios en la filosofía y en las concepciones religiosas de los humanos. De momento encuentran normal, natural, colocar una distancia entre Dios y ellos, todo el mundo está convencido de que debe ser así. Pero entonces, ¿por qué protestan cuando sufren las consecuencias?

Ya os lo he dicho, en el futuro habrá un tercer Testamento que vendrá a completar los dos precedentes y encontraremos recalcada, subrayada, presentada en su esencia la siguiente

verdad: que el hombre debe aprender a acercarse aún más a Dios, a sentirle dentro de sí mismo. En este momento, ya no experimentará nunca más la impresión de sentirse abandonado.

Si el Señor nos abandona ahora, es porque también nosotros Le abandonamos. ¿Acaso estamos siempre con El? Ya se sabe que hicimos nuestra primera comunión, rezamos algunos minutos al Señor, pero después de este día hasta los cincuenta, sesenta años, ¿acaso hemos vuelto a pensar en El? No, ¡Le hemos dejado plantado! Entonces, ¿por qué no puede hacer lo mismo? ¿Por qué tiene que estar continuamente pensando en nosotros? ¿Qué somos, qué representamos para que esté obligado a ocuparse continuamente de nosotros?

Evidentemente, el Señor piensa siempre en nosotros, ¡pero de una forma tan distinta a la que nos imaginamos! Ved la prueba: nace un niño y la Inteligencia cósmica le da todo lo preciso para vivir en la tierra, nada le falta: la cabeza, los brazos, las piernas, los órganos, todo está ahí. Se le ha enviado a la tierra completamente equipado como se hace con los soldados: se les da su fusil, sus botas, su casco, sus municiones. Pero después, es él quien debe espabilarse. Si creéis que Dios está siempre pensando en nosotros, os equivocáis. Todo lo que necesitamos: la salud, la vitalidad, la fuerza, nos lo ha dado ya... aunque habría que decir que no es El quien se ocupa de todo esto, El deja esta tarea a Sus servidores que conocen perfectamente su trabajo, y durante este tiempo, El se ocupa de asuntos mucho más vastos.

Sí, el tercer Testamento aportará a los humanos la solución definitiva. Vivirán continuamente con el Señor, y como ya no podrán abandonarle, tampoco El podrá abandonarles. Mientras que ahora, puesto que únicamente nos acordamos del Señor alguna que otra vez, también El se acuerda de nosotros sólo de vez en cuando. Incluso los grandes santos se lamentaban de que Dios les había abandonado: ello se debe a

que desconocían estas verdades. ¿Os extrañáis? Pues sí, un santo puede tener muchas cualidades, virtudes, amor, pero no estar tan evolucionado en el campo de la comprensión, del conocimiento. Y para los demás, ocurre al revés: comprenden pero no tienen ninguna virtud, ninguna cualidad.

Ahora me diréis: «Sí, es cierto, pero es más respetuoso, más conveniente considerar al Señor fuera de nosotros. Es lo que nos han enseñado.» La verdad tiene miles y miles de grados, y ahora ha llegado el momento de ir más lejos. Es necesario pensar que el Señor está ahí, en nosotros, y considerar al mismo tiempo que formamos parte de El, una parcela infinitesimal, que El es el todo y que nosotros somos una partícula de ese todo. Si oráis al Señor pensando que está en algún lugar más allá de las estrellas, ¿cómo queréis que vuestra oración llegue hasta El? Sí, es cierto que un día dije que la oración recorría el universo entero, pero ¡precisa de tanto tiempo para atravesar el espacio infinito! Mientras que si el Señor está ahí, muy cerca, en vosotros, la comunicación se produce inmediatamente, El os entiende, os escucha, os acoge. La distancia es importante. Supongamos que quisierais dispersar las nubes, disiparlas: esto no se producirá instantáneamente, son muy lentas, se toman mucho tiempo; entonces, si se precisa tanto tiempo para una distancia tan pequeña – algunos cientos de metros, no más, imaginad cuánto se necesitará para alcanzar al Señor... y para despertarle, por ejemplo, ¡si suponemos que duerme! Mientras que si El está ahí, dentro de vosotros, sólo con decir: «Al teléfono, Señor» obtendréis inmediatamente la comunicación. Os puede parecer irrespetuoso lo que estoy diciendo... No, comprendedme, es una manera de hablar.

Entonces, de ahora en adelante, cuando meditéis, intentad ejercitaros en sentir al Señor dentro de vosotros, y veréis los resultados: cada vez sentiréis menos esta sensación de abandono. De momento, unas veces os sentís alegres, inspirados,

alborozados, sois felices durante algunos días ; y otras os invade una sequedad terrible : todo está desierto, árido, y en este momento decís : «Dios me ha abandonado».

Os mostraré una imagen : os encontráis en la tierra lejos del sol, tan lejos, que entre él y vosotros se han interpuesto unas nubes, y estáis a su merced. Os gustaría recibir su calor, su luz, pero es imposible : las nubes lo impiden. ¿Qué hacer? Vais a esperar y cuando estéis esperando diréis : «El sol me ha abandonado.» Pero no es así, os encontráis demasiado lejos. Estáis debajo de las nubes. Suponed ahora que tomáis un avión o un globo y que subís por encima de las nubes : entonces nada se interpone entre el sol y vosotros. Está allí brillando continuamente, jamás os ha abandonado. Así pues, cuando uno se siente abandonado, se debe a que se ha descendido demasiado por debajo de las nubes, y allá hay siempre una pantalla que impide el paso del sol. Pero si os sentís siempre alegres, inspirados, ello indica que habéis sobrepasado esta región nubosa : para vosotros el sol brilla continuamente, contempláis la luz, sentís su calor que os penetra. He aquí una explicación muy sencilla.

Puesto que esta sensación de sentirse abandonado depende de nosotros, ¿por qué no cambiar de mentalidad? ¿Por qué permanecer en una región tan baja, donde cada día, en cada momento, una pantalla intercepta la luz y nos impide recibir esta alegría y estas revelaciones del sol? Esta es, precisamente, la razón de ser de la Iniciación : ayuda a hacerse «un lugar en el sol», como se dice, pero un lugar muy elevado, muy por encima de las nubes, un lugar donde no se depende ya de nada ni de nadie, ¡donde se es invulnerable, inatacable, invencible, immortal! Hay que subir más arriba, siempre más arriba. Hay que variar los conceptos que se tienen del Señor, hacerlos subir más arriba, lo que significa acercarse a El, acercarse tanto que se Le sitúa dentro de sí mismo, tenerle tan cerca, en el interior, de forma que uno se siente bañado continuamente por Su presencia... En este momento ya no podrá

decirse lo que dijo santa Teresa : «Señor, ¿por qué juegas conmigo como si fuera una pelota?» Naturalmente, si os consideráis una pelota, un objeto exterior a El, según la concepción más extendida entre los cristianos, no podréis dejar de sentirnos abandonados. Incluso los profetas o santos más grandes, a pesar de su bondad, su amor y su abnegación, no han podido escapar a esta impresión.

Pero como sé que también a vosotros os sucede lo mismo, os diré aún algunas palabras. Cuando os sintáis desamparados como si todo hubiese acabado, y os parezca que los lazos se han roto, que la fuente se ha agotado, ved entonces lo que os aconsejo : mantened una conversación con el Señor y decidle : «Señor, Tú me has rechazado, Tú me has abandonado, Tú me has olvidado, estoy disgustado, Tú ya lo ves... Pero en fin, qué le vamos a hacer, Señor, estoy atrapado, me he comprometido en el camino de la luz, y no puedo retroceder. Algunas veces pienso en cambiar de rumbo, en volver con los incrédulos, pero no puedo, Señor... Porque a pesar de lo que Tú hagas, no hay nada mejor que este camino. Entonces, haz lo que quieras, pero yo no puedo cambiar. Aunque me sienta mutilado, desdichado, enfermo, continuo. Aunque me sienta enfurecido, excitado, no puedo cambiar de camino : ¡no hay otro camino! Peor para mí, yo continuo». En aquel momento, el Señor que os escucha (¡y El sólo escucha estas palabras!), da a Sus servidores la orden de que os ayuden. Cuando en la tierra un pobre hombre pronuncia semejante oración, enseguida se le transmite el mensaje. Para este tipo de mensajes, el Señor tiene tiempo, dice : «En cuanto a éste, inscribid su nombre, es el hombre más inteligente. Está descontento, se siente desgraciado y sin embargo dice que no puede cambiar de camino. ¡Ah! Hay que ocuparse de él.»

Así pues, ¡habladle al Señor de esta manera! ¿Por qué no Le habéis hecho nunca un ruego como éste? Por el contrario, Le amenazáis, diciéndole : «Ah, ¿es así? Pues bien, vas a ver, no creeré más en Ti. Se ha terminado, no Te daré nada

más...» ¡Ni tan siquiera una vela!» Observad qué amenaza : «¡Ni tan siquiera una vela!» El pobre Señor llorará, sabedlo, porque habrá un cirio menos en las iglesias y entonces Le faltará luz...

No hay nada peor que decir o pensar : «Pues bien, ¡se ha acabado!» Creedme, la mejor solución, es ésta : id al encuentro del Señor, llorad, gemid, decidle lo cruel que es, lo desgraciados que sois : habíais contado con El y El no os es fiel... Bueno, todo esto... Pero, al final, añadid lo siguiente : «Solamente que no hay otro camino. No puedo echarme hacia atrás. Entonces, qué quieres Señor, continuaré creyendo en Ti y sirviéndote.» Tuteadle, si queréis, ¡no se molestará! Pero terminad vuestra oración así, mis queridos hermanos y hermanas, porque, lo repito, es la mejor.

Le Bonfin, 3 de Agosto de 1968

IV



Naturalmente, no es fácil llegar a concebir al Señor como algo inseparable de nosotros mismos. Pero mientras los humanos Le consideren como independiente de ellos, lejano, inaccesible, interiormente pasarán por todo tipo de estados de conciencia extremadamente dolorosos. Así pues, ahora hay que franquear otra etapa. En todos los campos se necesita evolucionar, incluso en el religioso. Aquí, más que en otras partes, se tiende a imaginar que los preceptos que se dieron hace miles de años son válidos para toda la eternidad. Pues no, es un error pensar así. Todo evoluciona, todo progresa. ¡Mirad cómo evoluciona la ciencia! Y la religión no evoluciona. La ciencia evoluciona, los sabios hacen descubrimientos. ¿Por qué? Porque no creen, dudan, y parece ser que las dudas les hacen progresar. Mientras que la fe, una fe que no está viva, estanca a los humanos. Por otra parte, cuando esto sucede, no se trata de fe, sino de credulidad.

Os he hablado a menudo del Jnani-yoga, que es un ejercicio para conocerse a sí mismo. Para el discípulo, el fin del Jnani-yoga consiste en arrancar su conciencia del círculo limitado de su personalidad, para que pueda fundirse en la conciencia ilimitada del Ser cósmico que vive dentro de él y de quien aún no tiene un conocimiento claro. Este Ser, esta

parte de la Divinidad está en él, y debe encontrarla. Así pues hay dos polos : vosotros mismos, la conciencia que tenéis de vosotros mismos, es decir vuestro yo inferior, y después vuestro Yo sublime, del que aún no tenéis conciencia ; está ahí, vive en vosotros, trabajando y manifestándose ; aún no sabéis lo que hace, pero desde aquí, desde abajo, podéis imaginaros a este Ser sublime que está en vosotros, que intenta manifestarse a través de vosotros para conocerse a sí mismo a través de la materia densa de que estáis compuestos. Se conoce a sí mismo arriba, pero quiere conocerse a través de vosotros, a través de la materia opaca. Gracias al esfuerzo que hacéis para imaginar esta aproximación de vuestro Yo superior, un día se producirá tal iluminación que vuestra conciencia ya no tendrá límites. Estaréis en la luz, deslumbrados, y os sentiréis uno con este Ser sublime : vuestro Yo superior.

Es un ejercicio muy difícil, naturalmente, pero es uno de los más poderosos y eficaces. Si podéis hacerlo alguna que otra vez, obtendréis grandes resultados. Y entonces, sin importar lo que hagáis, esta superconciencia estará presente para participar en todas vuestras actividades : sí, porque os habréis atado. Este es el sentido del Jnani-yoga. «Yo, soy El», y porque no hay nadie más que El, es El, el Señor, quien me ha formado como un reflejo, una ilusión ; pero a través de esta ilusión quiero volver hacia esta sublime conciencia, fusionarme con ella, desaparecer en ella, vivir en su abundancia y en su plenitud. Mientras viváis fuera de Dios, os priváis de Sus riquezas. El no puede dároslas : El y vosotros formáis dos mundos que no pueden comunicarse entre sí porque no vibran al unísono. Mientras que si aprendéis a sincronizaros ya no hay separación, empezáis a sentiros otro ser, y es el mismo Dios quien viene a manifestarse en vosotros. En el sentido iniciático la muerte es esto : no existís más como un ser independiente que se opone al Señor, es el mismo Dios quien entra en vosotros. Este es el sentido de las palabras de Jesús cuando decía : «Si no morís, no viviréis», o bien cuando

mostraba que había logrado sobrepasar su propia individualidad para fusionarse con el Señor: «Mi Padre y yo somos uno».

Naturalmente, no todo el mundo llega hasta este punto. Pero esforzándose, es posible escapar a ciertas limitaciones. Los humanos no saben utilizar los medios que Dios ha puesto a su disposición. Dios nos ha dado la posibilidad de llegar a ser como El. Todos los seres tienen esta posibilidad, pero debido a lo que momentáneamente son, están impedidos para alcanzarlo. No sienten, no conocen esta realidad, la mayoría permanecen muy abajo. Y sin embargo, nadie está atado, incluso las criaturas más limitadas poseen los medios para superarse; si admitieran la necesidad de volver su mirada y su pensamiento hacia estas regiones en que se encuentra el Señor, se darían cuenta de sus posibilidades. Pero, ¿cuántas personas intentan cambiar algo en ellos mismos? Evidentemente, lo he dicho siempre, la razón es muy sencilla: todo depende de lo que sea más importante para ellos. Si lo más importante es el dinero, los placeres, y no hay lugar alguno en su cabeza para la espiritualidad, ¿qué progreso queréis que hagan? Pero si encontráis a un ser que da el primer lugar a la luz, al amor, a la belleza, al espíritu, sin preocuparse por saber si será rico o pobre, si comerá cada día o si no comerá, si estará bien vestido o vestirá andrajosamente, si será honrado o ridiculizado, para él todo es posible.

La importancia que se da a las cosas es lo que determina todo lo demás. Sé perfectamente que la mayoría de los humanos están exclusivamente pendientes de las adquisiciones materiales, y que su interés por la vida espiritual es para ellos más bien una cosa decorativa. Alguna vez, cuando se encuentren ociosos, cuando se encuentren malhumorados, leerán algunas páginas de un buen libro, irán a escuchar algo un poco más elevado, meditarán un poco, rezarán un poco, pero lo esencial está en el lado material, la facilidad, la tranquilidad. Por ello no llegarán nunca a atraer las bendiciones del

mundo divino. Vivirán, se aprovecharán de todo lo que hay en la tierra, pero a las riquezas espirituales, no lograrán nunca atraerlas, sentirlas, vivirlas. Sólo cuando vayan al otro mundo comprenderán que no han mejorado nada, que han perdido el tiempo.

Si queréis evolucionar de verdad, debéis poner en primer lugar el anhelo de vuestro espíritu, dar el primer puesto a la luz. Pero para ello hay que desearlo y necesitarlo, y desgraciadamente no puede fabricarse; se viene con o sin esta tendencia, que está ligada a la existencia que se ha llevado en otras encarnaciones.

Si un hombre viene a la tierra con el gusto por lo espiritual, entonces con pocas cosas, con un solo libro, algunas palabras, se inflama, nada puede detenerle. Mientras que los demás, a pesar de que todo el mundo se lo pida, no cambian: los consejos de todos los santos, de todos los profetas no servirán para nada, porque existen otras tendencia que les arrastran hacia otra dirección. Pero para poder volver en la próxima encarnación con el deseo de transformaros, debéis empezar desde hoy, aunque no sintáis la necesidad, porque intentándolo, forzándoos un poco, preparáis el terreno para la próxima encarnación, y cuando volváis, ya tendréis estos gustos: porque habréis sembrado algunos granos en la encarnación precedente. He ahí la utilidad del trabajo que hacemos en la Fraternidad. Es cierto que con algunos temperamentos ¡no hay nada que hacer en cuanto a lo espiritual! Pero por lo menos, al venir aquí, aunque sólo sea por curiosidad, reciben sin que lo sepan algunos gérmenes que algún día se manifestarán.

Pero volvamos al ejercicio de identificación del que os acabo de hablar. Si lo hacéis podréis obtener grandes resultados. Sólo hay un peligro, que consiste en imaginaros que ya sois el mismo Dios, convirtiándoos en seres muy orgullosos. En cuyo caso, ¡cuántas tejas caerán sobre vuestras cabezas! Aun en el caso de que alcancéis la superconciencia, no sólo debéis

seguir siendo humildes, sino que debéis serlo todavía más y no echárselo en cara a los demás, no anonadarles con vuestra superioridad, seguir siendo sencillos. Algunos, al aprender la fórmula: «Yo soy El», sólo han conseguido convertirse en personas insoportables, enemistándose con su familia y con su entorno. Necesitaban que el mundo entero supiese que eran divinos, con lo que ocasionan choques y disputas. Cuando nos ejercitamos en el acercamiento al Señor, hay que tener cada vez más generosidad y amor. Porque Dios es amor. Si tenéis que aplastar y matar a los demás para mostrarles que sois una divinidad, se debe a que no habéis comprendido nada.

Así pues os prevengo: desde el punto de vista psicológico este ejercicio es peligroso. Hay que estar muy atento, y para que no se manifieste el orgullo, tenéis que empezar por reconocer que también los demás son una parte de Dios. Para que este ejercicio sea perfecto, debéis comenzar por pensar, por sentir que todos los humanos, como el Señor, también están en vosotros, son parte de vosotros. Toda esta colectividad, toda la humanidad, sois vosotros, habita en vosotros. Sólo aparentemente estáis separados de los demás. Si lo entendéis así en lugar de combatirles y atormentarles, sentiréis sus necesidades, sus inquietudes, sus sufrimientos, y estaréis obligados a ayudarles. He ahí cómo nos convertimos realmente en una divinidad, y no en un monstruo para quien los demás no son otra cosa que insectos a los que se puede aplastar. Cuando os doy ciertos métodos, debo también advertiros que si no tomáis precauciones, estos métodos os traerán perjuicios. Y, naturalmente, ¡seré yo el culpable! Pensad siempre que todas las criaturas que están a vuestro alrededor son una parte de vosotros mismos. Cuando se camina por esta senda de la verdadera filosofía iniciática, se ve que todas las criaturas no son más que una. En realidad sólo existe un Ser, el Creador; todas las criaturas no son más que células diseminadas de su inmenso cuerpo, células cuya conciencia no está unificada.

Suponed que las células de nuestro cuerpo tengan una conciencia. Evidentemente, las células de los pies, del hígado, del bazo, se sentirían separadas unas de otras, porque su función no es la misma: el corazón trabaja de una manera, el hígado de otra, etc... y podrían ayudarse mutuamente o disputar entre sí. Pero si las células fuesen capaces de alcanzar una comprensión superior, verían que un solo ser las contiene y alimenta a todas: el propio hombre.

Entonces, también nosotros debemos razonar de la misma manera y decir: todos estos individuos de la tierra, estos Japoneses, estos Chinos, estos Turcos, estos Franceses, estos Alemanes... son células de un ser colectivo; pero al haber descendido estas células a un nivel de conciencia inferior no son capaces de abarcar la unidad, y entonces sus reacciones, su comportamiento, no son adecuados. Pero el día en que, como una pequeña célula, nos unamos a todas las demás células que representa el Ser sublime, el mismo Dios, descubriremos que toda la humanidad no forma más que un solo ser. Cuando esto suceda, sentiremos tal amor, tal piedad, tal indulgencia, que realizaremos verdaderamente la fórmula: «Yo, soy El.» Mientras no se llegue a este estado de conciencia, sólo se querrá matar a los demás, no se producirá realmente un cambio, sólo una hipertrofia de la personalidad, eso es todo.

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, el verdadero cambio está en la conciencia de la unidad. No existimos como unidades separadas, cada uno representa una célula de un inmenso organismo y nuestra conciencia debe fundirse en esta conciencia universal que abarca al hombre en su totalidad, al hombre cósmico. Ahí está el verdadero progreso, la verdadera evolución.

Por otra parte tenemos pruebas de los lazos que existen entre los seres, puesto que un médium, que puede ser una mujer completamente iletrada, posee el don, cuando entra en trance, de sentir los sufrimientos de una persona que se

encuentra a su lado. Los Iniciados, cuya sensibilidad es superior a la de los médiums, pueden también sentir el estado físico y psíquico de los seres, pero frecuentemente no lo muestran, porque han alcanzado la verdadera maestría, y saben que entorpecería su trabajo. Si no evitan sufrir y ser molestados, ¿cómo podrán ayudar a los demás? Precisamente porque han superado este estado, son Maestros y pueden ayudar a los demás. También a mí me ha ocurrido esto frecuentemente: siento de pronto un dolor en una parte del cuerpo y sé que proviene de algún sitio; me concentro para ayudar a la persona y poco tiempo después, recibo una carta que dice: «Oh Maestro, sufría en tal sitio del cuerpo, entonces pensé en vos, y ahora me siento bien.» Sí, pero he sido yo quien ha tenido que tomar este sufrimiento. Naturalmente puedo dominarlo, pero de cualquier forma representa un trabajo que hacer. Así es como se dice que Jesús llevaba los sufrimientos de la humanidad, y yo lo creo.

Algunos pensarán que, en estas condiciones, ¡es mejor no llegar a ser ni un Maestro ni un Iniciado! Sí, pero entonces se verán privados de todo lo demás... Tomar los sufrimientos de los demás es pasajero, ¡y es tan maravilloso ser útil! Un Iniciado se siente feliz de poder ayudar y aliviar a los hombres. Luego, durante el tiempo restante, se siente inspirado, dilatado, porque comunica con otras criaturas que se encuentran en estados de felicidad y beatitud. ¡Hay tantas criaturas visibles e invisibles que viven en la paz y la alegría, con las que podéis sentir estados maravillosos! No hay, pues, de qué inquietarse.

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, la vida en la tierra es una ilusión, un sueño. La realidad, es otra cosa. Entonces, ¿por qué perder la vida eterna para alcanzar una ilusión de la cual pronto no quedará ni rastro? Naturalmente hay que ocuparse de comer, de vestirse, de tener una casa, pero hacedlo en la medida que os permita adquirir riquezas que podáis guardar durante la eternidad. Es más inteligente. Porque un

día todo os abandona y os quedáis completamente desnudos, no tenéis nada. Incluso los libros que habéis leído y el saber que habéis recibido en las universidades, se os arrebató, desaparece. Cuando volváis a la tierra, hay que volver a empezar a leer, a aprender, porque lo que poseáis no eran vuestras riquezas, eran los demás quienes os las habían dado; esto no os pertenece, y se os arrebató. Sólo aquello que habéis saboreado, experimentado, profundizado, lo podéis conservar, y en la próxima encarnación, volveréis con estos dones y estas cualidades. Es así como se explican el talento y el genio. Un filósofo o un músico genial no hace otra cosa que traer de nuevo los conocimientos que vivió profundamente en una encarnación anterior.

El hombre ha venido a la tierra para dar gloria al Creador y ayudar a los demás. Pero en lugar de esto, la mayoría se entierran y se embrutecen porque siempre están preguntándose qué dirá la familia, la sociedad... Naturalmente, cuando dominan el miedo y el temor, nada nuevo puede introducirse en el mundo. ¿Dónde encontráis ahora personas que afronten las privaciones pensando: «Esto no es nada, lo tengo todo dentro de mí, mi vida interior es tan intensa, tan rica, que no tengo necesidad de nada más»?

¿Empezáis a comprenderme? Diréis que sólo me comprenden los que no son ricos ni viven fácilmente... De ninguna manera. Estos piensan día y noche en llegar a ser como los otros, están furiosos porque nos son tan ricos ni están tan bien situados como los demás. Su pensamiento está ocupado en envidiar a los demás, por lo cual no se aprovechan de la buena situación en que el Cielo les ha colocado, consideran que se trata de una injusticia. ¿Creéis que los pobres saben utilizar la pobreza como la mejor oportunidad para convertirse en divinidades? Siempre se rebelan. Y, ¿por qué? Porque quieren llegar a ser ricos. Aparentemente están escandalizados por la riqueza, pero en el fondo la desean con todas sus fuerzas. Y si los ricos tuvieran una comprensión más amplia de la

situación, se sentirían desdichados y distribuirían todo entre los pobres; y los pobres rechazarían todas estas riquezas diciendo: «¡No, no queremos nada, estamos tan bien así!» Si los ricos estuviesen iluminados, verdaderamente querrían despojarse y los pobres no querrían tener nada más. ¡La monstruosidad de lo que acabo de contaros, es increíble! ¿no es cierto? Y sin embargo, es verdad. Así pues, para salvarse, los ricos deben dirigirse ahora a los pobres diciéndoles: «¡Os lo suplicamos, tomad!» y los pobres responder: «No, de ninguna manera». Diréis que esto es el mundo al revés. Pues sí, así es como hay que enderezarlo.

En las conferencias sobre el sol, os he hablado de un ejercicio que se parece mucho al que os acabo de indicar.* Os decía: imaginad que vuestro Yo superior está en el sol y que desde allá arriba mira vuestro pequeño yo inferior, débil, imperfecto, sentado allí, a punto de meditar sobre la Roca. Así preparáis las condiciones para que se produzca una circulación entre vuestro Yo superior y vuestro yo inferior, y es el principio de una nueva vida. Naturalmente, no vais a sentirlo enseguida, se precisa un cierto tiempo para que la corriente se refuerce, se intensifique. Inmediatamente después, ya no tendréis dudas, sentiréis que se producen dentro de vosotros fenómenos extraordinarios y ello representará para vosotros la certeza absoluta. No hay nada más maravilloso que la certeza. En la certeza os volvéis fuertes y poderosos y lográis convencer a los demás. Mientras que cuando no estáis completamente seguros de lo que decís, de lo que vivís, no podéis influir en los demás, porque sienten vuestra indecisión. Evidentemente esta certeza no puede producirse antes de que haya manifestaciones, no se puede fabricar, pero la certeza contiene el mayor poder de persuasión.

Sèvres, 4 de Abril de 1970

* Ver Tomo X, capítulo III, y también Tomo XVII, capítulo VIII-II.

V

*

Habéis visto, en el Bonfin, los dos triángulos que han sido colocados en la sala de conferencias : un triángulo rojo, con la punta hacia arriba, y el otro triángulo, azul, con la punta hacia abajo. Ya os he hablado varias veces del simbolismo de esos dos triángulos*, pero hoy todavía insistiré en ello para mostraros la riqueza y la profundidad de su significado.

Así pues ya os revelé que estos dos triángulos son los símbolos de los principios masculino y femenino, del espíritu y de la materia. Porque el universo no es más que eso : espíritu y materia, el trabajo del espíritu y de la materia. O bien, para los materialistas que no quieren oír hablar del espíritu : la fuerza y la materia. Porque el espíritu es una fuerza. Solamente que al hablar de fuerza en lugar de espíritu, privamos a la fuerza de todas las demás cualidades del espíritu : la inteligencia, la conciencia, el amor. La fuerza es un poder ciego, inconsciente. De cualquier forma nadie puede negar que todo en el universo gira alrededor de estas dos realidades : el espíritu y la materia, el principio masculino y el principio femenino.

* Ver Tomo VIII y Tomo XXVIII.

La ciencia se ha fijado especialmente en el proceso de evolución gracias al cual las formas, las especies se han organizado y han llegado a ser más sutiles o más inteligentes. Así pues sólo ha considerado el movimiento ascendente que corresponde al triángulo rojo cuya punta está vuelta hacia arriba. Puesto que los científicos no están instruidos en la Ciencia iniciática, no han visto que el movimiento evolutivo había sido precedido por un movimiento involutivo. No lo han visto porque este movimiento involutivo se produjo en el mundo sutil. Debido a esta laguna, su filosofía es errónea. La Ciencia iniciática enseña que cada evolución va precedida de una involución: el espíritu que desciende en la materia. Llegado a un cierto grado de materialización, el espíritu quiere volver, y en esto consiste la evolución: volver, perfeccionarse, llegar al punto más alto de desarrollo, pero a través de la materia. Esta evolución no puede hacerse sin la participación del espíritu. Debido a que contiene la vida, la conciencia, la inteligencia, el espíritu arrastra a la materia, a las formas y a las criaturas hacia la perfección. Así pues, hay que comprender perfectamente que no puede haber evolución sin involución. Nada puede producirse aquí, en la tierra, si desde arriba, con anterioridad, no desciende alguna otra cosa. Imaginarse que las formas han podido evolucionar, sin aceptar antes la involución de una forma divina, el descenso del espíritu, es no comprender nada de nada. Entonces, ved que la involución y la evolución son los dos triángulos. El triángulo con la punta hacia abajo, es el espíritu que desciende a la materia para animarla, vivificarla, y el triángulo con la punta hacia arriba, es la materia que quiere evolucionar para encontrar el espíritu. Cuando ambos triángulos se encuentran, forman el sello de Salomón.

En los libros esotéricos se habla mucho del sello de Salomón, pero muy pocos han comprendido la profundidad y el poder mágico de este símbolo. Su poder procede del encuentro y de la penetración de los dos triángulos, de los dos princi-

pios. Al Iniciado que posee ambos principios fusionados en sí mismo se le llama andrógino. Mientras que el ser que representa sólo un triángulo, el del hombre o el de la mujer, es débil, está mutilado; por ello busca su otra mitad, el otro triángulo, para formar con él el sello de Salomón. Todos quieren ser sellos de Salomón, por eso se buscan. Los hombres buscan a las mujeres y las mujeres buscan a los hombres. Inconscientemente quieren convertirse en sellos de Salomón.

Podemos encontrar estos dos triángulos bajo muchas formas. En todos los templos de la India veréis un objeto, al que llaman lingam, hecho con una base horizontal (que representa el principio femenino), coronado por un elemento vertical (que representa el principio masculino). Cuando estuve en la India, hablé con muchos religiosos, gurús, diciéndoles: «No habéis comprendido el símbolo del lingam. – Cómo, ¿no lo hemos comprendido? Es un símbolo que pertenece a nuestra tradición. – Sí, pero no lo habéis comprendido. La prueba está en que os casáis. Hubierais debido tener el principio femenino en vosotros, pero al faltaros, lo habéis buscado externamente.» Naturalmente, no esperaban este tipo de observaciones por parte de un cristiano y de un occidental, y no quedaron muy contentos. Si el hombre, que representa la fuerza, el poder, la voluntad, posee también en sí mismo las cualidades femeninas tales como la ternura, la delicadeza, la pureza y el amor, está en la plenitud, no necesita de una mujer. Y también es verdad para la mujer: si posee cualidades masculinas, no necesitará encontrar un hombre para casarse. Mientras se busque una mujer o un hombre, no se han realizado estas dos tendencias que son las únicas que pueden proporcionar la plenitud.

Diréis: «¡Pero los hombres siempre han buscado a las mujeres para casarse, y recíprocamente!» Lo sé, no me enseñáis nada nuevo, pero eso prueba que los humanos aún se encuentran en el campo de la separatividad, de la debilidad, de la división. La filosofía de los Iniciados posiblemente es

difícil de aceptar, pero es verdadera. Yo no hablo para agradar a la muchedumbre. Si tuviese que hablar a los humanos de todo lo que les gusta, no solamente debería aceptar sus debilidades y sus vicios, sino que incluso esperarían que les animara en este sentido. Las personas comunes y corrientes quizás lo harían, pero un Maestro, que quiere conducir a sus discípulos hacia la perfección, está obligado a decirles la verdad, aunque no les sea agradable.

Estudiemos ahora esta cuestión de los dos triángulos en el ámbito de la vida espiritual. En el pasado, religiones como el budismo, o incluso el cristianismo, empujaban a los humanos a alejarse del mundo físico para poder alcanzar al Señor, fusionarse con El. La tierra no era más que un valle de lágrimas, una ilusión de la que era preciso desprenderse lo más rápidamente posible para volver al Cielo, al Nirvana. Así pues, cada cual no pensaba en otra cosa que en salvar su alma para disfrutar de todo el esplendor del Cielo. Naturalmente, esta manera de considerar las cosas no es mala, pero es imperfecta. Gracias a ella se han podido hacer numerosos descubrimientos en la vida interior, pero ya no es válida para hoy.

Al adoptar la filosofía del triángulo de la mujer se abandona la materia, así como todas las actividades y los deberes que comporta, y de ello se siguen ciertas anomalías. Por lo tanto ahora hay que trabajar con el triángulo del espíritu, que es el de la realización, de la manifestación aquí, en el mundo, en el cuerpo físico, en la materia. No hay que buscar, por lo tanto, ascender, elevarse; por el contrario, hay que descender. Algunos «místicos» dirán: «¡Oh! ¡pero es terrible! Descendiendo vamos a perdernos. ¡En ninguna parte se dice que hay que descender! Sino que, por el contrario, hay que subir, desprenderse de la tierra.» Como queráis, pero esta actitud no puede traer el Reino de Dios y Su Justicia sobre la tierra. Los pocos que busquen salvarse van a dejar a todos los demás sumergi-

dos en el desorden y la miseria, porque esta filosofía de la huida no es capaz de transformar el mundo. Se precisa otra filosofía, y esta nueva filosofía viene con la era de Acuario: el agua que desciende, la vida que desciende de las regiones celestiales para transformar la tierra, haciendo crecer los gérmenes del Reino de Dios. Naturalmente, el Cielo es un mundo perfecto colmado de bendiciones y de esplendor donde seremos libres y felices. Sí, pero si abandonamos siempre la tierra por el Cielo, la tierra seguirá siendo un desierto.

Jesús decía en la oración dominical: «Venga a nos el Tu reino, hágase Tu voluntad así en la tierra como en el Cielo» Nunca se ha comprendido que la voluntad de Jesús era la de transformar, mejorar, embellecer y purificar la tierra para que fuese parecida al Cielo. Todos están prestos a huir, porque ello interesa a su diminuta alma, a la que quieren salvar. Ahora no es preciso ya querer salvarse, sino solamente comprometerse en un trabajo glorioso para lograr que descienda el Cielo a la tierra. Diréis: «Pero, ¿cómo? ¡Eso no se puede hacer!» Sí, el triángulo del espíritu nos muestra cómo trabajar en este sentido. El discípulo debe buscar el Cielo, entenderlo, pero una vez alcanzado, hace descender esa luz que está en el Cielo, ese amor que está en el Cielo, ese poder que está en el Cielo, esa pureza que está en el Cielo, y los introduce en su cuerpo físico, su cerebro, sus pulmones, su estómago... Es así como después de varios años de esfuerzo, logra reunir en él al espíritu y a la materia, y realiza plenamente este símbolo del sello de Salomón.

Actualmente vemos cómo se manifiestan las tendencias extremas: países que están muy avanzados en el campo técnico, económico, social, que hacen todo lo posible para mejorar su situación aquí, en la tierra, pero que han suprimido la religión; mientras que otros países como la India – evidentemente ahora esto ha cambiado un poco – poseen tal tradición de espiritualidad, que desprecian casi completamente la vida material, y millones y millones de personas viven en la sucie-

dad, la miseria y la enfermedad. Naturalmente, no doy la razón ni a unos ni a otros, porque se necesitan ambas cosas : estar siempre ligado al Cielo, pero trabajando en la tierra.

Entonces, esta es la nueva religión que viene : poder aportar algo divino, aquí, en la tierra. Diréis : «Pero, para el Cielo, queremos trabajar para el Cielo...» ¡El Cielo no necesita de vosotros, está tan lleno, es tan rico ! ¿Qué podríais añadirle ? Aquí en la tierra es donde se necesita de vosotros. Entonces, es mejor cambiar un poco de táctica. Pero esto no significa volver la espalda al Cielo, no, sino por el contrario permanecer atado a él para poder enseguida dar a los demás. Porque si no estáis ligados al Cielo, no sois ricos, en cuyo caso, ¿qué podéis repartir a los demás ?

Acordaos de los consejos que os he dado. De la misma manera que en los países pobres los padres de familia parten al extranjero para ganar dinero, también vosotros, para poder alimentar a vuestra familia, tenéis que ir al extranjero a trabajar y a ganar dinero. Naturalmente, esto es simbólico. El extranjero es el Cielo adonde se puede ir mediante la oración, la meditación, la contemplación, etc... Personalmente, lo que hago es lo siguiente : cada día os abandono y voy al extranjero para recoger oro y venir a distribuirlo. ¿Por qué seguir siempre apegados a la familia, a los amigos ? ¡Porque les queremos, decimos ! No, no les queremos, o les queremos incorrectamente. Les dejamos morir de hambre porque somos incapaces de alimentar su corazón, su alma, y esto no es amor.

Tomemos un ejemplo. Os llega una idea. Sentís que esta idea es buena y os sentís felices : por lo tanto ha descendido hasta el sentimiento. Sí, pero eso no está completo ; sólo cuando os ponéis a expresarla, a realizarla, se termina el proceso normal. ¿Acaso un pintor, un músico, un poeta, se conforman con conservar sus obras en la cabeza ? No, las realizan. Entonces, ¿por qué en otros campos deberíamos conformarnos con el pensamiento y el sentimiento ? Hay que reali-

zar. En el campo de la espiritualidad y de la religión, también hay que realizar. Para muchos, la religión está en la cabeza o en el corazón, y obran contrariamente a lo que piensan o creen. Sin embargo, no han comprendido cómo ha concebido las cosas la Inteligencia cósmica. Primeramente se debe pensar, luego desear, y por fin ponerse a trabajar para realizar.

Un joven encuentra a una muchacha. ¿Qué hace después de algún tiempo? Se echa sobre ella para abrazarla. ¿Por qué no se ha quedado solo con sus pensamientos y sus sentimientos? Ahí, es extraordinario, los hombres y las mujeres obran siempre correctamente... ¡según la Inteligencia cósmica! En el campo espiritual también debemos pensar en la realización, y esto se hace mediante los gestos, la actitud, el trabajo. De lo contrario, es exactamente como una carta o un documento oficial que os habéis olvidado de firmar, no tiene ningún valor. Entonces en esto consiste la realización: en la firma. Tomemos otro ejemplo: un general ha preparado el mejor plan de ataque para lograr la victoria contra los enemigos, y desea ardientemente esta victoria. ¿De qué sirve todo esto si no da la orden de empezar el asalto? En el momento que dice: «¡Vamos... adelante!» ya está, es la firma, la realización en el plano físico.

Algunos van a pensar: «Sí, pero os contradecís, criticáis siempre a los materialistas porque sólo piensan en ajustar sus negocios terrenales; decís que trabajan para los ladrones, porque al partir no conservarán nada de lo que habían obtenido, partirán completamente desnudos y no serán bien recibidos en el otro mundo.» No, no hay contradicción, porque una cosa es pensar únicamente en el dinero y en las posesiones, y otra es querer manifestar el Cielo, la bondad, la luz. Y puesto que lo que habéis realizado aquí es verídico, luminoso, divino, os lo llevaréis con vosotros al otro lado. Así es como creáis vuestro porvenir, mientras que si sólo os conformáis con pensar y desear sin realizar jamás, partiréis completamente desnudos, porque no habréis dejado nada aquí como firma.

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, nosotros traemos una nueva filosofía, otra manera de pensar, de obrar, de manifestarse. Naturalmente, esto contradice un poco todo lo que los demás han enseñado en el campo de la religión, pero, ¿qué queréis? Se me ha dado esta tarea de aportar concepciones nuevas. Las antiguas concepciones eran adecuadas para cada cual separadamente, pero inútiles para la colectividad. Ahora bien, actualmente ha llegado la época en que no se debe trabajar ya solamente para sí mismo, sino para toda la tierra, para toda la humanidad. Para realizar esta nueva filosofía, es necesario subir hasta el Cielo mediante el pensamiento y hacer descender esa luz, ese amor, esa paz, esa eternidad hasta el plano físico. Y ante todo hasta el cuerpo físico: que la vida celestial impregne el cuerpo físico e irradie a través de él... En ese momento, sí, el Reino de Dios vendrá, y cada cual será un manantial, un sol, una luz... Hay que aceptar la enseñanza de este triángulo que desciende, el triángulo del espíritu, y no seguir ya únicamente la enseñanza del triángulo de la materia.

La materia tiende hacia arriba y el espíritu tiende hacia abajo... Son los mismos procesos que repiten el hombre y la mujer cuando se unen en el amor: el hombre que mira hacia abajo y la mujer que mira hacia arriba. Los humanos no hacen otra cosa que adaptarse a unos principios establecidos desde la eternidad por la Inteligencia cósmica: la materia que debe espiritualizarse y el espíritu que debe materializarse, encontrándose en el espacio para unirse, y es en ese momento cuando el espíritu fertiliza la materia. Todo es simbólico, todo es elocuente, todo es filosófico en los actos de los humanos, pero no han comprendido nada. Hay que hacer descender el espíritu. Por eso en vuestras meditaciones, en vuestras oraciones, debéis pedir e imaginar que esa luz, ese espíritu, ese poder divino, descienden hasta vosotros mismos para impregnar todas vuestras células. Y un día, después de haber trabajado así durante años, sentiréis que el Cielo está en vosotros,

que la luz está en vosotros, que el amor está en vosotros. En ese momento os resultará mucho más fácil arrastrar a las personas, ayudarlas. Mientras que si con el pretexto de la espiritualidad os desecáis... ¡como un pergamino virgen!, resultaréis inútiles. ¡Es preciso que el espíritu descienda!

Cuando el espíritu descienda en la materia nacerá el niño, es decir el Reino de Dios y Su belleza. He aquí la novedad que viene ahora: hacer descender todos los esplendores, las bendiciones, la luz y la paz del Cielo sobre la tierra, primero sobre nuestra tierra, nuestro cuerpo físico, y luego sobre toda la tierra, sobre todos los humanos. Hay que andar por otro camino, porque querer huir de la tierra cubriéndose de espiritualidad y de religión, es egoísmo. ¡Bienaventurados los que lleguen a comprenderme!

Si hay algo sagrado para mí, es lo que acabo de deciros hoy. Incluso he dudado de la conveniencia de hablaros así, porque es demasiado sagrado. Pero con la esperanza de que los hermanos y hermanas comprenderán y se decidirán a andar por ese camino, os he hablado, y era como si arrancara algo de mi corazón para dároslo. Entonces, está claro: en lugar de querer perderos en el Nirvana, de querer permanecer junto a los elegidos, beber, comer y divertiros, pensad que hacéis descender el Cielo, que éste irradia a través de vosotros sobre toda la tierra, que sois una luz sobre la tierra... ¡Qué trabajo a realizar!

Le Bonfin, 9 de Septiembre de 1977

V

**

La involución es el sacrificio del espíritu que permite a la materia evolucionar y enriquecerse. Por todas partes se encuentran estos dos procesos de evolución y de involución, pero al no sentirse inclinados los hombres a considerar las cosas desde el punto de vista filosófico, no ven las leyes y los principios que obran detrás de cualquier fenómeno o suceso vital.

No puede haber existencia si antes no se ha sacrificado alguna cosa para que esta existencia sea posible. Sí, y no puede haber evolución si no ha habido antes involución. Esto es lo que debe saber la humanidad para proseguir su camino ascendente. Todo se desmorona si la vida no está basada en la conciencia del sacrificio, de la abnegación, del amor. Mirad lo que sucede en una familia: los padres se afanan, hacen sacrificios para que sus hijos puedan crecer y desarrollarse, e incluso un día vemos que los padres se han encogido, debilitado, mientras que los hijos se han vuelto fuertes y vigorosos, sin reconocer, por otra parte, que se han desarrollado a expensas de sus padres.

Un Maestro, o también un profesor, un maestro de escuela, representan el triángulo del espíritu, instruyen a sus discípulos o a sus alumnos: «involucionan», mientras que los

demás que escuchan, están evolucionando. También aquí se ve la manifestación de los dos triángulos. Pero esta situación no puede proseguir eternamente ni para unos ni para otros. Un día, los alumnos, los discípulos, deben enseñar a otros lo que ellos mismos han aprendido. Exactamente como el niño que no permanece eternamente en la situación de niño porque también él un día debe trabajar, casarse y tener niños a quienes alimentar y educar.

En cada actividad de la vida cotidiana se encuentra el simbolismo de los dos triángulos : si os servís una bebida, el agua asciende en el vaso y desciende en la botella. Luego bebéis, y entonces el vaso se vacía y vuestro estómago se llena. Cada vez que bebemos o comemos, el alimento, las bebidas, representan el triángulo del espíritu que debe sacrificarse por nosotros para que tengamos fuerzas. También vais al almacén porque tenéis necesidad de todo tipo de cosas. Si no tenéis nada que dar a cambio, no recibís nada : es preciso que vuestra cartera involucone para que haya una evolución de mercancías hacia vosotros. Todo lo que hacemos, y varias veces al día, en nuestra vida cotidiana, debe hacernos comprender que existe el mismo proceso a escala cósmica y que si no hubiese habido primeramente la involución del espíritu, la materia no podría evolucionar ahora.

El símbolo de los dos triángulos es, por lo tanto, extremadamente vasto y se puede encontrar en él el resumen de toda la ciencia de la vida. Consideremos solamente la cuestión del plexo solar y del cerebro. La Inteligencia cósmica los ha construido de forma idéntica : la materia gris y la materia blanca, pero invertidas, puesto que en el cerebro la materia gris está en la parte externa y la materia blanca en la parte interna, e inversamente en el plexo solar. Esta oposición también aparece en sus manifestaciones : el plexo solar permanece invisible, escondido, diríase que no hace nada, mientras que el cerebro habla, se hace notar, brilla. Pero para que el cerebro se manifieste de forma tan brillante por todas partes, razonando,

explicando, gobernando, hay algo que se sacrifica, que se gasta, y que le envía ayuda, sin la cual dejaría de funcionar. Y precisamente el plexo solar es el que lo alimenta, el que lo sostiene. El plexo solar, que da, corresponde pues al triángulo de involución, y el cerebro, que recibe, al de la evolución. El plexo solar tiene una función más espiritual que el cerebro puesto que es él el que se sacrifica para que el cerebro pueda funcionar, y no solamente el cerebro sino todos los demás órganos. Sabiendo esto se debe hacer todo lo posible para favorecer el funcionamiento del plexo solar a fin de que pueda cumplir su tarea.

El hombre no puede cristalizarse en una actitud, he ahí el punto esencial en el que es preciso detenerse. Una vez se llena el vaso, luego se vacía; eso es verdad en la vida de cada individuo, el cual, después de haber sido un niño que no hace otra cosa que tomar, se vuelve adulto y aprende a dar. Y también es verdad a escala humana: durante todo un período la humanidad se encontraba en un estadio infantil en el que no hacía otra cosa que tomar egoístamente, lo cual no ha cesado de producir guerras y devastaciones. Y ahora la humanidad debe aprender a dar. He aquí por qué os digo que las religiones que empujan al hombre a buscar la bienaventuranza eterna y a salvar su alma, están ahora superadas. Hay que dar a toda la tierra algo para embellecerla a fin de que vibre en armonía con el Cielo.

En el pasado cada cual se ocupaba únicamente de su desarrollo personal. Era normal, la Inteligencia cósmica lo había decidido así porque era necesario. De la misma manera que el niño debe primeramente crecer y fortalecerse, hacía falta también que la humanidad, que aún era un niño, creciera y se fortaleciera, mientras que los Hermanos Mayores – las almas y los espíritus evolucionados – descendían para venir a ayudarla. Pero ahora, la humanidad ha alcanzado ya la edad adulta... Diréis: «Pero, ¿qué quiere decir que la humanidad ha

alcanzado la edad adulta?» Estudiemos al niño. La vida física es la que se manifiesta primeramente en él: come, bebe y se mueve. Pero poco a poco, el espíritu que empieza a descender produce el despertar del cuerpo astral, después el de su cuerpo mental, y se puede decir que hacia los veintiún años, el hombre, en lo esencial, está completamente desarrollado; afectivamente, intelectualmente, posee todos los instrumentos necesarios que podrá utilizar plenamente. Se necesita, pues, una veintena de años.

Este mismo proceso del descenso del espíritu se ha producido también para el conjunto de la humanidad. Por ello puede decirse ahora que la humanidad ha alcanzado la edad adulta: el espíritu ha tomado posesión del cuerpo astral y del cuerpo mental del hombre, que tiene posibilidades extraordinarias en el campo del sentimiento y del pensamiento. Pero actualmente el espíritu ha descendido tanto en la materia que casi se ha enterrado en ella. Gracias al espíritu, el hombre ha sido cada vez más capaz de actuar en el plano material, pero ha perdido contacto con el mundo sutil. Mientras que en un pasado lejano, en una época en que el espíritu no había descendido tanto en su cuerpo físico, el hombre estaba en relación con los espíritus, con las entidades del mundo invisible, con las almas de los muertos. Evidentemente, no era muy capaz en el plano material, y si ha llegado poco a poco a desarrollar una extraordinaria habilidad, se debe a que se separó de todas esas existencias que pueblan el universo entero, y ahora, incluso ha dejado de creer en estas criaturas, porque no las ve.

De nuevo es preciso volver hacia el mundo espiritual. Era necesario que la humanidad llegara al desarrollo intelectual actual. Pero si prosigue en esta dirección sin desarrollar también las facultades espirituales, va hacia su ruina. Por lo demás, esto es lo que ya ha sucedido varias veces. Los anales de la ciencia espiritual explican cómo varias humanidades han desaparecido ya y pronto se descubrirán estos anales.

Podríamos preguntarnos por qué el espíritu que ya ha descendido tanto para penetrar la materia, no la ha vuelto más noble, más sutil. En realidad, el espíritu no puede manifestarse abajo, a través de la opacidad de la materia como se manifiesta arriba en toda su potencia y omnisciencia: cuanto más penetra la materia, más se limita y está impedido de manifestar sus cualidades.

En realidad, el descenso del espíritu en la materia, desde hace millones de años, ha aportado muchas posibilidades al hombre: la sensibilidad, las facultades intelectuales, pero la verdadera espiritualidad aún no está ahí. La materia ha alcanzado el estado intelectual pero esto no es suficiente. Por eso el Espíritu cósmico, y no únicamente el espíritu individual de cada ser, es quien descenderá ahora sobre la humanidad para espiritualizarla. Hasta ahora era un espíritu individual quien debía descender en cada cuerpo físico para hacer de él su morada, y en este combate para animar y sutilizar la materia, el cuerpo físico perdía muchas de sus virtudes. Pero esta vez será un descenso colectivo, cósmico, y el Espíritu divino vendrá para vivificar y resucitar a todas las criaturas.

Nos extrañamos siempre de que el espíritu, que es todopoderoso, pueda estar hasta tal punto subyugado, paralizado por la materia. Sí, es todopoderoso arriba, pero abajo no lo es, a no ser que se logre liberarlo. Es exactamente lo que ocurre con la energía atómica. Mientras la energía está aprisionada en la materia, es impotente. Pero liberadla ¡y veréis de lo que es capaz! La materia casi paraliza al espíritu, pero cuando se logra liberarlo representa una potencia tal, que pulveriza la materia.

Y vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, decidid convertiros en triángulos del espíritu, haced por fin algo por los demás en lugar de seguir siendo como siempre un pobre individuo que quiere que el mundo entero gire alrededor de él. Aquellos que sólo piensan en sí mismos detienen su evolución, mientras que al querer trabajar para los demás, se

refuerzan. Cuando se quiere ayudar y sostener a los demás, aparentemente se pierde algo, y también es cierto que puede constatarse un debilitamiento físico, pero espiritualmente uno se vuelve más poderoso y más fuerte. Naturalmente, esto no se ve, y pensamos que también el espíritu se desmorona con la edad. En realidad, se produce lo contrario. Pero los humanos, que lo confunden todo, se identifican con el cuerpo físico. El cuerpo físico ha trabajado, es verdad, se ha desgastado, se ha debilitado, pero el espíritu se ha reforzado. Mientras que un triángulo disminuye, el otro triángulo aumenta. Es así como ocurren las cosas en la vida. He ahí por qué decís en Francia que no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos.

En realidad las cosas pueden suceder de distinta forma. Personalmente, tengo una fórmula que se expresa así: el pastel está intacto y los invitados están satisfechos. Pero sólo los grandes Maestros han descubierto el secreto: ayudando a los humanos, iluminándoles, se producen pérdidas, pero al mismo tiempo se reciben fuerza y energía del mundo divino, y en una cantidad muy superior a la que se ha dado. Cuando se da a los demás, uno se llena, recibe. He ahí los dos triángulos: dais abajo, pero recibís arriba. Cuando sois el triángulo del espíritu, aquí, entre los humanos, estáis dando; y sois al mismo tiempo el triángulo de la materia respecto al Cielo: estáis recibiendo. Dais y recibís... recibís y dais... Si no lo sabéis hacer, os agotáis enseguida, y sentís haber trabajado para los demás. Por lo tanto hay que aprender a ser al mismo tiempo el triángulo que da a la tierra, y el que recibe del Cielo, es decir emisor hacia abajo y receptivo a lo que viene de lo alto.

Es así como os he explicado las palabras de Jesús: «Si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de Dios.» Después de 2000 años los cristianos no han comprendido lo que significa convertirse en un niño. Un niño es débil, frágil, lo cual despierta en los demás el deseo de protegerle; y puesto que se preocupan de él no hay nada que temer. Mientras que

los adultos, los padres, tienen todas las zozobras. Jesús quería decir que hay que seguir siendo niños respecto a los que nos aventajan y que por lo tanto pueden ocuparse de nosotros, guiarnos, instruirnos, protegernos. Al convertirse un hombre en adulto, cree poder cortar el lazo que le une con todos los seres que le superan, y no obedecer ya a nadie. ¡Pero entonces las desgracias empiezan a llover sobre él! Debemos seguir siendo niños respecto a aquellos que nos aventajan; ésta es la única condición para entrar en el Reino de Dios, en la alegría, en la felicidad, en la esperanza. Aunque no podamos convertirnos en adultos, aquí, en la tierra, debemos seguir siendo niños respecto a nuestros padres en lo alto.

Debido a que los humanos no son libres, no llegan a descubrir estas grandes verdades. Porque existe un lazo entre la libertad y el conocimiento. Naturalmente las personas luchan para obtener la libertad, es decir para poder obrar según sus gustos, sus deseos, y a menudo para hacer las peores locuras. La libertad que buscan no es la que puede darles la posibilidad de ver, de comprender y de descubrir el mundo divino. Por el contrario, se han comprometido en actividades que les encadenan y les vuelven ciegos. Si tenéis penas o tristezas y atravesáis un paisaje o un jardín magnífico, no veréis nada. Pero los humanos no piensan nunca que al abandonarse en ocupaciones vulgares se incapacitan para ver el esplendor del universo, de todas las criaturas que lo habitan, y de alegrarse por ello. Cuando conseguimos liberarnos comenzamos a ver la realidad. De otro modo, ¡cuántas cosas pueden ocurrir en vosotros sin que tengáis conciencia de ello porque estáis ensimismados en otras cosas!

Si llegáis a liberaros, ¡cuántas cosas podéis comprobar! Comenzaréis a leer en vosotros, después en los demás, y es así como poco a poco obtendréis la verdadera clarividencia. Todas las maravillas del cielo y la tierra están ahí, a vuestro alrededor, en vosotros, pero hay que ser libre para verlas.

Esta es la verdadera libertad para un Iniciado. Viniendo aquí, por lo menos sentiréis el gusto por todas estas verdades, porque en seguida veréis cuán ligero resulta todo, cuán fácil es. ¿Acaso creéis que perdería mi tiempo y mis fuerzas en ocupaciones inútiles? Si esta cuestión no fuese de suma importancia, jamás os habría hablado de ella. ¿Por qué voy a ser tan tonto de no saber tan bien como los demás lo que es importante y lo que no lo es?

En la vida sólo se ven las manifestaciones del triángulo de la materia que no hace otra cosa que tomar. Incluso en el campo intelectual. Es así como las ideas se estancan en el cerebro de las personas sin manifestarse jamás por gestos, actos, o el comportamiento en general. En la Enseñanza de la Gran Fraternidad Blanca Universal aprendemos a realizar las ideas más sublimes, a hacerlas descender en la materia. Todo lo que se ha aprendido, todo lo que se ha recibido, todo lo que se ha comprendido, hay que realizarlo mediante actos. En esto consiste la perfección. Esta es la realización del Reino de Dios y de Su Justicia sobre la tierra.

Vidélinata (Suiza), 15 de Febrero de 1978

III

La idea de la Pan-Tierra

I

Lo que resulta tranquilizante, a pesar de todo, es el hecho de que las personas se vuelven cada vez más juiciosas, especialmente los sabios, y los materialistas. Se están volviendo más prudentes, más razonables. Ya no se atreven a definirse con la misma seguridad y decir ante cualquier hipótesis que se aparte un poco de su saber: «¡Oh, eso es insensato!... ¡Oh, eso es imposible!» Hace algunos años sólo se oía esta palabra en sus labios: «imposible». Pero ahora, empiezan a reconocer que la naturaleza les reserva sorpresas, incluso a ellos, y para no ser ridiculizados ante la posteridad, dicen: «Sí, es posible... esperemos, ya se verá...» En fin, se han vuelto un poco juiciosos: en buena hora, ¡todavía hay esperanza! Dentro de algunos años todos adoptarán nuestras concepciones y hablarán nuestro idioma. Quizá no todos, pero por lo menos muchos recibirán nuestras ideas, las masticarán, las digerirán y las propagarán. Dentro de algunos años veremos cambios formidables.

De igual modo, esta idea de la fraternidad universal, que no había fructificado nunca en la cabeza de los humanos, la oí presentar el otro día en la televisión. No sé quién hablaba porque encendí el receptor demasiado tarde, pero oí que alguien decía que dado el estado actual de las cosas, con la

multiplicación de las armas atómicas, la única solución era la fraternidad universal, que todos se unan, que todos se den la mano. Cuando oí esto, me quedé estupefacto, maravillado, porque ello prueba que la idea comienza a penetrar. Sí, un día, por todas partes, los humanos se verán obligados a gritar para que esto se realice, porque no hay otra solución.

La Fraternidad Blanca Universal no cesa de enviar corrientes de unidad y de fraternidad, y aquellos que están prestos a captarlas se decidirán un día a hacer algo, y éste será el día más hermoso de la historia humana. Si toda la tierra no forma más que una familia, ¡cuántos cambios pueden producirse! Todos esos millones que se van inútilmente en armamento, en espionaje, serán utilizados para transformar la tierra en un jardín del Paraíso. De momento, creemos que estas ideas son irrealizables. Decimos: ¡utopía! Pero un buen día será realizable y se realizará de tal modo que todos se extrañarán. Esta idea prenderá, ahondará, y poco a poco será aceptada por todos. Si no la aceptan, los humanos se encaminan hacia su desaparición; los hechos así lo probarán. Ahora vemos grandes proyectos como la Pan-Europa, la Pan-Asia, la Pan-América, o la Pan-Africa... Naturalmente, esto representa un progreso gigantesco, pero nada se resolverá mediante este sistema. Sólo la «Pan-Tierra» puede resolver todos los problemas... No os asustéis, no es la pantera* que nos va a devorar, no, sino la Pan-Tierra, es decir toda la tierra reunida en una sola familia. De no ser así, en lugar de ser un país que se lanza contra otro país, sería un continente contra otro continente... Asia contra Europa, ¿acaso sería mejor?

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, creo en todo aquello que es irrealizable. Todo lo que es inaccesible, todo lo que es imposible, me lo creo. En lo demás, no creo. Me lanzo siempre a realizaciones imposibles, porque son las mejores,

* En francés, pantera y Pan-Tierra, se pronuncian prácticamente igual.
(Nota del traductor)

las más grandiosas, las más solemnes, las más gloriosas, y no podéis dejar de darme la razón. E incluso al Jefe de Estado puedo decirle: «¿Quiere verdaderamente ser grande, glorioso? Pues bien, sea el primero en propagar esta idea de la Pan-tierra y será inmortal».

Sí, la realización de la Fraternidad Universal es posible, porque los humanos han llegado a un estado de evolución técnica que lo hace posible. Todos estos medios que permiten comunicar un extremo de la tierra al otro han reducido considerablemente las distancias entre los países, los continentes, y la unidad es posible. Diréis: «¡Pero aún hay tantos puntos en los que no se está de acuerdo! ¡Mirad lo que pasa con el Mercado Común, o la división de la Alemania del Este y de la Alemania del Oeste!... y todavía hay más problemas... ¿Cómo puede haber una fraternidad universal?» Pero precisamente estos pequeños problemas son los más difíciles de resolver. Allá donde el nacionalismo, el patriotismo exagerado, es decir, los pequeños intereses particulares se enfrentan, siempre hay más dificultades que si se trata de una idea que concierne al mundo entero. Porque cada cual tira la manta hacia sí, cada cual piensa en sus propios intereses. Mientras que si los hombres tienen un interés común en la tierra: ser libres en la paz, en la abundancia, y colocan este interés en primer lugar, es distinto, todo resulta posible. Así pues, la objeción que se me puede hacer comparando al Mercado Común con mi idea de la Pan-Tierra, no es una objeción válida, no se trata en absoluto de la misma cosa. En Bruselas están obligados a calcular el precio del trigo, de la mantequilla, de los huevos... evidentemente, entonces no pueden entenderse ni comprenderse. Mientras que aquí no hay detalles en los que discutir, porque se trata del bienestar de todos, de la libertad de todos, de la paz de todos, y esto todo el mundo puede comprenderlo.

Sèvres, 28 de Noviembre de 1966

II

Todos los seres a los que os dirigís son como «tiendas» donde pensáis encontrar un poco de esperanza, de consuelo, de amor, de fe... Puede suceder que se os reciba a veces a puntapiés: se trata entonces de una tienda que no tiene lo que buscáis, y os sentís desgraciados. Por eso nuestro trabajo en la Fraternidad consiste en incitar a los humanos a abrir tiendas... sí, pero tiendas tan civilizadas, cultivadas, en el sentido espiritual del término, que yendo hacia los demás cada cual pueda encontrar la Divinidad. Trabajamos para crear una humanidad así. Cuando esté realizada, nadie querrá quedarse solo en su rincón, porque yendo hacia los demás cada cual encontrará aquello que necesita, y volverá a su casa feliz, con sus problemas resueltos.

Esta es la nueva humanidad que estamos preparando en la Fraternidad. Todos los hermanos y hermanas son ya como tiendas: cada cual ofrece sus energías, sus fluidos, sus cualidades propias. Un hermano trabaja sobre la pureza, y junto a él sentís que os volvéis puros; otro está lleno de amor y junto a él sentís el influjo de este amor; junto a otro, os volvéis más sabios o más fuertes... Es así como os alimentáis de todas las cualidades que necesitáis, y os encamináis hacia la perfec-

ción. La naturaleza nos ha preparado en sus laboratorios para que podamos buscar en otra parte lo que no poseemos en nosotros mismos y que, sin embargo, necesitamos. La prueba: ¿por qué un hombre busca casarse con una mujer? Porque hay ciertos elementos que le faltan y que sólo puede encontrar en la mujer. Eso también es cierto para la mujer: busca un marido para encontrar lo que ella no posee. Pero el matrimonio es una solución insuficiente, completamente insuficiente. Sólo manteniendo relaciones fraternales con una colectividad se puede encontrar todo lo que se necesita.

Naturalmente, no podemos suprimirnos como individuos para fusionarnos con la colectividad; seremos siempre un individuo, pero este individuo debe llegar a vibrar al unísono con los demás y participar en la vida colectiva. Podemos convertirnos en un ser colectivo siendo al mismo tiempo un individuo. El hombre y la mujer, por ejemplo, hagan lo que hagan, siempre permanecerán separados; a pesar del amor que les une, siempre serán dos, separados, distintos. Cuando van al autobús, o al teatro, o al restaurante, deben tomar dos billetes, dos plazas, dos asientos... Y si alguna vez dicen: «Pues no, nosotros somos uno», no convencerán a nadie de esta «unidad» i y posiblemente les envíen a un manicomio! Así pues, cuando hablo de pertenecer a una colectividad, es preciso que me comprendáis: no se trata de cortarse en pedazos para dispersarse en esta colectividad. No, seguiremos siendo siempre individuos con un nombre, un cuerpo, pero interiormente viviremos una vida colectiva, una vida cósmica, una vida universal. Sólo en el pensamiento nos convertimos en uno.

He estudiado muchos movimientos espiritualistas y he visto que se quedan en las antiguallas, no se dan cuenta que ahora se necesita algo nuevo, porque la vida cambia, toma formas y ritmos tan diferentes que los métodos del pasado ya no pueden servir para mejorar a los humanos. Los humanos no son ya los mismos, por eso la Iglesia ya no llega a satisfacerlos con

sus viejas formas, sus viejas explicaciones. La juventud, en especial, necesita algo nuevo que la Iglesia no es capaz de darle porque en realidad no quiere cambiar. Todas las Iglesias, todas las Enseñanzas alimentan a los hombres con latas de conserva... ¡sí, conservas almacenadas desde hace miles de años! En la Enseñanza de la Fraternidad Blanca Universal no hay conservas, se os lleva a un restaurante en el que la comida está recién preparada, recién salida del horno.

Actualmente la arqueología está de moda, la arqueología en todos los campos: sólo se comen latas de conserva. Cuando alguien me dice: «Yo soy pintor... yo soy músico... yo soy filósofo... comprendo que se trata de un arqueólogo, sólo se ocupa de las antiguallas. Mientras que aquí, respiramos, comemos el sol, contemplamos la naturaleza viva, comunicamos con la fuerza divina de hoy. ¿Por qué cortar el lazo con lo que hoy es vivo para ir a buscar aquello que existió hace diez mil años? Está muerto, enmohecido... ¿Por qué este deseo de ir siempre a los escombros?

No me interpretéis mal; evidentemente la arqueología es una ciencia y hay arqueólogos que han hecho descubrimientos extraordinarios. Hablo simbólicamente.

¡Ah! veo que este punto de vista es nuevo para vosotros, estáis extrañados. Pero es que estamos en lo nuevo. Todo lo que os digo es nuevo, y siempre será nuevo, lo comprobaréis vosotros mismos. Y, ¿sabéis por qué es nuevo? Porque no soy un arqueólogo, porque voy allá donde mana la fuente y saco agua nueva. Todos siguen ahora las huellas de los Egipcios, de los antiguos Persas, de los Druidas, de los Bogomilos, de los Cátaros; nadie vendrá a ver cómo son las cosas hoy, están orgullosos de que se les considere personas del pasado y no quieren aprender lo que es nuevo, lo que mana de la fuente, el nuevo mensaje que Dios les da hoy. No se ve el hecho de que Dios está siempre presente, que nos encontramos siempre con las mismas verdades; no se ve porque se es arqueólogo. Asimismo, si vienen hoy Iniciados que aporten algo más que los

Bogomilos, los Cátaros o los Albigenses, no se les aceptará porque están vivos.

Hay que buscar a los muertos; los vivos no interesan a nadie. Se glorifica lo que está muerto, lo que ha desaparecido, y a los vivos se les desprecia, se espera a que se mueran para edificarles un templo. Sí, es inaudito el funcionamiento de la mentalidad humana. Evidentemente, cuando era más joven, también yo era arqueólogo, como todo el mundo. Pero ahora todas las verdades de los Iniciados del pasado vienen hacia mí porque me he abierto de nuevo. Y para todos aquellos que se abran ahora de nuevo, estas verdades que veo por todas partes, también se harán visibles, ¿Por qué aún no se han visto?

Diréis: «Pero esa vida que nos presentáis, esa vida colectiva, fraternal, está demasiado lejana, es demasiado difícil de comprender...» ¿Cómo?... ¿Difícil de comprender? ¿Es difícil de comprender el que un centenar de personas os miren con amor y muráis de felicidad? Ya veis, muertos y enterrados... pero de felicidad, lo cual es preferible a morir de cólera o de odio. No se sabe aún todo lo que contiene de divino el ser humano y lo que podría brotar de él. ¿No veis que una linda jovencita que encontráis en la calle está ansiosa por mostrar lo más hermoso y adorable que hay en su corazón? Sí, sólo que no puede, está obligada a esconderlo, a encerrarlo todo, porque debe obedecer a estos arqueólogos idiotas que le han dicho, en su comprensión arqueológica, que no hay que sonreír a un desconocido, que hay que desconfiar siempre. He aquí por qué aún no ha venido la verdadera humanidad. Mientras que la humanidad negativa, sí, ésa está ahí, y por eso aún somos trogloditas a pesar de la cultura y de la civilización.

En la nueva época que se acerca, los humanos dejarán manifestar todo lo que hay de bueno en ellos sin temor a los peligros y a los daños, lo cual será la manifestación del Reino de Dios en la tierra. Por todas partes habrá amor, cantos, alegría. Diréis: «¡Pero eso será el descalabro!» No, precisamen-

te es ahora cuando reina la confusión porque no se conoce el verdadero amor. En un mundo en el que todos se amen, los humanos ya no necesitarán echarse los unos encima de los otros para saciar sus deseos. El verdadero amor impide al hombre caer en la animalidad. Buscad el verdadero amor y ya no haréis más tonterías, porque os sentiréis colmados, nada-réis en el esplendor.

Si se está solo no se encuentra casi nada ; pero en la colectividad se encuentra mucho más. Y fijaos : cuando estáis descorazonados, decepcionados o fatigados, venís a la Fraternidad y veis algunos semblantes, algunas caras llenas de anhelo y de entusiasmo, y al cabo de un momento os volvéis a animar. Mientras que si os quedáis solos en un rincón lamentándoos, esto puede prolongarse durante años y nadie irá a consolaros. Entonces, ¿por qué somos tan estúpidos que no lo comprendemos? Se dice : «Ah, no quiero saber nada de la colectividad, estoy muy bien solo.» Bueno, seguid y veréis lo que os espera. Ya desde muy jóvenes los humanos tienen sus ideas, sus proyectos, sus sistemas, y se creen a pies juntillas que todo sucederá como esperan. Pero después de algunos años, ¡cuántos hombres y mujeres, e incluso grandes filósofos, han cambiado su filosofía reconociendo que se habían equivocado!

Evidentemente, cuando se está solo, uno puede sentirse bien. Pero he ahí un muchacho que era muy feliz en su soledad y que, un buen día, encuentra a una joven encantadora. Cuando compara este nuevo bienestar al que sentía cuando estaba solo, encuentra que es mejor ahora... Pues sí, «Junto a mi rubia...» ¡se está mucho mejor que solo! Junto a mi rubia, ya es el principio de la colectividad, porque enseguida llega toda una chiquillería. Naturalmente, hay personas que no quieren casarse por egoísmo, para no tener que trabajar para una familia. No saben que no tienen derecho a no casarse por esta razón, y que serán castigados. Uno puede renunciar al matrimonio, pero por una razón divina. Si no, es mejor casar-

se, tener niños, hacer por lo menos algo para alguien y no convertirse en un solitario egoísta.

Es necesario mostrar a los humanos que su interés se encuentra en la vida colectiva. Porque el interés, es lo único que entienden. Se les pueden presentar todas las verdades del mundo, pero no es seguro que se dejen convencer. Salvo en casos excepcionales, la verdad no es un argumento muy poderoso. Si podéis mostrar a alguien dónde está su interés, entonces, se terminó; se habrá convencido para siempre. ¡Pero la verdad!...

Cuántas veces en las recepciones, hace años, encontré personas estupendas, instruidas, cultas... Empezaba a conversar con ellas y he aquí lo que me sucedía a menudo. Encuentro a un viejo señor que me dice que busca la verdad. Yo me siento maravillado, extasiado, porque buscar la verdad, es honroso ¿no es así?, es glorioso. Le pregunto: «¿Y aún no la ha encontrado? – No – ¿Y sigue buscándola? – Sí – ¡Ah, es maravilloso! Pero, ¿acaso la verdad es tan difícil de encontrar?... ¿Qué edad tiene usted, señor? – Setenta y cinco años. – ¿Y aún no ha encontrado la verdad? – No.» En este momento yo empiezo a cambiar de expresión. «Entonces, escúcheme, señor, tengo que decirle que usted ya ha encontrado la verdad varias veces en su vida, pero que no la ha aceptado, y le diré la razón.» El me mira extrañado. «Sí, señor, digo que la verdad es muy fácil de encontrar, está en todas partes, y usted la ha encontrado, la ha visto, la ha oído, pero nunca la ha aceptado, porque usted tenía muchas otras cosas en la cabeza distintas de la verdad. Usted busca su verdad, y cuando encuentra «la» verdad, puesto que no es la que busca, dice: «No, no, yo busco otra verdad, una verdad que me dé dinero, placer... Yo seré el amo y ella será mi sirvienta.» Pero la verdad no es una sirvienta, sino una princesa a la que hay que servir; pero usted no quiere servir, sino ser servido. Entonces, usted no busca la verdad, señor, sino que busca

una servienta para que satisfaga todos sus caprichos. Si usted hubiese querido realmente encontrar la verdad, la hubiese encontrado desde hace tiempo, porque siempre está ahí, y todavía hoy la puede encontrar, pero usted no quiere.» ¡Qué conversación! ¿verdad? ...Pero no os voy a contar lo que pasó luego...

Así pues, lo que hay que mostrar a los humanos, es su interés. Hay que mostrarles que la vida colectiva es una riqueza, una bendición. Con su cara, sus ojos, su voz, su pensamiento, cada cual aporta, emana algo. Personalmente, me alimento de esta vida desde hace años. ¡Los hermanos y hermanas me aportan tanto amor! Diréis: «Usted naturalmente, pero, ¿y nosotros?». Vosotros también, si sabéis cómo conducir, recibiréis tanto amor de todos los demás que quedaréis completamente colmados. ¿Quién os lo impide? «Pero mi mujer estará celosa, no me permitirá recibir el amor de otra...» No lo entendéis, no se trata del amor de otra mujer, sino de todos los hermanos y hermanas de la Fraternidad; ahí, ella no os puede reprochar nada, no hay que tener celos, porque también ella recibirá este amor.

Pero la gente no sabe vivir; un escondrijo en cualquier parte, y creen que la cuestión está resuelta. No, no saben vivir. Mirad, si el mundo entero viviese en la fraternidad y en el amor, todos podrían viajar por todos los países y serían recibidos con los brazos abiertos como en una familia. Mientras que ahora, fuera de nuestro país, somos extranjeros en todas partes, y las puertas están cerradas, no nos reciben. Algo parecido me ocurrió una noche de invierno durante la guerra.

Una tarde, al anochecer, había tomado en la estación de San Lázaro el tren para volver à Sèvres y no sé qué ocurrió... Lo había tomado en el mismo lugar que de costumbre, pero de pronto comprendí que no me encontraba en la dirección correcta. Descendí en la siguiente estación, pero he aquí que

ya no había trenes para volver a Sèvres, y me fui a la taquilla para explicar a un empleado lo que acababa de sucederme y preguntarle dónde había un hotel, un lugar donde cobijarme... No escuchó ni respondió, y cerró la ventanilla. Ciertamente, le daba miedo mi acento extranjero; en aquella época, la gente no se sentía segura, estábamos en plena ocupación. Traté de ir a informarme en otra parte, pero todo estaba cerrado, la gente estaba atrincherada. ¿Adónde ir? Fui andando por las calles preguntándome qué iba a hacer. Pasar una noche fuera, no es nada, se puede meditar... ¿Qué es una noche? Pero en aquel atardecer hacía mucho frío y mi abrigo no era muy grueso.

Me senté en un banco y comencé a rezar para que el mundo invisible viniera a ayudarme... Algunos minutos después oí pasos que se acercaban... Por la forma que resonaban en el pavimento, comprendí que se trataba de una patrulla de alemanes. Me dije: «Si me alejo, van a darse cuenta, y sin duda les parecerá sospechoso.» Así pues avanzo rápidamente hacia ellos, contándoles lo que me sucede. Conocían el francés y debieron notar que decía la verdad. Me llevaron con ellos ante un edificio, llamaron a la puerta, se abre una ventana arriba... No comprendí muy bien a quién se dirigían; en cualquier caso comenzaron a explicar mi situación a la persona que estaba en la ventana, pero inmediatamente se cerró la ventana, sin respuesta. «¡Bueno, dijeron, venid con nosotros!»

Me llevaron a un castillo donde había mucha gente, oficiales alemanes, creo, y me dieron una cama en una habitación. En otra cama, al lado, dormía un Alemán que se despertaba de vez en cuando y me decía algunas palabras que yo no entendía porque no sé alemán. Y yo, en mi cama, no podía dormir porque seguía pensando en esta extraña aventura: ¡Ser alojado en plena guerra por Alemanes!... Al día siguiente alguien me invitó a desayunar: nadie me preguntó nada y yo estaba muy extrañado; pensaba que por lo menos me pre-

guntarían qué hacía allí, con ellos, pero no, nada; y después del desayuno, uno de ellos me acompañó hasta la estación. ¿Por qué se habían comportado tan amablemente conmigo, mientras que ningún Francés me había querido escuchar?...

Si los humanos se obstinan en no querer comprender que su interés está en la fraternidad entre todos los pueblos, la misma vida se encargará de darles las lecciones, ¡y la vida es terrible! ¿Por qué se mantienen aún hoy conceptos que datan de la época de las cavernas, cuando los humanos, para sobrevivir, tenían como preocupación esencial el alimentarse y protegerse de la intemperie, de los animales, o de sus semejantes? Ahora, con el prodigioso camino recorrido por la humanidad en la senda de la cultura y de la civilización, hay que cambiar. Todos los elementos están ahí para que la fraternidad universal se instale en el mundo. La única dificultad está en la mala voluntad de los humanos que no quieren renunciar a sus viejas tendencias. No dan su consentimiento, no quieren participar en este trabajo, siempre están en otro sitio, cada cual se ocupa de sus asuntos personales; lo demás no les interesa, y entonces, en estas condiciones, ¿cómo queréis que esta fraternidad universal pueda realizarse? Pero si todo el mundo consintiera, se realizaría rápidamente.

Porque lo más importante es esto: el consentimiento. Hitler, por ejemplo, ¿creéis que tenía unas cualidades excepcionales? En absoluto, y además era un enfermo y un loco. Pero tuvo la suerte de lograr el consentimiento de millones de Alemanes, por eso llegó a ser tan poderoso. Por sí mismo no tenía este poder, pero el consentimiento de los demás le convirtió casi en dominador del mundo por algún tiempo. Y si ahora esto pudiera repetirse, si este consentimiento pudiera darse, no a Hitler, sino a un Iniciado para realizar esta idea de la Pan-Tierra, ¡Veríais qué resultados! Desgraciadamente, cuando se trata de devastar, saquear, quemar, todo el mundo está dispuesto a participar. Pero por una idea, una idea divina,

nadie se mueve. Deteneos en la calle, empezad a discursar contra el gobierno o contra los ricos, y toda una muchedumbre estará allá para ayudaros y demolerlo todo. Pero hablad de Cristo y del Reino de Dios, y nadie se parará excepto dos o tres buenas mujeres que no tienen nada que hacer. Y si abriese un club de desdentados, de calvos o de panzudos, tendría millones de adeptos, pero esta idea del Reino de Dios, no tiene ningún éxito.

No creáis que soy tan tonto como para no haberme dado cuenta de lo difícil que es convencer y arrastrar a la gente hacia el bien. Sí, pero, ¿acaso la dificultad debe impedirme probarlo? La cosa más difícil, lo sé, consiste en empujar a los humanos a suprimir algunas diversiones, algunos placeres que les hacen perder el tiempo que podrían emplear en un trabajo gigantesco, útil, pero ésta no es una razón para detenerme y no hablar sobre este tema. Así pues, no soy tan ingenuo; lo soy un poco, pero no tanto. Sé que lo que pido es prácticamente irrealizable, pero hay que hacerlo. Y, ¿cuándo se realizará? Dentro de un tiempo, cuando las dificultades aumenten, cuando la gente ya no pueda convivir y verdaderamente busque soluciones. Pues bien, entonces encontrarán la Enseñanza de la Fraternidad Blanca Universal. No hay nada más que encontrar. Y ahí, tendrán todos los métodos para mejorar la situación.

Lyon, 6 de Marzo de 1966

III

Lectura del pensamiento del día :

«La humanidad es como un cuerpo en el que cada país es un órgano constituido por células que viven y trabajan. Pero estos órganos de la humanidad no están inspirados por la misma inteligencia ni por el mismo desinterés que los órganos del cuerpo físico, porque cada cual trabaja para sí mismo en detrimento de su vecino. El funcionamiento del organismo ha sido decretado por una Inteligencia sublime, mientras que el de la humanidad es la obra de una inteligencia humana, por eso las cosas no funcionan ; este organismo está enfermo, está a punto de morir. Así pues hay que tomar como ejemplo al ser humano que ha construido la naturaleza, estudiar su funcionamiento, en qué casos goza de buena salud, y en qué casos sufre de mala salud, y comprender que para la humanidad existan las mismas reglas.

Cuando el cerebro está bien o cuando el corazón se expande, incluso los pies se sienten mejor : sentís que vuestros pies se alegran, y hasta el dedo gordo participa de esta alegría. Mientras que si los pies están un poco fríos, ¡ ocurre que enseguida estornudamos ! Son los pies los que están fríos, y es la nariz la que estornuda. ¿ Necesitáis más ejemplos ? Así pues,

cuando un órgano está bien, todos los demás lo sienten, se alegran, y cuando un órgano está atascado, los demás, pobrecitos, también se sienten atascados. Los humanos son los únicos que se alegran cuando un país se atasca, porque sus células, sus órganos, están enfermos.»

¿Por qué los políticos, los economistas, los filósofos, no han tomado el organismo humano como punto de partida para sus estudios? Porque todo está ahí. Se le puede estudiar durante milenios sin terminar de descubrir nunca la inmensidad de todo lo que está inscrito en él. Cuántas veces os lo he dicho : nuestro organismo es un resumen del universo entero.

Cuando se observa el cuerpo humano, se constata que si los órganos no trabajan conjuntamente, con un mismo fin, con desinterés, para el bienestar de todo el cuerpo, se producen deficiencias y anomalías. Exactamente como los humanos que no quieren dar nada a los demás y que lo acaparan todo para sí, también hay células que no quieren someterse y trabajar para las demás : retienen el alimento y las energías para sí, formándose los tumores y el cáncer, porque las células son anárquicas, egoístas, ¿Y quién ha influido en ellas? El propio ser humano. Siguen el ejemplo de su dueño, le imitan; así pues es él quien introduce este desorden en las células dándoles un mal ejemplo.

De acuerdo con los decretos de la Inteligencia cósmica, todos los órganos, el estómago, el corazón, los pulmones, deben trabajar con desinterés para el bien de todo el ser. ¿Cómo no se ha visto que gracias a este desinterés, a este sacrificio, a esta abnegación, el hombre está vivo, en perfecta salud? He ahí por qué los Iniciados insisten tanto en estas cualidades. Porque se recibe mil veces más mediante el desinterés que con el egoísmo. Siendo egoísta uno se imagina que gana algo, pero en realidad lo que se hace es introducir la enfermedad en sí mismo. Los humanos siempre están prestos a intentar aventajar al vecino, e incluso se sienten orgullosos de esta actitud. Pero yo miro lo que dice el organismo y leo

que todos van a desmoronarse. Porque esa actitud introduce en ellos los gérmenes del desmembramiento. Diréis: «Sí, pero con la abnegación, el sacrificio, es imposible vivir, moriremos.» No, sino que entonces, por el contrario, introduciréis en vosotros la salud, la armonía, la resurrección, la vida eterna.

Pero los humanos han descendido tan bajo que no pueden comprender lo que salta a la vista. Si aceptaran estudiar las leyes de la naturaleza, harían las mismas comprobaciones. Sí, hay unas leyes, y hay que procurar conocerlas y respetarlas. He ahí por qué trabajamos gratuitamente. Desde hace años trabajo gratuitamente por una idea. Si me cae algo de alguna parte, lo acepto, (y no siempre, por cierto) pero nunca he reclamado ni pedido. Los humanos no saben trabajar gratuitamente, siempre hay que pagarles. He ahí por qué están enfermos y se sienten desgraciados: porque han absorbido el germen que introducirá el desmembramiento en sus células. Diréis: «¡Pero no es posible trabajar gratuitamente, tenemos una familia, unos niños!» Evidentemente, lo comprendo, pero personalmente he resuelto el problema. ¡Mirad cuánto cobran los doctores por cinco minutos de consulta! Mis consejos son mucho más útiles que los de los doctores y sin embargo no cobro jamás dinero. ¡Si cobrara, sería multimillonario!

Hay que aprender a trabajar gratuitamente, mis queridos hermanos y hermanas. E incluso veréis, cuando todos aquellos por los que habréis trabajado se den cuenta de lo radiantes y luminosos que sois debido a vuestro idealismo y a vuestro desinterés, cómo no os dejarán así como así, y os darán más de lo que les hubieseis pedido. Quizás no en seguida, naturalmente, pero con el tiempo se darán cuenta de todas vuestras cualidades, e incluso si os han explotado, acabarán por arrepentirse y desagraviaros.

Conociendo lo injustos y avaros que son los humanos, el discípulo sabe por adelantado que su trabajo, su sacrificio, su

abnegación, jamás serán apreciados en su justo valor. Entonces, no espera nada de ellos. Sabe que sólo el Cielo le puede recompensar. Y lo que le dará, es algo más que dinero. ¿Qué es el dinero? No es él el que os dará la felicidad, la paz, la luz... Mientras que si trabajáis por una idea divina, el Cielo os inscribe ya en alguna parte de sus registros y no os dejará jamás abandonados como hacen los humanos. Os enviará lo más precioso : la alegría, la inspiración, la expansión. ¿No es eso mil veces mejor que las migajas de un salario?

Se paga a los individuos, e inmediatamente se deja de amarles. Puesto que se les ha pagado, ¿por qué habría aún que amarles? A veces incluso les detestamos y nos alejamos de ellos. A menudo a los que se ha pagado, sienten que no se les ama : así pues tienen el dinero, pero no el amor de los demás. E incluso con su dinero se sienten muy desgraciados porque no hay nada peor que sentirse privado de amor. Si quieren ser amados, tienen que trabajar un poco gratuitamente. Entonces se les pagará con amor. En el futuro, la moneda más apreciada será el amor.

Ved cómo los humanos no reflexionan, no saben cómo ser felices, cómo nadar en esta luz celestial. Dicen : «Oh, a mí no me importa el amor de los demás, quiero solamente dinero para hacer todo lo que me venga en gana : comer, viajar, dormir con mujeres»... Eso es lo que les interesa, ¡pero el amor de los demás!... Los que persiguen tanto el dinero no son ni sensibles, ni espirituales. Tienen necesidades muy inferiores y necesitan dinero para satisfacerlas. Si tuviesen en su cabeza el deseo de servir al Cielo, no estarían tan comprometidos a derecha e izquierda, y no tendrían tanta necesidad de dinero.

No me opongo al dinero. Si a las personas se las paga por su trabajo, está bien, no tengo nada en contra. Pero yo trabajo gratuitamente, porque he comprendido la inmensa felicidad de trabajar día y noche sin esperar nada de los humanos. ¡Y no sabéis cuánto recibo ! No es material, visible, pero está por

encima del dinero ; esto sólo se compra con el desinterés. Con el desinterés podéis comprar la tierra y el cielo. Dais vuestro corazón, vuestra alma, vuestros pensamientos, vuestra voluntad, vuestra salud, vuestra vida a los espíritus de arriba ; decís : «Aquí tenéis, todo está a vuestro servicio, os doy mi vida». Puesto que nada es tan precioso como la vida, este sacrificio que hacéis lo supera todo ; y como hay una justicia allá arriba, se ven obligados a daros una parcela de su felicidad celestial. Pero si no queréis dar nada, no tenéis que esperar nada, no os darán nada. Aquí, en la tierra, entre los hombres, se puede traficar y estafar, pero con las entidades sublimes, es diferente : si no se da nada, no se recibe nada. Mirad, incluso el trigo, si lo guardamos, si no lo plantamos, enmohece o bien se lo comen las ratas.

Por lo tanto el discípulo debe saber dar su vida al Cielo y decir : «Aquí tenéis mi vida, está a vuestro servicio para el Reino de Dios, para la luz del mundo, para la felicidad del mundo». En este momento, los espíritus de arriba están tan extrañados de oír un ser, entre los cuatro millares de millones que están en la tierra, decir semejante cosa, que acuden de todas partes para verlo, para oírlo. Es tan raro que se reúnen, se maravillan y se alegran de ver un ser de la tierra entregar su corazón, su alma, su vida, para servirles.

Sí, es tan raro, todo el mundo lo guarda todo... ¿Qué dice una jovencita ? «Yo, ¡quiero vivir mi vida!» Naturalmente, la vivirá, pero ¿cómo ? Con llantos y rechinar de dientes, ¿Por qué no quiere dar su vida al Señor ? ¡El Señor podría utilizarla mucho mejor que ella, enviándole seres inteligentes para enseñarle cómo obrar para ganar la vida eterna ! Mientras que queriendo «vivir su vida», la vivirá en la sensualidad, en la estupidez, porque sola jamás estará iluminada ni será guiada, y se prepara a hacer destrozos que nunca podrá reparar. ¡Cuántos chicos y chicas hablan de vivir su vida ! Cuando oyen esta frase, todos encuentran que es legítima. Pero para los Iniciados esta frase coloca inmediatamente a toda esta

juventud en la categoría de los ignorantes y de los desgraciados que no saben lo que les espera.

Ah, Dios mío, ¿cómo llegarán a comprenderme los hermanos y hermanas? ¡Dadme argumentos, inspiradme ideas impresionantes, formidables, para que por fin, por primera vez en su vida, se sientan sacudidos! Sí, pido al Cielo que me ayude para haceros comprender dónde está vuestra felicidad, dónde está vuestro interés. Vuestro interés se encuentra en el desinterés.

Naturalmente, algunas veces, alguien da gratuitamente algo de su tiempo, pero atesora para sí todo lo demás, quiere aún disfrutar de alegrías y placeres personales. No hay muchos que hayan resuelto verdaderamente el problema. Se hacen algunos esfuerzos, algunos sacrificios y renunciaciones, pero consagrarse enteramente al servicio de la luz, muy pocos lo hacen, eso debo decirlo. La conciencia no es lo suficientemente amplia como para captar el esplendor de este trabajo. La mayor parte está demasiado sumergida en las viejas concepciones y en el temor, en las cábalas, en las influencias de la familia, de la sociedad.

Por otra parte, aunque hable así, sé perfectamente lo difícil que es. Para llegar a consagrar toda su vida desde la juventud, es preciso que el discípulo ya haya trabajado mucho en esta dirección en otras encarnaciones. De otra forma, es imposible. Aunque quiera, no puede, su ser no vibra, no se regocija, no se inspira ante la idea de consagrarse; esto no le dice nada, al contrario, incluso le da miedo. No es posible que todo el mundo comprenda esta idea, y aunque teóricamente, filosóficamente, se entienda, prácticamente no se puede realizar porque todo el ser tiende hacia otra dirección: tiene otras necesidades, otros deseos, otros placeres.

Para la mayoría, pues, es muy difícil consagrarse. Pero algunos, muy pocos, vienen a la tierra con esta idea: ya desde muy jóvenes se sienten consagrados, sin que nadie les fuerce, encuentran placer en consagrarse. A partir de este momento

reciben la protección del Cielo, reciben la luz que les dirige, son guiados, y a pesar de todo lo que les suceda, incluso si se trata de grandes pruebas, siempre están protegidos, siempre están a salvo. Estas grandes pruebas no se les envía para matarles o destruirles, sino sólo para reforzarles, hacerles alcanzar las cimas, la victoria y el triunfo.

Pero aquellos que se han consagrado desde muy jóvenes no deben imaginarse que su vida transcurrirá fácilmente, sin lecciones, sin pruebas, no. El Cielo, que se ocupa de ellos, no les abandona a una vida fácil, tranquila, insignificante. El que se ha consagrado debe saber que será probado. No son pruebas para castigarle o destruirle, sino para que alcance grados a través de los cuales se desarrollará, se expandirá, y despertará en él posibilidades que no habrían despertado nunca si hubiese permanecido en la tranquilidad y el bienestar. ¡Si leéis la biografía de todos los grandes Iniciados que se consagraron al Cielo, veréis por dónde pasaron! Algunos sabían que era para su bien, y no se rebelaban, no se hundían: sabían que gracias a estas pruebas se convertirían en divinidades. Pero otros que no estaban aún tan iluminados, algunas veces se rebelaban y sufrían. No comprendían por qué el Cielo era tan cruel cuando ellos lo habían dado todo y estaban llenos de amor y de abnegación.

Así pues, lo que falta a menudo entre los espiritualistas, es el verdadero saber. Piensan que una vez consagrados verán manar arroyos de leche y miel, caminarán sobre pétalos de rosas y serán recibidos con coronas. Es cierto que en la Biblia se leen algunas promesas de esta clase, y también es cierto que eso llegará... ¡pero sólo cuando hayan pasado todas las pruebas! Muchos espiritualistas no saben por qué Dios les maltrata cuando están haciendo el bien, no lo comprenden y se rebelan. Aquí, se os da la luz para que sepáis que si os suceden estas cosas, es para vuestro bien. Incluso el más justo, el más noble, el más luminoso, el que esté más lleno de amor, debe pasar por ciertas pruebas, y esto no significa que Dios le haya abandonado.

Se diría que incluso Jesús pasó por este sentimiento de soledad, puesto que dijo en la cruz: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» ¿Cómo él, que era un ser tan elevado, tan luminoso, pudo decir semejante cosa? En realidad, Dios no le abandonó jamás, siempre estuvo con él. Pero a pesar de lo que piensan los cristianos, Jesús no era el mismo Dios. En el huerto de Getsemaní, cuando decía: «¡Padre, si es posible, aleja de mí este cáliz!», sabía que su muerte estaba escrita, pero quería evitarla. Rezaba y los Evangelios dicen que «su sudor se convirtió en coágulos de sangre». Por lo tanto se encontraba en una tensión inimaginable al pensar lo que iba a suceder.

No digo esto para rebajar la grandeza de Jesús. Nadie reconoce tanto como yo su grandeza. Pero Jesús era un hombre, y en el fondo de un hombre hay siempre un poco de temor y de angustia ante el sufrimiento y la muerte. Inmediatamente llegó un enviado del Cielo que le consoló diciéndole: «Tu oración ha sido escuchada, el Señor conoce todo tu sufrimiento, pero está decretado; hay una razón para esta prueba, que tú conoces por los siglos que han de venir, con el fin de que toda la humanidad se beneficie de tu sacrificio». Entonces Jesús aceptó y dijo: «Señor, hágase Tu voluntad y no la mía». Cuando llegan las pruebas, no es tan fácil aceptar y decir: «Hágase Tu voluntad... Comprendo que es para bien, y si no es para mi bien, será para el bien de la humanidad». Para poder decirlo, hay que estar muy evolucionado, muy elevado.

Lo que os revelo hoy, tenéis que grabarlo en vuestra cabeza. Si no trabajáis para el bien, si no os consagráis, las pruebas que sufriréis sólo serán castigos por las faltas que habréis cometido. Y éstas no son las mismas pruebas que las que se aplican para el bien: cuando llegan, si no sabéis cómo resistirlas, descendéis hasta el Infierno, os convertís en un demonio. Sí, hay pruebas. Cuando el hombre trabaja para la gloria de Dios, las pruebas sólo sirven para transformarle definitiva-

mente hasta que se convierte en una divinidad. Pero si trabaja lejos de la luz y del bien, todas las pruebas que vienen son obstáculos y castigos. También son para ayudarle, para impedirle continuar descendiendo, pero son castigos. Así pues, hay que comprender bien que estas dos clases de pruebas no son las mismas. A menudo se las confunde; muchos espiritualistas aún no saben clasificarlas, discernirlas y pronunciarse adecuadamente; todavía no tienen un criterio formado.

Sabed, pues, que si seguís introduciendo en vosotros la avidez, el egoísmo, la falta de amor, introducís el germen de la separación; la ley es absoluta. Analizaos, y si os gusta imitar a las criaturas más inferiores porque exteriormente obtienen algún éxito. ¡adelante!... Pero, cuidado, nunca estaréis tranquilos. ¿Por qué? ¡Porque esta verdad que os acabo de enunciar no os dejará nunca tranquilos, nunca! Nunca estaréis seguros, y siempre os diréis: «Hum, ¿qué me va a suceder?» Aunque no me creáis, algo de lo que os he dicho se ha filtrado, se ha registrado en vosotros. Todas las palabras que pronuncio se graban en vosotros sin que lo sepáis. Un buen día saldrán y os extrañaréis al comprobar que ya estaban registradas. ¡Tanto mejor! Nunca digo nada en vano, creedme. Así pues, a partir de hoy, se terminó vuestra tranquilidad. Diréis: «¡Pero, qué falta de amabilidad, os convertís en nuestro enemigo jurado!» No, pero a partir de hoy, debido a esta verdad, no tendréis ya paz. Esta verdad os atezará, y tarde o temprano os veréis obligados a restablecerlo todo, a andar por el buen camino. En este preciso momento sentiréis la paz, la tranquilidad. Diréis: «Sí, pero gracias a usted, ya no estaremos tranquilos.» Acusad al Cielo, yo soy su servidor.

El organismo es un libro, y en este libro leo todo lo que es esencial. Pero la mayoría de personas instruidas no toman nunca en consideración lo que Dios ha puesto en el hombre. Buscan lo que ha dicho y escrito tal o cual, y le citan: «Según

tal ciego... según tal bribón...» No pueden decir nada por sí mismos. Personalmente, nunca hago citas.

Los humanos nunca han observado lo que ocurre en su propio organismo: cuando todo marcha bien, tienen buena salud, y esta salud está basada en la ley del sacrificio y la abnegación. La humanidad también es un organismo en el que los países son los órganos, pero no trabajan en armonía, les roe un cáncer, y el mundo va a perecer porque el egoísmo, el interés y el cálculo dominan en todas partes.

Le Bonfin, 8 de Agosto de 1975

IV

El cuerpo cósmico

I

La humanidad tiene necesidad de una nueva religión. No precisamente nueva en su esencia, en sus principios, sino en sus aplicaciones. Ya os he hablado mucho de este tema y os he dado numerosas explicaciones concernientes a los pasajes oscuros de la Biblia, y sobre todo de los Evangelios. ¿He tenido éxito? Esto, el futuro lo dirá. Yo no estoy muy convencido de haber triunfado, porque los humanos están tan deformados que es prácticamente imposible hacerles comprender que su concepto de la religión es insuficiente. Si fuese suficiente, ¿se encontrarían siempre en el vacío? ¿Porqué están siempre enfermos, inquietos, descontrolados? El mundo entero debería nadar en la paz, en la luz, y éste, en verdad, no es el caso.

Naturalmente, encontramos por ahí algunas personas que están contentas, pero cuando yo hablo de felicidad, hablo de un estado duradero y no de una felicidad efímera. Todo el mundo llega a ser feliz, pero por poco tiempo. Un hombre se casa, se siente feliz; pero algún tiempo después, su mujer le abandona y se siente desdichado. O bien tiene un hijo, se siente muy feliz, pero el hijo no sigue sus ideas, y se arranca los cabellos. Hereda, y se siente feliz; pero luego lo malgasta todo y enseguida se encuentra sobresaltado por la inquietud... La verdadera felicidad es duradera, pero para que sea dura-

dera debe basarse en la correcta comprensión. Siempre he insistido en el hecho de que la felicidad es un estado de conciencia que resulta de la manera que comprendemos y sentimos las cosas. Los humanos no pueden ser felices cuando su intelecto no cesa de ser asaltado por pensamientos extraños, tenebrosos, y su corazón por emociones y sentimientos destructivos. Por eso el trabajo de los Iniciados ha sido, desde tiempo inmemorial, el enseñar a los humanos el amor y la sabiduría, porque de la luz del intelecto y del calor del corazón nace el movimiento armónico, una actividad constructiva y equilibrada.

En tanto que las criaturas no han logrado obtener esta luz y este calor, sus actos contienen siempre elementos que impiden o incluso destruyen su felicidad, así como la de los demás. Y esto es el Infierno. El Infierno no está situado en un lugar alejado del universo, está aquí, en la tierra, en el corazón, en el alma, en la vida de todas las criaturas que se divierten con el desorden y la anarquía. Y hay muchos actualmente que han abrazado esta filosofía de la anarquía sin ver los peligros del camino en el que se comprometen. Porque tarde o temprano, serán destruidos. Si hubiesen estudiado las leyes de la naturaleza, cómo ha sido creado el universo, las regiones de que está hecho y las criaturas que pueblan estas regiones, habrían comprendido que se encuentran en el cuerpo de la naturaleza viviente y que deben comportarse armónicamente con este todo. Si crean demasiados problemas con su actitud anárquica, la naturaleza se purga y les rechaza. Los anarquistas nunca son admitidos durante mucho tiempo. Si no los exterminan los humanos, lo hace la propia naturaleza, porque la naturaleza no tolera la desarmonía. Es como un tumor, un cáncer en su cuerpo, al que hay que poner remedio.

He aquí lo que está escrito en la Ciencia iniciática. Y una vez un Iniciado ha comprendido esta verdad, su mayor miedo consiste en ser como un tumor en el cuerpo cósmico, por no haber sabido vibrar al unísono con él. Un Iniciado no tiene

miedo de nada ni de nadie, excepto de encontrarse en un estado psíquico cuyas vibraciones se opongan a la armonía universal, porque sabe lo que le espera. Trata pues de conformarse, de estar al unísono con este gran cuerpo cósmico. Si un cantante en una coral o un instrumentista en una orquesta no canta o no interpreta lo que está escrito en la partitura, inmediatamente se le aparta, porque destruye la armonía del conjunto. Lo mismo ocurre con un anarquista. Por eso los anarquistas son los seres más estúpidos. Si fuesen inteligentes, habrían comprendido que su reino no puede durar mucho tiempo. Porque un anarquista encuentra a menudo otro más radical que le derriba. Y si no son los humanos quienes le destruyen, lo hacen las leyes de la naturaleza, que son terribles.

La Enseñanza de la Gran Fraternidad Blanca Universal es la Enseñanza de la jerarquía. Y la jerarquía supone la sinarquía. La sinarquía es el gobierno de una élite, de una cabeza, y no de los órganos más bajos: el estómago, el vientre o el sexo, como ocurre actualmente que la mayoría ignorante ocupa el primer lugar, decidiendo y dando órdenes. Mientras sea la muchedumbre – las células del estómago – quien gobierne, no podrá haber un gran progreso. Los problemas serán siempre el dinero, el placer, la comida y la libertad de hacer lo que uno quiera. Las células del estómago no pueden interesarse en otra cosa. La función de estas células consiste en digerir, y en nada más; no les corresponde a ellas el tomar decisiones, dar órdenes, sino a las células de la cabeza, las cuales, gracias a los ojos, al oído, al habla, etc... tienen todas las posibilidades para orientar, dirigir. De momento, las células de la cabeza, los Iniciados, están callados, o han desaparecido, se han escondido. Al ver el comportamiento de los humanos, cómo se propagaba la violencia, cómo ocupaban el primer lugar los apetitos, las ambiciones y la fuerza bruta, se fueron, dejando a la humanidad que se desarrollara por sí misma.

Y esto proseguirá hasta que la humanidad, extenuada, enferma, agonizante, comprenda que es incapaz de encontrar

por sí misma la solución, porque ha descendido demasiado, sus deseos están demasiado cerca de la materia, no tiene conocimiento del mundo espiritual, ni método de trabajo. El día en que comprenda, empezará a buscar a esta élite, a los Iniciados que están ahí, que trabajan, pero que dejan a la humanidad hacer las experiencias que necesita para comprender. No se trata de que sean crueles, sino que están vigilando a la espera del momento más favorable. No quieren mezclarse en los asuntos del mundo, porque los humanos no saben hacer otra cosa que preparar guerras y desgracias. Diréis: «¡Esto no es verdad, hay mucha gente que desea la paz!» Sí, pero los que desean la paz son débiles, son incapaces de hacer algo por ella, nadie les escucha, no tienen voz ni voto. Son los que tienen dinero, categoría y poder, quienes deciden las guerras y las preparan.

Cuando Jesús decía: «Venga a nos el Tu reino», ¿Qué entendía por ello? El Reino de Dios no es una noción muy clara para los cristianos. Muchos consideran al Reino de Dios como a los reinos de la tierra, con una monarquía, ministros, una policía... Pero no es así. El Reino de Dios es un orden de cosas que escapa a los humanos, y no podemos hacernos una idea de ello mediante explicaciones. Para comprender este estado hay que vivirlo, y para vivirlo hay que desplazarse, es decir abandonar las viejas concepciones erróneas para abrazar otras nuevas, verídicas. Como cuando abandonamos las carreteras molestas y polvorientas del llano para subir a la cima de una montaña en donde el aire es puro y desde donde se abarca un panorama inmenso...

Para comprender el Reino de Dios sería necesario, por lo menos, que los humanos renunciaran a vivir en plena anarquía, y habría muchas cosas que decir en este sentido. Lo que llamamos generalmente anarquía no debe considerarse necesariamente como malo. Es el estado de un ser que quiere vivir

su vida a su manera sin someterse al orden establecido. Tanto si este orden es bueno como si es malo, él quiere vivir según sus ideas. Y puede suceder que sus concepciones sean superiores a las del orden establecido. La sociedad le considera como un anarquista, pero ante el Cielo no es un anarquista puesto que él aspira a un amor, a una fraternidad, a una mayor justicia. Según los Iniciados, sólo es anarquista aquel que no reconoce el orden divino, la existencia de un Maestro del universo, la existencia de entidades y de fuerzas superiores, y de reglas a las cuales debe someterse. Puede que esté completamente de acuerdo con una sociedad de millones de hombres que no tienen ninguna vida espiritual, pero ante el Cielo es un anarquista porque infringe sus leyes.

En realidad, la mayoría de los humanos son anarquistas sin saberlo. Externamente son completamente razonables, tan razonables que incluso reciben condecoraciones; jamás han transgredido ninguna ley humana, pero interiormente se permiten cualquier tipo de transgresión. Respetan las leyes humanas porque tienen miedo de ser atrapados y condenados, pero no tienen ningún temor de no respetar las leyes divinas, que en realidad son mucho más terribles. Si se es inteligente o si se tiene suerte, se puede escapar siempre a las leyes de la tierra, pero nadie hasta el presente ha podido escapar a las leyes divinas, ni los más inteligentes, ni los más astutos. Porque por encima de su pequeña inteligencia humana está otra Inteligencia que supervisa, que registra. Por eso a los malhechores siempre les encuentran y les castigan: porque, sin saberlo, siempre dejan rastros en el plano invisible. Incluso un pensamiento, un sentimiento, deja siempre un rastro. Habéis ido a alguna parte: quizás no habéis hecho nada malo en concreto, pero habéis tenido pensamientos nocivos y estos pensamientos se han registrado en vosotros y fuera de vosotros. Por eso la ley os va a perseguir, la ley divina: poco tiempo después, estos pensamientos actuarán sobre vosotros, de alguna manera o de otra.

Si los humanos no hacen ningún esfuerzo para dominar sus pensamientos y sus sentimientos, se debe ante todo a que no creen que exista una justicia divina: confunden la justicia humana y la justicia divina, y puesto que muchos, a pesar de sus crímenes, han escapado a la justicia humana, se imaginan que también van a escapar a la justicia divina. No han estudiado suficientemente la cuestión como para darse cuenta de las diferencias: la justicia divina quizás no os tocará externamente, pero sí os tocará internamente. Si estudiáis a los criminales que han conseguido, digamos, escapar a la justicia, veréis que interiormente están destrozados: su salud, su estado psíquico, todo está revuelto. Externamente todavía hay algo que se mantiene, hasta el día en que también esto se hundirá, porque es la parte interior la que sostiene, la que alimenta, actuando como una base que soporta todo el edificio. Y si el lado interno se hunde, también el lado externo se hundirá un día.

La justicia divina es instantánea. En el preciso momento en que el hombre comete una infracción, internamente se produce un desmoronamiento. Pero para que esto se manifieste externamente, a veces se necesitan años. Por eso encontramos, por ejemplo, mujeres que a pesar de que interiormente son verdaderos demonios, aún son muy bonitas. Y lo inverso también es cierto. Pero ya os he hablado extensamente sobre este asunto y no quiero volver a él.* Hoy me limitaré al tema de la anarquía.

Así pues, según la Ciencia iniciática, un anarquista es un ser que rechaza someterse a un orden de cosas divino. Y en estas condiciones se puede decir que las nueve décimas partes de la humanidad se incluyen en esta categoría. Se define en general a los anarquistas según un criterio político o social, pero esto no es suficiente: la única anarquía verdadera es la

* Ver la conferencia sobre la belleza, tomo XVIII, capítulo I.

anarquía frente al Cielo. En realidad muchos son anarquistas por partida doble: ante la tierra y ante el Cielo.

Acordaos de la parábola del hijo pródigo en el Evangelio: abandonó la casa paterna para recorrer el mundo porque no se encontraba bien en su casa, quería libertad, aventuras... Al principio, su nueva situación le pareció agradable, pero poco a poco las cosas se pusieron más difíciles: era un extranjero de quien desconfiaban y a quien no daban trabajo. Entonces, el pobre empezó a conocer las privaciones: el hambre, la sed, el frío, porque ya no tenía donde resguardarse, y echó de menos la casa paterna en donde todo estaba a su disposición, donde su padre, su madre, su familia le amaban, todos le conocían, y decidió volver allí. Y he ahí cómo, un día, contrito, humillado, desgraciado, sufriente, de rodillas, polvoriento, habiendo aprendido que ni el amor ni la piedad reinan en el mundo, se presentó en casa de su padre que le recibió con los brazos abiertos. E incluso la historia cuenta que ordenó matar un becerro para festejar su retorno. Ciertamente, su hermano se puso un poco colérico, refunfuñó un poco, pero esto no importa, su padre le calmó haciéndole comprender que era preciso ser generoso con aquel que ya no tenía nada.

La historia de este hijo pródigo es la historia del hombre, quien en lugar de vivir de acuerdo con las leyes divinas, quiere hacer lo que le da la gana y le atrae la anarquía. Pero como acabo de deciros, la anarquía más grave es la anarquía interior. Por eso el fin de las Escuelas iniciáticas consiste en conducir a los seres para que vuelvan a la casa de su Padre, este Elevado Retiro del que habla el Salmo 91 («Mi refugio y mi fortaleza, mi Dios en quien confío») donde estarán seguros, donde las fuerzas del mal no podrán sorprenderles. Podríamos decir que los humanos se sienten felices apartándose de este Elevado Retiro en donde están bajo la protección de Dios. Quieren vivir su propia vida alejándose del Señor, infringiendo sus leyes. Pues bien, yo os diré que estos seres aún tendrán que sufrir mucho, ¿por qué tienden a separarse,

a desobedecer? Porque está escrito en su destino que deben sufrir. Mientras que aquellos que ya han sufrido mucho y que han comprendido, empiezan a volver hacia el Padre, a este Elevado Retiro... o a una cofradía espiritual, a una Escuela iniciática, que es precisamente el símbolo de este retorno hacia un orden divino.

Hace años os di una conferencia sobre este Elevado Retiro*, en el que el hombre es invulnerable. Es un mundo tan armonioso, con unas vibraciones tan puras e intensas, que el más pequeño elemento nocivo que se acerca es rechazado. El Cristo decía: «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. El que mora en mí y yo en él da muchos frutos, porque sin mí nada podéis hacer. Si alguno no mora en mí, se le echa fuera como al sarmiento, y se seca; después se recogen los sarmientos, se los echa al fuego y se queman». Es exactamente la misma idea. Así pues, buscad esta fortaleza para estar protegidos, alimentados. ¿Cómo no comprender esto? Todo el mundo es anarquista; quieren separarse del Señor con la esperanza de obtener algo que nunca obtendrán. Antes de lanzarse ciegamente, hay que estudiar las leyes para comprender cómo van a desarrollarse los acontecimientos. Como el hijo pródigo: habría debido estudiar la vida en la casa de su padre, y compararla con la vida que le esperaba en el mundo, donde la gente no triunfa si no es a dentelladas, a zarpazos, con las garras. Pero el pobre no había estudiado, se imaginaba... Y todos los anarquistas se imaginan... Por eso, ahora, aconsejo a todos que hagan un estudio para que vean un poco lo que les espera si siguen avanzando por el camino de la anarquía.

¡Sin embargo esta cuestión de las leyes es tan fácil de entender! Observad lo siguiente: suponed que habéis comido demasiado, ninguna ley humana os pedirá cuentas por ello, ningún policía, ningún agente os detendrá. Sí, ¡pero estaréis en cama! Entonces, ¿qué clase de justicia os ha abatido

* Ver tomo IX.

y os ha postrado en cama? Las leyes de la naturaleza no son las de los hombres. Los humanos irán a veros a vuestra cama y os dirán: «¡Ay, mi querido amigo, qué pena!» Pero nada podrán hacer por vosotros. Sólo os puede ayudar la naturaleza: si obedecéis de nuevo sus leyes, os curáis. Hay que aprender cuáles son las leyes de la naturaleza, las leyes divinas para el intelecto, el corazón y el cuerpo físico. Todo lo que decís, todo lo que hacéis, debéis saber qué energía representa, observad adónde van estas energías, y procurad que no produzcan molestias en ninguna parte. En los Cuentos de las Mil y Una Noches, se puede leer la historia de un hombre que se había sentado para comer dátiles, y al comerlos tiraba los huesos, sin pensar ni mirar adónde. Ocurrió entonces, que un genio espantoso se presentó para matarle. «Pero, ¿por qué?, pregunta el hombre, ¿qué he hecho? – Con estos huesos de dátiles que tirabas, dijo, has herido a mi hijo en un ojo, y ha muerto. Entonces, ahora serás tú quien morirá.» Es un cuento, pero tiene mucho sentido.

También es una tradición familiar el salir por la noche con una luz. Porque esta luz exterior es el símbolo de una luz interior que se debe encender para protegeros. Porque durante la noche, se liberan los malos espíritus que se pasean buscando hacer el mal – de la misma manera que las fieras salen durante la noche para capturar una presa – y desaparecen al primer canto del gallo. Pero los humanos son ignorantes: de día y de noche son como albergues con las puertas abiertas de par en par, y cualquier entidad tiene derecho a entrar y a pasearse para saquearlo todo.

Así pues, mis queridos hermanos y hermanas, haced lo que queráis, alejaos del Señor, permaneced independientes, y veréis cuál será vuestro destino. Yo, ya lo sé por adelantado. ¿Por qué? Porque es muy fácil para mí adivinar los proyectos de un hombre que mantiene semejante actitud. Un hombre que se separa de Dios, que se separa de esta cofradía de los Iniciados, que no quiere estar en la luz, decidme, ¿cuáles pue-

den ser sus deseos? Vulgares. Quiere llegar a ser rico, poderoso, triunfador, quiere comer, beber, dormir con mujeres. Su ideal, por lo tanto, no es muy elevado, está en camino de rebajarse, de explorar las regiones inferiores donde le esperan los sufrimientos y las desgracias. Así pues, con sólo saber cuál es el ideal de un hombre, puedo predecir su porvenir: irá donde esté su ideal. Cuando se conoce la Ciencia iniciática, nada es tan fácil como profetizar. Cuando se ve sobre qué raíles está colocado un tren, se sabe exactamente su itinerario y su destino. Por lo tanto los jefes de estación son profetas. Y los astrónomos también, porque con muchos años de antelación, conocen la posición de los planetas. Todos aquellos que poseen verdaderamente una ciencia, son profetas. Y la predicción del porvenir también está basada en un saber oculto.

He aquí pues, mis queridos hermanos y hermanas, algunas palabras sobre la anarquía. Todos esos intelectuales que se creen salidos de no sé qué parte del Señor, deben saber que la filosofía del alejamiento no puede llevarles más que a la esclavitud y a la absoluta limitación: porque no hay libertad cuando uno se aleja. Si os alejáis del sol, ¿qué os espera? La obscuridad, el frío, la muerte. Y el sol es el símbolo de esta cofradía iniciática. También está dicho en los Salmos: «Caminaré delante del Eterno, en la tierra de los vivos.» La tierra de los vivos, la verdadera cofradía, es el sol, donde están los seres más nobles, más luminosos; son tan luminosos y radiantes, que esta luz que llega hasta nosotros son sus vibraciones, sus emanaciones, sus radiaciones. La luz que ilumina los planetas no viene del mismo sol, sino de los habitantes del sol. El sol es una tierra fértil y cultivada, toda una civilización, y son las entidades que lo habitan quienes proyectan esta luz. He ahí lo que descubrirán un día los sabios. Hace ya tiempo que los Iniciados han ido a visitar los demás planetas y el sol, porque mediante su cuerpo etérico pueden viajar en el espacio. Podéis creerme o no, pero os estoy diciendo la verdad.

Todos aquellos que piensan que al entrar en una cofradía iniciática se esclavizan y limitan, están en un error. Por el contrario, se encontrarán libres y felices. La verdadera realización no es posible si no es en esta cofradía, la única, la verdadera, la Gran Fraternidad Blanca Universal de quien la Fraternidad, aquí, en la tierra, es un reflejo. Y si creéis que depende de vosotros el entrar o no entrar en ella, os equivocáis. Algunos dicen: «No quiero pertenecer a esta cofradía.» Pero la realidad es que no se les acepta en ella. Si fuesen dignos de ser aceptados, tendrían el deseo de entrar en ella. ¡Si creéis que se acepta a cualquiera tal como es! ¡No sabéis la cantidad de años que hay que trabajar y dar pruebas para ser aceptado en esta cofradía! Diréis: «Pero yo no he hecho nada y sin embargo he sido aceptado aquí, en la Fraternidad Blanca Universal.» Sí, pero la Fraternidad aquí, es como una sala de espera, aún no es el Sanctasanctorum. Ser aceptado allá arriba es mucho más difícil, pero una vez aceptados, vuestro nombre está inscrito, y cada día recibís ayuda, regalos del Cielo. Exactamente como aquí, cuando os inscriben en los registros de una administración, recibís un salario o un subsidio.

Pensáis: «Pero, ¿dónde se va a encontrar todo esto?» Habéis leído los Evangelios... Entonces, ¿qué dice Jesús? «Os he dado el poder de caminar sobre las serpientes y los escorpiones y sobre el poder de vuestros enemigos, y nada podrá molestaros. Sin embargo no os alegréis de que los espíritus se os sometan, sino más bien de que vuestros nombres estén inscritos en los cielos.» Una vez que vuestro nombre esté inscrito en el libro de la vida, no se olvidan de vosotros, sino que os envían refuerzos, salud y alegría. Y vosotros mismos sentís que os sostienen, aconsejan y guían. Si tenéis que sufrir pruebas y dificultades, o duran menos tiempo, o tenéis mayor fuerza para afrontarlas. Entonces, ved los Evangelios, los Evangelios vivos. Ahora hay que hacer ejercicios y sacrificios para entrar en este círculo, en este Elevado Retiro, y una vez

se llega allí, ¡se ha terminado, se está a salvo! Y como está dicho en un texto sánscrito: «Un peregrino ha llegado a la otra orilla, ha nacido un arhat, un nuevo djiva, un salvador del mundo.» En la tradición cristiana, esta idea también está expresada por la búsqueda del Grial. Bajo distintas formas todas las religiones han mencionado esta cofradía a la cabeza de la cual reina el Cristo.

¡Ah! naturalmente, los humanos buscan, pero no buscan esta cofradía, buscarán una cofradía política y aceptarán que se les asesine por sus ideas, que bien pronto serán reemplazadas por otras. Estar al servicio de un ideal que les hará inmortales, invencibles, no les dice nada. Pero, Dios mío, si se quiere verter la propia sangre, ¡que por lo menos sea por algo eterno! Ved que los humanos ni tan siquiera reflexionan, venden su libertad a bajo precio. Todo lo que cuentan sobre el precio de la libertad no son más que palabras. En realidad dan cinco céntimos por su libertad, por su vida, por su sangre. El que ama su vida quiere salvarla y la coloca en un banco que no quiebre jamás, en el banco del sol, y no en un barco agujereado que pronto va a naufragar. Yo, desde muy joven, ya sabía que no realizaría gran cosa con mi propia libertad, mi propia voluntad, mi propia inteligencia. Por eso he hecho todo lo posible para entrar en esta orden divina de la Fraternidad Blanca Universal. Y si vosotros continuáis creyendo que obtendréis grandes éxitos fuera de esta cofradía, os profetizo que lo que logréis no será nada comparado con lo que podéis obtener intentando entrar en ella.

Tener una casa, dinero en el banco, ¿creéis que es una gran realización? Cuando os vayáis al otro lado, ¡veréis que habéis trabajado para el viento... y para los ladrones! Tened todo lo que queráis, pero sabed que os veréis obligados a abandonarlo, mientras que lo que obtengáis mediante el trabajo espiritual permanece en vosotros y os sigue hasta los otros mundos. Por todas partes adonde vayáis, llevaréis con vosotros vuestro capital, vuestras riquezas, vuestras piedras

preciosas, y haréis que todo el mundo se beneficie de ello... Es muy difícil comprenderme, ¿no es verdad? Parece que os hablo en un lenguaje desconocido. Si os hablara de matemáticas superiores todo el mundo me comprendería, pero la comprensión de este lenguaje se ha perdido, mientras que para mí no hay nada más claro. No querer someterse a estas grandes leyes de la Fraternidad Blanca Universal no es un signo de inteligencia y de libertad.

Está escrito en los Evangelios que debemos servir a un solo señor. Si no servimos al Cristo y a la luz, debemos servir al Diablo y a las tinieblas. Estas son las leyes. Se dice: «Oh, yo no acepto la luz, no acepto al Cristo...» Pues bien, en estas condiciones, no se podrá impedir que se instale en vosotros el otro lado. Aquel que busca su propia libertad no puede encontrar la verdadera libertad e incluso puede ser que encuentre la esclavitud. Porque cae bajo la influencia de otra entidad que empieza a instruirle, y como es un ignorante, se deja embaucar imaginándose que es él mismo quien desea, quien quiere, cuando realmente trabaja para otro. Pero los humanos no comprenden, son como niños. Un niño quiere ser libre para hacer todo tipo de cosas estúpidas o peligrosas que le limitarán inmediatamente. Los jóvenes – y también los adultos – comprenden la libertad como los bebés. Sólo los sabios saben que para ser libre, hay que limitarse. Los demás, con el pretexto de la libertad, no hacen otra cosa que abrir la jaula de las fieras que lo destrozan y devoran todo.

Ayer, por casualidad, puse la televisión para ver qué había, ¿y qué vi? Cuatro energúmenos hirsutos, con cara de animales, que gritaban, que gesticulaban. Parece que se trataba de un concierto, en un teatro. Jamás había oído algo tan deforme, tan cacofónico. Pero el público, compuesto de chicos y chicas, estaba fuera de sí, entusiasmado, se levantaban, aplaudían, se agitaban. Y yo, miraba con tristeza y me decía: «Dios mío, ¿cómo entender ahora a la naturaleza humana? ¿qué ocurre en el alma del hombre para que pueda alejarse

tanto de la belleza?» ¡Que cuatro energúmenos puedan lograr el éxito! Sin embargo no soy tan estrecho ni tan severo como para condenar a una juventud que quiere expresar alegría y vida. Pero allí no había alegría, ¡y la vida no era más que movimiento desordenado y falto de estética! Unas fieras... Sí, les he visto: las jaulas estaban abiertas y las fieras se paseaban para devorar todo lo que quedaba de bueno en ellos. ¡Y los demás aplaudían!

Mirándolo, casi he perdido la esperanza de conducir a los humanos hacia algo bello, sensato. Hay que dejarles ir hasta el final, hasta tocar fondo. ¿Cómo queréis que esta gente comprenda las grandes leyes de la creación y de la naturaleza? Nunca han hecho el menor trabajo sobre sí mismos ni tampoco saben que haya que hacerlo. Sólo saben abrir la jaula de las fieras y eso es todo. A esto se le llama libertad... Sí, son libres, independientes... ¡pero están desmadrados!

Le Bonfin, 25 de Julio de 1965

II

¡Qué privilegio se nos ha concedido hoy, mis queridos hermanos y hermanas! La salida del sol ha sido verdaderamente espléndida...

Sé muy bien que el sol no aporta nada a algunos de vosotros; no sentís nada, no vibráis, no tenéis ningún lazo con él, como si estuviese muerto. El sol sale cada día, vivo, vibrante, envía sus tesoros, pero algunos aún están ahí, insensibles, como si hubiese una pantalla entre ellos y el sol. Y es cierto que hay una pantalla debido a la vida que han llevado la víspera, o los días anteriores. No han pensado que sus actos, e incluso sus pensamientos y sus sentimientos, podrían desempeñar un papel – nefasto o benéfico – en el momento de su encuentro con el sol, y he aquí por qué el sol no representa nada para ellos.

Si cada día os acercáis al sol después de haberos preparado y organizado interiormente, comprenderéis que es un ser vivo, un mundo deslumbrante en el que habitan las entidades más evolucionadas, y que podéis, gracias a él, encontrar la solución a todos vuestros problemas. Los hombres no piensan que el sol pueda hacer algo más que darles su calor y su luz. Que pueda instruirles, ¡ni pensarlo! El sol es una bola de fuego, colocada ahí sin que sepamos siquiera por qué, y el hom-

bre concentrado en sus asuntos se ocupa de todo, excepto de intentar comprender la riqueza y el esplendor del sol.

Acabo de pronunciar la palabra «organizado»: debéis estar interiormente preparados, «organizados». Esta palabra se emplea mucho, oímos decir continuamente que hay que organizar esto o aquello, que tal o cual organización es buena o mala, etc... Pero no se ha comprendido bien el sentido de esta palabra.

Organización viene de órgano. ¿Y qué es un órgano? Un órgano es un instrumento que tiene por función el entrar en relación con los objetos, fuerzas, seres, u otros instrumentos como él. Sin órgano, ningún cambio es posible. La piel, las orejas, los ojos, etc., son órganos gracias a los cuales podemos entrar en contacto con el mundo exterior y tener percepciones; si os falta un órgano, un brazo, una pierna o la lengua, no podréis hacer correctamente vuestro trabajo, porque no podréis desplazaros, coger los objetos, hablar. Esto es tan cierto para el plano espiritual como lo es para el plano físico. Si no tenéis los órganos apropiados, no tendréis medio alguno para conocer el mundo sutil. He ahí por qué el mundo invisible permanece inalcanzable para la mayoría de los humanos: porque aún no han sabido formar los órganos gracias a los cuales pueden entrar en contacto con él.

Los humanos, que no saben razonar, sacan conclusiones estúpidas diciendo: «Puesto que no lo siento, eso no existe». Y, sin embargo, los aparatos científicos nos han mostrado desde hace mucho tiempo que algunas vibraciones sonoras y luminosas se encuentran por encima y por debajo de nuestras percepciones. Por lo tanto el hombre está limitado en sus percepciones, y en su razonamiento también lo está, porque en lugar de reconocer que son sus posibilidades las que están limitadas, prefiere negar la existencia de lo que no ve. ¡Es la mayor estupidez! Desde siempre han existido seres dotados de órganos desarrollados que les permitieron ver en el mundo invisible. Que se llame a estos órganos el sexto sentido, la

glándula pineal, la intuición, o los ojos del espíritu, no tiene ninguna importancia, pero son órganos tan reales como todos los demás. En un lejano pasado todos los humanos poseían estos órganos en perfecto estado de funcionamiento, pero poco a poco se materializaron tanto, que estos órganos dejaron de funcionar. Es preciso que nuevamente, a través del trabajo espiritual, mediante una vida apropiada, el hombre llegue a restablecer en él este estado primordial.

Así pues, actualmente se habla mucho de organización, pero de organización material. Sin embargo, aunque no todo sea perfecto en la vida política y social, por lo menos se ha llegado a una organización bastante buena. Mientras que en la vida interior, ¡qué desorden! Ahí, nunca se piensa que hay que organizar las cosas, sólo nos esforzamos en el mundo exterior. Para todo aquello que concierne al mundo interior, filosófico, metafísico, se inventan toda clase de términos y de nociones complicadas, incluso incomprensibles, que a menudo no corresponden a nada, y nunca se intenta desarrollar los órganos que permitirían entrar directamente en contacto con el mundo espiritual, que no obstante existe, que es real. Mientras no se llegue a producir el contacto, todo lo que se puede decir en este campo, no son más que palabras carentes de sentido. Por lo tanto ahora hay que ocuparse de la organización de la vida interior, tener una actividad adecuada para redimir, desarrollar los órganos espirituales, a fin de entrar en contacto con las realidades invisibles, celestiales. Pero en tanto estemos demasiado absorbidos por las actividades terrenales, no podemos ocuparnos de instalar en nosotros mismos una organización que nos permitiría descubrir la realidad de un mundo aún desconocido y sin embargo más vasto, más rico y más hermoso que el que conocemos.

El hecho de venir por la mañana a la salida del sol sin estar preparado, prueba claramente que aún se está lejos de comprender; por eso no hay comunicación alguna con el sol, y todas esas ondas que envía, no se reciben. Cada salida de sol

debe enriqueceros, mis queridos hermanos y hermanas. Podéis tomar de esta abundancia para distribuirla enseguida a los demás: id con todos vuestros recipientes a esta fuente inextinguible que puede saciar a todas las criaturas... es una riqueza que nadie puede valorar.

Es cierto que los sabios, que gustan siempre de hacer cálculos, investigan cuál será la duración de la vida del sol... ¡En lugar de ir a beneficiarse de su luz, de su calor, de su vida, calculan la hora de su muerte! Pero con sus cálculos siempre estarán lejos de la verdad. El sol puede prolongar su existencia tanto como quiera porque bebió el elixir de la vida inmortal. Pues sí, le he visto bebiendo y vivirá tanto como quiera. Evidentemente, no me creéis... ¡Pues bien, verificadlo! Pero os contentáis con no creerme y no vais a verificarlo... Si fueseis a verificarlo, comprenderíais que es verdad. El sol ha bebido el elixir de la inmortalidad. Diréis: «Pero, ¿quién le ha dado este elixir?» El elixir de la vida inmortal es lo que los alquimistas llaman el magisterio del sol, es decir una condensación de los rayos solares, sencillamente. Así pues, nadie necesita darle, él mismo es quien se da, y bebe sin cesar. Este es el verdadero fénix que renace siempre de sus cenizas. Aunque el sol, nunca tenga cenizas.

El fénix es el símbolo de los seres muy evolucionados que, conociendo las leyes de la vida y de la inmortalidad, pueden renovarse sin cesar. Estos seres simplemente han tomado como modelo al sol. Todos los candidatos a la vida inmortal deben ir a aprender del sol, porque sólo el sol puede enseñarles cómo proceder y cuáles son los elementos que les darán esta inmortalidad. Estos elementos son tres: la luz, el calor y la vida que el sol no cesa de repartir a través del espacio. Y para poder beneficiarse de todas estas riquezas que distribuye el sol, el discípulo sólo tiene un medio: vigilarse, es decir no perderse en actividades que puedan limitarle. De lo contrario, aunque se encuentre ante la fuente de la vida, ante el Eterno, en medio de seres resplandecientes que le revelan todo su

esplendor, se encontrará tan preocupado por sus estados interiores negativos que aunque mire no verá nada, no recibirá nada.

Mientras no poseáis los órganos espirituales en perfecto estado de funcionamiento, no hay nada que hacer; tendréis el sol, ahí, ante vuestros ojos, pero no lo sentiréis... El sol no es tan poderoso como para daros unos ojos, a vosotros os toca tenerlos. Y esto también es cierto en la vida interior: interiormente, el sol existe, y si el hombre no siente nada y no ve nada, se debe a que aún no tiene los órganos formados. Por lo tanto es preciso que se ocupe de formar sus órganos; por lo demás, ya los posee, pero paralizados por siglos de inactividad. Mis queridos hermanos y hermanas, podéis acercaros al sol durante años sin aprender nada. Pero el día en que comprendáis lo que acabo de deciros, y que os preparéis para asistir a la salida del sol como si fuera un acontecimiento superior a todos los demás, entonces beberéis el sol, os alimentaréis del sol y podréis hacer un trabajo inteligente y eficaz.

A pesar de todo lo que se diga a los humanos, aunque se les revelen los misterios de la creación, los misterios del Reino de Dios, nada podrán comprender ni utilizar, porque les faltan los órganos... Os preguntaréis entonces por qué sigo si ya sé cómo son las cosas. Primeramente porque sé que continuando en esta dirección, puede que un día la situación mejore. Algunos seres ya tienen esos órganos en estado de funcionamiento y es para ellos para quienes explico, para ellos para quienes trabajo. Y además, también conozco una ley mágica: si ilumináis a los demás para ayudarles a evolucionar, a pesar de que los esfuerzos que hagáis sean infructuosos, ya habéis dado salida a esta energía amorosa en vosotros, y sois vosotros mismos quienes os beneficiáis, sois felices, os desarrolláis, crecéis, os enriquecéis. Si los demás quieren permanecer estancados, que lo hagan, pero vosotros, creced.

La realidad, la conozco, pero no puede desanimarme. Pase lo que pase, yo seguiré aunque sea sólo para mí mismo.

Aunque no estuviésemos aquí, iría a la salida del sol e incluso algunas veces me sentiría más libre. Pero prefiero ir a ver el sol con vosotros: cuando estamos juntos hay algo más, una atmósfera de calor y de amor. Yo prefiero esto, prefiero ir a ver el sol... ¡«en familia»! Es una deformación mía.

Hay que profundizar el sentido de la palabra organización. Se habla de química orgánica y de química inorgánica. La química orgánica estudia las substancias que proceden de los cuerpos vivos, y se opone a la química inorgánica, o química mineral, cuyos elementos son considerados como no vivos. En realidad todo es orgánico, pero no todo está organizado. El cerebro, por ejemplo, existe orgánicamente, pero esto no significa que el cerebro de cada ser humano esté verdaderamente organizado. Un cerebro organizado es aquél en el que toda la actividad psíquica del pensamiento y del sentimiento se hace sin tropiezos, molestias ni rechinamientos. Y la sociedad, ¿acaso está organizada? De momento, aparentemente, sí: los comerciantes, los trenes, el correo, la policía, los hospitales, etc. Pero sólo se trata de una organización mecánica, porque aún no existe esta armonía que es inseparable de la noción de organización. En realidad, la palabra «organización» sólo puede aplicarse al mundo divino donde todo transcurre sin discusiones ni disputas. Pero en la tierra, cuando se habla de organización perfecta, de cerebro organizado, de sociedad organizada, se trata sólo de palabras: la realidad sigue siendo el desorden.

Hay que encontrar el modelo de una organización perfecta en la que todo funcione idealmente, y este modelo no lo encontraréis en la tierra; así pues tenéis que dirigir vuestra mirada hacia un lugar donde impere esta perfecta organización, y este lugar es el sol. Pero cuando hablo del sol, no hablo del sol físico que vemos, sino de este mundo de armonía y de paz del cual él es el símbolo. Diréis: «¡No, no es el sol, sino la Iglesia la que está mejor organizada!» ¡Ah, si

supierais lo que ocurre en ella!» Externamente, sí, hay toda una jerarquía, pero internamente no hay mucha diferencia con las demás. La verdadera organización no es sólo externa.

La organización externa es necesaria, naturalmente, no lo niego, pero no creo que sea todopoderosa; e incluso resulta inútil si no hay otra cosa, más arriba, que la anime y la vivifique. Esa organización es la que yo busco. Mirad, todo está organizado en vosotros, todo funciona: la respiración, la digestión, la circulación, etc. Pero entonces, ¿a qué es debido que os encontréis tristes, desanimados, oscuros, débiles? Sería preciso que esta organización os lo aportara todo. Ya veis que no es suficiente. Es necesario que otra organización penetre en esta organización física. Otro ejemplo: tenéis una instalación eléctrica, los cables, los hilos, e incluso el contador, pero nada funciona porque falta la corriente. He aquí que ahora todo está organizado, pero hay un hilo que se arrastra por algún sitio... Es el enchufe; cogedlo, enchufad, y ya está, os podréis alumbrar, calentar, podréis cocinar. «¡Pero lo he probado y no ha funcionado!» Entonces, mirad qué es lo que no funciona: puede que algo esté roto, puede que uno de los dos cables del enchufe esté flojo, y puesto que el contacto sólo puede hacerse a través de ambos... Ved, siempre se vuelve a los dos principios.

Estas son algunas palabras de preparación para los días que se acercan. Como ya os dije otros años, la Pascua es una fiesta cuya fecha no se escogió al azar, sino según una ciencia astronómica y astrológica que se remonta a la más lejana antigüedad. En ese momento se producen en el cielo determinados fenómenos de los cuales puede beneficiarse la humanidad, pero naturalmente con la condición de haber desarrollado la conciencia y de prepararse para recibir estas corrientes celestiales. De lo contrario estas corrientes pasarán sin detenerse, se irán, y los humanos seguirán siendo iguales, a pesar de la Pascua. Los humanos no se han transformado, a pesar de que la Pascua ha llegado millares de veces, porque su con-

ciencia estaba en otra parte. Hasta que no logren organizar su vida consagrando un tiempo a las actividad espirituales, no llegarán a ninguna parte.

Ni la ciencia, ni la religión, ni el arte han podido mejorar a los humanos. Sus preocupaciones están en otro sitio. Mirad, por ejemplo, lo que ocurre con el sol. La ciencia está a punto de comprender que ni la bomba atómica se puede comparar con las energías que vienen del sol, y se construirán aparatos para utilizar la energía solar cada día en mayor número. Pero el fin siempre es material, utilitario, nunca se tiene en cuenta la posibilidad de ampliar la conciencia de las personas o de volverles mejores. Se meterá el sol en botellas para venderlo comercialmente, pero el perfeccionamiento de la raza humana por el sol, para que el Reino de Dios venga a la tierra, esto no preocupa a nadie. El fin siempre es la ganancia, el provecho, el comercio. E incluso al Señor, también se Le vende. Id a Lourdes, a Lisieux o a otros lugares de peregrinaje por el mundo, ¡y veréis la cantidad de tiendas en las que se vende y se compra al Señor.

Desde hace siglos los humanos han sido educados en esta actitud materialista, utilitarista. ¿Qué les falta por hacer todavía? Pronto irán a otros planetas, pero no se mejoran a sí mismos. Diréis: «¡Pero hay una cultura y una civilización!» Sí, en la superficie, pero interiormente, aún es peor: se es más codicioso, más interesado, más cruel, más sensual, ¡porque se es más «inteligente»! No, no, la humanidad no ha mejorado. La verdadera mejora no es sólo la mejora material de las construcciones, de los vestidos, de la alimentación, de los medios de locomoción. Esto es la técnica, es la mecanización, todo lo que queráis, excepto la verdadera mejora, porque la verdadera mejora, es la espiritualización. Y el hecho de que no se dé ningún significado espiritual al sol es la prueba más flagrante de que el hombre no está realmente evolucionado.

Ved que lo que más me interesa, mi principal preocupación consiste en conocer el valor de las cosas. Y en mis inves-

tigaciones, desgraciadamente, he descubierto que los humanos no dan ningún valor a lo esencial, es decir, que dan un gran valor a lo que no lo tiene... corren detrás de las sombras. Pues bien, yo he encontrado que lo esencial es la luz. Incluso la naturaleza da el primer lugar a la luz; puesto que ninguna otra cosa puede igualar su velocidad, es superior. El más rápido es siempre el que gana en las competiciones. La luz es lo más rápido, porque se ha desprendido de todas las cargas. ¡Y corre!... Mientras que los demás están tan sobrecargados que avanzan a la velocidad de la babosa. Sí, la velocidad es un criterio de perfección. Cuando vuestro pensamiento se enlentece, ya no podéis contar con él, es incapaz de daros una visión justa de la situación y no podéis salvaros: tenéis un accidente o caéis en una trampa. De la misma manera, cuando la vida interior, la vida psíquica va despacio, todo se vuelve mucho más difícil.

La luz es una medida, un criterio. La luz no tiene nada malo en la cabeza, no es interesada, es desprendida, libre de cualquier tipo de codicia, por ello siempre es la primera. Y si queréis explorar el corazón humano, explorar el universo, estudiar todas las riquezas del Alma universal, deberéis tener la rapidez, la intensidad de la luz. Si no se ha entendido el lenguaje de esa luz que viene del sol, si no se ha comprendido que es la verdadera escuela donde se aprenden las verdaderas normas, las verdaderas medidas, entonces no se ha comprendido nada. Ya que los humanos no se han dado cuenta de que el sol ponía a su disposición los medios más eficaces de razonamiento, de medida y de conocimiento, encuentro que no han comprendido nada y que están en un error. Por eso les aconsejo inscribirse en la escuela del sol que les dará los mejores consejos. Les dirá por ejemplo: «No sigáis nunca a un ser que no posea luz ni calor, porque os arrastrará al precipicio.»

Los humanos se imaginan que encontrarán la verdad en los libros. ¡Pero todos los libros juntos no son más que una tontería en comparación al sol! Ningún libro da la verdad

absoluta. Pues sí, en la tierra es así, se está obligado a contentarse con verdades relativas. En la tierra todo es relativo. Si se quiere conocer la verdad absoluta, hay que ir a la fuente, hay que encontrar el centro. Aquí, en la tierra, estamos en la periferia, todo lo que vemos no es más que un aspecto de la verdad. Cuando se alcanza el centro del círculo, se está en la verdad; pero mientras se está en la periferia sólo se pueden discernir algunos aspectos de esta verdad. Cuando se habla a alguien para darle explicaciones, ya se está en la periferia. Sólo cuando no se dice nada se está en el centro. Desde el momento en que se intenta hablar, se descende hasta el cuerpo físico, y esto ya es la periferia.

De ahora en adelante, dejad de lado la opinión de la filosofía, de la Iglesia y de muchos otros, y pedid la opinión del sol. Todos los que escribieron estaban limitados, ¡y además están muertos! ¡Mientras que el sol siempre está vivo, y se mantiene en forma! Entonces, es mejor acercarse a uno que conoce el secreto de la inmortalidad que a uno que está muerto. Yo siempre he sido así: si alguien me muestra, por ejemplo, una botella de pilocarpina para hacer crecer el pelo, le miro, veo que es calvo y le digo: «No, no lo quiero. – Tomadlo, es el mejor remedio. – Si fuese verdad, tendríais cabello, ¡Pero sois calvo!» Por eso voy hacia el sol, porque todo lo que él nos da es verídico. Naturalmente, después de haber visto al sol se pueden hojear algunos libros, tampoco soy tan fanático como para pensar que no hay que leer nunca. Pero también es absolutamente cierto que nunca llegaremos a instruirnos y a liberarnos completamente mediante lo escrito por los hombres.

Diréis: «Pero los Evangelios, ¡es el mismo Cristo!» No, el Cristo no ha escrito nada, no ha dejado nada, son los demás quienes han escrito, y puede que los demás no hayan escrito exactamente la verdad. Sé muy bien que nadie estará de acuerdo, pero también en eso hay muchos pareceres. Todo lo que han escrito los humanos, hay que compararlo al único

libro indestructible : al gran libro de la naturaleza viviente. Si lo que está escrito en los libros también está escrito en el gran libro de la naturaleza viviente, podéis creerlo, es verdad, de lo contrario, es un error. E incluso en los Evangelios hay pasajes que no son completamente verídicos ; sí, incluso en los Evangelios. ¿Queréis que os dé una prueba? Está dicho : «Si tu ojo es para ti una ocasión de caída, arráncalo y tíralo lejos de ti.» ¿Acaso es el ojo el verdadero causante de la caída, o bien se trata de otros órganos? Entonces, ¡también hay que cortarlos! Bueno, admitámoslo, pero cortándolos, ¿nos liberaremos de todas las codicias internas? No.

Por lo tanto no se trata de mutilar y de sacarse los ojos, o los órganos sexuales, o lo que sea. Si a las manos de un hombre les gusta mucho ir a buscar en los bolsillos o en la caja del vecino, aún después de haberlas cortado, tendrá el deseo de robar ; sí, aún sin manos. Es el deseo el que hay que cortar, no el órgano. Detrás del órgano hay una fuerza que empuja a la gente hacia el crimen. Así pues, este pasaje del Evangelio no está bien redactado porque yo no creo que Jesús haya dicho semejante cosa. Diréis que contradigo los Evangelios... Estoy presto a contradecir todo aquello que no es la verdad. Soy audaz ; sí, para la verdad soy audaz : doy mi explicación frente a las demás explicaciones, ¡y que la naturaleza se pronuncie! No son los humanos quienes deben pronunciarse, sino la naturaleza.

Aunque se mutile para salvarse, el hombre irá al Infierno si sus deseos son infernales, atándole a las regiones, a las substancias, a las entidades que le corresponden. De estos deseos sí debe liberarse... o más bien debe transformarlos. Sí, transformarlos, no matarlos, porque en el mundo divino no se mata, sino que se transforma, se educa, se ilumina. Matar, arrancar, extirpar, masacrar, son palabras para los débiles y los ignorantes que no pueden comprender las nociones de transformación, de sublimación... Se les ha dado términos que comprenden bien, porque desde hace siglos están hacien-

do la guerra, pasando por la espada a sus enemigos... Pero un día se deberá adoptar una nueva comprensión porque matar no sirve de nada. Aunque le matéis, no os libráis de un enemigo. La historia lo ha mostrado : ¡a cuántas personas se les ha cortado la cabeza con el pretexto de que tenían ideas revolucionarias! Pero liberándose de estas personas no se liberaban de sus ideas, sino al contrario : con su muerte todas esas víctimas reforzaban sus ideas, con lo que se propagaban mucho más deprisa.

Matando a la gente no nos libramos de sus ideas y si os cortáis un miembro tampoco os libraréis de vuestros deseos. El trabajo hay que hacerlo en el pensamiento, en el sentimiento, en el alma, y dejar tranquilos a los órganos. Los órganos se contentan con ejecutar las órdenes que les viene de más arriba. Mirad : un brazo puede dar golpes y también puede acariciar ; puede asesinar y puede salvar. ¿Por qué acusar al brazo? El no es culpable, ni responsable ; se le dan órdenes, buenas o malas, y las ejecuta. Es exactamente como un grifo : ¿hay que destruir el grifo si por él sale agua sucia? También puede salir de él agua limpia.

Los humanos siempre creen que hay que destruir esto o aquello, pero la verdadera causa, más lejana, no se ve. Por eso siempre se ha destruido lo que era bueno y útil sin ir a buscar más lejos. Supongamos que se cortan los órganos sexuales de un hombre : no podrá satisfacer sus apetitos y sus deseos, pero sin embargo éstos no habrán desaparecido. Hay seres que, movidos por su fe ardiente, se han mutilado para salvarse, digamos, del Infierno, ¡pero se encontraron con otro infierno, y aún más abrasador! Dios mío, ¿cómo se puede ser tan ignorante en estas cosas? Desde luego con estas aberraciones no convenceréis a la gente de que hay que buscar la pureza, de que hay que buscar la Divinidad. Ante semejantes locuras no querrán creer en el Señor, y esto es grave. ¡En la Edad Media la gente podía dejarse convencer, pero hoy...! Hay que dar otras nociones, otros preceptos a los humanos, por eso os digo

que un día, incluso las verdades de los Evangelios se presentarán de distinta forma.

De momento tengo otro programa para vosotros. Puesto que algunas nociones elementales aún no están digeridas ni comprendidas, no os puedo dar más. Aún la cuestión del sol no está clara para muchos. Van a la salida del sol sin sacar ningún beneficio : vuelven tan prosaicos como antes, siempre a punto para discutir y querellarse. Pero ya os lo he dicho : se debe a que no están aún preparados para asistir a la salida del sol. Para comprender al sol hay que ser desprendido, libre ; entonces, sí, se comprenderá lo que es el sol. No hay palabras para explicar lo que es el sol... Y si todo lo que os he explicado hasta el presente no lo habéis comprendido, no creáis que otros podrán hacéroslo comprender.

Es verdad que existen nociones demasiado lejanas para los humanos, y aunque viniesen los Iniciados, los grandes Maestros a explicárselas, no las comprenderían. Y aunque exista la posibilidad de captarlo mediante el intelecto, no todo puede captarse por el intelecto, y mientras no se posea la comprensión espiritual, algunas nociones seguirán siendo inaccesibles. Aunque os dé imágenes tan sencillas y claras como las de la fuente, la fuente que es necesaria para la vida... no las comprenderéis más que hasta cierto punto, no aprehenderéis su contenido espiritual.

Siempre habrá necesidad del intelecto para comprender el mundo concreto, físico, y saber moverse en él, pero es insuficiente. Existe otra inteligencia que nos prepara para el Cielo, para sentir, saborear, beber el Cielo. Estas dos formas de inteligencia son necesarias porque una no puede reemplazar a la otra. Ambas son necesarias porque corresponden a regiones diferentes. Y yo sé que no se me comprenderá porque os llevo a un terreno del cual nadie os ha hablado nunca, y es completamente normal que no me comprendáis. Pero para mí esto no es motivo para cambiar de tema, porque mi fin, mi trabajo, mi encargo, consiste precisamente en prepararos para este

otro mundo que no conocéis. En cuanto a las ciencias, la política, la literatura, la economía, otros se encargarán de instruirlos y de daros explicaciones. ¡Hay tanta gente que me supera en estos terrenos! Cuando leo sus libros, me quedo maravillado; pero no son estos libros los que me hacen beber en la fuente de la vida. Pero vosotros no tenéis criterio para discernir, no sabéis lo que viene del Cielo y lo que viene de la tierra, lo mezcláis todo.

Cuando Dios creó el mundo, fue El quien dio el plan de la creación y Sus servidores, los Angeles y los Arcángeles, vinieron para realizarlo. Es así para cada cosa en la vida: está el que da el plan y los que lo ejecutan. Se necesitan obreros, y yo me siento feliz al ver obreros en mi Fraternidad, al ver hermanos y hermanas capaces de trabajar. Pero si no os diera lo que os doy, por vosotros mismos no iríais muy lejos. A cada cual su trabajo. Lo que os traigo es de otra dimensión, de otro mundo, algo que no está muy claro para vosotros; quizás esta cosa aún no tenga forma, y sois vosotros, precisamente, quienes debéis encontrar la forma. Es como la vida: la vida no tiene forma.

Os doy el contenido y a vosotros os corresponde buscar el recipiente, los vasos, los frascos... Yo no puedo dároslo todo; os traigo el líquido, el flúido elemental, aportad vosotros por lo menos los recipientes. Naturalmente, también puedo traerlos todos los recipientes, e incluso los mejores, pero si no hay un líquido que introducir, ¿de qué sirven las instalaciones eléctricas sin corriente? Mi trabajo consiste en comunicaros con el sol, con la corriente de la vida divina. Si tenéis otras ambiciones que satisfacer, id a satisfacerlas a otra parte, pero intentad comprender por lo menos este elemento que os doy, cuál es su naturaleza, su esencia, su razón, y cómo utilizarla; no lo confundáis con otra clase de cosas que son útiles, magníficas, pero que pertenecen a otro campo.

Ahora, quiero tener obreros capaces, y con estos obreros removeré la tierra entera, sólo es una cuestión de tiempo. Los

acontecimientos que se producirán en el mundo van a obligar a los humanos a cambiar de filosofía, y les conducirán hasta la Gran Fraternidad Blanca Universal. Es imposible que vayan a otra parte ; porque esas otras partes no son más que pedacitos, partes del todo : sí, partidos políticos, movimientos filosóficos, sectas. Sólo la Fraternidad Blanca Universal lo abarca todo. De momento sé que no me creéis. Estáis deslumbrados por esas pequeñas innovaciones que aparecen aquí y allá en todos los campos, y olvidáis lo esencial. El ser humano siempre tiene necesidad de maravillarse ante algo, es normal, pero yo os aconsejo que os maravilléis sólo ante lo esencial, es decir de la luz, del amor, de la bondad, del sol, de las estrellas... de toda la creación. Luego maravillaos, si queréis, ante algunas criaturas humanas, pero siempre que os revelen y expliquen la Fuente de la vida.

Si no tenéis estos criterios, tarde o temprano naufragaréis : os ataréis a alguien que habrá sabido tentaros, seduciros, pero que no os aportará otra cosa que tinieblas ; trastornará vuestra vida psíquica y os arruinará. Después, una vez que estéis completamente arruinados, os abandonará para ir a buscar otro ingenuo como vosotros para despellejarle. Así es cómo suceden las cosas en el mundo, y después uno se arrepiente, pero es demasiado tarde. Todos se arrepienten algún tiempo después, pero siempre es demasiado tarde porque no han sabido dedicarse a lo esencial. Ahora bien, lo más grave es esto : no saber dónde está lo esencial.

Sèvres, 14 de Abril de 1965

V

El reino de Dios y Su Justicia

I

Ved, mis queridos hermanos y hermanas, que debéis aprender a no tener prisa, debéis ejercitaros en permanecer cada vez más en el silencio sin esperar impacientemente el final de estos minutos de meditación. A menudo os he dicho que lo que bloquea al cerebro e impide a las facultades espirituales desarrollarse, es esta mala costumbre de tener prisa. Evidentemente, no niego que la rapidez, la actividad, el dinamismo sean buenas cualidades, pero el hombre no debe limitarse a ellas y olvidar otras cualidades que se desarrollan, por el contrario, mediante la paciencia, la interiorización, la receptividad. Cuando obtengáis este estado interior de paz y armonía, sentiréis en vosotros fuerzas, potencias y entidades que se ponen a trabajar. Es tan prodigioso que incluso no se puede ver y comprender del todo, porque sobrepasa la imaginación. Naturalmente, hay grados y grados, pero aunque se trate del primer grado, del grado más inferior, ya os dais cuenta del trabajo de esta fuerza interior, desconocida, que está a punto de formar algo, y por lo menos durante algunos minutos, escapáis de las agitaciones y las preocupaciones que os limitan la entrada a esta «cámara secreta» de la que habla Jesús.

Hay que comprender bien estos dos aspectos del hombre : el hombre limitado, mortal, y el hombre ilimitado, eterno ; es necesario que uno desaparezca para que el otro crezca. Es exactamente lo que decía san Juan Bautista hablando de Jesús : «Es necesario que él crezca y que yo disminuya.» Sí, es una frase simbólica. Entonces, cuando estéis aquí, en la Fraternidad, desprendeos de vuestras costumbres en la vida corriente. ¿Qué es lo que os apremia? No tenéis que ir a la oficina... ni a cobrar impuestos... ni a pleitear en un proceso en alguna parte... Tenéis que deciros que por lo menos durante algún tiempo estaréis por fin frente a la eternidad, frente al sol y a la naturaleza, frente a todos los seres luminosos... frente a vosotros mismos. Los que logren cambiar de actitud van a sentir por fin que las fuerzas divinas se despiertan y se instalan en ellos para transformarles.

Muchos me han dicho : «Sí, yo quiero concentrarme, quiero orar, pero no lo logro.» Aún no han comprendido que esto sucede porque están mal dispuestos. Están ahí, impacientes, crispados, con el pensamiento de que hay que terminar enseguida porque tienen otras cosas que hacer y es esto lo que les impide concentrarse. En su inconsciente, en su subconsciente, en sus costumbres hay algo, precisamente, que les bloquea, y que por lo tanto hay que tener en cuenta para analizarlo. Sé que me van a objetar que la vida está hecha así, que cuando se debe trabajar y ocuparse de los demás, no hay tiempo que perder... Pero si se acostumbran a no impacientarse durante media hora, luego cuando reemprendan su trabajo, se darán cuenta de que todo funciona diez veces, cien veces mejor.

Cada cosa a su tiempo, en su lugar... Mientras meditáis, no penséis en nada más ; ya tendréis tiempo luego de ocuparos de lo demás. Pero he aquí lo que pasa casi siempre : mientras estáis aquí para escuchar las conferencias o para meditar, para rezar, en realidad estáis en otra parte. Y cuando estáis en otra parte, decís : «Ah, es preciso que medite, es preciso que

rece», y no se está en lo que se hace. Por eso nada marcha bien. Cuando se prepara la comida, se limpia la vajilla o se conduce el coche, no es el momento más adecuado para acordarnos de que habría que meditar. Debemos estar atentos a lo que hacemos, porque hay tiempo para todo, pero si no lo estamos no hay tiempo para nada, porque no tenemos nunca la cabeza en donde debiera estar. ¡Es tan cierto! Cuando vienen aquí, están en su casa, o no sé dónde... Y cuando están en otra parte, están aquí. Y finalmente nunca están en ninguna parte verdaderamente, lo cual es muy negativo.

¡Cuántas malas costumbres hay que corregir! Sí, costumbres muy negativas. La primera cosa que hay que aprender de la Enseñanza, precisamente, es el corregir estas costumbres, para poder así llegar mucho más lejos y más aprisa. Diréis: «Ah, sí, ahora que nos lo explicáis, lo comprendemos». Pues bien, pienso que sin explicaciones, en el silencio, aún lo habríais comprendido mejor. Sí, precisamente si no estuviésteis tan enfrascados en otra parte, comprenderíais millones de veces mejor que a través de explicaciones.

En realidad, la palabra no es tan necesaria. Tenéis necesidad de la palabra porque no llegáis realmente a conectaros con el Cielo. El día en que sepáis meditar verdaderamente, contemplando los esplendores celestiales, yo no os hablaré más que en el silencio. Sí, porque en el silencio continuo hablándoos, y lo que os digo es de otra naturaleza, de otra dimensión... ¡Porque también durante la noche os hablo!... Por eso, de vez en cuando, se produce en vosotros un esclarecimiento, debido a lo que habéis oído durante la noche, hace algunos meses o algunos años, y que apenas ahora empieza a filtrarse a través de vuestro cerebro.

Diréis: «Pero, ¿por qué es tan largo? ¡Es frustrante!» Sí, para todos nosotros es así, ¡se precisa un trabajo tan continuo, tan paciente antes de que el ser humano comience por fin a comprender! Mirad cuántos millares de millones de años son necesarios para que las piedras se conviertan en

plantas... Y las plantas, cuántos millones de años para que se conviertan en animales... y los animales, cuántos millones de años para que se conviertan en hombres. Evidentemente el tiempo disminuye al pasar de un reino a otro. Se precisa una gran cantidad de tiempo para las piedras, menos para las plantas, menos para los animales... y menos aún para los hombres en convertirse en super-hombres o en ángeles. Porque las posibilidades aumentan con cada reino. Pero aunque el tiempo sea menor, se precisarán centenares de miles de años antes de que los humanos alcancen el grado de evolución de los ángeles.

Así pues, os he dicho algunas palabras en relación a la actitud que debéis mostrar aquí. Porque siempre es la actitud la que hay que llegar a mejorar. Mencioné antes esa cámara secreta de la que habla Jesús; es un símbolo magnífico y de una gran profundidad que ciertamente era conocido mucho antes que él. Todos los Iniciados saben que hay que entrar en esta cámara para rezar, porque en el exterior no se os oirá. ¿Por qué? Suponed que os encontráis en la calle y que queréis hablar a un amigo que se encuentra en otra ciudad... No podéis, hay que entrar en una cabina telefónica, porque allí hay un aparato en donde marcaréis un número y tendréis comunicación. Si no entráis en esta cabina, podéis gritar, podéis chillar, vuestro amigo no os oirá. Para ser oído por el Cielo, hay que entrar en esta cámara secreta, porque también ésta está bien instalada, equipada de aparatos que permiten comunicar con los mundos superiores. Y observad lo siguiente: cuando entráis en una cabina telefónica, cerráis la puerta para poder oír y hablar en silencio; he ahí por qué también esta cámara debe estar silenciosa: porque este trabajo interior no se hace con ruido.

Así pues, tenéis que llegar a comprender que interiormente existe un lugar muy silencioso y tenéis que entrar allí cerrando la puerta detrás de vosotros. Cerrar la puerta, signi-

fica no dejar entrar otros pensamientos, otros deseos, porque entonces todo estará embrollado en vuestra comunicación con el Cielo y no recibiréis ninguna respuesta. Sólo en la cámara secreta todo transcurre correctamente: habláis y oís. Enviáis una petición al Cielo y recibís la respuesta. Si no llegáis a aprehender bien lo que el Cielo os dice, se debe a que os habéis olvidado de cerrar la puerta. La cámara secreta, por lo tanto, está ligada a la idea del secreto y del silencio. Los demás no deben darse cuenta de lo que decís, cómo lo decís, y a quién os dirigís. Naturalmente, algunas veces no podéis impedirles el darse cuenta de que rezáis. Pero cuanto menos se den cuenta, mejor. Los Evangelios hablan de este fariseo que se había encaramado en el templo de Jerusalén y que rezaba con tanta ostentación... Pues bien, eso es exactamente lo opuesto a la cámara secreta.

Podemos decir que la cámara secreta es el corazón, el silencio del corazón. Si no llegamos a este silencio, se debe a que aún no hemos logrado alcanzar esta cámara. ¡Hay tantas «cámaras» en el hombre! Y entre todas estas cámaras, muy pocos han encontrado precisamente aquella que ama el silencio. La mayoría se han extraviado en otras cámaras y allí rezan; pero como no hay los aparatos necesarios, el Cielo no recibe sus pensamientos y sus oraciones. Para que la oración sea recibida, hay que satisfacer ciertas condiciones.

¿Por qué, por ejemplo, en el pasado los Iniciados enseñaron este gesto de juntar las manos para rezar? Es un símbolo. Porque la verdadera oración consiste en unir los dos principios: el corazón y el intelecto. Si sólo es vuestro corazón el que pide, sin que vuestro pensamiento se una a él, vuestra oración no puede ser recibida. Para que sea recibida, se necesitan el corazón y el intelecto, el pensamiento y el sentimiento, es decir los dos principios, masculino y femenino. ¡En cuántos cuadros se ha representado a personas orando, incluso niños, con las manos juntas! Pero nunca se ha comprendido la profundidad de este gesto. Esto no quiere decir que para

rezar haya que juntar las manos obligatoriamente, no, porque no es la parte física la que cuenta, sino la parte interna. Hay que unir el alma y el espíritu, el corazón y el intelecto, porque su unión es la que potencia la oración. Es algo formidable lo que se potencia: dais y recibís al mismo tiempo, sois activo y receptivo.

¡Aún hay tanta incompreensión en la cabeza de los cristianos! Se imaginan que todo está en las palabras de la oración. Pues no, a menudo las palabras no pueden ascender hasta el Cielo y caen de nuevo. La boca murmura algo pero el hombre no reza, nada vibra en él. Naturalmente, a menudo os he dicho que para la realización la palabra pronunciada es muy importante. Sí, pero precisamente con la condición de que vuestro deseo y vuestro pensamiento sean ya poderosos en el plano espiritual. Entonces la palabra es como una firma que permite la puesta en marcha de las fuerzas de lo alto.

Supongamos que queráis despertar en vosotros un sentimiento de amor hacia Dios; siendo el sentimiento algo puramente psíquico, no tenéis necesidad de emplear la palabra, podéis llegar sólo por la fuerza de vuestro deseo. Pero supongamos que queráis obtener una realización en el plano físico, material; en este momento, la palabra pronunciada es necesaria. Pero lo esencial sigue siendo la intensidad del pensamiento, del sentimiento, y aunque pronunciéis palabras durante horas enteras no dará ningún resultado, no se os acogerá. Por otra parte, vosotros mismos sentís cuándo vuestra oración es oída o no. Hay días en que sentís una fuerza tal, una plenitud tal que sabéis que por fin el Cielo os ha oído. Esto no quiere decir que se produzcan resultados inmediatos en el plano físico; la realización no se producirá inmediatamente, pero se os ha oído, se ha tomado en consideración vuestra petición, y esto es lo esencial: sentir que vuestra oración ha sido oída.

Así pues todo depende de la intensidad, y la intensidad siempre está ligada al poder que se tiene de separar los pro-

pios pensamientos y sentimientos de todas las preocupaciones extrañas a la oración. Por eso hay que aprender a dejarlo todo a un lado para sumergirse en el trabajo intensamente. Sólo con esta condición el Cielo os acogerá.

Pero sé lo que pensáis: «Y usted, entonces, que nos instruye de esta manera, ¿es acogido cuando pide alguna cosa?» Sí, porque las peticiones que hago ¡son tan distintas de las que pudierais imaginar! Y yo lo veo, se me acoge. «Pero entonces, diréis vosotros, ya que el Cielo siempre os acoge, ¿por qué no pedís unos cuantos millones, por ejemplo?» ¡Oh! porque es poca cosa. ¿Qué son algunos millones? Si los distribuyo entre vosotros, tocará muy poco a cada uno. No, no, lo que yo pido, no os lo podéis imaginar, y siempre se me acoge. Cuando veo con qué peticiones los humanos importunan al Cielo, me quedo estupefacto. ¡Hay que ver de qué cosas se ocupan! Verdaderamente pierden un tiempo precioso y, ¿qué obtienen? Por mi parte, cuando he visto una puerta del Cielo ante la cual nadie hacía cola, me he instalado delante y he dicho: «¡Esto es para mí!» Pues sí. Nadie tiene ganas de ir allí, mientras que yo voy cada vez más.

A vosotros os toca descubrir lo que yo pido. De cualquier forma no se trata de casas, ni de dinero, ni de glorias terrenales, ni de mujeres, ni de niños. Por eso siempre me oyen, siempre, sin excepción. Lo que pido no es para mí, por eso me lo dan enseguida. Si pedís algo para vosotros, os dicen: «Veamos, esperad, vamos a mirar los informes... ¿De dónde venís? ¿Quién es vuestro padre? ¿Creéis merecer que se os acoja?» ¡Ah! esto no se termina nunca. Diréis: «Pero no tenéis nada que no tuvieseis antes.» Ciertamente, porque no es eso lo que pido. Y lo que pido, no os lo diré; ¡porque esto ocurre en la cámara secreta, esto no os incumbe, es un secreto!

Nunca hay que decir lo que pedís, pero si pedís lo mismo que yo enseguida seréis acogidos, porque aquí la cuestión no está en saber si sois dignos o no, no se trata de un asunto de

dignidad o de superioridad. La cuestión sólo está en la naturaleza de la demanda. Tanto si se trata de un niño, como de un borracho, pueden ser acogidos. Diréis: «Pero entonces, ¿siempre se es acogido?» Sí, si vuestra oración es sincera, intensa y desinteresada, sois acogidos, pero progresivamente; el proceso es continuo y se va amplificando porque lo que pedís no puede realizarse en un día. Empieza a realizarse, pero falta mucho tiempo para que se realice plenamente. Cuando sembráis un grano, el crecimiento se producirá, independientemente de vosotros. Para que el grano se convierta en un árbol se precisa tiempo, pero ya se os ha concedido lo que pedíais, porque crece. Si pedís el Reino de Dios y Su Justicia, no podéis pretender que se manifieste inmediatamente, esto no es posible, es un árbol gigantesco que no puede crecer de golpe. Pero se ha sembrado, el grano está sembrado y el árbol crece. «¡Pero yo no lo veo!» Ah, si sois miope... Pero yo lo veo, el grano crece.

Cuando os digo que a mí siempre me acogen, no es que me crea superior y que imagine que todo el Cielo está ahí, pendiente de mí, a mi servicio. No, os lo he dicho, aquel que envíe las mismas peticiones que yo, quienquiera que sea, inmediatamente será acogido porque el Cielo tiene una abertura especial, una puerta particular para este tipo de peticiones. Es el propio Dios quien ha dado la orden de acoger a aquel que haga semejantes peticiones. Por lo tanto no se interesa en saber quién sois, de dónde venís. Y tampoco se pide el consentimiento de los Veinticuatro Ancianos, porque esto no depende de los Veinticuatro Ancianos, sino de una instancia superior, muy cerca de Dios, el Amor. Los Veinticuatro Ancianos rigen el destino y están encargados de hacer que se apliquen las leyes de la justicia. Pero esta demanda no les atañe. Por lo tanto escapa a las leyes kármicas, a las leyes de la justicia. ¿Os extraña? Desde el momento que habéis sido capaces de pedir semejante cosa, habéis alcanzado una región

superior a aquéllas en que rigen las leyes kármicas y éstas no tienen ninguna influencia sobre vosotros.

Entonces, he ahí que esta petición tan sublime que el Cielo está presto a conceder, es el Reino de Dios. «Pedid el Reino y Su Justicia», ha dicho Jesús. Y no sólo vendrá el Reino de Dios, ya sabéis el resto : «...y todo lo demás se os dará por añadidura.» Sí, puesto que habéis sido generosos, que no habéis pedido nada para vosotros, pues bien, se pensará en vosotros ; no solamente se acogerá vuestra plegaria para la humanidad, para la colectividad, sino que no se os olvidará. He ahí la ley que ha sido decretada por el mismo Dios. Cuantas más criaturas en el mundo hagan esta petición tanto más rápidamente vendrá el Reino de Dios. Pedid, mis queridos hermanos y hermanas, el Reino de Dios y Su Justicia.

Diréis : «Entonces, ¿pedís el Reino de Dios? ¿Y decís que se os acoge? ¡Pero esto no se ve!» Pues bien, os equivocáis ; yo pienso que me acogen, y si vosotros no pensáis así, se debe a que no sabéis cómo suceden las cosas. El Reino de Dios no puede venir al plano físico si no se ha realizado primeramente en el intelecto, en los pensamientos. Enseguida descenderá al corazón, a los sentimientos, y por fin se manifestará en las acciones. Es así como el Reino de Dios un día se volverá tangible. Pero primeramente debe recabar en las ideas, en los pensamientos... Y ahí, veo que está empezando... No estamos solos, millares de personas en el mundo piensan y sienten como nosotros, hay muchos más de lo que creéis. El Reino de Dios se abre camino en los deseos y pensamientos de algunos. E incluso en su comportamiento, en su forma de vivir, ya se ha instalado el Reino de Dios, porque el Reino de Dios es un estado de conciencia, una forma de vivir y de trabajar.

Naturalmente, el Reino de Dios no ha llegado para toda la humanidad, pero llegará, porque es contagioso. Es lo que Jesús sobrentendía en la parábola de la levadura. Los alquimistas dicen que si el océano fuese de metal fundido, con

algunos gramos del polvo al que llaman la piedra filosofal, podrían transformarlo en oro. Porque parece ser que hay reglas para aumentar el poder de este polvo. Los humanos también pueden convertirse en fermentos o en levaduras. Si verdaderamente somos como fermentos espirituales, podemos, por nuestra presencia, por nuestro contacto, influir en toda la humanidad. Esto depende de la intensidad de la luz, de la intensidad de nuestro amor y de la fuerza de la vida que vivimos. Pero para llegar ahí, evidentemente, se precisa de una Enseñanza, se necesita un sistema, unos métodos. Porque todo está aquí, hay que vivir una nueva vida teniendo una nueva comprensión, apoyada y alimentada por un amor nuevo, intenso. Enseguida, todo se vuelve más fácil, todo se armoniza y nos convertimos en un factor benéfico, constructivo para toda la humanidad.

He ahí, mis queridos hermanos y hermanas, que os deseo un buen día. Y acordaos, no tengáis nunca prisa cuando vengáis aquí. Para estar siempre agitados y crispados, no vale la pena que vengáis. Antes de venir, arreglad vuestros asuntos de forma que no tengáis prisa ; en ese momento habréis ganado enormemente y seréis los hombres y las mujeres más felices del mundo.

Sèvres, 24 de Abril de 1963

II

En todas vuestras actividades, lo que más cuenta, es el motivo que os hace obrar, el fin que queréis alcanzar. La actividad en sí misma no tiene mucha importancia; si hace que os consideren, si os produce dinero, esto no tiene una gran importancia. Puede ser que os parezca que no hacéis gran cosa viniendo a la Fraternidad, pero si venís con la idea de agrandar, de nutrir esta idea de la Fraternidad Blanca Universal, añadiréis cada vez algunos elementos para vuestro porvenir, para vuestra evolución, para vuestro cuerpo glorioso. Y esto cambiará todo vuestro destino. ¡Bienaventurados aquellos que comprenden esta verdad! Durante un tiempo quizás no veáis ningún resultado, pero un buen día sentiréis que las bendiciones os llegan por todas partes.

Los humanos obran con vosotros según lo que ven, pero el Cielo os recompensa u os castiga según vuestros móviles. Por lo tanto debéis esperar del Cielo la recompensa de lo que hacéis viniendo aquí a sostener esta idea de la Fraternidad. ¿Por qué razón creéis que hago estas reuniones, estas conferencias? ¿Para enriquecerme? ¿Para ser glorificado? Otro en mi lugar ya hace tiempo que se hubiese descorazonado y lo habría abandonado todo al ver tan pobres resultados. Los

humanos están tan ocupados por cosas espectaculares en el campo de la materia que si les pedís que se consagren a una idea, no tendréis ningún éxito. «Una idea, pero, ¿qué es una idea? ¡Es idiota, es estúpido! No tenemos tiempo que perder con las ideas. Ha habido en el pasado pobres infelices que vivían por unas ideas... unas ilusiones... ¡y ya se ha visto cómo terminaron; nosotros no queremos parecernos a ellos!»

Pues sí, todos quieren tener ocupaciones «sustanciosas», pero detrás de estas ocupaciones no hay ninguna idea divina, solamente el dinero, el vientre, el sexo. Evidentemente, triunfan, ¡pero un día verán en qué consiste su triunfo! Cuando lleguen al otro lado se les mostrarán sus grandes éxitos. Así pues, seguiré diciéndoos lo mismo: debéis venir aquí por una idea y, como hacían las Vestales, alimentar el fuego sagrado en el mundo... que no se apague, que la Fraternidad Blanca Universal llegue a todos los corazones, a todas las almas, que se instale esta nueva comprensión. Es verdad, no tendréis más dinero en vuestros cofres, pero tendréis algo que se llama esperanza, anhelo, que se llama amor, que se llama luz.

Intentad echar un vistazo hasta el fondo de vosotros mismos, y veréis qué riquezas encontráis allí enterradas. Porque cada vez que venís aquí para cantar, rezar y meditar, acumuláis tesoros. Y yo, después de cada reunión, vuelvo a mi casa feliz dando gracias al Cielo, y me digo: «¡Ah! también hoy estaban ahí, fieles. El fuego aún sigue ardiendo, hay que sostenerlo, mantenerlo, alimentarlo. ¡Ha sido un hermoso día para la gloria de Dios!» Nunca debemos pensar que estamos solos. Cuántas veces os he dicho que tenemos con nosotros a millares de seres invisibles que participan en nuestro trabajo y que propagan ondas hasta los cerebros de los humanos preparados para recibirlas. Estas ondas son de una potencia fantástica, es un torbellino extraordinario que se eleva por encima de vosotros y que se esparce en todas direcciones. Trabajamos para despertar la conciencia de otros muchos que no conocemos; lo creáis o no, yo lo sé, hay millares de seres que hemos

logrado conmover sin conocerlos, y ellos tampoco saben de dónde les llegan estas corrientes. Hay que proseguir; un día millares de hombres vendrán a unirse a nosotros, y en este trabajo encontrarán el sentido de su existencia en la tierra. Porque este trabajo es el verdadero alimento, y ninguna actividad puede dar la misma plenitud. ¡Id y comprobadlo! En las demás actividades os sentiréis interesados por un momento, os sentiréis felices, pero al momento siguiente os faltará algo. La plenitud sólo la encontraréis verdaderamente en este trabajo con el amor y la luz : difundir por todas partes el amor y la luz.

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, ¡una idea!... ¡trabajar por una idea!... Muchos jóvenes son idealistas pero no saben hacia dónde dirigirse porque los adultos no les muestran el camino. Siempre les dicen : «¡Espabílate, amigo!» Es decir que hay que triunfar, ganar dinero... En sus consejos nunca preconizan trabajar por una idea, una idea divina.

Una idea, mis queridos hermanos y hermanas, medita sobre esta cuestión... Diréis : «¡Ah, pues entonces es preciso que lea a Platón!» Aunque no leáis a Platón, podéis comprender lo que es una idea. Una idea es una criatura, un ser vivo que viene desde lo alto, del mundo superior del pensamiento, y este ser vivo hace un trabajo sobre vosotros mismos. Mientras la mantengáis, la alimentéis, esta idea os moldea, os influye, hasta el punto de que un día llegáis a reflejar este mundo de las ideas que es el mundo de los arquetipos, el mundo divino. Así pues ya veis la utilidad de trabajar por una idea divina : esta idea extrae de sí misma todas las posibilidades para modelaros, mejoraros, y un día llegaréis a ser ciudadanos de ese mundo en el que viven estas criaturas que llamamos ideas. He ahí por qué hay que trabajar por una idea : para tener una conexión con el mundo superior. Cuando ya no hay ideas que trabajan en vosotros, como las abejas, para traeros sus bendiciones, os encontráis faltos de todo lo mejor que existe.

Naturalmente, mientras consideréis las ideas como abstracciones ineficaces e inoperantes, no os servirán para nada. Por eso ante todo hay que saber lo que es una idea y cómo trabajar por una idea. Una idea es un ser vivo de una gran inteligencia, de una gran belleza y dotado de propiedades bien determinadas. En el momento en que trabajáis por tal o cual idea, ésta ya actúa sobre vosotros y os aporta todo lo que posee. Ahí está el lado mágico de esta cuestión. Así pues, si tenéis solamente una idea, una, a pesar de todas vuestras imperfecciones, vuestras debilidades y vuestra ignorancia, esta idea que habita el mundo de la luz, en lo alto, os pone en comunicación con todos sus amigos, os hace conocer otras criaturas, otras regiones ; y es así como algún tiempo después, esta única idea os ha traído el Cielo entero. Solamente la idea del Reino de Dios... y esta idea os ha unido a todas las demás ideas que vibran en armonía con ella, y con eso ya lo tenéis todo. Por eso ha sido dicho : «Pedid el Reino de Dios y Su Justicia y todo lo demás se os dará por añadidura.» Entre el principio y el final de esta frase hay todo un espacio que explorar.

Esta es, mis queridos hermanos y hermanas, una de las verdades más importantes de la Ciencia iniciática : que una idea, que por sí misma es limitada, puede aportar otras riquezas que por sí misma no posee. Sí, porque os une a un conjunto de otras ideas que están en armonía con ella ; poco a poco todo este conjunto de ideas llegan a conoceros, y como cada una posee un terreno aquí, una morada allá, simbólicamente hablando, todos los tesoros van hacia vosotros debido únicamente a una idea. Sí, porque en lo alto todo está unido, no hay separación, y cuando se remueve una idea se activan todas las demás. Desde el momento en que estáis en buena relación con una idea, la amáis, la alimentáis e intentáis atraerla, os pone en comunicación con todas las demás que os envían lo que poseen. Ved cómo, entre el principio y el final de esta frase : «Pedid el Reino de Dios y Su Justicia... y todo

lo demás se os dará por añadidura», hay todo un espacio vacío que colmo para vosotros.

Hoy, os explico lo que no está escrito : que la promesa del Evangelio «...y todo lo demás se os dará por añadidura», es posible gracias a la afinidad especial, magnífica, magnética que hay entre una idea sublime y todas las demás ideas que se le parecen, pero también porque una idea tiene sus portavoces que están alerta, aquí, en la tierra. Esta es la razón del porqué obtendréis todo lo demás. De otra forma, sería insensato : habéis pedido una cosa y no hay ninguna razón para que tengáis todas las demás. Los que ignoran esta verdad sólo han pedido la riqueza, por ejemplo, y la han tenido, pero no han obtenido ni la inteligencia, ni la salud, ni la felicidad, ni la belleza, ni la bondad. Pues bien, ¡este negocio es ruinoso ! Diréis : « ¡Sí, pero la riqueza me aportará todo lo demás ! » Esto no lo creo, puede que esta riqueza os aporte muchas cosas : temores, tribulaciones y sobre todo... a los ladrones, que vendrán a desvalijaros y os asesinarán para despojaros más fácilmente. Y si pedís la ciencia o la belleza, tampoco os lo darán todo : puede ser incluso que si sois hermosos esto desencadene tragedias de las que seréis las primeras víctimas.

«Pedid el Reino de Dios y Su Justicia y todo lo demás se os dará por añadidura.» Esta promesa es tan inmensa que no parece que pueda cumplirse, pero ahora la comprendéis...

Permanezcamos ahora en silencio durante algunos minutos y agradezcamos al Cielo el haber vivido este día de Navidad en la armonía, la música y los sentimientos fraternales. Sí, poder estar ahí, protegido, en buen estado de salud, y alegrarse con los demás hermanos y hermanas... ¡ Porque hay tantas cosas terribles que pueden suceder ! Por lo tanto, es maravilloso estar aquí, todos juntos. Cuando vuelva a mi casa me sentiré agradecido al Cielo y diré : « Una jornada más, Señor, que está inscrita en el libro de la vida, una jornada más que nos acerca a Ti, porque estábamos aquí en Tu nombre y

para Tu gloria, para alimentar el fuego, la luz en el corazón y el alma de los hermanos y de las hermanas.» ¿Hay algo más maravilloso que pasar la vida en el reconocimiento, la gratitud, los cantos? Pero, en eso, tampoco me creéis porque estáis tan acostumbrados a sentir temor y a sentirnos anonadados, que si se os priva durante una jornada de esta carga, decís: «¡Pero esto no es normal, es inquietante!»

Como un amigo que tuve durante mi juventud en Bulgaria. Pertenecía a un grupo de anarquistas que habían sido fusilados todos. Huía y se escondía porque le perseguían... En esa época yo vivía en Ternovo con algunos amigos que como yo eran discípulos del Maestro Peter Deunov. La casa estaba bastante lejos de la ciudad, en medio de los viñedos, y nosotros estábamos pasando nuestros días allá, trabajando y meditando... Un día vemos llegar a un muchacho que parecía tener mucho miedo y a quien dimos de comer. Poco a poco, nos cogió confianza y empezó a contarnos su historia. Se quedó algunos días con nosotros y manteníamos largas conversaciones; estaba extrañado de la filosofía de nuestra Enseñanza que le hacía comprender que no era la anarquía la que podía mejorar el destino del mundo. Se impresionó mucho y se despertó rápidamente en él la mejor disposición. Porque en el fondo no era malo, por el contrario era un hombre muy íntegro. Se revelaba contra la injusticia y se había convertido en anarquista solamente por las circunstancias. En realidad era un ser lleno de amor y así se manifestó enseguida.

Así pues decidió cambiar de vida y formar parte de la Fraternidad. Y yo le había predicho: «Si te esfuerzas, si te unes a la Fraternidad, las autoridades se olvidarán de ti, serás el único que escapará a la muerte y todo cambiará para ti.» Me creyó y su existencia cambió completamente. Se convirtió en un hermano en nuestra Fraternidad de Bulgaria, un hermano de los mejores. Tenía cualidades extraordinarias de bondad, de generosidad, de humildad y de fidelidad. Verdaderamente nos amábamos mucho. Se llamaba Dimitri Zvezdinsky. Pero

he aquí que estaba tan acostumbrado a temblar por su vida, a esconderse, a la falta de alimento y de sueño, que cuando empezó a saborear la tranquilidad, a ver que ya no se le inquietaba, que todo el mundo le sonreía y le amaba, casi era peor que antes: no se encontraba bien, no comprendía lo que le pasaba... como si los tormentos del pasado le faltasen. Y también a vosotros os ocurre un poco lo que a él; aún no estáis acostumbrados a vivir en paz, y si las inquietudes os abandonan, las llamáis, diciendo: «¡Estimadas inquietudes, volved por favor, porque sin vosotras, se está peor!» Y vuelven...

Entonces, permanezcamos algunos minutos, así, en paz, agradeciendo al Cielo que nos encontremos en buena salud, felices y rodeados de amigos y sobre todo que tengamos esta Enseñanza, este magnífico ideal.

Algunos minutos de meditación.

Y os diré de nuevo que lo que cuenta para mí, es el ambiente... el ambiente cálido, fraternal, armónico, vivo. Que recibáis aquí conocimientos, es secundario: lo esencial es el ambiente. Por eso toda mi ciencia consiste en buscar los medios para crear un buen ambiente, todo está ahí. Porque en este ambiente uno se alimenta, y soy yo primeramente quien me alimento. Si vosotros os alimentáis o no, yo no lo sé, pero yo, sí me alimento. De ahora en adelante prestad más atención con el fin de crear este ambiente; es él el que trae la alegría y prolonga la vida, es él el que nos hace felices.

Sèvres, 25 de Diciembre de 1964

III

*

Dos veces, tres veces, cuatro veces al día, nos reunimos para meditar, orar, cantar juntos... Son momentos maravillosos, los mejores de nuestra existencia. Pero quizás aún falta algo : todas esas energías, todos esos anhelos aún no han recibido una determinación, una dirección. Cuando enviáis una carta, ¿cómo llegará a su destino si no escribís la dirección? Tenéis que poner la dirección, y entonces, aunque perdáis la carta en la calle, alguien la encontrará, la pondrá en el buzón, y llegará a su destino. De la misma manera, las energías espirituales emanadas por la Fraternidad deben tener una dirección, deben estar dirigidas hacia un fin, de lo contrario vuelven al gran depósito cósmico donde se desparraman sin producir grandes resultados. Hay que dar una dirección, un fin a las actividades, y sin embargo hay poca gente que lo logra.

En el plano intelectual, en el plano afectivo, en el plano físico, todos tienen una actividad, pero esta actividad está dispersa, no está orientada en una dirección precisa, por lo que no se producen grandes efectos. Para obtener resultados, sólo hay un medio : la concentración. Con una lupa concentráis los rayos de sol en un punto, y el objeto se inflama. Si no la tenéis podéis esperar años enteros, nada se inflamará. Todo el secreto está en la concentración. Por eso en nuestras reunio-

nes, en nuestras meditaciones, debemos también llegar a concentrar nuestros pensamientos, nuestras fuerzas colectivas hacia un punto, un centro, un fin. Este fin puede ser individual o colectivo. Pero el ideal está en que sea ambas cosas a la vez. Si los combinamos con sabiduría, con medida, entonces resultan necesarios, indispensables.

Hay que ocuparse de los propios problemas al mismo tiempo que de las cuestiones colectivas. Si os olvidáis de vosotros completamente, si sólo existe la colectividad para vosotros, vais a sufrir y a desmoronaros. Y si sólo os ocupáis de vosotros mismos, entráis en conflicto con la colectividad, olvidáis que no sois más que una pequeña parte de un todo con el cual debéis hacer intercambios razonables y armónicos para mantener el equilibrio, y entonces os preguntáis por qué nada os funciona, por qué os sentís bloqueados... ¡La causa está en que habéis olvidado que formáis parte del cosmos, que debéis vibrar al unísono con él! La verdadera sabiduría, por lo tanto, nos aconseja conciliar ambos polos: los demás y nosotros mismos. La cuestión está en encontrar la medida: cuánto dar al César y cuánto dar a Dios. Está demasiado claro, ya os lo he explicado: si quemáis una rama de un árbol, veréis que las tres cuartas partes de su substancia se van hacia arriba y sólo queda una cuarta parte aquí, en la tierra.* Así pues, observad: tres cuartas partes para la colectividad, para la inmensidad, y un cuarto para sí mismo. Y si hacéis lo contrario, tres cuartas partes para vosotros y un cuarto para el Señor, esto va en contra de las matemáticas celestiales.

Pero no quería detenerme hoy sobre esta cuestión. Sólo quería daros algunas explicaciones sobre lo que debéis hacer cuando nos reunimos y meditamos juntos precisamente para el bien de esta colectividad, de toda la humanidad. Si estudiáis, si experimentáis, os dais cuenta de que no hay nada que pueda compararse con la belleza, con el esplendor de esta

* Ver tomo XI, capítulo XIV.

actividad que se os presenta en la Fraternidad Blanca Universal: concentrar vuestro pensamiento en el Reino de Dios y Su Justicia. Todo lo demás palidece ante esto.

Este ideal, este pensamiento fundamental que debería estar en el centro de nuestras preocupaciones, producirá fenómenos de un poder indescriptible, especialmente si somos muchos y estamos orientados en la misma dirección. Por otra parte, en el mundo sólo se ven manifestaciones de personalidades exacerbadas: siempre la ambición, el orgullo, la vanidad... ¿Dónde están la inteligencia y la razón que deben restablecer el equilibrio? El mundo hoy necesita orden y armonía, y necesita del Reino de Dios. El Reino de Dios resume todas las cualidades esenciales: la luz, la inteligencia, la sabiduría, la dulzura, la humildad, la bondad, y sobre todo la armonía. En consecuencia una vida extremadamente benéfica para el mundo entero. Y este Reino de Dios, debemos desearlo con todas nuestras fuerzas.

¡Hay tan pocos en el mundo que deseen el Reino de Dios en comparación con los que desean el desorden y el caos! Para hacer frente a todas esas pasiones desencadenadas hay que compensar el otro plato de la balanza. Por eso la actividad más gloriosa, el trabajo más glorioso, el más digno para el discípulo, consiste en consagrar su tiempo y sus energías en pedir el Reino de Dios y Su Justicia... el Reino de Dios y Su Justicia... el Reino de Dios y Su Justicia... y como está dicho en las Escrituras: todo lo demás se os dará por añadidura. Todo lo demás... pero, ¿qué queda por conseguir después del Reino de Dios?

El Reino de Dios incluye y abarca todo lo que se puede desear y yo me pregunto por qué dijo Jesús: «Y todo lo demás se os dará por añadidura». Sin duda para los ignorantes que no conocen ni la grandeza ni la riqueza de estas palabras: el Reino de Dios. Cuando tenéis el Reino de Dios, ¿qué más podéis desear? ¡Es para animar a aquellas gentes que creen que se debe prometer una casa, mantas, zapatos, calce-

tines! Para éstos Jesús habló de «todo lo demás»... Pero en lo alto, en el mundo divino, este precepto está redactado de forma distinta: «Pedid el Reino de Dios y Su Justicia... ¡y ya no necesitaréis nada más!» Sí, según yo, está redactado de otra forma. Si no me creéis, id a comprobarlo y veréis cómo fueron concebidos en un principio los Evangelios y cómo fueron dados luego a los humanos...

Así pues, el trabajo más necesario, el más glorioso que nos pide el Cielo, consiste en participar en la realización del Reino de Dios. Cuando os reunáis aquí, en lugar de estar dispersos y dejar que vuestros pensamientos se paseen sin ton ni son, dirigidlos siempre en la misma dirección: el Reino de Dios y Su Justicia. Y puesto que somos muchos y nos reunimos con frecuencia, las fuerzas y las energías que emanamos se inscriben, se registran y se reúnen en los depósitos divinos... y entonces se producen resultados. ¿Cuándo? Este no es nuestro problema. El Reino de Dios vendrá, esto os lo digo yo, y la Edad de Oro vendrá... Algunos astrólogos lo han calculado y dicen lo que ya dije hace años: al final del siglo, tendremos la Edad de Oro en la tierra.

Sí, mis queridos hermanos y hermanas, no nos reunimos para desear dinero, mujeres, casas, automóviles. Nos reunimos para hacer que venga el Reino de Dios. Supongamos ahora que nuestros pensamientos, nuestros deseos no consiguieran atraerlo: retornarán hacia nosotros, y el Reino de Dios se instalará en nosotros. Si el Reino de Dios no viene a este mundo, vendrá a nosotros; nos será dado porque habremos trabajado para él. Puesto que los demás no han querido recibirlo, nos será devuelto. Por lo tanto nada se pierde nunca deseando tan magníficas realizaciones.

Pero el problema está ahora en dar siempre una finalidad al trabajo espiritual y decirse: «Medito, pienso, rezo por tal razón». Sí, señalad la razón para que todas esas fuerzas no se vayan a cualquier sitio. Y así vuestros pensamientos se volverán obedientes, estarán a vuestro servicio. El pensamiento es

muy difícil de amaestrar, de someter, es como un caballo que se ha escapado. En los libros hindús se ven a muchos yoguis que se quejan diciendo : ¡«Oh Indra, cuán difícil es someter el pensamiento! Es tan difícil como hacer una cuerda con la arena o atar al viento». Pero ejercitándose varias veces todos los días, se acaba por conseguirlo y por volverlo dócil, obediente, sumiso.

¡Este es el sentido de los ejercicios que hacemos cada día, y es magnífico! No penséis nunca que es demasiado, sino al contrario. Los que se han acostumbrado no quieren abandonar la meditación, se sienten tan bien que quieren prolongar indefinidamente estos momentos. Entonces, ahora todos juntos, intentemos concentrarnos durante algunos minutos en el Reino de Dios... Queremos el Reino de Dios y Su Justicia... Pedimos, reclamamos, rezamos por el Reino de Dios y Su Justicia... Y todos nosotros vamos a enviar una fuerza colectiva formidable que trabajará en el mundo entero.

Algunos minutos de meditación...

¡Es magnífico! Estábamos rodeados de entidades del mundo invisible que se decían entre sí : «¡Ah, si hubiese por todas partes en el mundo servidores de la luz que pudiesen orientar sus pensamientos en esta dirección, la faz de la tierra cambiaría!» Esto es lo que dicen, les he oído.

Ya que por el momento sólo se trata de un puñado de hombres que hacen este trabajo aquí y allá, no se puede llegar muy lejos. Pero por lo menos, con la esperanza de que muchos otros cerebros vibrarán al unísono con nosotros y responderán a nuestra llamada, continuamos. Porque la verdadera evolución va en el sentido de la colectividad. El que se expande en la colectividad evoluciona maravillosamente. Los demás, que en ella se encuentran desgraciados, oprimidos y que quieren evolucionar solos, intelectualmente, leyendo, instruyéndose, muestran que están dirigidos únicamente por

la personalidad. Y ésta aún no es una buena evolución. Hay que amar la colectividad en la que nos sentimos sumergidos como en un océano donde todas las almas vibran juntas. Sí, hay que evolucionar; tarde o temprano debéis vencer ciertas tendencias personales, someterlas, despojaros para poder decir por fin: «¡Soy un ser colectivo, ya no soy una oruga, soy una mariposa!», y abandonáis la tierra, viajáis por otros planetas, por otras estrellas.

Yo os invito a este tipo de evolución. En cuanto al lado individual y personal, todo el mundo lo ha desarrollado suficientemente; todos se sienten bien cuando están enfrascados en sus propios asuntos. ¡Cuántos, incluso, me han confesado que evitan a los demás porque ante ellos no pueden soportar sus propios defectos, mientras que cuando están solos los soportan mejor!

Naturalmente, también sé que a muchos les gusta ocuparse de la colectividad para mandar, juzgar, criticar a los demás sin abandonar sus tendencias personales, imponiéndolas a los demás. Mientras que muy pocos se sumergen en la colectividad olvidándose, haciendo sacrificios por ella. Nos gusta ocuparnos de la colectividad para tomar el mando, pero esto no quiere decir que sepamos vivir en colectividad, al contrario, a menudo queremos imponernos sin tener capacidad para ello. Mirad por ejemplo: un joven quiere dominar al mundo entero, pero tiene un hijo, y ni tan siquiera puede dominar a su pequeño diablillo que no quiere obedecerle. O aquel que desea el amor de todas las chicas, y una sola le desespera.

Si nos analizamos, ¿acaso nos encontramos verdaderamente satisfechos por haber obtenido lo que deseábamos? No. Por eso hay que aceptar ahora la Enseñanza como una tabla de salvación y decirse: «Con la Enseñanza lo alcanzaré todo, me dominaré, me volveré inteligente...» y una vez aceptada la Enseñanza, podré orientarlo todo en la misma dirección para que la vida se vuelva formidablemente llena, rica y útil en lugar de ser siempre algo disperso, cenagoso. Sé que es

muy difícil : los humanos no están acostumbrados a movilizar todas sus energías hacia un fin determinado. Tienen tantas cosas en la cabeza, ¡es el caos! En realidad, el verdadero poder mágico consiste en tener un fin, una idea, un ideal y en concentrar todas las energías hacia ese ideal. Esas energías, son como un inmenso ejército de millones y millones de soldados que se envía a la batalla, y ¡se logra el éxito y la victoria!... Los humanos viven sin darse cuenta de que tienen a su disposición un ejército inmenso.

Ensayad, mis queridos hermanos y hermanas... Trabajad en la misma dirección durante años : la luz, el Reino de Dios, hasta que todos los soldados que están ahí, en el subconsciente, en la conciencia y en la superconciencia, se unan para ayudaros ; y serán tantos, que las viejas fortalezas se desmoronarán. ¿Sentís la veracidad de mis palabras? Desde el punto de vista técnico, estratégico, mágico, cósmico, ¡es tan cierto! Incluso el Señor que es todopoderoso está obligado a limitarse, a concentrarse... Para que las energías no se dispersen, El las condensó y apareció el universo. Cuando quiera disgregarlo trabajará con las leyes contrarias y todo volverá de nuevo a la nada. Si el mismo Dios trabaja con estas leyes, ¿por qué no vamos a trabajar nosotros de la misma manera para crear también alguna cosa? Mientras desperdiguemos nuestras energías en todas direcciones, no se obtendrán resultados.

Mis queridos hermanos y hermanas, retened lo poco que os he dicho hoy : tened una idea, un ideal, un fin, una dirección, un pensamiento, un Dios. Eso es todo, todo está ahí, nada se os podrá resistir, todo se fundirá bajo el calor del fuego divino. Se necesitan obreros. Yo, después de hablar, de llamar durante años y años, no he encontrado muchos candidatos. Todos están dispersos por el engaño, por futilidades. ¡Ah! Si pudiese movilizar a todas las criaturas en la misma dirección, cambiaría la faz de la tierra. Pero, ¿dónde están estos hombres? Incluso vosotros que me escucháis, estáis en otra parte. Aun ahora que os estoy hablando, os estáis dicen-

do : «Ah, es preciso que vuelva porque me he debido olvidar de cerrar la llave del gas... Tengo que pagar los impuestos... Debo ir a encontrar a mi novia que me está esperando... No tengo nada que ponerme y debo encontrar otro traje...» Y en cuanto a lo que os cuento, solamente aparentáis escucharlo.

Sèvres, 24 de Marzo de 1962

III

**

La actividad más importante y más gloriosa para el discípulo, consiste en hacer converger todas las potencias de su intelecto, de su corazón y de su voluntad hacia la realización del Reino de Dios sobre la tierra. Desgraciadamente, no se encuentran muchos candidatos para este trabajo: cada cual ya tiene su meta, sus ambiciones, y el Reino de Dios queda a un lado. Por eso es tan importante que aquí, en la Fraternidad, formemos un núcleo vivo, poderoso, para la realización del Reino de Dios y de Su Justicia; esta realización abarca a todos los hombres. No es preciso pedir detalles en esto o aquello; por otra parte una vida entera no es suficiente para obtener una sola cosa, mientras que el Reino de Dios lo contiene todo.

Si nos reunimos conscientemente para pedir el Reino de Dios y Su Justicia, podemos influir en otros cerebros, en otras almas. Y un día, cuando los hijos de la luz estén unidos, atados por el mismo pensamiento y la misma meta, serán ellos quienes inclinarán la balanza hacia su lado y triunfarán sobre todos los seres que sólo piden el caos y la destrucción. Diréis: «Pero, ¿por qué el Cielo no se decide a intervenir para cambiar el mundo?» Naturalmente puede hacerlo, pero sin el consentimiento y la buena voluntad de los humanos, sería

inútil: no lo comprenderían, no lo apreciarían y lo destruirían todo de nuevo. Mientras que si la voluntad de cambio viene de ellos mismos, si debido a lo que han sufrido, a las lecciones que han recibido quieren verdaderamente mejorar el estado de las cosas, lo demás se hará automáticamente. El mundo invisible desencadenará otras fuerzas, otras corrientes, otras energías, y todo cambiará. Pero esto debe proceder de los humanos. Deben decidir juntos el trabajar para obtener la intervención de las fuerzas cósmicas. Si no insisten, no obtendrán nada. Las Inteligencias sublimes no se decidirán nunca a mezclarse en los asuntos humanos sencillamente porque no les apetece mezclarse. A los humanos les corresponde pedirlo.

Si cada vez que nos reunimos, los hermanos y las hermanas vienen con este deseo de atraer las fuerzas del Cielo, sus peticiones serán de un poder formidable. He ahí de lo que no son conscientes. Cada cual llega con sus preocupaciones personales: casarse, encontrar casa, cambiar de oficio, desbancar a un competidor... Evidentemente, todos estos deseos y estos pensamientos disparatados no pueden formar una potencia capaz de desencadenar energías benéficas en el cosmos, y no conducen a nada. En la antigüedad, cuando los Iniciados se reunían, siempre lo hacían con un fin determinado. En las épocas en que los riesgos de carestía de víveres eran muy grandes, hacían ceremonias concentrando sus pensamientos y sus energías para influir en la vegetación, favorecer la abundancia de las cosechas; en nuestros días algunas tribus de Africa, de América, etc... aún conservan esta clase de ritos.

Existe en la concentración un gran poder. Concentrando los rayos del sol con una lupa podéis producir un incendio; y se cuenta que concentrando la luz solar, Arquímedes prendió fuego en la flota de los Romanos que venía a sitiar Siracusa. Los Iniciados que conocen estas leyes y las practican conscientemente en el plano espiritual, obtienen grandes resultados. Y nosotros, cuando nos reunimos, también lo hacemos

para producir resultados favorables, de lo contrario es inútil e incluso estúpido que nos reunamos. Si no hacemos nada con todas esas fuerzas producidas por la colectividad, es mejor que nos quedemos en casa. ¿Por qué pasarse la vida haciendo cosas inútiles? La inteligencia, al menos, debería inspirarnos métodos para obtener resultados. Si no se obtienen resultados sería insensato continuar. Y mi papel, precisamente, consiste en iluminaros, en orientaros, en impulsaros para que logremos los mayores resultados posibles.

Cuando vengáis por la mañana a la salida del sol, concentraos en el Reino de Dios, desead el Reino de Dios, solamente esto, porque el Reino de Dios es un estado de perfección, de plenitud... todo está contenido en él: la salud, la riqueza, la belleza, el orden, la libertad, la paz, el equilibrio, la armonía, la felicidad... Antes que enumerar todo esto, es más «económico» hablar del Reino de Dios como de una síntesis de todas las bendiciones. Algunos dicen: ¡«Ah, si tuviese el poder!... ¡Si tuviese riquezas!... ¡Si fuese hermoso!...» Pero esto no son más que aspectos particulares, atributos del Reino de Dios. Y desde el momento en que se empieza a desear algo en particular, se instala el desequilibrio.

El Reino de Dios es ante todo un estado de equilibrio y de armonía, y desde el momento en que predomina una cosa en detrimento de otra, ya se introduce el germen del desequilibrio. Todo aquello que necesita nuestro cuerpo físico, nuestro corazón, nuestro intelecto, nuestra alma, nuestro espíritu, está ahí, en la realización del Reino de Dios. Así pues, si todos juntos pedimos el Reino de Dios, somos como rayos de sol concentrados en un solo punto. Y, ¿qué podemos hacer en este momento? Podemos incluso fundir las piedras.

Si os hablo así, se debe a que hoy habéis cantado de una forma completamente armónica. Cuando cantáis, las voces de los hermanos y de las hermanas representan el grado más espiritual de la fusión entre los dos principios masculino y

femenino. La fusión es una ley universal : en todas partes, los dos principios masculino y femenino deben fusionarse para crear la vida. Por el canto esta fusión se hace muy arriba, en el mundo del alma y del espíritu, y produce resultados : la alegría, la paz y la plenitud. Por eso os digo que mediante los cantos se puede hacer un trabajo de alta magia blanca para el mundo entero.

Así pues, es preciso que los hermanos y hermanas cada vez sean más conscientes de las grandes leyes que rigen el universo, que trabajen cada vez más para llegar a liberarse de todos los elementos terrestres, para alcanzar durante los cantos esta pureza absoluta que hace vibrar al ser hasta el punto en que todo está contenido en él. Son llamas, chispas de colores que desaparecen en el espacio. En ese momento, las cuerdas vocales vibran de forma distinta, transmiten otras energías, que al fusionarse en lo alto, dan nacimiento a criaturas celestiales. Dios ha puesto un poder inmenso en la voz humana, y esto es lo que más diferencia al hombre del animal. Naturalmente, los animales emiten sonidos y poseen un lenguaje, pero es distinto, no poseen la palabra como el hombre, esta palabra que también es el resultado de los dos principios masculino y femenino.*

Así pues, mis queridos hermanos y hermanas, debéis conocer las posibilidades mágicas del canto, y cantar conscientemente pensando en emanar de vosotros mismos las fuerzas y las energías más puras, porque uniéndose arriba, producen resultados divinos. Algunos días, durante los cantos, se siente que todo está vibrando, los hermanos y hermanas son como columnas flamígeras. Desgraciadamente es raro, precisamente porque aún no es un trabajo consciente, pero el día en que lo hagáis conscientemente, podremos servirnos de los cantos para dispersar las nubes y todo lo que es negativo en el mundo. Sí, porque los seres razonables,

* Ver tomo VIII : «Los dos principios contenidos en la boca».

los hijos de Dios, tienen todos el derecho de utilizar estas grandes leyes para hacer el bien.

Ved que os llevo hacia unas realizaciones tan bellas y gloriosas que muchos, un día, llorarán de alegría y de regocijo al poder participar en ellas. Hasta aquí se encontraban sumergidos en el temor, el descontento o la desesperación, y no sospechaban que existieran nuevas posibilidades para el espíritu. Solamente hay que creerme y no decir: «¡No, yo quiero ante todo comprender, y en seguida lo aplicaré!» Para comprender este tipo de cosas, puede que necesitéis siglos. Sed como los niños que confían en sus padres y que hacen lo que se les pide. El niño no necesita recibir explicaciones para obedecer a sus padres y seguir sus consejos. Por otra parte, aunque se le diesen explicaciones, tampoco las comprendería. Comprenderá más tarde, él solo. También vosotros, haced primeramente lo que os digo, y en seguida comprenderéis. Confíad en mí, no os pediré nada malo. Tengo que rendir cuentas a los espíritus de arriba que me han enviado y soy consciente de mis responsabilidades.

De ahora en adelante, cuando vengáis por la mañana, intentad alejar todos los pensamientos que no tienen ninguna relación con el Reino de Dios. Desead primeramente el Reino de Dios para el mundo entero, y entonces vendrá también para vosotros. Pero no lo deseéis para vosotros, solamente para vosotros, pues todo el lado bueno de esta petición se perdería. Esta petición debe ser impersonal. Su eficacia y su poder están en la impersonalidad. Y sin embargo, no hay nada tan personal porque vosotros seréis los primeros en beneficiaros. Si pedís el Reino de Dios para el mundo entero, empezará a penetrar en vosotros antes que nada.

Por lo demás, ya os lo he dicho, las peticiones demasiado personales nunca son recibidas con rapidez en lo alto, ¡porque este tipo de peticiones las reciben constantemente y están desbordados! Pero si ven una petición en la que interviene el

Reino de Dios, es algo tan raro que se echan encima para transmitirla inmediatamente al Creador diciendo : « ¡ Por fin, ahí tenemos una ! » Y se produce gran efervescencia en el Cielo. Diréis que embellezco las cosas. Pero es la pura verdad ; están tan cansados, allá arriba, por todas las oraciones que se les envía, que cuando por fin alguien se decide a hacer una petición por el Reino de Dios, es como una carta enviada por avión, la reciben enseguida.

Nuestras reuniones tienen que tener un fin, una dirección : el Reino de Dios. Debemos ser como rayos concentrados en un punto para producir en el mundo efectos fantásticos. Puede ser que aquí no se vean en absoluto sus efectos, pero en los planos etérico, astral y mental, habrá cantidad de desperdicios quemados. ¡ Por lo tanto, limpieza total. Vosotros no me creéis, pero yo conozco todas estas posibilidades, y ya las conocía en el pasado, me acuerdo... Entonces, ¿ por qué no hacer de nuevo estos extraordinarios trabajos ? Pero para esto, naturalmente, hay que conocer las leyes del mundo espiritual exactamente como los físicos conocen las leyes de la física. Por lo demás, la física no es más que la aplicación de la magia al plano físico : la magia, es la física espiritual. Y las matemáticas son el « vestido » de la Cábola en el plano más material. También esto es así respecto a la química y a la alquimia, la astronomía y la astrología.

La física es la forma material de la magia, por eso hay que conocer las leyes físicas, que son las leyes mágicas. Os expongo sin cesar los principios de esta física trascendental, pero como no he anunciado un curso de física, no os habéis dado cuenta. Una de las leyes de esta física que es la magia blanca, es el poder de concentración de los rayos solares en un punto. Y nosotros somos los rayos, el canto dice : « *Ni smé slāncēvi lāči* ». Entonces, puesto que somos rayos de sol, concentrémonos para quemar todas las impurezas del mundo, y cantemos conscientes de los resultados que nuestros cantos pueden producir en otras regiones. Mediante estos cantos podemos exal-

tar, expandir los corazones de los humanos y empujarles a ir más lejos en el camino de la evolución.

Desde hace años habéis podido comprobar que todo lo que os decía era verdad. Os he dicho que tenéis en vosotros fantásticos laboratorios en los cuales, como químicos, como físicos, tenéis la posibilidad de hacer todo tipo de experiencias. Desde hace años habéis hecho experiencias – felices o desgraciadas, esto no se sabe, pero las habéis hecho – y os muestran que existe verdaderamente una ciencia de la que extraemos toda nuestra luz, nuestras reglas; tanto mejor, así avanzaréis y os enriqueceréis. Así pues, no nos queda más que agradecer al Cielo día y noche por el privilegio de tener esta Enseñanza, por tener a nuestra disposición tantos elementos de la naturaleza para ponerlos a trabajar: el cielo, la tierra, las flores, el agua, el aire, el alimento, los ojos, las manos, y utilizarlo todo para la gloria de Dios, para el trabajo formidable de la luz que debe triunfar en el mundo.

¡Bienaventurados los que me comprenden! Cada día, aquí, debemos pedir colectivamente el Reino de Dios. Naturalmente, también lo podemos pedir cuando estamos solos, pero solos no podemos producir unos efectos tan potentes, hay que conocer otras leyes. El que está solo debe saber que nunca hará nada si está separado; mediante el pensamiento debe unirse a toda esta colectividad de seres dispersos por el mundo que no cesan de trabajar en este sentido. Porque solo, nunca se obtendrá nada en este campo. Aunque no podamos estar siempre juntos con los demás, es preciso por lo menos que nos unamos a ellos mediante el pensamiento. Un día, en Rila, el Maestro Peter Deunov me dijo lo siguiente: «Para poder alcanzar a Dios, hay que unirse a todas las criaturas que están pensando en El.» Entonces yo era muy joven, y esto me hizo reflexionar mucho. Pobres humanos, ¿por qué querer permanecer siempre aislados? ¡Aunque sólo sea para tener un hijo, hay que salir de esta soledad estúpida, estéril y

encontrar a alguien más, ya sea un hombre o una mujer!... Pero no lo han comprendido. «¡Yo solo... quiero estar completamente solo!» Muy bien, pero vas a cosechar esterilidad, una abundante esterilidad. ¡Es fantástico!

Así pues, incluso para encontrar al Señor no podemos quedarnos solos, debemos unirnos a todos los seres evolucionados del universo que estén pensando en El. Por otra parte, es imposible ir directamente a Dios, hay que pasar por toda una jerarquía. Sé perfectamente que los protestantes no admiten esta jerarquía, se imaginan que van a ir directamente sin más ni más hasta el Señor. Pero, ¡qué orgullo, qué ignorancia! Si quieren ver a un monarca, o incluso sólo a un ministro, saben perfectamente que deben pasar por una serie de intermediarios, pero si se trata del Señor, ¡se imaginan que pueden ir sin más ni más a darle la mano! Sin embargo, estas amables criaturas leen la Biblia, y allí han leído que existen Angeles y Arcángeles, e incluso se menciona el nombre de algunos: Miguel, Rafael, Gabriel, Uriel. Pues no, piensan que pueden pasar más allá, y por eso Gabriel no está satisfecho de este sistema, ni tampoco Rafael... No comprenden, quieren entrar directamente en el Paraíso sin lavarse las manos, con las uñas sucias: de esta forma irán a dar la mano al Señor. Pero, ¿por quién han tomado al Señor?

El Señor es un fuego devorador, y afortunadamente les resulta imposible llegar hasta El, porque serían calcinados. Por lo tanto Le deberían estar agradecidos por no haberle encontrado, y por verse obligados a acceder a El a través de estos transformadores que son los nueve grados de las Jerarquías angélicas por los cuales pasa esta energía formidable que es Dios. Es mejor saber leer bien la Biblia y no dejar a los Angeles y a los Arcángeles a un lado, comprender por qué ha creado Dios estas jerarquías. Primeramente hay que estudiar cómo ha construido Dios al mundo, y enseguida intentar ir hacia El. Si queréis encontrar al Señor, uníos primeramente a todas esas criaturas que tienen sus ojos fijos en El y que can-

tan Su gloria ¡ Los hay a millones ! Pero, evidentemente, puede ocurrir que cuando vean en qué estado os encontráis y que queréis que el Señor se convierta en vuestro compañero para que os abra completamente las puertas de la riqueza, no os permitan saquear y ensuciar este gran templo de lo alto.

En la viña del Señor debéis ser obreros recién nacidos, con una nueva concepción de las cosas, y entonces veréis : todo lo que era difícil, todo lo que os atormentaba, todo lo que os ataba desaparecerá, y os sentiréis libres. Siento que esta liberación ya ha empezado para muchos. Se están produciendo grandes transformaciones en todos los hermanos y hermanas. Aun aquellos que no han sido tocados profundamente reciben algunos rayos, y un día, por fin, en lugar de rascarse la cabeza diciendo : « Pero, ¿ dónde nos lleva ? », comprenderán, y se preguntarán porqué han esperado tanto tiempo para comprender.

Entonces, mis queridos hermanos y hermanas, hay muchas cosas que deciros y poco a poco se os dirán. Lo que cuenta, es el lado mágico de cada cosa. Lo hemos negado, despreciado siempre, y sin embargo representa la verdadera ciencia de los Iniciados. Y esta magia está en todas partes : en la nutrición, el amor, la mirada, la palabra, la sonrisa, el pensamiento y el gesto. Cuando esto se desconoce, se destruye, se saquea, se ensucia. Todo está por los suelos porque el lado mágico de las cosas no se respeta ni se comprende ; no se utiliza. Pero el lado mágico es el que os obliga a prestar una atención absoluta a cada cosa.

Sèvres, 25 de Marzo de 1962

IV

A pesar de todo lo que se diga a los humanos y de las verdades que se les revelen, piensan que todo eso está muy bien, pero que si tuviesen dinero, aún sería mejor. Pero en realidad si tuviesen más dinero harían más tonterías, mientras que con la luz, tanto si son ricos como si son pobres, siempre sabrán cómo tienen que comportarse.

La verdad no la queremos, e incluso pensamos que la verdad es el principio de todas las desgracias... Se os repite: «¡Decid la verdad y veréis lo que os cae encima!» Pero, ¿quién os obliga a decirla? No digáis la verdad, guardadla en vosotros y no os traerá ninguna desgracia, sino al contrario. Es cierto que no siempre es bueno decir la verdad, pero siempre es bueno conocerla. El conocimiento de la verdad nunca os causará ningún perjuicio. Cuando Jesús decía: «No tiréis las perlas a los puercos», se refería, precisamente, a que estas perlas son las verdades para las cuales los humanos aún no están preparados, y si las exponéis no tan sólo no las aprecian, sino que además os persiguen por ello.

La verdad no la «tiréis», conservadla preciosamente, porque os liberará, os reforzará. La verdad no trae desgracias; trae desgracias si la reveláis a personas negativas y tenebrosas. Pero si conocéis la verdad por vosotros mismos, continua-

mente os embellecéis con este oro, estos collares, estas perlas ; las miráis, las contempláis, las tocáis, y después las encerráis en vuestro cofre interior, en lo más profundo de vosotros mismos. Entonces, ¿qué desgracia puede producir? Os reforzáis y así sois capaces de ayudar a los demás, de sostenerles, de levantarles.

Y, ¿por qué no dejo de revelaros todos los días estas verdades? Porque considero que sois como mi familia, que estáis evolucionados, conscientes y quiero ayudaros. En el pasado, quizás he cometido imprudencias haciendo revelaciones a los puercos que me han despedazado. Pero por lo menos un átomo ha quedado intacto y este átomo lo ha arreglado todo. Por eso me encuentro ante vosotros otra vez. Yo he comprobado las palabras de Jesús de que no hay que dar tesoros a los puercos. Cuando aún era joven, yo era muy ingenuo y confiado, estaba lleno de amor, no sabía que las mejores cosas pueden traer las mayores calamidades si no se es razonable y prudente, pero ahora lo sé.

De momento, dejaremos todo esto de lado. Mi tarea consiste en acentuar el aspecto invisible y divino de las cosas que los humanos han despreciado y olvidado. Precisamente es este lado el que he venido a esclarecer y a subrayar ante vosotros, para darle nuevamente el valor que se merece y mostraros lo que en realidad representa. Naturalmente, hay otros temas de los que me ocupo, pero siempre insisto en este aspecto. Sí, insisto, a pesar del peligro de ser desagradable, de llegar a ser molesto, embarazoso, ¡incluso atosigante, si queréis! Pero esto no importa, estoy obligado a ello, porque en este campo vale la pena profundizar, vale la pena trabajar en él para que pueda manifestar toda su riqueza.

Los humanos se ocupan demasiado de aquello que fatalmente está destinado a naufragar y a desaparecer. Por ello siempre están en el vacío, siempre pobres y miserables. Sólo cuando nos enraizamos en lo que es eterno, inmortal e infini-

to nos podemos sentir seguros. ¿Por qué cuando encontráis a un Iniciado, sentís algo puro, estable, tranquilizante, mientras que con los demás sentís siempre más o menos algo indeterminado, inestable, angustioso? Los humanos no han tenido un Maestro que les moldee y que les enseñe lo que es la vida, de dónde vienen y en qué dirección deben ir. Se han dejado persuadir por personas que estaban sumergidas en el mundo material y que extraían sus tradiciones, sus proyectos, su filosofía de él... una filosofía que no conduce a ninguna parte, excepto a las amarguras, las desgracias, las rebeliones. ¡Por lo menos esto lleva a alguna parte! Mientras que los Iniciados, a los que se ha escarnecido frecuentemente, siempre se apoyaron en el lado esencial, inmortal, todopoderoso, que es capaz de crear mundos, nuevos mundos.

Si se aceptara escuchar a los Iniciados, el Reino de Dios volvería a la tierra: la abundancia, la alegría y el amor... Sí, sobre todo el amor. Con el funcionamiento actual de las cosas hay que comprender que no habrá salida ni solución, los problemas nunca se resolverán. Estoy aquí alzándome ante todos los pensadores, políticos, economistas, diciéndoles: «Os equivocáis, no llegaréis a resolver nada. Deberíais cambiar completamente vuestro punto de vista para adoptar la filosofía de los Iniciados.»

Observad que se están produciendo fenómenos extraordinarios en el mundo con la juventud, y si los cambios no vienen de los sabios y de los filósofos, vendrán de la juventud. Puede ser que no esté iluminada ni guiada, pero en esta sublevación de la juventud contra la sociedad, contra el materialismo, hay algo que hay que comprender. No digo que tenga razón en todas sus elucubraciones, pero esta sublevación es una señal de los tiempos. Como si fuesen ondas, oleadas que viniesen a sumergir a la humanidad... Son los jóvenes los que reaccionan más rápidamente, mientras que los adultos están sólidamente instalados en sus viejas tradiciones. Y si los adultos no quieren comprender, recibirán entonces algunas leccio-

nes a través de la joven generación. Se verán obligados a comprender que hay que cambiar.

No quiero decir ahora que debamos unirnos a los hippies. No aconsejo a nadie que vaya por los caminos con vestidos sucios y rotos, que duerma en cualquier parte, que no tenga ningún trabajo... No, esto no se debe aconsejar. Pero este fenómeno se ha producido y puesto que se ha producido, hay que reflexionar sobre él. Todos esos trastornos son el resultado de las corrientes de la constelación de Acuario. De momento, los humanos, empujados por esas corrientes, no saben cómo orientarse: una fuerza les apresa y se dejan arrastrar en cualquier dirección. Pero más tarde esta fuerza será amaestrada: los pensadores, los escritores, el mundo entero cambiará sus puntos de vista, se fijarán en la naturaleza humana y comprenderán que los humanos no alcanzarán la plenitud hasta que aprendan a satisfacer las necesidades del alma y del espíritu.

¿A qué se deben estos desórdenes actuales? ¿Por qué este vacío y este descontento? Los humanos lo poseen todo, pero siempre están descontentos. La explicación es sencilla: el hombre no se conoce. Diréis: «¿Sólo es esto?» Sí, todo está ahí. Los hombres se comportan como si sólo fuesen materia, como si sólo fuesen vientre y sexo. Sólo buscan satisfacer ambas cosas. Pero resulta que también hay en ellos un alma y un espíritu, una chispa, algo que pertenece a otra naturaleza, a otra dimensión, con distinta vibración, algo divino cuyos deseos hay que sondear para comprender lo que necesita. El alma tiene otras necesidades que el cuerpo físico y queremos que coma un alimento que no puede digerir. Nunca se le da lo que pide. El alma pide el espacio infinito, la luz deslumbrante, pide la armonía, la música celestial, pero siempre se le da un alimento material, por eso dormita, suspira, se asfixia y muere.

Y si hay tantas enfermedades que la medicina todavía no sabe curar, se debe a su desconocimiento del ser humano.

Cuando le conozca, llegará a curarle, porque le cuidará en otros campos, en otras regiones donde se encuentra el origen de la enfermedad. Cuando el hombre se conozca a sí mismo, cuando sepa que está formado por varios principios, por varios cuerpos entrelazados y que cada uno necesita de una alimentación adecuada, y que todos estos cuerpos deben estar en armonía entre sí, este cambio de filosofía producirá una mejora en todos los campos : social, económico, político, y en ese momento, el Reino de Dios vendrá a instaurarse en la tierra. Mientras que el hombre no se conoce, el Reino de Dios no puede venir, porque no está donde se le busca.

El Reino de Dios no es lo que los materialistas piensan, no es una realización material, sino espiritual. Es un estado de conciencia y por lo tanto hay que cambiar el estado de conciencia actual de los humanos por un saber apropiado. Y yo, tengo mi programa, mi plan, y si doy este plan, el Reino de Dios es la cosa más fácil de realizar. Lo cual no quiere decir que entre en la cabeza de toda la humanidad, no ; para algunos no vendrá hasta dentro de millares de años. Pero cuando venga, será bajo la forma de una organización de toda la tierra ; una vez establecida esta organización a la cabeza, todos los «miembros» se conformarán con este orden instaurado desde arriba. Ante todo está la cima, la cabeza que debe conocer este orden ; después los brazos y las piernas se adaptarán.

El Reino de Dios debe venir primero a la cabeza de los humanos como inteligencia, como luz ; luego se introducirá enseguida en el corazón como sensación, como felicidad, y descenderá por fin hasta el plano material donde se manifestará como abundancia y paz. Es posible, y yo trabajo para ello. Sólo que muy poca gente me comprende ; la mayoría se quedan en sus viejas concepciones del pasado, y dicen : «Es imposible, nunca se podrá cambiar al hombre, ahí están las pruebas...» Evidentemente, también yo veo los acontecimientos que se están produciendo en el mundo y sé mejor que nadie que si este estado de cosas se prolonga, el Reino de Dios

no podrá venir jamás. Pero si se acepta la filosofía de los Iniciados, todo es posible.

La forma en que la naturaleza ha creado al ser humano, representa para nosotros toda una enseñanza. Si vive, si se encuentra bien, se debe a que todos sus órganos han aceptado estar juntos, trabajar juntos desinteresadamente, con generosidad, fraternalmente. Por lo tanto si todos los países hiciesen como estos órganos, el Reino de Dios sería posible. Así pues, hay que ir a instruirse junto a la Inteligencia de la naturaleza que lo ha previsto todo y que nos da todas las soluciones, pero todavía nos instruimos junto a los humanos: lo que ha dicho tal sabio, tal erudito... Si citáis la naturaleza, nunca se os aceptará. Se os dirá: «¿Pero qué nos cuentas? No se conoce esta Inteligencia de la naturaleza... ¿Dónde está?» He ahí por qué no progresan los humanos. Si aceptasen la lección de la naturaleza, ¡sería fácil realizar el Reino de Dios! En caso contrario todo será complicado y seguirán rompiéndose la cabeza.

En realidad, una cosa por sí misma no es fácil ni difícil. Depende de quién la acometa. Lo que es difícil para un animal es fácil para un hombre, y lo que es difícil para un hombre es muy fácil para un Iniciado. Por lo tanto depende del que se lance en la empresa. Muchos gritan allí donde otro se sonríe. Para aquel que no haya fumado jamás y que no le guste el olor del tabaco, ¡es tan difícil empezar a fumar! Y para otros, ¡es tan fácil fumar y tan difícil renunciar a ello! Para un hombre honesto, le es muy difícil robar... Pero para un ratero, le es imposible controlarse. Entonces, para algunos es muy difícil instaurar el Reino de Dios, y para mí es muy fácil. Dadme personas capaces de comprenderme y veréis lo que hago.

Ningún problema puede resolverse sin el conocimiento del ser humano. De momento sólo se conoce del hombre el aspecto físico. Por eso todas las soluciones no son más que

paños calientes. Se tiene la impresión de que los problemas están resueltos, pero un poco más tarde, estas «soluciones» producen otros inconvenientes. Mirad, en medicina, a menudo se cura un mal, pero se desencadena otro. Y la educación... Con todas las mejoras materiales que se han aportado a las escuelas, ¿acaso los niños saben dirigirse mejor en la vida? No, la educación es defectuosa porque se ignora la estructura humana.

Por eso siempre he dicho que la única ciencia en la que se debe estudiar y profundizar es la ciencia del ser humano. Sí, ésta debe estar en el centro, y todas las demás: la física, la química, la mecánica, la astronomía, la biología... deben servir a aquella ciencia, que ha sido abandonada a su suerte. Diréis: «Sí, pero la anatomía, la fisiología, ¿no sirven para nada?» Naturalmente, son bases necesarias, pero aún no es el ser humano, es su esqueleto. Si estudiáis el automóvil y lo confundís con el que lo conduce, cometéis un grave error. Entonces, ved precisamente lo que los humanos han llegado a hacer: os presentan el automóvil como si fuese el propietario. Pues no, el propietario no está ahí, hay que irle a buscar. En estas deplorables condiciones, el ser humano no puede manifestarse, no puede expandirse.

De ahora en adelante hay que cambiarlo todo y tomar al ser humano como centro de todos los estudios – el ser humano con la Divinidad que está dentro de él – y que todas las demás ciencias contribuyan a este estudio y que no sean consideradas ya independientemente. Porque, en realidad, el hombre es una síntesis de todo lo que existe y todas las ciencias se encuentran en él. Cuando se produzca este cambio de punto de vista en la cabeza de los pensadores, el mundo entero se transformará. Porque ya no se pondrá en primer lugar lo que está fuera del hombre, muerto, congelado, sino la vida, el lado vivo. E incluso os diré que cuando venga el Reino de Dios, los poetas desaparecerán, debido a que los humanos vivirán en una poesía y en una admiración tan grandes, que

no tendrán tiempo de leer poesías. Sí, los poetas no tendrán nada que escribir porque todos vivirán en la verdadera poesía.

Entonces, mis queridos hermanos y hermanas, ¡todavía hay tantas cosas que deciros! Pero insisto en esta forma de ver que lo restablecerá todo. He estudiado durante años y años, he buscado cuál es el punto que hay que tocar para que todo se arregle, y este punto, es el propio hombre. Hay que iluminarle, es preciso que se conozca, y cuando se conozca, en todas partes, en todas las disciplinas: medicina, pedagogía, economía, religión, política, se verá obligado a cambiar de actitud, de comportamiento y de trabajo. Nos veremos obligados, sí, porque el centro habrá cambiado. Y cuando este centro haya vuelto a encontrar su verdadero lugar, cuando el mundo entero empiece a conocerse y a comprender lo que es importante y lo que no lo es, todo lo demás gravitará alrededor de este centro divino interno, y los demás problemas se resolverán fácilmente.

Por eso insisto siempre en el centro divino del hombre, porque todas las células, todas las partículas en él, están organizadas en relación a este centro alrededor del cual deben gravitar. Este es el secreto: volver a llamar a todos estos elementos dispares que se van en todas direcciones y hacerlos girar como los planetas alrededor del sol. En este momento, sí, podéis hablar de orden, de salud, de felicidad... en este momento, sí, podéis hablar del Reino de Dios: porque hay un centro, hay un sol, un núcleo alrededor del cual todos los elementos restantes encuentran su lugar, el trayecto a seguir, y dejan de chocar.

Tengo una confianza absoluta en la filosofía de los Iniciados, mis queridos hermanos y hermanas, sí, absoluta, porque una vez estudiada, revisada y comparada con todo lo que existe, es la única que queda en pie, la única; todas las demás están por los suelos. Ved, ¡es tan fácil entenderlo! Suprimid el centro en el hombre, es decir su espíritu, su alma, y se convierte en un cadáver, todo su cuerpo se disgrega, porque su

centro ya no está. Por lo tanto hay que encontrar este átomo que está ahí, en nosotros, que está vivo, que vibra, y hace converger todo lo demás hacia sí, porque sólo él es capaz de mantener el orden.

Mirad la siguiente frase que algunas veces dice la gente : «He perdido la cabeza.» Sí, perdéis la cabeza y ya no os podéis dominar, no sabéis lo que decís ni lo que hacéis. Todo se desarrolla más allá de vuestro control y hacéis tonterías que enseguida os veis obligados a reparar. Naturalmente, aquí la cabeza no es más que un símbolo ; también podría ser el corazón : «¡He perdido el corazón!», porque el corazón a su vez es el centro. Pero el hablar de la cabeza o del corazón no importa. En realidad lo que se ha perdido en estos casos, es el centro divino, y entonces nos encontramos con el desorden que se propaga, la huída en todos los sentidos. Todas las células saben que la cabeza, el jefe ya no está ahí, y que es el momento de hacer lo que les plazca : se vuelven como enemigos y os amenazan. Antes eran obedientes, amables, todas las células del corazón, de los pulmones, de los brazos, de las piernas estaban a vuestro servicio, pero ahora quieren haceros morir. Estáis en la cama y dicen : «Ah, ah, está muy bien. Ahora lo comprendes, ¿no es así?» Y se divierten. Pero haced que vuelva el centro, el espíritu, y enseguida vuelven al trabajo armónicamente.

Lo que la humanidad tiene que comprender, no son ni los microbios, ni las estrellas, sino la manera de mantener siempre el espíritu en el centro de todas las actividades.

Entonces, ved, mis queridos hermanos y hermanas, que os enriquecéis de golpe. Hoy os habéis enriquecido, y si confiáis en mí de ahora en adelante, sabréis sobreponeros cada vez más a las dificultades recurriendo sin cesar a este poder que duerme en vosotros. Pero se olvida, se buscan siempre soluciones en lo externo y se produce un desequilibrio. Para tener equilibrio, si ponéis un peso en un lado, también tenéis que

poner en el otro. Cuántas veces en los parques, en los quioscos, habéis visto niños que se divierten con los columpios: suben y bajan... Sí, incluso en los circos se muestran animales que se columpian. Todo el mundo se divierte y aplaude, pero nunca se ha comprendido que es la vida la que está ahí representada, el equilibrio sin el cual no es posible la vida. Por lo tanto no hay que basarse exclusivamente en los medios externos sino llamar al espíritu dentro de sí mismo para realizar este equilibrio perfecto.

Sèvres, 21 de Enero de 1968

V

*

Pregunta : «Está dicho en los Evangelios : «Pedid el Reino de Dios y Su Justicia». ¿Por qué se precisa : «y Su Justicia», puesto que en principio el Reino de Dios representa la plenitud de las cualidades y de las virtudes?»

Es una buena pregunta la que aquí planteáis. Si Jesús precisó : «...Y Su Justicia», es que en realidad el Reino de Dios no tiene nada que ver con la justicia, de lo contrario ya no sería el Reino de Dios. El Reino de Dios únicamente es un mundo de amor, de generosidad, de bondad. La justicia concierne al plano físico, aquí, entre los humanos, y es en el momento en que el Reino de Dios, que está en lo alto, desciende a la tierra, cuando se precisa de la justicia. En la justicia, el amor está excluido. La justicia es una especie de mercado : dais una cosa y tenéis que recibir exactamente lo equivalente, ni más ni menos. Mientras que el amor es una injusticia. El amor, consiste en dar a alguien más de lo que se merece.

Del amor, se puede decir también que es la gracia. El amor de Dios, es la gracia que el hombre no se merece y que recibe en lugar de la justicia que se merece. La gracia existe en lo alto y la justicia existe aquí abajo. Los humanos que no

están instruidos, iluminados por el espíritu, por el amor, no están dispuestos a dar más de lo necesario y actúan con justicia. Para esclarecer esta cuestión, estudiemos por ejemplo las leyes que Moisés había dado a su pueblo. Eran leyes implacables: ojo por ojo, diente por diente. La falta más pequeña tenía que castigarse, la indulgencia y el perdón eran desconocidos. Lo cual era normal, puesto que la humanidad se encontraba en un grado de evolución en el que tenía que empezar por aprender lo que es la justicia. En aquella época, la justicia ya era un gran progreso. Pero esta situación no podía durar eternamente: Dios es clemente y misericordioso y se necesitaba que los humanos llegaran a ser como El, clementes y misericordiosos. Por eso Jesús vino a enseñar el perdón. Mirad cómo obró respecto a la mujer adúltera que los Fariseos querían lapidar. Con su actitud Jesús violaba la ley, pero violando esta ley de justicia obedecía a la ley del amor.

Por lo tanto existe otro mundo que está regido por otras leyes, las leyes del Cielo, donde no hay justicia. En el Cielo nadie comete crímenes, entonces, ¿es necesaria una justicia? En el Cielo sólo hay luz, amor; ahora bien, la justicia sólo tiene su razón de ser en los lugares donde se encuentran seres que cometen infracciones. Por eso se habla del Reino de Dios y Su Justicia: porque en el momento en que el Reino de Dios venga a la tierra, no todas las criaturas se encontrarán en este estado de iluminación que permite recibir la ley del amor. Aunque el Reino de Dios venga a la tierra, no os creáis que todos los humanos se transformarán; sólo será la élite, los seres más inteligentes, los más evolucionados, los más sensibles los que formarán el Reino de Dios. Los demás, deberán seguir el ejemplo de esta élite que impondrá su autoridad. Por lo tanto habrá justicia, porque es imposible vivir en la tierra sin leyes, no sólo leyes para castigar, sino leyes para guiar, para orientar.

No creáis que cuando venga el Reino de Dios, todos, sin excepción, van a ser luces y soles. Yo soy el primero que no

cree en ello. Para creerlo se necesita no haber observado nunca el desarrollo de la historia humana. Así pues, aunque venga el Reino de Dios a la tierra, los humanos no serán perfectos, así, de golpe. Es absolutamente imposible, se precisa tiempo. Primeramente sólo una minoría de seres muy evolucionados comprenderá y aceptará estas ideas de la Fraternidad Blanca Universal, del Reino de Dios en la tierra, de la Edad de Oro. Ellos serán quienes gobiernen y los demás se verán obligados a seguir, exactamente como la cola sigue a la cabeza. Se les dará la posibilidad de integrarse a esta minoría que formará el Reino de Dios, y cuando vean la nueva vida que se les propone, con una nueva organización social perfecta para todas las criaturas, nadie replicará. Y en aquel momento ya no se verá lo que se ve ahora: cada país intentando organizarse independientemente de los demás, cada cual queriendo ser el primero, el más grande, el más poderoso. Todos son víctimas todavía de este deseo que siempre será irrealizable. Sí, «*Deutschland über alles*»... y ya sabéis cómo terminó. Por otra parte, no han sido únicamente los Alemanes los que tuvieron esta ambición para su país. La felicidad de la humanidad sólo es posible mediante la unión de todos los países.

Así pues, aunque el Reino de Dios venga a la tierra, se estará obligado a imponer una justicia, pero otra justicia, y no la de las personas ignorantes que hacen leyes insensatas.

Para completar lo que he dicho al principio, añadiré algunas palabras sobre la justicia y sobre la gracia. Consideremos la pirámide. En realidad la pirámide es un cubo coronado por cuatro triángulos. Estos cuatro triángulos extendidos dan una cruz, la cruz de Malta. Si desarrolláis el cubo aún tendréis otra cruz. Esta cruz es la cruz de la justicia, mientras que la primera es la de la gracia. Sí, porque el cubo es un símbolo de la materia que aprisiona, mientras que el triángulo es un símbolo del espíritu que libera. La pirámide también es un símbolo del hombre que es a la vez cuerpo y espíritu. Ahora bien,

¿cómo se manifiesta la gracia? ¿Por qué no va hacia todo el mundo, sino solamente hacia algunos?

La gracia, naturalmente, es una injusticia, y sin embargo trabaja según otras leyes que escapan a la justicia humana. Supongamos que alguien ha empezado la construcción de una casa: después de algún tiempo se da cuenta de que le falta capital para terminarla; pide un crédito en un banco y el banco — ¡que no es tonto! — investiga para saber si este hombre podrá devolver el dinero que le presta. Si los informes son buenos, se le da la suma pedida. Pues bien, simbólicamente hablando, esto es la gracia. Si esta gracia ha caído en una persona y no en otra, se debe a que la gracia se ha informado y ha visto que, en otras encarnaciones, esta persona había trabajado bien; de momento está bloqueada, pero debido a sus encarnaciones pasadas se le dan refuerzos, capital. La gracia no es estúpida ni ciega como nos imaginamos; hay que trabajar durante mucho tiempo para merecerla.

Mientras no se acepte la reencarnación, no se puede comprender nada de las leyes del destino. Plantead, por ejemplo, la cuestión a un sacerdote: «¿Por qué tal persona está siempre en desventaja, sólo cosecha fracasos, mientras que tal otra siempre tiene éxito?» En lugar de decirnos: «Debe haber una razón, porque todo tiene un sentido y un por qué en la vida», os dirá que es la voluntad de Dios. Pues bien, si la voluntad de Dios es tan caprichosa, no puedo tener confianza en El. Sí, es grave presentar a Dios de esta manera, porque tenemos miedo de alguien que no sabemos qué va a hacer ni por qué lo hace, no nos sentimos seguros. ¡Y luego se os quiere presentar al Señor como a un refugio, un abrigo, un «elevado retiro»! ¡Pues ahí hay una gran contradicción! Estas torpes explicaciones minan el terreno de la religión y de la moral. Personalmente, no acepto así como así todo lo que oigo o leo; lo comparo con lo que sé de las leyes de la naturaleza y de la forma cómo Dios creó al mundo.

Cuando oigo por ejemplo a los clarividentes – y no sólo a los clarividentes – anunciar que dentro de treinta o cuarenta años la humanidad será destruída, que habrá una tercera guerra mundial, etc... estoy al mismo tiempo de acuerdo y en desacuerdo. Evidentemente, todo puede llegar: una tercera guerra mundial, revoluciones, cataclismos... Pero si realmente aumenta la luz en el mundo – y en esto trabajamos nosotros – la humanidad escapará a la destrucción. Los acontecimientos no están absolutamente determinados, son susceptibles de cambio según sea la vida de los humanos. Dios no es cruel, no es un verdugo, y no es por gusto por lo que decreta cataclismos con los que nada se puede hacer, puesto que El los ha decretado. No, yo no acepto una filosofía semejante, no existe tal determinación, no existe un destino absoluto ni para una persona ni para el mundo entero. Los humanos han sido creados con una voluntad libre y disponen de su futuro. Si viven en el desorden y en las locuras, desencadenan corrientes nocivas, y entonces, evidentemente, la leyes de la naturaleza, que son las leyes de la justicia, les llevan a la catástrofe; es matemático como dos y dos son cuatro. Pero si se vuelven juiciosos, proyectan a su alrededor otras fuerzas armónicas, y al no perturbarse el equilibrio de la naturaleza, estas devastaciones no se producen.

También yo puedo hacer predicciones: dentro de treinta años ocurrirá esto o aquello... Puedo predecir, no es difícil. Pero no se puede predecir nada absolutamente porque los humanos pueden cambiar, pueden querer otras cosas. Así pues, ningún profeta puede decir que los acontecimientos serán absolutamente de tal o cual manera. Si lo hace, no es un profeta iluminado. Se pueden hacer predicciones absolutas, pero sólo para los animales, para las plantas o para los objetos, y también para los hombres que no son más que unos brutos, porque éstos no pueden transformarse. Pero para los humanos conscientes, inteligentes, no podéis predecir nada

definitivo, porque pueden escapar a estas predicciones. Si mejoran su conducta tienen posibilidades de cambiar todo lo que está decretado.

Esa es la filosofía de la Fraternidad Blanca Universal y vosotros necesitáis de esta filosofía porque os vuelve conscientes, poderosos, Hijos de Dios, capaces de disponer de vuestro destino.

Ha sido dicho: «Pedid el Reino de Dios y Su Justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.» El Reino de Dios es un mundo de armonía, de felicidad, de alegría, y este mundo no puede existir sobre la tierra si no hay justicia, porque aunque el Reino de Dios venga a la tierra, no todos los humanos estarán lo suficientemente evolucionados para apreciar esta gracia divina, esta abundancia divina, y servirse de ella para el bien. Pero la justicia divina no consistirá como hoy en castigar a la gente o en encarcelarla. La sociedad estará organizada de tal forma que esto no será ni tan siquiera necesario. No diré nada más por hoy y evidentemente mis explicaciones no son suficientes, pero recogeos de vez en cuando en vosotros mismos y comenzad a ver con vuestros ojos espirituales cómo será la vida en el futuro... Es ahí, en vosotros mismos, donde encontraréis, donde veréis el desarrollo de los acontecimientos, porque nadie en la tierra os puede explicar cómo se producirán.

Con este fin trabajamos, mis queridos hermanos y hermanas: para aumentar la luz y la conciencia de los humanos. Desgraciadamente no tengo mucha gente a mi alrededor que haya comprendido el valor del trabajo que hacemos. Algunos millares de personas que siguen nuestra Enseñanza es aún muy poco. Todavía no se ve que esta ciencia pueda impedir las catástrofes, y me siento solo como en un desierto. Los humanos tienen otros proyectos, otros deseos, otras ocupaciones, y yo siempre estoy solo. Si tuviese a mi alrededor algunas centenas de millones de hombres, se acabarían las guerras y

las miserias. Pero los humanos no ven la importancia de esta luz. Sin embargo, todos los Iniciados os lo dirán : no son ni el dinero, ni los tanques, ni la bomba atómica ni los cohetes, ni todos los inventos los que salvarán al mundo, sino la luz, la luz espiritual. Hay que iluminar a los humanos.

«Pedid el Reino de Dios y Su Justicia»... He ahí una frase de los Evangelios sobre la que hay que trabajar, mis queridos hermanos y hermanas. Todavía hay en los Evangelios algunos pasajes en los que deberíais deteneros, como en esta frase, por ejemplo : «Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto», o «Mi Padre trabaja y también yo trabajo con El», y trabajar con la luz, identificarse con ella para poder decir un día : «Yo soy la luz del mundo... Yo soy la resurrección y la vida.» Porque esto sucederá algún día. Así pues, hay que escoger en los Evangelios los pasajes que presentan el ideal más sublime a alcanzar, y trabajar con ellos. Algunos irán a escoger algunos mandamientos : no robar, no desear la mujer de tu prójimo... Pero esto no es gran cosa : no roban, no desean, pero, ¿qué han adquirido verdaderamente en el mundo espiritual? Hay que desear el Reino de Dios, hay que desear este estado de perfección, porque todas las demás cualidades y virtudes están contenidas ahí plenamente, y deseándolo, hacer todo lo posible para realizarlo.

Sèvres, 11 de Noviembre de 1964

V

**

Se discute mucho sobre el problema de la pena de muerte. En la radio, en la televisión, magistrados, psiquiatras, sociólogos presentan sus observaciones y sus conclusiones, y la opinión pública está dividida. Unos piensan que hay que castigar a los criminales como ejemplo, y castigarlos con la muerte para asustar a los demás. Otros piensan que el miedo a morir nunca ha detenido a los criminales y sobre todo, que ningún hombre tiene derecho a decidir sobre la vida de otro. Por lo tanto las discusiones son interminables... Pero nunca he oído en la radio o en la televisión lo que voy a deciros hoy. Porque los humanos, que no conocen la ciencia Iniciática, siempre se ven obligados a resolver los problemas según los acontecimientos que se van desarrollando en la vida, y según las ideas o los prejuicios que circulan por el mundo, sin saber lo que en realidad ocurre en el plano invisible.

La ley del talión : «Ojo por ojo, diente por diente», jamás ha resuelto los problemas. La prueba está en que incluso cuando se aplica, la criminalidad aumenta en lugar de disminuir. Todo el mundo puede verlo, las estadísticas lo dicen. Pero sobre todo, y ahí tenemos una verdad muy importante, nos equivocamos al creer que nos desembarazamos de un cri-

minal matándolo, porque una vez muerto va al plano astral y al plano mental inferior, y allá se refuerza el mal. Sí, su influencia se infiltra en la cabeza y en el corazón de aquellos que están en la tierra y les empuja a cometer crímenes para realizar a través de éstos sus proyectos dañinos. Incluso tiene más posibilidades de acción que antes de su muerte, porque ya no está limitado por su cuerpo físico y por lo tanto puede actuar a través de numerosas personas. Mientras que un líquido maloliente esté encerrado en un frasco, el olor no puede desparramarse; pero abrid el frasco, verted el líquido: el olor invade la atmósfera. De la misma manera, mientras el criminal está vivo, el ser infernal que lo habita permanece encerrado en su cuerpo, pero en cuanto muere, este ser se libera: su cuerpo astral se expande y visita a un gran número de cerebros humanos para influirlos.

¿Os extrañáis? Estas son verdades desconocidas por la mayoría de las personas, y por eso, incluso los especialistas que hablan por la televisión están peor de poder resolver los grandes problemas de la existencia: porque sólo se basan en los puntos de vista limitados de los terráqueos. Para resolverlos hay que ir muy alto y conocer la estructura del universo y del ser humano. Suponed que un criminal haya sido ejecutado: se han desembarazado de él en el plano físico, de acuerdo, pero sigue viviendo en los planos sutiles y su deseo de venganza y de destrucción está intacto. Matando el cuerpo no se ha matado el deseo, porque el deseo no es físico, no forma parte del plano físico. Las personas se imaginan que el hambre que sienten, la sed, la necesidad de amor, el sufrimiento, están en el plano físico. De ninguna manera; están en el plano astral. Si retiráis el cuerpo astral y el cuerpo etérico de alguien, podéis cortarlo en pedazos, y no sentirá absolutamente nada. La sensación no depende del plano físico.

Cuando se piensa resolver el problema de la criminalidad mediante la pena capital, no se sabe que el espíritu del malhechor prosigue su actuación en el otro lado. Se cree que, ya que

el cuerpo no está ahí, no cometerá más crímenes. Pero entonces, ¿por qué se produce el mismo fenómeno cuando se asesina a los profetas, a los grandes Maestros? Se constata que sus ideas se propagan aún con más fuerza... También eso resulta inexplicable.

Sin embargo, parece ser que actualmente se hace la luz en algunos dirigentes. Cuando quieren hacer desaparecer a una personalidad muy conocida que les molesta – un jefe político o religioso – empiezan a reflexionar y se dicen : «Atención, no le matemos, porque entonces sería considerado como un mártir, sus partidarios o sus discípulos aumentarán y la situación se volvería contra nosotros. Conservémosle la vida.» Han comprendido que matando a un hombre no se suprime su ideología, porque otros la toman de nuevo y vuelve a empezar con un anhelo más poderoso. Diréis : «Pero es debido a que los partidarios o los discípulos, viendo que han matado a su jefe, están indignados y tienen mayor ardor para continuar.» Hay algo de verdad, sí, pero lo que no se sabe es que en el otro mundo, el espíritu de un profeta, de un mártir, conserva las mismas convicciones, el mismo deseo de iluminar a los humanos y de hacerles evolucionar. Entonces, continúa su trabajo y tiene muchas más posibilidades de propagar sus ideas. Mientras estuvo en la tierra no podía encontrar las personas capaces de acoger sus ideas, estas personas estaban demasiado dispersas en el mundo. Pero una vez en el plano astral, es libre y puede ir a encontrarlas para influir en ellas. Por esto, a menudo, la muerte de algunos Iniciados es preferible para la propagación de sus ideas. Observad la formidable expansión del cristianismo después de la muerte de Jesús...

Quedándose en la tierra, naturalmente, un Maestro puede trabajar, puede actuar, puede dar ejemplo, pero esta acción está limitada a un número muy reducido de personas : los que le rodean, los que se acercan y los que le conocen. Pero cuando se ha separado del cuerpo físico, puede influir en muchos más espíritus. Esto no significa que haya que hacerse matar

para tener inmediatamente más influencia, no, simplemente es para deciros cómo ocurren las cosas en el mundo invisible.

Por lo tanto, no se debería castigar con la muerte a los criminales debido a las consecuencias resultantes en el plano invisible. Corresponde a los humanos el organizar las condiciones vitales para que no haya más malhechores. Pero mientras una sociedad no esté organizada sobre bases espirituales, es como un pantano, y los pantanos sólo pueden producir mosquitos, es decir criminales. ¡Es inútil querer hacer justicia!

Por otra parte, mientras se actúe según la justicia, no se resolverá ningún problema esencial. ¡No hay que ser justo!... Vuestros cabellos se ponen de punta, ¿no es así? Sí, estoy abogando por la injusticia. Pero no me critiquéis tan deprisa, enseguida me comprenderéis.

Uno de los símbolos de la justicia es la balanza. Estudiad por lo tanto cómo se sirven los humanos de la balanza y comprenderéis muchas cosas. Vais al mercado y pedís un kilo de cerezas: el comerciante lo pesa, se da cuenta de que hay una cereza de más, y la saca... ¡porque es justo! Más allá, hay un segundo comerciante que ha desequilibrado su balanza y que, por un kilo, siempre os da unas decenas de gramos menos; os dais cuenta en vuestra casa al volver a pesar los frutos y las legumbres, y os sentís descontentos por esta injusticia. La justicia del primer comerciante la aceptáis: no os entusiasma, pero no hay nada que decir, este buen hombre se ha mostrado perfectamente justo. Mientras que el segundo que os da menos de lo que debe... ¡entonces, ahí os enfurecéis! Por fin, vais a un tercer comerciante, y también le pedís un kilo de cerezas: pesa el kilo, y después añade un poco más. Este comerciante, ¿es justo o injusto? Es injusto, pero os admiráis ante esta injusticia. ¿A qué se debe que en este caso prefiráis a las personas injustas?

Por consiguiente existen dos injusticias y una justicia. La injusticia puede ser buena o mala, mientras que la justicia no

es ni buena ni mala... ¡Es justa! Y yo predico la injusticia. Pero, ¿cuál? Alguien os da una bofetada y vosotros le devolvéis dos: es injusto e incluso cruel, sólo había que devolverle una. Algún otro da también una bofetada pero vosotros le devolvéis una caricia, unas palabras amables o un regalo. También es injusto, pero yo predico este tipo de injusticia que se llama amor. Sí, el amor es una gran injusticia: dar, ayudar, amar a alguien, aunque no lo merezca, es injusto, pero hay que ser injusto de esta manera. Evidentemente, está bien el querer aplicar la justicia: si todo el mundo fuese justo, no habría mucho amor, y tampoco habría tantos crímenes y tantas guerras. Sin embargo yo predico la injusticia, lo único que puede salvar al mundo.

Le Bonfin, 14 de Abril de 1977

VI

La nueva Jerusalén

I

Hoy os leeré el capítulo XXI del Apocalipsis de san Juan.

«Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono : ¡Este es el tabernáculo de Dios con los hombres! Pondrá su morada entre ellos y ellos serán Su pueblo, y el mismo Dios estará con ellos. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas, porque las primeras cosas han desaparecido.

»Y el que estaba sentado en el trono dijo : Mira que hago un mundo nuevo. Y añadió : Escribe, porque estas palabras son ciertas y verdaderas. Me dijo también : ¡Hecho está! Yo soy el Alfa y el Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed, le daré del manantial del agua de la vida, gratuitamente. Esta será la herencia del vencedor : yo seré Dios para él, y él será hijo para mí. Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los impuros, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros, tendrán su parte en el estanque que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte. Entonces vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y me habló diciendo : Ven, que te mostraré la novia, a la esposa del Cordero.

»Y me trasladó en espíritu a un monte grande y alto.

»Y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, junto a Dios, y tenía la gloria de Dios. Su resplandor era como el de una piedra preciosa, como jaspe cristalino. Tenía una muralla grande y alta. Tenía doce puertas, y sobre las puertas doce ángeles y nombres grabados que son los de las doce tribus de Israel: al oriente tres puertas, al norte tres puertas, al mediodía tres puertas, y al occidente tres puertas. La muralla de la ciudad se asentaba sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce apóstoles del Cordero.

»El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muralla. La ciudad tenía la forma de un cuadrado y su longitud era igual a su anchura. Midió la ciudad con la caña, y tenía doce mil estadios; la longitud, la anchura y la altura eran iguales. Midió la muralla y tenía ciento cuarenta y cuatro codos (con medida humana, que era la del ángel). La muralla estaba construida de jaspe, y la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio puro. Los asientos de la muralla de la ciudad estaban adornados de toda clase de piedras preciosas: el primer asiento era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónica, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisoprasa, el undécimo de jacinto, el duodécimo de amatista. Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas hecha de una sola perla. La plaza de la ciudad era de oro puro, transparente como el cristal.

Pero no vi templo alguno en la ciudad; porque el Señor, Dios todopoderoso, y el Cordero, es su templo. La ciudad no necesita ni de sol ni de luna que la alumbren, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero. Las naciones caminarán a su luz, y los reyes de la tierra irán a llevarle su gloria. Sus puertas no se cerrarán con el día, porque allí no habrá noche. Y traerán a ella el esplendor y los tesoros de las naciones. Nada profano entrará en ella, ni los que cometen

abominación y mentira; sino solamente los inscritos en el libro de la vida del Cordero.»

Desde la más remota antigüedad, siempre existió un centro iniciático que dominaba a los demás: éstos sólo eran ramificaciones del centro único cuya luz jamás se ha extinguido a través de los siglos.

Para conservar esta llama, se necesitaba la existencia de un ser que poseyera todos los conocimientos y todos los poderes, un ser que fuese el representante de Dios en la tierra, un ser que no muriese jamás. Este personaje existe realmente, se le menciona en la Biblia y en las tradiciones de todos los pueblos, pero bajo distintos nombres, y no se puede dudar de su existencia. La tradición hebraica le menciona bajo el nombre de Melquisedec. Moisés, en el Génesis, cuenta que llevó a Abraham el pan y el vino y que Abraham le dió el diezmo de todo. A él se refería san Pablo cuando decía en la Epístola a los Hebreos: «Efectivamente este Melquisedec, rey de Salem, sacrificador del Altísimo – que iba delante de Abraham cuando volvía de la derrota de los reyes, que le bendijo, y a quien Abraham dió el diezmo de todo – que es primeramente rey de justicia según el significado de su nombre, y también rey de Salem, es decir rey de paz – que no tiene ni padre, madre, genealogía, que no tiene ni comienzo ni final en su vida – pero que se ha vuelto semejante al hijo de Dios – este Melquisedec sigue ofreciendo sacrificios a perpetuidad.»

Diréis: «Sin padre, ni madre... pero, ¿cómo fue creado? Un ser que es el representante de Dios en la tierra tiene todos los poderes sobre la materia; por lo tanto puede formar un cuerpo etérico capaz de mantenerse hasta el fin de los siglos y tiene la posibilidad de disgregarlo cuando quiera. Melquisedec cuyo nombre significa «rey de justicia», es el representante de Dios y el papel que tiene que desempeñar en la tierra es el más importante. Es juez de vivos y muertos, y de él proceden todas las directrices concernientes al destino de la huma-

nidad. Todos los grandes Iniciados han sido instruidos por él; Hermes Trimegisto es una manifestación de él, y Orfeo, Moisés, Pitágoras, Platón, Buda, Zoroastro, los más grandes han recibido su Enseñanza; incluso Jesús. Porque antes de Abraham él ya existía. El fue quien envió a los tres reyes Magos como representantes de su reino para inclinarse ante Jesús, porque Jesús era la encarnación del Principio divino, del Verbo que se hizo carne. Pero Melquisedec, representante del Dios vivo, que no tiene principio ni fin, tiene otro papel que desempeñar.

Jesús vino a encarnarse, por lo tanto tiene un padre y una madre. Pero durante esos dieciocho años, (desde los 12 a los 30 años) en los que los Evangelios no mencionan nada de su vida, fue al Reino de Melquisedec, el Rey de Justicia y de Paz, donde en compañía de los grandes Iniciados hizo un trabajo formidable sobre toda la tierra. Hacia la edad de 30 años volvió a Palestina para consumar su misión, pero también unió a sus discípulos al reino de Melquisedec, mencionado por todas las religiones, y situado en un lugar inaccesible llamado «la tierra de los vivientes», o «la tierra de los inmortales...» Este reino es el reino de Melquisedec, pero sólo lo conocen algunos Iniciados que comunican con él.

Ningún Iniciado puede alcanzar la cumbre sin pasar por la escuela de Melquisedec. El es quien permite a las criaturas alcanzar el sefirot Kether, porque posee el conocimiento de todas las jerarquías angélicas, se desplaza en medio de ellas, y tiene bajo sus órdenes a millones de ángeles que le sirven. Vigila la evolución de la humanidad, para que se oriente según los planes del Señor. Cuando los humanos se desvían del camino que se les ha trazado, interviene para remediarlo. Y tiene todos los poderes puesto que los cuatro elementos: la tierra el agua, el aire y el fuego, están a su servicio. Este es el personaje que san Juan vio y que ha descrito al principio del Apocalipsis con una espada en la boca y sosteniendo las siete estrellas en su mano. Contactó con él porque Jesús le había

puesto en relación con él. La religión oficial no menciona estos detalles, pero están inscritos en los archivos de la Ciencia iniciática y aquel que tenga posibilidades de ir a investigar puede conocerlos.

Así pues este personaje que san Juan vio y que dijo : «Yo soy el Alfa y el Omega... el principio y el fin», es Melquisedec. Cambia de nombre según los ciclos porque su nombre es mágico. Y éste es el primer sello abierto del Apocalipsis. Es muy importante que sepáis quién era este personaje, porque san Juan fue a su reino de Salem donde fue llamado para poder escribir el Apocalipsis. Le mostraron las profundidades de la tierra y de los mares, se le mostró cómo trabajan los espíritus en la naturaleza a través de los cuatro elementos, contempló las jerarquías angélicas, y por lo tanto fue bajo la orden de Melquisedec que escribió este Apocalipsis que debe ser descifrado al final de los tiempos.

Hoy os hablaré de la Nueva Jerusalén. ¿Qué quería decir san Juan con «la Nueva Jerusalén que descende del cielo»...? Y es cierto que descenderá, pero antes de que esto suceda, ¡cuánto trastorno y cuántas transformaciones! Por lo demás vosotros mismos lo veréis, porque esto se producirá en nuestra época. Se dice «nueva Jerusalén», porque existió una primera Jerusalén que fue destruida. ¿Por qué lleva este nombre, Jerusalén, que recuerda a la ciudad de Melquisedec, Salem? Porque los que le dieron este nombre conocían la existencia de Melquisedec, habían recibido la iniciación que el propio Moisés había recibido de su suegro, Jetro. Cuando Moisés huyó de Egipto, se refugió en el país de Madián, y allí desposó a Séfora, la hija del gran sacrificador Jetro. Durante años, Moisés estudió junto a su suegro, quien le puso en contacto con Melquisedec, y fue Melquisedec quien dio a Moisés la misión de traer esa religión terrible, formidable : la unidad de Dios, y de imponerla por la fuerza.

En el Génesis, Moisés menciona a Melquisedec cuando escribe la historia de Abraham. Aparte de esto no se detiene mucho en ello, pero a los setenta Ancianos de Israel a quienes había dado la clave de sus cinco libros, les reveló que todo estaba controlado por este centro iniciático que existe en un lugar escondido, y que representa el paraíso perdido, al que llamamos Pardes. Toda esta ciencia en la que Abraham y Jacob habían sido iniciados antes de Moisés, también fue conocida por David y Salomón, cuyo nombre en hebreo Scholomo, tiene la misma raíz que schalom : paz, contenido también en Ieruschalaïm : Jerusalén.

Salomón recibió la orden de contruir el templo de Jerusalén. Las medidas del templo, su arquitectura, los objetos que contenía, correspondían a una ciencia transmitida por la tradición. Pero este templo fue destruido por los ejércitos de Tito como castigo por las faltas que Israel había cometido : en esta época los Judíos habían abandonado el espíritu de su religión y se obstinaban en no reconocer a Jesús como el Mesías. Por eso el templo fue destruido y el pueblo dispersado por los cuatro confines de la tierra. Jerusalén era un centro iniciático que contenía el núcleo de la futura humanidad, pero equivocó su meta y ahora hay que crear otra nueva. Esta nueva Jerusalén se construyó según el modelo de Salem, lugar donde habita Melquisedec, rodeado de todos estos seres extraordinarios mencionados en la historia, en las leyendas, y de los que se dice que no están muertos e incluso que un día volverán. Allí se encuentran cabalistas y alquimistas. El alquimista Nicolás Flamel no está muerto, sino que se encuentra en este reino de los Iniciados donde gobierna Melquisedec.

Lo que es y cómo viene la nueva Jerusalén, os lo estoy revelando, mis queridos hermanos y hermanas. La nueva Jerusalén tal como está descrita con sus dimensiones, sus puertas, con sus cimientos de piedras preciosas, es muy clara para nosotros. Se la puede entender de varias maneras : como una ciudad, como una forma de vivir y como el hombre en sí

mismo. La nueva Jerusalén no puede venir antes de que hayan seres que estén contruidos sobre su modelo – simbólicamente hablando – porque las doce puertas de perlas, y los cimientos de piedras preciosas representan virtudes y cualidades. Diréis: «¿Por qué doce puertas?» Porque la ciudad que es una imagen del universo es igualmente una imagen del hombre que posee también doce puertas.

Veamos cuáles son estas puertas: los dos ojos, las dos orejas, las dos ventanas de la nariz y la boca, hacen siete, y estas siete puertas están situadas en la cabeza, lo cual no es por casualidad. Y ahora las otras cinco: los dos senos, el ombligo... y por fin dos más que os dejo encontrar a vosotros, porque no tengo tiempo, ¡estoy muy ocupado!... Así pues, tenemos doce puertas, ni once, ni trece, doce. Es extraordinario ver cómo todo tiene sentido, está calculado, es inteligente. El hombre está contruido en los talleres del Señor para mantener intercambios con el cielo, la tierra y todo el universo. Por eso sus puertas deben estar abiertas para dejar que las corrientes circulen.

Cada detalle de la descripción de la nueva Jerusalén es simbólico. San Juan, por ejemplo, la presenta como un cuadrado, porque el cuadrado es el símbolo de algo acabado, estable y también el símbolo de la justicia – Melquisedec es Rey de justicia. – Si se desarrolla el cuadrado, se produce una cruz, y la cruz es el hombre cuando extiende sus brazos. En consecuencia, ya veis las relaciones.

La nueva Jerusalén no es una ciudad que tenéis que ver descender del cielo. Ninguna ciudad descenderá de esta forma del cielo. La nueva Jerusalén «descenderá» cuando haya seres nuevos. Sí, la nueva Jerusalén son los nuevos hombres que han emprendido un gigantesco trabajo sobre ellos mismos. Y este trabajo no es otra cosa que la transformación del viejo Adán en Cristo, del viejo hombre en un nuevo hombre o, presentado a la manera de los alquimistas, el paso del color rojo al color azul. ¡Es tan claro en la lengua hebraica! Adán es el

hombre rojo (adom : rojo), que ha sido extraído de la tierra (adamah : tierra). Pero el hombre rojo de la tierra debe transformarse en Cristo, el azul del cielo, símbolo de la paz. Para aquel que conozca el lenguaje de los símbolos estas correspondencias son muy claras. Siendo el rojo el color del espectro cuya vibración tiene la más baja frecuencia, representa las impulsiones físicas: la vitalidad, la sensualidad, la cólera, la agresividad, la borrachera, incluso. Pero cada uno tiene un matiz distinto: el amor un matiz, o centenares de matices, y también la vida... todas estas tendencias son miles de matices del rojo.

Que el cuerpo físico puede convertirse en luz, nos lo mostró Jesús en el momento de la transfiguración en el monte Tabor. Está dicho en los Evangelios que en aquel momento su rostro se volvió más brillante que el sol, sus vestidos blancos como la luz y que Elías y Moisés aparecieron hablando con él. ¿Por qué? Su presencia al lado de Jesús es extremadamente significativa. Es su espíritu el que entró en él. Moisés vino a darle la fuerza, porque Moisés era el Maestro de la fuerza. Mientras que Elías le dio la cualidad que dominaba en él: el saber. Las profecías de Elías, su enseñanza, han sido tan apreciadas siempre que incluso hoy circula el rumor de que no murió y de que volverá al final de los tiempos. Así pues, en el momento de la transfiguración, Elías y Moisés vinieron a instalarse en Jesús. Porque Jesús no era un solo espíritu, era un ser colectivo; todos los grandes Iniciados le habían dado algo de sí mismos porque lo necesitaba para cumplir su misión.

¿Es posible ahora esta transfiguración para todos los hombres? Sí, para todos. Para todos aquellos que han conseguido purificar y sublimar su cuerpo físico, es posible. Porque no es solamente en el espíritu y en el alma donde debe nacer el Cristo, sino también en el cuerpo físico. Este es el símbolo del pesebre que os revelé el día de Navidad.* Cuando el hombre

*Ver tomo IX.

trabaja mucho tiempo, conscientemente, con la fe, la esperanza y el amor, su cuerpo físico se sublima, se purifica tanto, todas sus partículas vibran con tal intensidad, que en aquel momento la transfiguración es posible para él como fue posible para Jesús. Y en eso consiste precisamente la nueva Jerusalén. La nueva Jerusalén, es la perfección de un Iniciado, de un Maestro en el que Cristo ha nacido. Respira, está ahí manifestándose a través de las doce puertas, por las doce aberturas.

La nueva Jerusalén se está preparando para venir a este mundo, descendiendo del cielo, es decir que los ángeles vienen a trabajar sobre los humanos para embellecerles y hacerles perfectos. Cada día, cada noche, se van las partículas oscuras que no vibran en armonía y son reemplazadas por otras, ligeras, flexibles, luminosas. Millares de ciudades nuevas se están preparando y formarán juntas esta nueva Jerusalén en la que Dios habitará sin llantos ni sufrimientos.

La nueva Jerusalén son los hijos de Dios, los niños de Dios, aquellos en quienes Cristo ha nacido. En este momento, naturalmente, la nueva Jerusalén se convierte en una sociedad ideal en la que todos viven como hermanos. Por fin la nueva Jerusalén es el centro iniciático que siempre existió tal como lo describe san Juan, en donde todo es de oro, perlas y piedras preciosas. Porque todo lo que existe en lo alto como verdades, como sustancias, debe también representarse materialmente en la tierra.

Si estudiáis la tierra, veréis, naturalmente, que está hecha de capas sin brillo, oscuras; pero hay seres que trabajan sobre ella para purificarla. En realidad los metales preciosos, las piedras preciosas, son tierra, ¡pero transformada y sublimada! Una piedra preciosa es una quintaescencia de lo que hay de más puro en la tierra. Y entre los humanos, los Iniciados son las piedras preciosas, la quintaescencia del género humano. La costumbre de colocar piedras preciosas en la corona de los reyes, o los adornos de los sacerdotes, vienen del conoci-

miento de que las piedras preciosas representan las cualidades y las virtudes de los seres más evolucionados, representando cada piedra una virtud diferente. Así pues, a un hombre sabio, inteligente, le corresponde un topacio ; a un ser de paz, le corresponde un zafiro ; a un entusiasta, lleno de fuego, le corresponde un rubí... si se colocan piedras preciosas en las coronas, se debe a que ya existen en la corona del Creador. El creador está engalanado con una corona y en esta corona hay piedras preciosas : los Arcángeles, las Divinidades...

La nueva Jerusalén, mis queridos hermanos y hermanas, es el hombre perfecto, es la vida universal perfecta, es este reino de paz y de justicia en donde reina Melquisedec. Esta nueva Jerusalén vendrá : antes de que termine este siglo, vendrá, todos lo han profetizado, y se tratará de algo que ni tan siquiera os podéis imaginar. Habrá un templo con las doce piedras preciosas que menciona san Juan. Estas piedras preciosas se conservan en el lugar donde habita el Rey de justicia y de paz... montañas de piedras preciosas guardadas para esta época. Podéis creerme o no, me da igual, pero lo veréis, algunos de vosotros lo veréis.

Pero ante todo, se precisa que seamos nosotros quienes nos convirtamos en la nueva Jerusalén con las doce puertas funcionando bien para que los intercambios se produzcan, así como la transfiguración. Porque os lo repito, esta nueva Jerusalén debe ser comprendida ante todo simbólicamente.

«Tenía una muralla grande y alta», dice san Juan. La muralla es una protección, por lo tanto el símbolo de un aura poderosa que envuelve al hombre protegiéndole. Cuando el hombre posee un aura poderosa, está protegido por la radiación de la propia luz.

«Tenía doce puertas, y sobre las puertas doce ángeles y nombres grabados que son los de las doce tribus de los hijos de Israel». Estas doce tribus representan las doce funciones, porque detrás de cada una de estas puertas, tanto si se trata de los ojos, como de las orejas, la boca, etc... hay un ángel. E

incluso voy a deciros algo que os pido escuchéis en un estado de máxima pureza. Tanto si se trata de un hombre, como si se trata de una mujer, todo ser que esté suficientemente purificado puede convertirse en una nueva Jerusalén, tiene un ángel detrás de cada una de estas puertas. Cada ángel tiene la función particular de recibir todo lo que llega y transformarlo. Todo lo que oís, miráis, respiráis, coméis, etc., un ángel lo recoge y lo transforma. Así pues, cuando una mujer que se ha purificado verdaderamente debe concebir un niño, quien trabaja sobre el germen que recibe es un ángel, y luego, el niño que nace es un genio, una divinidad. Pero cuando la mujer es impura, quien está detrás de esta puerta atisbando es un demonio, y entonces trae al mundo un bruto o un monstruo.

¡Cuántas cosas quedan aún para revelaros! Pero todo llegará, tened paciencia. Todavía no sabéis lo que son el hombre y la mujer: su estructura, las fuerzas que trabajan en ellos, y cómo deben vivir para ser verdaderamente tabernáculos del Dios vivo, de la nueva Jerusalén. Y los que no quieran comprender, de cualquier forma se verán obligados a comprender un día, pero será demasiado tarde... Poco les importa a los humanos lo que pueda ocurrir detrás de esas puertas. Para un hombre, mientras una mujer le deje entrar, le es suficiente. El que le acoja un diablo, que entre un diablo, no les importa. Pero unos y otros se verán un día obligados a considerar esta cuestión tan importante.

«Pero no vi templo alguno en la ciudad; porque el Señor, Dios todopoderoso, y el Cordero, es su templo.» Todavía una prueba más de que esta nueva Jerusalén es un templo. Por lo tanto es el propio hombre quien es un templo, tal como está dicho en los Evangelios: «Vosotros sois templos del Dios vivo.»

La nueva Jerusalén es el nuevo hombre en el cual todo es oro, perlas, piedras preciosas... Y la luz brilla dentro. Cada uno de vosotros debe convertirse en una nueva Jerusalén. Desde hace dos mil años han habido sociedades secretas que

pretendían ser esta nueva Jerusalén e incluso hoy... ¿cómo pueden tomarse por la nueva Jerusalén cuando siguen sumergidos en la incomprensión y en las viejas formas, sin poseer las llaves que abren el libro de la vida? Nadie es la nueva Jerusalén, excepto los seres que tiene las llaves, los siete sellos, es decir los que comprenden las Escrituras en profundidad. Ser la nueva Jerusalén no consiste en balbucear algunas frases de la Ciencia iniciática, y al mismo tiempo, mostrarse como de costumbre: temeroso, mezquino, engañoso, débil y negativo. Todos nosotros podemos ser la nueva Jerusalén, pero con esta nueva luz que abre todas las puertas, y esto debe dar resultados. Cuando se posee el conocimiento, deben producirse resultados; si no hay resultados, es que no se sabe gran cosa.

«La ciudad no necesita ni de sol ni de luna que la alumbrén.» El sol es el símbolo del intelecto, y la luna el del corazón. El hombre en el que habita la luz divina y el amor divino ya no necesitará ni del sol ni de la luna, es decir ni de la filosofía ni de la religión.

«Sus puertas no se cerrarán con el día, porque allí no habrá noche.» Cuando hay iluminación, ya no es de noche. Los seres iluminados tienen siempre la luz dentro de sí mismos; aun cuando duermen no es de noche para ellos. Mientras que para los demás unas veces es de día y otras de noche: durante un instante se encuentran en la luz, e inmediatamente se oscurecen. Pero cuando viene la iluminación, les ilumina el Espíritu Santo, y ya no hay más oscuridad. La noche es la falta de comprensión. No hay que entenderlo literalmente: no habrá más noche... ¡Pensad! Si no hubiese ya noche, se debería a que el orden cósmico se habría trastornado, la tierra no giraría más; solamente una mitad estaría iluminada y la otra mitad estaría eternamente en las tinieblas. Esto no es posible. En otro capítulo del Apocalipsis está dicho: «Al que venza le daré la estrella de la mañana.» La estrella de la mañana es Venus. ¡Por lo tanto habrá que demoler toda esta

armonía celestial para dar el planeta Venus al que haya vencido!, y, ¿dónde lo colocará? Pero, escuchad, esto aún se complica más: si hay varios vencedores, ¿dónde encontraremos más planetas? Todo esto es simbólico. ¡Seguirán existiendo el día y la noche, mis queridos hermanos y hermanas, no llo-réis! Aquí, la noche es un símbolo de todo lo que es negativo; y mientras haya noche, durante un momento se está esperando, y enseguida se está desanimado... se tiene fe, y un poco más tarde, se duda...

La nueva Jerusalén, es pues, ante todo, el propio hombre. Además, es un orden social. En tercer lugar, es la verdadera Iglesia de Dios, la Iglesia de san Juan, la Iglesia del espíritu y de la verdad, la Iglesia de todos los Iniciados. Nadie podrá impedir ahora que venga esta Iglesia. Todo será explicado, todo estará claro, porque está dicho en las Escrituras que Dios habitará en el corazón de los hombres e inscribirá allí Su ley. En aquel momento los humanos ya no necesitarán que nadie les predique la religión o la moral, todos sabrán interiormente lo que deben hacer, cómo amar, cómo servir, cómo trabajar. Cuando una mujer tiene un niño, no necesita que se le diga cómo alimentarle, cuidarle, o si ha de levantarse de noche cuando llora: porque tiene amor en su corazón. El Señor ha escrito Sus leyes en el corazón de la madre, y ésta no necesita buscar instrucciones en ninguna parte. Cuando ya no hay amor se necesitan prescripciones, aunque de poco sirven en esta circunstancia.

Mientras no haya amor, las religiones no podrán jamás llevar a los hombres hacia Dios. Pero cuando venga el amor, ya no habrá religión. La religión se convertirá en algo interno y se manifestará bajo la forma de bondad, de radiación, de sacrificio, de dulzura, de luz. Como me han instruido, así os instruyo yo. Cuando el amor abandonó la humanidad, vino la religión para suplirlo. Pero cuando venga el amor, la religión desaparecerá porque ésta habrá entrado en el corazón de los hombres.

Sèvres, 4 de Enero de 1959

II

*

Ahora siento, mis queridos hermanos y hermanas, que no tenéis tanta prisa por interrumpir estos momentos de meditación y de silencio. Poco a poco aprendéis a vivir en la eternidad, os abris, y las fuerzas benéficas de la naturaleza empiezan a asentarse en vosotros.

Ayer, con algunos hermanos, tomamos la decisión de instalar un micro y unos altavoces, aquí, en la Roca. Diréis: «Está muy bien. Pero es una lástima que no se os oiga desde las demás ciudades en las que habitamos». Y, ¿por qué no llegáis a oírme? Porque entre vosotros y yo hay muchas corrientes que perturban las comunicaciones e impiden que mis palabras lleguen hasta vosotros. Lo mismo sucede en cuanto a vuestras relaciones con el mundo divino: interponéis demasiadas cosas entre el mundo divino y vuestra alma o vuestro espíritu, en consecuencia no esperéis captar y comprender estos mensajes. Entre Dios y vosotros, podéis poner al Cristo, podéis poner al Espíritu Santo, a los Veinticuatro Ancianos, a Melquisedec, a los Angeles, a los Arcángeles, al sol o a un gran Maestro, que no impedirán la comunicación, sino que, por el contrario, actuarán como amplificadores. ¡Pero atención a todo lo demás que pongáis!

Si colocáis un vidrio completamente transparente entre vosotros y el mundo exterior, dejará pasar la luz. Por eso las piedras preciosas son tan apreciadas: porque dejan pasar la luz. Y si a la mujer, especialmente, la gusta tanto llevar perlas en sus sortijas, sus collares, sus diademas, se debe a que sabe muchas cosas, sólo que no sabe que lo sabe y necesita de un instructor que se lo explique. La mujer ama las piedras preciosas, porque tiene la intuición de que estas piedras contienen fuerzas extraordinarias.

La tierra, que posee una inteligencia, un alma, un espíritu, trabaja sobre la materia bruta y después de algunos millones de años, con su ciencia, con su paciencia, ha logrado transformar los minerales toscos, hacerlos madurar, cambiarlos en piedras preciosas, en metales preciosos. Esta es la ciencia de la tierra, y está basada en una ciencia que existe arriba, en el Cielo, porque la tierra a través de su cuerpo etérico está continuamente en contacto, en comunicación con el sol. Recibe todas las directrices de lo alto, y lentamente, pacientemente, apasionadamente, trabaja la materia bruta que le ha sido confiada y llega a fabricar formas geométricas de una belleza perfecta. De esta materia opaca, vil, la tierra llega a extraer una quintaesencia que sublima y luego condensa, produciendo pepitas de oro, rubíes, turquesas, esmeraldas, zafiros, diamantes... no se pueden enumerar todos.

Si la tierra prepara todos esos tesoros en sus talleres, se debe a que quiere llegar a materializar las cualidades y las virtudes del mundo celestial, quiere reflejarlas, presentarlas aquí, abajo, de una forma concreta, tangible. Y por eso la mujer que sabe esto por intuición, cree que apropiándose todas las bellezas de la tierra, poseerá las virtudes y cualidades del Cielo. Pero aún no ha comprendido que las piedras preciosas son solamente una manifestación externa de estas riquezas celestiales y que el lado externo de las cosas está hecho para ser tomado, transformado, sutilizado. Es decir que este conjunto de símbolos que condensan las virtudes, las cua-

lidades y las propiedades del Cielo deben de nuevo ser devueltas al Cielo : estas virtudes deben salir de las piedras y entrar, introducirse en el corazón y en el alma de la mujer. Las piedras sólo son símbolos materiales: deben convertirse en vivientes, transformarse en virtudes en su alma. Cuando la mujer logre vivificar en ella las piedras preciosas, será una divinidad.

Así pues, la tierra ha conseguido que descendieran las cualidades, los poderes, las verdades de lo alto. Ha conseguido presentarlas bajo formas de cristales y de piedras preciosas, y verdaderamente es un gran logro, pero ahora les corresponde a los seres humanos proseguir el trabajo. En la Ciencia esotérica, los Iniciados siempre han atribuido a cada piedra preciosa una virtud determinada: en cada piedra la materia está organizada de tal forma que sólo deja pasar un tipo de vibraciones del espectro solar, excluyendo a todas las demás. Por eso cada piedra tiene la especialidad de dejar pasar una cualidad determinada de la luz. Pero puesto que la luz blanca es la síntesis de todos los colores, si tenéis un prisma, podréis contemplar en los siete colores la manifestación de todas las fuerzas y de todas las virtudes del Cielo.

¡No es malo enamorarse de las piedras preciosas, al contrario, es normal, y aún es obligado amarlas! ¿Por qué no amarlas? También aquí, es necesario que corrija errores que se han deslizado por la cabeza de algunos espiritualistas: siempre están dispuestos a despreciar o a subestimar elementos en los que el mismo Dios ha encerrado toda una ciencia e inmensas virtudes. ¿Por qué despreciar estos esplendores? La tierra y las estrellas se han puesto a trabajar para fabricarlos, para darles forma, y ahora, ¿es el hombre quien debe juzgar y despreciar el trabajo de todo el cosmos? Al contrario, debe comprenderlo, apreciarlo en su justo valor, darle el lugar que se merece... y continuar su camino hacia las alturas admirándose, regocijándose, maravillándose.

Ahora bien, no porque admiremos los esplendores de la tierra tenemos que apropiárnoslos y guardarlos para nosotros mismos, para satisfacer nuestro egoísmo, nuestros deseos, como hacen los hombres vulgares. No, están en un error los que se arrojan sobre las piedras preciosas y cometen toda clase de crímenes para poseerlas, y también los demás que las desprecian; esta actitud errónea se refleja de forma nefasta en su mente y bloquea su evolución.

¿Cuál es entonces la mejor actitud? Es estudiar, comprender, colocar cada cosa en su sitio y sobre todo utilizarlo todo para la evolución, para la ascensión, para un trabajo benéfico con miras al Reino de Dios en la tierra. Por eso en lugar de quererse apropiarse a cualquier precio de las piedras preciosas para satisfacer sus deseos y disfrutar de todos los placeres, es mejor, como os digo, comprender primeramente el sentido de lo que Dios ha creado, y luego, sin detenerse en el placer, empezar este trabajo sobre uno mismo, es decir crearnos idénticas cualidades y virtudes. En ese momento se recibe un impulso, una alegría, una admiración que nos ayudan a comprender la belleza divina, la sabiduría divina, a comprender cómo trabaja Dios por todo el universo. Mientras que si nos abocamos desenfrenadamente sobre las piedras preciosas para enriquecernos, para envanecernos o seducir a pobres criaturas, nos privamos de esta ciencia y sobre todo de esta alegría extraordinaria de hacer el trabajo espiritual. Si los humanos comprendiesen correctamente las cosas, en lugar de intentar aprovecharse de la belleza – o de despreciarla – no buscarían otra cosa que el trabajo espiritual.

El trabajo del discípulo, precisamente, consiste en convertirse en una piedra preciosa, tan pura, tan transparente que asombre al mismo Dios, el cual, al verlo, enviará a Sus servidores diciendo: «Id a buscar esta piedra preciosa y traédmela para que la ponga en mi corona.» Porque ya os lo he dicho, también Dios tiene una corona que está adornada de piedras preciosas de inmensa belleza... y estas piedras son los Arcán-

geles y la Divinidades... Entonces, ya veis a quién vuelven la espalda los ignorantes: a los Angeles y a los Arcángeles que están en lo alto sobre la corona del Eterno. Luego, ¿cómo queréis que las 50 puertas de Binah, las 50 puertas de la Sabiduría se abran para recibir a estos ciegos que en su ignorancia lo saquean todo, lo ensucian todo, lo envilecen todo? Todavía no se ha comprendido la ciencia de los símbolos: todo lo que hay en esta tierra es un reflejo de lo que hay en el cielo.

Hermes Trismegisto decía: «Como es abajo...» es decir: en las entrañas de la tierra «... es arriba»: es decir, en las regiones celestiales. Por lo tanto, todo lo que se hace abajo es una copia exacta, un reflejo fiel de lo que existe arriba. Nadie logró decirlo de forma tan perfecta como él. Esta Tabla de Esmeralda sigue siendo el monumento más completo que inteligencia alguna haya dejado en herencia a la humanidad. Un solo texto puede comparársele e incluso puede que la supere: la oración de Jesús, el Padre Nuestro. Es una variante de la Tabla de Esmeralda. Contiene las mismas verdades, pero expresadas de otra manera. En lugar de hablar de «lo que está abajo» y de «lo que está arriba», Jesús dijo: «Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo.» Ha utilizado otras palabras pero ha enunciado la misma verdad.

La otra diferencia está en que Hermes Trismegisto habla en presente de un estado de cosas ya realizado, mientras que Jesús formula un deseo para el futuro. Hermes constata un hecho y Jesús lo desea. Por lo tanto estas dos frases concierne a distintas regiones. Luego, ¿de qué mundos se trata? Lo que es abajo ya es como lo que es arriba en los tres mundos mineral, vegetal, animal, porque los minerales, los vegetales y los animales son fieles a la naturaleza, obedecen exactamente sus leyes, no se sienten empujados continuamente como los humanos a oponerse a la voluntad de Dios. Sólo el hombre, que todavía no se ha puesto en armonía con la naturaleza, quiere imponer su voluntad. El mundo humano aún no está organizado, es el único para el cual no puede decirse: «Lo

que es abajo es como lo que es arriba» Por eso Jesús formuló este deseo : «Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo.» Mientras que los otros tres mundos reflejan fielmente las leyes de la naturaleza.

Hermes Trismegisto dijo que poseía «la ciencia de los tres mundos», y estos tres mundos han sido interpretados por los comentaristas como el mundo divino, el mundo astral y al mundo físico. Lo cual está bien, pero Hermes Trismegisto también hablaba del reino mineral de donde extraía la piedra filosofal, del reino vegetal que le daba la quintaesencia llamada elixir de la vida inmortal, y del reino animal donde encontraba el poder de la varita mágica. En cuanto al mundo de los hombres, fue Jesús quien se ocupó de él. Los hombres, que no están en armonía con el orden natural, representan un mundo aparte en el que se viola sin cesar la voluntad de Dios. Tienen una voluntad independiente que no poseen ni los animales ni las plantas ni los minerales, y para ellos Jesús aportó un elemento nuevo destinado a crear el porvenir. Hermes aportó una ciencia, pero Jesús vino para pedir a los humanos que hagan la voluntad de su Padre Celestial. Porque si todas las criaturas quisieran que «se haga en la tierra (es decir también en ellos, en su cuerpo físico) como en el cielo»... que este orden, esta armonía, este esplendor del cielo reinen dentro de ellos, alcanzaríamos la perfección del Reino de Dios.

Desgraciadamente, no es ésta la interpretación que los cristianos han dado a esta frase. La repiten, pero no se sienten en absoluto obligados a introducir el Reino de Dios en sí mismos, quieren que llegue sin más, del exterior, para aprovecharse de ello. La cuestión no está en desear el Reino de Dios en el mundo, así no llegará nunca. Dicho de otra manera : si aún no ha llegado se debe a que los hombres no saben cómo desearlo, cómo pedirlo. Si lo supiesen, ya habría llegado... ¿Queréis saber cómo hay que pedirlo? Exactamente como os lo digo : cada uno primeramente debe realizarlo en sí mismo, y entonces también se realizará exteriormente. Sólo si se cum-

ple esta condición podrá venir el Reino de Dios, de lo contrario nunca se realizará. ¿Cómo va a venir si el corazón y el intelecto de los hombres están llenos de desorden, de egoísmo, de maldad? Las verdaderas transformaciones externas sólo pueden hacerse después de las transformaciones internas, porque el mundo exterior es un reflejo, una concreción, una materialización del mundo espiritual. Nada puede venir del exterior si antes no existe interiormente. ¿Cómo puede hacer algo inteligente un hombre estúpido si le falta interiormente la inteligencia?

El Reino de Dios no puede existir externamente si no existe antes internamente. El todo está constituido por elementos; si suprimís estos elementos, el todo desaparece. El Reino de Dios es un orden social constituido por seres iluminados. Si no lo están, ¿cómo queréis que exista este orden social? Sólo se mantiene, sólo subsiste gracias a los individuos, a su carácter, a sus cualidades y virtudes. Es formidable el que los humanos aún no lo hayan comprendido. Desean que el Reino de Dios venga a este mundo, pero no hacen nada para ello. Hay que sacudirles de su aturdimiento, porque precisamente son ellos quienes impiden que el Reino de Dios se asiente en la tierra.

Jesús dijo: «Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo...» y «hágase» concierne al porvenir. Pero para que este futuro llegue, debemos ponernos a trabajar... ¡es tan sencillo! Algunos objetan: «Sí, pero yo soy católico» ¡Y no quieren venir a trabajar con nosotros porque son católicos! Yo digo: «Pues bien, quedaos donde estáis. Seguid enfangados en vuestros problemas. Veremos si os sirve de mucho el ser católicos. También yo soy católico (¡al decir eso, abren los ojos desmesuradamente!) Sí, yo nací en la religión ortodoxa, pero soy más católico que los católicos, porque comprendo esta palabra de una forma distinta y también la practico de una forma distinta. «Católico» significa universal, ¿no es así? Entonces, ¡mostradme lo que habéis obtenido hasta

ahora con vuestra catolicidad!... Nada, sois unos ignorantes que no comprendéis en absoluto las grandes leyes del cosmos. Pues bien, a mí, este catolicismo no me atrae demasiado.» Es preciso que los católicos se vuelvan ahora verdaderamente universales. ¡Aún están en pañales y necesitan crecer un poco, salir de la cuna! Aún desconocen el verdadero trabajo espiritual.

Volvamos, mis queridos hermanos y hermanas, a las piedras preciosas; debemos comprenderlas y tener hacia ellas una actitud adecuada: no tenemos que desear poseerlas únicamente, también debemos transformarnos nosotros mismos en piedras preciosas... Sí, para que Dios pueda colocarnos en Su corona. La mujer, que es muy intuitiva, ha comprendido que las piedras preciosas podían darle la belleza y que la belleza está unida al amor. El hombre más bien tiende a buscar el poder, pero a la mujer le tienta la vanidad, la belleza, el amor, el goce... ¡pasiones desenfrenadas! Todo ello forma un rosario. ¡Y no precisamente un rosario de perlas!

Incluso a los sadús de la India, que escogieron la pobreza, les gusta tener un collar... un collar de flores o de granos. Cuando viajé por la India, muchos me regalaron esta clase de collares y yo los he guardado. Frecuentemente tienen 108 granos, porque el número 108 es sagrado para ellos, es el que se da a Babadji. Todos los elementos ocultos están contenidos en este número, porque para formar el número 108, hay que sumar varios números determinados que son muy significativos: el número 1 del Creador; el 7 de los Arcángeles y de la luz; el 10 de los sefirots; el 12 de los signos del zodiaco; el 22 de los elementos de la Cábala; el 24 de los 24 Ancianos; el 32 de los senderos de la sabiduría. $1 + 7 + 10 + 12 + 22 + 24 + 32 = 108$.

Y cuando estamos reunidos alrededor del fuego, ¿no formáis un collar?... ¡un collar de perlas o de piedras preciosas!

¿No formáis una corona? De momento, quizás estas piedras aún sean joyas falsas, pero es preciso que un día se conviertan en perlas reales... Sí.

Cuando comprendáis la profundidad de todas las figuras geométricas que forman la estructura de los cristales y de las piedras preciosas, tendréis la verdadera ciencia. E incluso puede ser que un día visitéis las entrañas de la tierra para ver cómo los espíritus trabajan sobre los minerales. Si no ocurre en esta encarnación, ocurrirá en otra, pero es una etapa en el camino de la evolución que cada uno está obligado a franquear. Visitaréis estos talleres para ver cómo trabajan los espíritus de la naturaleza con millares de espíritus inteligentes. En la medida que les es posible, intentan reproducir en la tierra la belleza y la perfección del cielo. Pero ni las piedras ni los metales logran nunca reflejar exactamente el cielo, cuya belleza es inigualable. El plano físico está lejos de igualar el cielo, pero por lo menos nos da una imagen: las plantas, las flores, las piedras preciosas, etc... son otros tantos reflejos del mundo celestial, por decirlo de alguna manera aluden a la pureza, a la transparencia, a la nitidez, a la perfección geométrica del mundo divino.

Así pues, mis queridos hermanos y hermanas, contentaos con estas pocas palabras y dad gracias a Dios por el cielo azul, el sol radiante, la atmósfera pura y este ambiente fraternal lleno de amor. Os lo repito: ¡abrid y no tengáis demasiada prisa! Si queréis llegar a alcanzar una transformación real, tangible, no hay que tener prisa. Todos aquellos que están demasiado impacientes por ver el resultado de su trabajo espiritual, acaban por desanimarse e incluso se sienten tentados a volver hacia atrás, hacia la agitación y el caos. ¡Ah!, ¿encontráis quizás que no es suficiente haber pasado toda la vida en medio de las contrariedades? ¡No os inquietéis, Dios es generoso, os dará la próxima encarnación para proseguir! Y por

fin, cuando encontréis que las molestias ya han durado demasiado, os acercaréis al Señor y os quedaréis un poco más de tiempo junto a El para contemplarle...

Es cierto que siempre estamos impacientes por sufrir. Llevad a alguien junto a los manantiales transparentes, las cascadas, las flores, los árboles, y entonces mira su reloj y os dice: «¡Oh! mi mujer me espera» (¡para insultarle!), o bien: «Tengo una cita de negocios en tal bar». Y entonces la comunicación con el manantial se ha interrumpido. Y puede que hasta dentro de diez o veinte años, no se repita una ocasión semejante... ¡Ah! ¡Si hoy me comprendiérais, sería magnífico! ¡Buenos días, mis queridos hermanos y hermanas!

Le Bonfin, 14 de Agosto de 1962

II

Me gustaría añadir algunas palabras a lo que os he dicho esta mañana. En la Biblia, en los Evangelios, se encuentran muchas pruebas de que los Iniciados consideraban las piedras preciosas como símbolos de virtudes y de cualidades. Entre los Judíos, por ejemplo, el Gran Sacerdote llevaba un pectoral que estaba engalanado con doce piedras preciosas, doce piedras simbólicas en correspondencia con los doce signos del zodiaco y que también representaban a las doce tribus de Israel.

Este valor que se atribuía a las piedras preciosas se remonta a la más lejana antigüedad, e incluso san Juan, en el Apocalipsis, demuestra tenerlo en gran consideración al decir que los asientos de la nueva Jerusalén son unas piedras preciosas : jaspe, zafiro, calcedonia, esmeralda, sardónica, cornalina, crisólito, berilo, topacio, crisoprasa, jacinto, amatista. ¡ Y he ahí que los cristianos esperan que la nueva Jerusalén descienda del cielo ! Pues bien, ya pueden mirar hacia el cielo para ver si viene, que no vendrá. ¿ Por qué tiene que bajar una ciudad del cielo a la tierra ? Una ciudad para más de tres mil millones de habitantes, es un poco pequeña... Y, ¿ cómo hacer descender esta ciudad para que no aplaste a los pobres humanos ? ¿ Con

qué cables? Sin duda habrá que implicar en esta empresa a las mejores técnicas del Cielo... No, mis queridos hermanos y hermanas, no tenéis que esperar una nueva Jerusalén, sólo tenéis que trabajar para que un día vosotros mismos os convirtáis en esta nueva Jerusalén. Por el momento, no se trata de una nueva Jerusalén, sino de la antigua Jerusalén en ruinas, y hay que ocuparse de ella.

Y también doce puertas, doce puertas de perlas, cada puerta formada por una sola perla... ¿Dónde están las ostras que fabrican estas perlas? Sí, esta nueva Jerusalén, debéis ser vosotros, evidentemente; el hombre nuevo, es la nueva Jerusalén. Entonces reunid a estos hombres nuevos, con espíritus nuevos, corazones nuevos, y que caminan juntos, solidariamente, fraternalmente, con amor, con un fin determinado, divino, y todos estos seres representan una ciudad: la nueva Jerusalén. Y viene del Cielo, porque todo lo que es nuevo, todo lo que es luminoso, viene del Cielo. Y lo que resulta extraordinario, es que todos estos seres poseen doce puertas, las hemos contado, no falta ninguna. Estas doce puertas – ya os las he enumerado – hay que conocerlas y sobre todo comprenderlas, porque a través de ellas pasan y vuelven a pasar toda clase de fuerzas, de entidades, de energías benéficas, y si estas puertas están cerradas, el hombre no recibe visitas. ¡Todo lo que está obturado no trae demasiadas bendiciones!

Ahora la cuestión está en comprender las cosas de una forma nueva para hacer un trabajo que no habéis realizado hasta el presente. Para hacer este trabajo, debéis abriros a las cuatro direcciones del mundo; estas cuatro direcciones forman una cruz, y para cada una hay tres puertas. Ahí tenéis los doce signos del zodiaco, los doce ángeles y las doce piedras preciosas. En este preciso momento entráis en relación con las fuerzas luminosas del universo, gracias a las cuales podéis transformar la naturaleza de vuestro ser; y una vez regenerado, purificado, santificado e iluminado, os convertís en la nueva Jerusalén en la cual brilla el sol. La noche ya no existe, las

tinieblas han desaparecido y Dios reina, el Dios del amor, de la sabiduría y de la verdad.

No hay que esperar que la nueva Jerusalén venga sin más ni más a vuestro domicilio. ¡Los cristianos se han instalado confortablemente con su pipa, su T.V., sus chiquillos y esperan la nueva Jerusalén! Pues no, a ellos les corresponde hacer algo. De lo contrario, aunque venga la nueva Jerusalén, seguirán fumando, bebiendo y divirtiéndose. Sí, en la nueva Jerusalén los hombres llevarán su tabaco, y las mujeres su maquillaje, porque no pueden ir a ningún sitio sin llevar todo eso en su bolso, y no lo abandonarán tampoco en la nueva Jerusalén. Dirán: «¡Oh! ¡qué iluminado está, cuánta gente hay ahí dentro, vamos a bailar!» E irán a perfumarse y a empolvarse.

Así pues, mis queridos hermanos y hermanas, no esperéis la nueva Jerusalén. Poneos a trabajar y con los métodos y los medios de la nueva Enseñanza llegaréis a transformar completamente vuestra propia materia, la volveréis flexible, expresiva y radiante. Precisamente en esto consiste el abrir las puertas para dejar entrar la luz, y que el mismo Dios habite en nosotros. ¿Acaso esto es posible? Sí, es posible, todos los Iniciados nos lo han dicho y algunos lo han realizado; ha habido por lo menos dieciocho grandes Maestros que han realizado enteramente, completamente la nueva Jerusalén, que son la nueva Jerusalén. Puede que estos dieciocho se reúnan un día en un solo ser para venir a la tierra a crear la nueva Jerusalén, y este ser será el 19°, la decimanovena carta del Tarot, el Sol.

La nueva Jerusalén es un símbolo universal que puede interpretarse en muchos campos: alquímico, astrológico, mágico, geométrico; estas interpretaciones no se contradicen. La nueva Jerusalén es una realización colectiva, cada piedra de esta ciudad será un ser maravilloso, transparente, iluminado, porque ninguna materia puede formar parte de esta construcción de la nueva Jerusalén si no está en completo acuerdo con la colectividad. Las piedras que hagan lo que les venga en

gana serán rechazadas, y sólo se buscarán las piedras que vibren en armonía, las piedras preciosas. Las piedras preciosas vibran siempre en armonía con las fuerzas de la naturaleza; son sumisas, obedientes, por eso son transparentes y dejan pasar la luz. Las otras piedras, que son opacas, se oponen a la luz, y la luz, que no puede pasar, las abandona, solamente ilumina la superficie.

Pero la piedra preciosa lo ha comprendido, y dice: «Es preciso que me apesure y deje pasar la luz a través de mí para que aparezca con todos sus matices. Entonces me amarán, me apreciarán, se ocuparán de mí, no permitirán que esté sucia, que cualquiera me aplaste y esté colocada en un lugar completamente visible, siempre resplandeciente.» Esta es la forma de pensar de la piedra preciosa. El discípulo de la nueva vida también es una piedra preciosa que comprende que para llegar a ser hermoso y radiante debe dejar que el Señor, la luz habite en él, pase a través de él.

En cuanto a mí, cuando comprendí, hace años, la importancia de estas doce piedras de las que habla san Juan, las adquirí. Evidentemente, no son tan grandes como las que se citan en el Apocalipsis, pero son las mismas. ¿Os gustaría tenerlas también?... Pues bien, no es demasiado tarde, id, encontradlas, porque pueden ayudaros. Cuando se quiere trabajar espiritualmente, se puede tomar un punto de partida material, y una piedra, por ejemplo, puede convertirse en un lazo con la realidad invisible que le corresponde. No hay que decir: «Oh, yo sólo me intereso por lo espiritual, por las abstracciones; todo lo que es material, físico, no cuenta.» Es un error, y de esta manera no iréis muy lejos. La naturaleza trabaja con la materia y el hombre no tiene derecho a ignorarla: está ahí para enseñarle, para mostrarle el camino.

Una piedra preciosa, por más pequeña que sea, es una partícula de esta materia preciosa, en consecuencia es un recipiente capaz de retener una fuerza cósmica. Hay que comprenderlo y saberlo utilizar. Pero tampoco hay que estancarse

en la piedra preciosa diciéndose: «Ahora ella me curará, me transmitirá sus virtudes.» No, si no hacéis el trabajo espiritual, no contéis con ella, porque no os servirá para nada. La piedra es como una antena, hay que darle órdenes y mensajes para transmitir; en este momento es fiel, trabaja, ejecuta... Porque detrás de esta piedra, hay fuerzas que giran, que vibran. No podréis hacer un buen trabajo si no tenéis nociones justas sobre las cosas; y si no comprendéis, sólo será superstición.

La gente confía en talismanes, en pantáculos, confían en las raíces, en las plantas, ¡en la cuerda de un colgado!... E incluso actualmente se envían prospectos para anunciar la mandrágora: «Mirad, por tal cantidad enviamos esta rareza, la mandrágora.» Y parece ser que ante ella, todas las puertas de las arcas y de los palacios se os abrirán, y especialmente que todas las mujeres se desmayarán en vuestros brazos. Entonces, ¿os dais cuenta de lo que ocurre cuando los apetitos de la gente estúpida entran en ebullición? «Tendremos la mandrágora, y entonces, ¡seremos ricos, seremos libres, tendremos amor!» Y a todos esos que piden estas maravillas, ¿sabéis qué se les da? Una minúscula muñeca de madera, a semejanza de la raíz de la mandrágora. ¡Verdaderamente, la credulidad de las personas!... Pero dejemos esto, no es interesante.

Hay que saber cómo considerar las cosas. No es la piedra preciosa la que hará el trabajo. Hay que entender que está preparada por la naturaleza para actuar como una antena, captar ciertas energías del cosmos, y difundirlas, propagarlas... Pero no es suficiente el confiar en una piedra preciosa y dormir tranquilamente. Hay que servirse de ella para un trabajo determinado, eso es todo. Si tenéis las doce piedras, os podéis identificar con las virtudes y las cualidades que representan. Estas doce piedras deben aparecer en vosotros mis-

mos, es ahí donde deben nacer y ser cultivadas. Como las perlas...

Una perla no existe sin más ni más en la naturaleza, sino que la fabrica la madreperla. Primeramente es minúscula, y después cada vez es más grande. ¡Y si supieseis el secreto de la perla, la razón de su existencia!... Una perla es el resultado de la voluntad de la ostra. Cae en su concha un granito de arena que la molesta, y puesto que no tiene ni manos ni pies... ni escoba para barrer, la pobre se siente irritada. Pero como hay en ella una filósofa camuflada, reflexiona y descubre que si segrega una sustancia para envolverlo suavemente, con cuidado, este granito de arena se convertirá en una cosa soportable, lisa, nacarada. He ahí el origen de la perla.

La madreperla nos da una gran lección, nos enseña que debemos fabricar las perlas y las piedras preciosas nosotros mismos, gracias a los obstáculos y a las dificultades que encontramos. No se pueden vadear, no se pueden apartar, hay que trabajar para transformarlos. Ante cada dificultad se pueden proyectar partículas de sí mismo, de la propia inteligencia, del corazón, para envolverlos con una materia luminosa, pura. Entonces, ¡qué riqueza representan todas esas perlas fabricadas por la propia inteligencia, paciencia, voluntad, tenacidad, y sobre todo por un ideal que no cambia! Por eso se pueden interpretar también las perlas de las doce puertas como el resultado del trabajo de los santos, de los mártires, de los profetas: los obstáculos, las dificultades que han debido vencer.

No esperéis, pues, que venga el Reino de Dios y que descienda la nueva Jerusalén sin que trabajéis, sin que os fabriquéis vosotros mismos las doce perlas y las doce piedras preciosas. Podéis llevarlas encima, está muy bien, pero si no comprendéis el espíritu de la nueva Enseñanza para fabricarlas en vosotros mismos, es inútil. Las piedras físicas deberían ser solamente como un modelo que os inspira y que os muestra cómo reproducirlo dentro de vosotros. Exactamente como

el modelo según el cual trabaja un pintor o un escultor. Miráis estas piedras pero queréis sobre todo crearlas dentro de vosotros... ¡vivas! En este sentido, es bueno tener las doce piedras, de lo contrario se trata de superstición. Cada cosa puede enseñaros mucho.

La nueva Jerusalén en realidad es el símbolo de este trabajo espiritual que cada hombre debe realizar en sí mismo. Cuando cada cual haya realizado este trabajo, la nueva Jerusalén descenderá hasta el cuerpo colectivo de la Fraternidad Blanca Universal, en el seno de la cual todas las tendencias filosóficas y religiosas acabarán por fundirse un día. Su nombre, Fraternidad Blanca Universal, indica que abarca todas las religiones, todas las órdenes iniciáticas. Porque la Fraternidad Blanca Universal precisamente viene con los medios más apropiados para nuestra época. ¿Y qué habrá seguidamente? Pues bien, la Fraternidad Blanca Universal otra vez, los mismos principios divinos pero adaptados a la nueva época que seguirá. Porque todo evoluciona, y se necesita cambiar las formas cada vez, adaptarlas.

Pero volvamos otra vez a las piedras preciosas, ¡hay tantas cosas que decir a este respecto! Por ejemplo que es peligroso llevar una piedra preciosa cualquiera sin saber a quién ha pertenecido y lo que contiene y cómo puede influir. Porque si el hombre puede influir en la piedra que lleva, inversamente la piedra puede también influir en el hombre. El poder de una piedra preciosa a menudo disminuye, se debilita, porque el hombre, que por su vida no cesa de producir vibraciones y emanaciones buenas o malas, puede impregnar la piedra hasta el punto de destruir su poder o convertirlo en nocivo.

Es así como vemos a través de la historia piedras preciosas que han aportado grandes desgracias a los que las poseían. Se sirvieron de ellas para cometer crímenes porque, por ejemplo, adornaban un puñal, y estaban tan impregnadas de la influencia de las larvas y elementales, que el nuevo poseedor se sen-

tía empujado también él a cometer crímenes. Estas piedras pasaban así por numerosas manos provocando todo tipo de catástrofes, hasta que por fin llegan a un clarividente que ve toda su historia. Entonces, o neutralizaba sus influencias, o se desembarazaba de ellas enterrándolas o echándolas al mar.

Por lo tanto hay que estar atento. Algunas personas gustan mucho de coleccionar objetos antiguos, joyas o estatuillas, sin saber que se arriesgan a sufrir grandes desgracias. Siempre hay que estudiar bien las cosas, no lanzarse imprudentemente para poseerlas. Comprendo que se admiren las piedras preciosas, pero sólo las piedras preciosas que son vírgenes, que aún no han pertenecido a nadie. Pero incluso en este caso, hay que exorcizarlas, es decir quitar las impurezas dejadas por aquellos que las han trabajado.

Entonces, mis queridos hermanos y hermanas, os espera un gran trabajo. Hay que desembarazarse de las antiguas concepciones perezosas, hay que desembarazarse de las supersticiones y empezar el trabajo sobre sí mismo. No hay nada tan hermoso ni tan glorioso para el discípulo como ese trabajo sobre sí mismo, porque este trabajo se refleja también en los demás, a quienes así ayuda a evolucionar.

Le Bonfin, 14 de Agosto de 1962

INDICE DE MATERIAS

TOMO 25 – 1^{er} volumen*

I	La era de Acuario	9
II	La llegada de la Fraternidad	15
III	La juventud y la revolución	57
IV	Comunismo y capitalismo	95
V	La verdadera economía.....	141
VI	El oro y la luz.....	167
VII	Aristocracia y democracia.....	191
VIII	La política a la luz de la Ciencia iniciática	211

TOMO 26 – 2^o volumen **

I	Los principios y las formas	11
II	La verdadera religión de Cristo	37
III	La idea de la Pan-Tierra	101
IV	El cuerpo cósmico	127
V	El reino de Dios y Su Justicia	159
VI	La nueva Jerusalén	217

Del mismo autor :

Obras Completas

TOMO 1 – EL SEGUNDO NACIMIENTO

I. El segundo nacimiento — II. « Pedid y se os dará. Buscad y hallaréis. Llamad y se os abrirá. » — III. La verdad escondida en los ojos — IV. La sabiduría escondida en los oídos — V. El amor escondido en la boca — VI. Amor, sabiduría, verdad (la boca, los oídos, los ojos) — VII. El Maestro de la Fraternidad Blanca Universal en Bulgaria : Peter Deunov — VIII. La cadena viviente de la Fraternidad Blanca Universal.

TOMO 7 – LOS MISTERIOS DE IESOD

Iesod refleja las virtudes de los demás sefirots — I. Cómo comprender la pureza — La nutrición, punto de partida para un estudio de la pureza — La selección — La pureza y la vida espiritual — La pureza en los tres mundos — El río de vida — La pureza y la paz — El poder mágico de la confianza — La pureza en la palabra — Elevarse para encontrar la pureza — « Bienaventurados los puros de corazón... » — Las puertas de la Jerusalén celestial — II. El amor y la sexualidad — III. Notas complementarias — El manantial — El ayuno — Cómo lavarse — El verdadero Bautismo — Cómo trabajar con los Angeles de los 4 elementos durante los ejercicios de respiración.

TOMO 11 – LA CLAVE ESENCIAL para resolver los problemas de la existencia

Prologo — I. La personalidad, manifestación inferior de la individualidad — II. El hombre debe unirse a su individualidad - El sentido del Jnani-Yoga — III. Tomar y dar - El sol, la luna y la tierra — IV. Personalidad e individualidad : los límites del mundo inferior, lo ilimitado del mundo superior — V. La individualidad aporta la verdadera felicidad — VI. Dejar morir la personalidad para vivir en la individualidad - El sentido iniciático de la fermentación — VII. La personalidad quiere vivir su vida, la individualidad quiere realizar los proyectos del Señor — VIII. La imagen del árbol - La individualidad debe devorar la personalidad I — IX. Los dos métodos de trabajo sobre la personalidad — X. Cómo el hombre se deja explotar por su personalidad — XI. El punto de vista de la individualidad — XII. El sentido del sacrificio en las religiones — XIII. Sólo la individualidad sabe remediar los desequilibrios provocados por la personalidad — XIV. « ¡ Dad al César lo que es del César ! » — XV. La personalidad queda como soporte de la individualidad — XVI. La individualidad debe devorar la personalidad II — XVII. Encontrar colaboradores celestiales para combatir la personalidad — XVIII. Cómo utilizar las fuerzas de la personalidad — XIX. Domesticar los animales interiores — XX. La naturaleza natural y la naturaleza antinatural — XXI. Cómo puede servir la sexualidad a la naturaleza superior — XXII. El trabajo para la Fraternidad Universal.

TOMO 13 — LA NUEVA TIERRA
Métodos, ejercicios, fórmulas, oraciones

I. Oraciones — II. El programa del día — III. La nutrición — IV. El comportamiento — V. Los problemas del mal — VI. Los métodos de purificación — VII. Las relaciones humanas — VIII. La relaciones con la naturaleza — IX. El sol - Las estrellas — X. El trabajo del pensamiento — XI. La galvanoplastia espiritual — XII. El plexo solar — XIII. El centro hara — XIV. Los métodos de la luz — XV. El aura — XVI. El cuerpo glorioso — XVII. Algunas fórmulas y oraciones — Apéndice.

TOMO 25 — ACUARIO, LLEGADA DE LA EDAD DE ORO*

I. La era de Acuario — II. La llegada de la Fraternidad — III. La juventud y la revolución — IV. Comunismo y capitalismo — V. La verdadera economía — VI. El oro y la luz — VII. Aristocracia y democracia — VIII. La política a la luz de la Ciencia iniciática.

TOMO 26 — ACUARIO, LLEGADA DE LA EDAD DE ORO**

I. Los principios y las formas — II. La verdadera religión de Cristo — III. La idea de la Pan-tierra — IV. El cuerpo cósmico — V. El Reino de Dios y Su Justicia — VI. La nueva Jerusalén.

Colección Izvor

- 201 – Hacia una civilización solar
- 202 – El hombre a la conquista de su destino
- 203 – Una educación que comienza antes del nacimiento
- 204 – El yoga de la nutrición
- 205 – La energía sexual o el Dragón alado
- 206 – Una filosofía de lo Universal
- 207 – ¿Qué es un Maestro espiritual?
- 208 – El eregor de la Paloma o el reino de la paz
- 209 – Navidad y Pascua en la tradición iniciática
- 210 – El árbol de la ciencia del bien y del mal
- 211 – La libertad, conquista del espíritu
- 214 – La galvanoplastia espiritual y el futuro de la humanidad
- 216 – Los secretos del libro de la naturaleza
- 217 – Nueva luz sobre los Evangelios
- 218 – El lenguaje de las figuras geométricas
- 219 – Centros y cuerpos sutiles
- 220 – El zodíaco, clave del hombre y del universo
- 221 – El trabajo alquímico o la búsqueda de la perfección
- 222 – La vida psíquica: elementos y estructuras
- 223 – Creación artística y creación espiritual
- 224 – Poderes del pensamiento
- 226 – El Libro de la Magia divina
- 225 – Armonía y salud
- 227 – Reglas de oro para la vida cotidiana
- 228 – Mirada al más allá

El objetivo de la asociación Fraternidad Blanca Universal
es el estudio y la aplicación de la Enseñanza del
Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov,
editada y difundida por Ediciones Prosveta.

Si desea informarse sobre la Asociación, dirijase al :
Fraternidad Blanca Universal Española
C/Riaño 5, 3º B
21042 Madrid

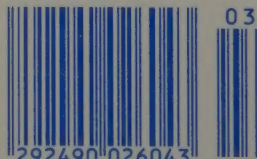
ACABADO DE IMPRIMIR EN MAYO 1991
EN LAS PRENSAS DE LA IMPRENTA
PROSVETA, Z.I. DU CAPITOU, B.P. 12
83601 FRÉJUS CEDEX
FRANCIA

– N° d'impression : 1915 –
Dépôt légal : Mai 1991
Impreso en Francia

« La Inteligencia Cósmica ha construido al hombre de forma que no pueda alcanzar su plena expansión si no mantiene el vínculo con su mundo superior, de donde recibe la luz y la fuerza. Es por ello que en tanto confíe únicamente en su limitado intelecto, carece de posibilidades de ver y de preverlo todo, produciéndose errores catastróficos en todos los sentidos. Los que sitúan su poder en la técnica, la industria, el progreso material, están condenados a perecer tarde o temprano. Porque sus obras, inspiradas sólo por el deseo de dominar al mundo sin tener en cuenta los designios de la Inteligencia Cósmica, remueven las capas de la atmósfera física y psíquica, provocando fuerzas hostiles, potencias terribles que se desencadenan contra ellos.

» Pronto, la edad de Acuario producirá grandes trastornos que harán comprender a los que sobrevivan, que hay leyes que se deben respetar. La nueva vida que se está preparando está más allá de la imaginación por su belleza, su esplendor y su armonía. Porque todas las criaturas que están dispersas por el mundo y que trabajan en secreto buscando el Reino de Dios, se encontrarán y obrarán por medios impresionantes, y las fortalezas de la ignorancia, del materialismo, del despotismo, se desplomarán. Os lo digo y ocurrirá como os lo digo : nada podrá impedir la llegada de la nueva época, de la Edad de Oro. »

Omraam Mikhaël Aïvanhov



3 292490 026043

ISBN 2-85566-232-X